

Luis Nieto Degregori

Asesinato en la Gran Ciudad del Cuzco

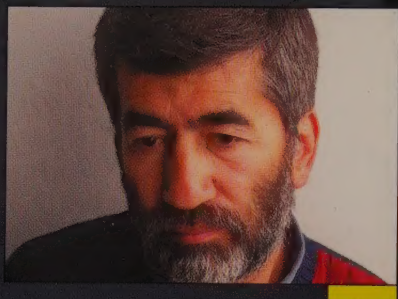


*Intriga, conflictos pasionales,
muerte y luchas de poder
reunidos en este emocionante relato.*



La otra orilla

GRUPO
EDITORIAL
norma



Luis Nieto Degregori

(Cusco, 1955) estudió Literatura y Lingüística en la Universidad de la Amistad de los Pueblos de Moscú. Es en la actualidad el narrador cusqueño más importante de la narrativa peruana contemporánea. Ha publicado los siguientes libros: *Harta cerveza y harta bala* (1987), *La joven que subió al cielo* (1988), *Como cuando estábamos vivos* (1989), *Señores destos reynos* (1994) y su primera novela, *Cuzco después del amor* (2003), que fue considerada la mejor novela del año, recientemente ha publicado el libro para niños *Pepe, Pepo y Pipo y la laguna misteriosa* (2006).

La otra orilla

Para el profesor Jonathan
Tittler, en recuerdo de
nuestro encuentro en Cuzco.

Con mucho agrado,

Secho Nieto

Cuzco, julio del 2007

Asesinato en la Gran Ciudad del Cuzco

Luis Nieto Degregori

Asesinato en la Gran Ciudad del Cuzco

Grupo Editorial Norma

www.norma.com

Bogotá Barcelona Buenos Aires Caracas

Guatemala Lima México Panamá Quito San José

San Juan San Salvador Santiago de Chile Santo Domingo

La beca de Hispanistas del Ministerio de Asuntos Exteriores de España hizo posible, en 1997, la investigación en el Archivo de Indias de Sevilla que alimentó estas páginas. El autor quiere dejar constancia de su gratitud por el apoyo recibido.

© Luis Nieto Denegri, 2007

© de esta edición Grupo Editorial Norma S.A.C., 2007

Canaval y Moreyra 345, San Isidro

Lima, Perú

Teléfono: 7103000

Ilustración de portada: Rocío Oculto

Diseño de cubierta: Moira Bao

Armada: Silvia Montero

C.C. 22144

ISBN: 9972-214-58-3

Registro de Proyecto Editorial: 11501310600057

Depósito Legal: 2006-0739

Esta edición consta de mil quinientos ejemplares

Prohibida la reproducción total o parcial
por cualquier medio sin permiso escrito de la editorial.

Impreso por Metrocolor S.A.

Av. Los Gorrones 350, Lima 09

Impreso en Perú — *Printed in Perú*

Este libro se compuso en caracteres Adobe Garamond

Contenido

Uno	13
<i>Leandra</i>	32
Dos	71
<i>Don Rodrigo</i>	100
Tres	159
<i>El Cartolín(1)</i>	188
Cuatro	223
<i>El Cartolín(2)</i>	247
Cinco	281

*Moni, por tu alegría de vivir, casi
una filosofía, que tanta felicidad me ha
dado y de la que tanto aprendí.
¡Qué nunca nada la enturbie!*

UNO

Era la primera vez que veía un muerto y el que no lo pareciese, el que estuviese allí apoyado en el muro como si tal cosa, con todo su atuendo en orden y una mano ensortijada que delataba una vanidad un tanto desmedida y en esas circunstancias totalmente fuera de lugar, hacía que el espectáculo resultase aún más macabro. ¿Qué edad tendría? ¿Por qué los asesinos lo habrían dejado en el cementerio de la catedral? ¿Desde qué hora estaba allí? ¿Qué terrible pecado había que cometer para merecer tan horrendo final?... Un ligero toquecillo que sintió en la espalda le hizo pegar un tremendo brinco. Miró en la dirección a la que apuntaba el culpable de su sobresalto, un compañero de aula, y fue presa de un nuevo estremecimiento: al lugar, acompañado de un numeroso séquito, se acercaba el corregidor.

De primera intención quiso escabullirse, pero el temor a llamar la atención lo dejó paralizado. El corregidor, entre

tanto, ya estaba delante del cadáver escuchando las explicaciones de los más entrometidos.

—¿Desde qué hora está aquí? —hizo callar, a todos pues nadie supo responderle.

—Cuando clareó ya estaba —se animó a dar su opinión uno de los que se encontraba más cerca al muerto—, pero como parecía vivo, nadie dio la voz de alarma. ¿Qué hará en el cementerio?, se habrán preguntado a lo sumo los primeros que lo vieron.

—¿Tú fuiste de los primeros en percatarse de que estaba muerto? —encaró el corregidor a su informante.

—No, Su Señoría —respondió este dando un paso hacia atrás—. Ya había un corro cuando me acerqué.

El corregidor no se molestó en escuchar esta última explicación. Ordenó a los guardias retirar el cadáver y a continuación, se dirigió a los curiosos conminándoles a que volviesen a sus ocupaciones. Fue entonces cuando por breves instantes su mirada se cruzó con la de ese muchacho que todo el tiempo había estado luchando entre su deseo de pasar inadvertido y el de no perderse ni uno solo de los gestos de su padre.

Estaba por cumplir los catorce años, pero por su delgadez aparentaba menos. Tenía las facciones finas de su madre, la misma nariz aguilena y los mismos pómulos marcados, y su sensibilidad, su timidez extrema, le venían también de esta. De los Esquivel había heredado el orgullo desmedido y la voluntad férrea, pero combinados con su delicadeza de espíritu estos rasgos de carácter solo eran motivo de frecuentes tormentas interiores y de cierto desajuste en su personalidad. En ese momento, por ejemplo, hubiese

deseado acercarse con naturalidad a su padre o saludarlo de tal modo que todos se fijarán en él, pero solo se atrevió a hacer una leve reverencia, manteniendo luego la vista gacha y rogando no ser interpelado.

—Diego, vamos —lo jaló de la manga al cabo de unos instantes el muchacho que antes lo había asustado.

—Sí, sí, claro —se dejó llevar como si careciese de voluntad.

—¿Lo conocías? Comerciaaba con géneros. Deben de haber sido ladrones —comentó su amigo mientras apretaban el paso para no llegar tarde al colegio.

—¿Ladrones? ¿No viste su mano? Llevaba dos sortijas enormes. De puro oro. ¡Debe ser un arreglo entre contrabandistas! —se atrevió a aventurar aprovechando la autoridad que había ganado con sus dotes de observación.

No se cansó de repetir, durante los recreos, lo del ajuste de cuentas, disfrutando de ser el centro de la atención.

—¿Por qué no se caía? Porque estaba reclinado contra el muro, como un borracho, y además se sostenía en su espada —satisfacía la curiosidad de quienes no habían tenido la suerte de presenciar el inaudito suceso.

—Y el corregidor ¿qué hizo?

—Ordenó que los médicos examinen el cuerpo. Para determinar la causa del deceso.

—¿Se puede? —preguntó alguien, pero Diego ni siquiera consideró necesario responderle. Se limitó a sonreír, degustando de antemano la ascendencia que ganaría sobre sus compañeros gracias a la información de primera mano.

La última hora, antes del toque de campana, le pareció eterna. De solo imaginar la cara de asombro que pondría su

madre le latía más aprisa el corazón. ¿Le daría permiso para ir a saludar esa tarde a su padre? Seguro que sí. ¿Cómo sabrían, si no, lo que habían determinado los médicos? Cierta inquietud empezó a enturbiar su ánimo ante la perspectiva de visitar la casa paterna, pero esta vez no le costó nada sobreponerse.

—¡Mamá, mamá! —la encontró por fin en la cocina en animada charla con las dos sirvientas—. Esta mañana, en la catedral... Un hombre muerto, mamá. Esta mañana...

—¿Lo has visto? ¿Es verdad que le han cortado la lengua? ¿Y que parecía vivo?

—¿La lengua?!

—Es lo que ha dicho el médico...

—¿El médico?!

—Sí, el médico que examinó el cadáver. ¡Despierta, hijo! ¿Qué tienes?

—Mamá, yo quería contarle... —salió por fin Diego de su atolondramiento, pero para ponerse a llorar.

—¿Qué te pasa, hijito? ¿Qué tienes? —se asustó su madre.

—Es que yo quería contarle a usted, mamá...

—Pero cuéntame. Te escucho. Cuéntame.

—Para qué si ya sabe... —arreció el llanto.

Esa tarde Diego guardó cama. Su madre, tocándole repetidamente la frente durante el almuerzo, atribuyó su decaimiento a una ligera calentura. Él sabía que no había tal, pero la dejó hacer. Le molestaba que la muerte de Pedro Romero fuese ya la comidilla de toda la ciudad. Le parecía injusto, sobre todo, que detalles que él no conocía estuviesen también en boca de todos, como el de esa lengua cercenada después de que el joven mercader español hubiese sido asfi-

xiado por su o sus asesinos. ¡Por eso no había sangrado! ¡Por eso él no se percató de nada a pesar de que estuvo a solo unos pasos del muerto!

—¿Te sientes mejor? —lo despertó su madre al caer la noche para ofrecerle un caldo.

—Sí, ya estoy bien —la tranquilizó.

De la calle seguía llegando ese rumor de lluvia que había terminado por adormecerlo. Se empezaba a oír también, de cuando en cuando, el canto de los sapos en el patio.

—No para —le comentó a su madre.

—No, va a llover toda la noche —le contestó esta, al tiempo que le palpaba de nuevo la frente.

Al día siguiente, ni bien entró al colegio, los pocos estudiantes que habían llegado antes que él se arremolinaron a su alrededor.

—¿Ya sabes? —le preguntó con la voz llena de asombro su compañero de andanzas del día anterior.

—¿Lo de la lengua? Es una creencia de indios. Para que no delate en el más allá a quienes le quitaron la vida —trató de restarle dramatismo al asunto.

—Oye, Esquivel, ¿y lo de su órgano también es una creencia de indios? —se burló un grandulón que se mantenía un tanto al margen. Era uno de los guampos que se había sentido desplazado por la súbita popularidad del criollito que hasta entonces pasaba inadvertido pese a ser hijo del mismísimo corregidor.

—¿Lo de su órgano? —dudó Diego sin poder esconder su desconcierto.

—¿No sabías? También le cortaron el... También lo castraron —le aclaró, turbado, su amigo.

—Como a pollo capón —aclaró el guampo provocando una carcajada—. ¡Qué raro que no lo supieras! Y no nos digas que tampoco sabes que fue tu padre el que ordenó que le hicieran eso.

El vuelo de una mosca hubiera podido oírse en el silencio que siguió a estas palabras. Todas las miradas estaban puestas en Diego, pero este ni se percató de ello. Solo tardó unos segundos, apenas los necesarios para darse cuenta de que había entendido bien, de que sus oídos no le estaban engañando, antes de salir disparado como una tromba y arremeter con todo, puños y pies, contra el bellaco que no sabía lo que hablaba.

Tan sorpresivo fue el ataque que el ofensor, a pesar de su tamaño y complexión, fue a parar al suelo, justo a uno de los charcos formados por la persistente lluvia de la víspera. Diego, que había caído encima de él y seguía dando manotazos sin ton ni son, la mayor parte en el aire, pronto se vio debajo de su contrincante y completamente a merced de este pues, agotado tras su arrebato, sentía que las fuerzas no le daban para defenderse y menos para liberarse. Instintivamente, pues, cerró los ojos justo en el momento en que una mano le atenazaba el cuello y otra se levantaba amenazante...

—¡Basta! —escuchó Diego casi al mismo tiempo que sentía el puño que impactaba en su nariz—. ¡Basta he dicho!

Era el padre Eguidazu, el prefecto, quien había puesto fin a la pelea. Diego, asustado ante el castigo que le esperaba, se puso de pie y empezó a acomodarse la ropa sin darse cuenta de que la nariz le sangraba.

—¡A la Dirección! ¡Primero a lavarse! —le ordenó el padre Eguidazu al tiempo que llevaba de un brazo, alzándolo casi, al culpable de todo.

En otras circunstancias, quedarse en el aula traduciendo un texto del latín no le hubiera parecido a Diego un castigo. En esos momentos, sin embargo, mientras todo el Cuzco presenciaba el entierro de Pedro Romero, consideraba que el destino estaba siendo demasiado duro con él. Era tal su desvalimiento, tan miserable se sentía, que a ratos llegaba a creer que de repente no era tan descabellado el rumor que culpaba a su padre de la muerte del comerciante español. Quizás, pensaba, su raro malestar de la víspera y hasta la pelea de la mañana y el consiguiente castigo eran justamente consecuencia de alguna maldición proferida por el joven mercader antes de morir, solo las primeras de las muchas desgracias que se cernerían sobre él y sobre su familia.

La sola idea de que algo pudiese ocurrirle a su madre hizo que los ojos se le llenaran de lágrimas. Algunas llegaron incluso a correr por sus mejillas y cayeron al papel, dibujando una pequeña mancha. Ni siquiera ante un fantasma se amilanaría si de defender a la persona que más quería se trataba. Con su devocionario, con un crucifijo, con exorcismos, con lo que fuere arrojaría al fuego del infierno al alma en pena. No le importaba, en todo caso, arriesgar su vida, sacrificarse. Eso le abriría las puertas del cielo y desde allí podría seguir velando por su madre hasta el momento en que se reunieran.

Ya más tranquilo, Diego pensó que seguramente el rumor que culpaba a su padre no pasaba de ser una vil calumnia, una más de las tantas que los envidiosos hacían circular contra los Esquivel. “Es el precio que debemos pagar por ser la familia principal del Cuzco”, se tomaba su padre con filosofía los intentos de dañar su fama. ¿No era acaso total-

mente absurda esa acusación? ¡Que don Diego de Esquivel y Navia, segundo marqués de Valleumbroso y corregidor del Cuzco, ordenase asesinar a un español, a un guampo, por una suma que supuestamente le debía a este! ¿Cómo no iba a tener dinero su padre para devolver un prestamo? En general, ¿qué necesidad tenía de contraer una deuda? Seguro que era al revés, que era el guampo quien andaba corrido de sus acreedores. Por eso terminó de tan mala manera. ¡Claro!

Las cuatro y cinco marcaban las agujas del reloj de la catedral cuando Diego salió por fin del colegio. Unos negros nubarrones que venían del lado del Senca anunciaban que también esa noche, una de las últimas del mes de diciembre del año 1714, caería un copioso aguacero. Su sentido de responsabilidad le decía que lo correcto era ir directamente a casa para tranquilizar a su madre, pero por una vez pudo más su curiosidad. Miró de nuevo el reloj y, tras hacer a un lado sus últimos escrúpulos, arrancó a correr en dirección contraria a la de su casa, hacia la calle del Medio.

En el cementerio de la iglesia de San Francisco, como supuso, ya no había nadie. El entierro debió haber sido temprano, a eso de las dos de la tarde o tal vez antes. Desde donde estaba, en la desembocadura de la calle de Zea, no podía distinguir el lugar de la sepultura. Enderezándose, respiró unas cuantas veces y echó a correr de nuevo. Le preocupaba su mamá, pero no quería volver a casa sin ver por lo menos el lugar donde yacían los restos del infortunado comerciante. ¿No era ese acaso el final de la historia que ocupaba su mente y lo inquietaba desde el día anterior?

Un corto trecho lo separaba de las graderías de la iglesia cuando vio que una mujer de negro, con la cabeza cubierta

con un pañolón del mismo color, cruzaba el atrio en dirección al cementerio. Aunque estaba de espaldas, por su porte y su andar se podía deducir que era joven y seguramente bella. ¿De quién se trataría? El guampo, en eso habían coincidido todos los que lo conocieron, no tenía a nadie en el Cuzco, a ningún familiar cercano o lejano, y tampoco compromiso alguno.

Aminorando el paso, Diego subió en sesgo las gradas con intención de buscar un lugar desde donde observar sin llamar la atención. La mujer, entre tanto, se había detenido delante de la sepultura señalada por numerosos arreglos de flores y, después de comprobar que no había nadie cerca, dejó al descubierto a su vez un ramo de rosas. Diego, medio escondido detrás de la cruz de piedra, podía distinguir el perfil de la dama. Era mayor de lo que supuso, de unos treinta años, e incluso desde esa distancia se podía notar que estaba muy afligida. Sumida en sus pensamientos, en todo caso, ni se percató de que un perro estaba olisqueando el ruedo de su falda.

¿Algún lazo unía entonces a la mujer con el difunto? ¿O tal vez de por medio había un fuerte sentimiento, hasta un noviazgo quizás? Pero, en ese caso, ¿por qué no había asistido al entierro?, ¿por qué se escondía de las miradas de la gente? No, seguramente la dama era solo una más de las tantas personas de buen corazón que habían cubierto de flores la tumba del joven guampo. “¡Pobrecito!, morir tan lejos de los suyos, de su tierra”, habían comentado en casa su mamá y las dos sirvientas. Sí, eso mismo era lo que apenaba a la mujer. Seguramente tendría ausente a un ser querido, su esposo, un hermano, alguien así de cercano, y por eso estaba tan compungida por el trágico final del comerciante.

Diego no se movió del sitio cuando la mujer echó a andar justo en dirección adonde él estaba, seguramente para dirigirse hacia la calle Nueva o quién sabe si hacia la cuesta de Santa Ana. Su intención era hacerle una venia y decirle con la mirada o quizás sonriendo muy delicadamente que compartía sus sentimientos. Al descubrir, sin embargo, un rostro bañado en lágrimas, unas facciones completamente desdibujadas por un dolor que debía de ser muy grande, se olvidó de todo. La mujer, por lo demás, efectivamente de unos treinta años y no española ni criolla, como su atuendo parecía indicar, sino una mestiza de piel trigueña y cabellos negros, no reparó en el muchacho que la miraba asombrado.

Esa noche, Diego vio en sueños a la misteriosa mestiza. Estaban los dos en el cementerio de la catedral y ella trataba de decirle algo, pero sin lograr articular palabra, cual si no tuviera lengua.

—La tengo que buscar. ¿Qué habrá querido decirme? —le comentó a su mamá durante el desayuno.

—Hijito, pero si ni te conoce... ¿Qué podría decirte?

—¡Ella sabe quiénes son los asesinos! —tuvo de pronto Diego una revelación—. Sí, eso es... Por eso en mi sueño estaba tan asustada, como si alguien la persiguiera. Debe de tener miedo de que también la maten.

—Si ella supiera algo, hace rato que le hubieran hecho lo mismo que al pobre guampo. ¡Ya olvídate de ese asunto, hijito!

—No, no, no —siguió en lo suyo Diego—. Por alguna razón, los asesinos no pueden hacerle nada... Ella tampoco puede delatarlos, pero no por miedo... ¿De qué iba a tener miedo? Ni bien diese los nombres de los criminales, mi

padre los haría capturar de inmediato... ¿Por qué no habla? Tiene que haber alguna razón muy poderosa.

—Come, come, hijito... Vas a llegar tarde al colegio.

—¡Ya sé! —se levantó Diego de un brinco—. ¡Son los hermanos o el papá de esa mestiza los que han matado a Pedro Romero!

—¡Qué dices, hijo! ¿Cómo puedes levantar falso testimonio contra unas personas a las que ni conoces? ¡Cállate, cállate...! —se santiguó varias veces la señora—. ¡No se te ocurra volver a repetir eso!

Acicateado por el deseo de cerrar la boca a quienes a media voz culpaban a su padre de la muerte del guampo y también a esos otros, más atrevidos, que criticaban abiertamente al corregidor porque supuestamente no estaba haciendo lo suficiente para dar con los asesinos, Diego emprendió un recorrido por ese sector de la ciudad donde probablemente vivía la mestiza.

—Seguro que el comerciante la deshonró —le explicaba al amigo que había aceptado acompañarlo, el mismo muchachito con el que una semana antes habían corrido al cementerio de la catedral—. Por eso los hermanos de la mujer lo mataron. ¡En venganza!

—¿Pero por qué no los denuncia a la justicia?

—¿Tú delatarías a tu propio hermano? Si matase a alguien para defenderte, ¿tú lo entregarías a la justicia? —dejó Diego sin argumentos a su amigo.

—¿Cómo es ella? La mestiza —preguntó el muchachito al cabo de un rato.

—No me he podido fijar bien en su cara, estaba llorando, pero si la veo, la reconozco de inmediato. Por su porte. Es bien alta. Y viste como dama...

—¡¿Alta?! —no pudo ocultar su aprehensión el amigo de Diego—. ¿No te habrás cruzado con una condenada? Dicen que los condenados y los aparecidos caminan sin pisar el suelo. Igual que los fantasmas. Por eso parecen altotes.

Era algo que también se le había ocurrido. Muchos decían que fue justamente a raíz de la muerte trágica de su prometida que Pedro Romero había cambiado la seguridad de su vida en España por un incierto destino en Indias. ¿No sería el fantasma de esa mujer el que se le apareció esa tarde en el atrio de San Francisco?

—No sé —dudó de nuevo Diego—. ¿Los perros les tienen miedo a los condenados?

—Dicen que sí, que se ponen a aullar.

—No era una condenada entonces. Un perrito se le acercó esa tarde.

Más tranquilos, los dos amigos continuaron su búsqueda, primero por la calle Nueva Baja y luego, en sentido inverso, por Nueva Alta.

—Tenemos que tratar de nuevo mañana —dijo Diego desalentado cuando volvieron a la plazuela de San Francisco, el lugar donde habían empezado el recorrido.

—Yo ya no puedo —se disculpó su amigo.

—¿Y otro día?

—Tampoco. Mi mamá no me deja salir.

—¡Qué me importa! —se molestó Diego—. Yo puedo seguir buscándola por mi cuenta.

En varias ocasiones intentó efectivamente aventurarse solo en el barrio de Santa Ana, pero nunca llegó muy lejos. Claro que se sentía feliz de solo imaginar que gracias a él era resuelto un crimen que seguía siendo la comidilla de toda

la ciudad y sudaba incluso al repasar en su mente la escena en que su padre, admirado y orgulloso, lo recibía en sus brazos delante de los principales vecinos del Cuzco, pero igual de vívidos se le presentaban los peligros que entrañaba esa empresa. ¿Y si la mujer lo negaba todo? ¿Había manera de obligarla a confesar? Peor aún, ¿y si ni siquiera lograba acercarse a ella? ¿Si sus hermanos o su padre la tenían todo el tiempo vigilada? ¿Cómo podría enfrentarse él a esos desalmados? Es más, ¿qué le harían si descubrían que sospechaba algo...?

Tras mucho cavilar, Diego hizo a un lado la vergüenza que sentía por no tener el valor suficiente para resolver ese asunto solo y buscó la oportunidad de plantearse a su padre.

—¿Puedo hablar un momento con usted? —le preguntó tratando de controlar el temblor en su voz una tarde que lo encontró solo, revisando unos papeles en su escritorio, un hermoso mueble de ébano con incrustaciones de marfil y cantoneras de plata.

—¿Otra vez te envía a limosnear tu madre? —puso cara de pocos amigos don Diego olvidándose por unos momentos de su trabajo.

—No, no, no... —se apresuró a aclarar Diego, pero sin atreverse a mirar a los ojos a su padre—. Es sobre el asunto de Pedro Romero...

—¿Sobre qué? Habla más claro, no te entiendo.

—Sobre el comerciante español que fue asesinado... Tengo una pista que puede ayudar a encontrar a los que cometieron el crimen —fue al grano Diego para tratar de recobrar la atención de su padre, que había vuelto a sus papeles.

—¿Una pista? Todos los días alguien se ofrece a darme información valiosa que no sirve para nada. A ver cuál es la tuya... —no le hizo mucho caso don Diego a su hijo.

—La tarde del entierro, cuando ya no había nadie en el cementerio de San Francisco, vi a una mestiza llorando. Pienso que...

—¿Una mestiza? ¿Cómo era ella? ¿Qué aspecto tenía? —se mostró de pronto interesado el marqués.

—Era de buen porte..., alta, vestía como una dama, pero no pude verle bien la cara porque estaba llorando y se tapaba con un pañuelo —se justificó de antemano Diego por su pobre descripción.

—¿Y qué hizo? ¿Alguien más la vio?

—Estuvo buen rato parada delante de la tumba, como si estuviera rezando, y luego dejó un ramo de rosas que tenía guardado debajo de su chal —se volvió más locuaz Diego, contento de que su padre le prestase tanta atención—. Yo era el único que la estaba observando, escondido detrás de la cruz para que no se diera cuenta. No había nadie más en el cementerio, solo yo... y un perro...

Diego interrumpió su relato al darse cuenta de que su padre, pensativo, ya no lo escuchaba. Aguardó en silencio un rato, esperando ansioso la siguiente pregunta, pero como esta no llegó decidió arriesgarse y exponer las conjeturas que había hecho:

—Yo creo que son los hermanos o el padre de esa mestiza los que han matado al comerciante español. No por dinero, sino por un asunto de honor. Seguro que el guampo deshonró a la mujer y por eso ellos tomaron venganza...

—¿Qué dices? —salió de pronto de su ensimismamiento el marqués.

—Yo pienso que son los hermanos... —empezó de nuevo Diego, confundido por la forma tan dura como lo estaba mirando su padre—. Debe de ser un pleito de faldas, en todo caso. Si no, no se explica lo de la..., eso..., lo de la castración... Sería cuestión de encontrar a esa mestiza. Esa tarde se fue...

—¡Basta de hablar tonterías! —estalló de pronto el marqués—. ¡Vete ya a tu casa! ¡Y no vuelvas a repetir esas estupideces! ¿Has comentado con alguien lo que me has dicho a mí?

—No, señor —mintió Diego, asustado.

—Mejor. ¡El hijo del corregidor no puede ir por ahí soltando sandeces! ¿Entiendes? ¿Me has entendido bien? ¿No tengo que repetírtelo?

—No, señor —respondió Diego y, haciendo una venia, se retiró.

En vano estuvo Diego tratando de entender lo que había ocurrido. Esa mirada tan dura y fría al mismo tiempo, ese arranque de rabia, ¿por qué fueron? ¿Por algo que él dijo? ¿Por el solo hecho de estar metiendo las narices en asuntos tan delicados? Lo único que él quería era terminar de una vez por todas con las maledicencias, pero su padre no había entendido eso. Dolido, profundamente humillado, Diego no hacía otra cosa que rogar a Dios que no dejara libres a los asesinos. Soñaba de paso con que ocurriera un milagro: que esa misteriosa mujer resultase la clave para resolver el crimen.

Cuanto más pensaba Diego en la mestiza, sin embargo, más se le desdibujaban sus facciones, al extremo que solo

recordaba ya una tez del color de la canela y unos cabellos de una negrura como el cielo en las noches sin luna. Con algunas mujeres así Diego se cruzó más de una vez en la calle. Sintiendo que el corazón le daba un vuelco, las seguía un trecho para verificar, con disimulo, si no se estaba confundiendo. No era por los rasgos del rostro que se guiaba, sino por la expresión, por las huellas que debía haber dejado el desconsuelo, por el rictus que debía haber impreso en las delicadas facciones femeninas la terrible tragedia. Su último recurso para no equivocarse, para despejar hasta la más mínima duda, era la estatura. Si algo le había impresionado sobremanera en la apariencia de la enigmática mestiza era que les llevaba por lo menos un palmo a la mayoría de cuzqueñas. Eso más el decoro en sus maneras, su vestir, su modo de andar incluso, era lo que la hacía diferente a otras mujeres de su condición.

Paralizado quedó Diego por ello cuando entre la muchedumbre que asistía a la procesión del Señor de los Temblores descubrió de pronto, a cierta distancia, un pañolón negro que sobresalía claramente dentro de un grupo de devotas. Ansioso por comprobar si se trataba de ella y temeroso al mismo tiempo de perderla de vista, empezó a abrirse paso a empujones entre la gente, sin importarle que más de una persona le llamara la atención. Sí, allí estaba, de luto riguroso como hacía unos meses. Sus ojos, esos ojos que Diego había visto anegados en llanto, resultaron ser de una hermosura inusual, rasgados y del color de la miel, no pardos sino casi dorados, de un brillo intenso. Sus facciones eran también bellas, pero no porque fueran perfectas sino a pesar más bien de ciertas imperfecciones, como una nariz quizás dema-

siado afilada o cierta angulosidad del conjunto. Con todo, no era la belleza lo que más llamaba la atención en esa mujer, sino la extrema gravedad que traslucía su semblante. Sí, el dolor no la había minado, la había endurecido.

Solo el paso de los disciplinantes y penitentes, más numerosos que en otras ocasiones, hizo que Diego apartara la vista de ese rostro. Unos cargaban grandes cruces, otros llevaban pesados maderos, pero era sobre todo a los que se azotaban hasta sacarse sangre y a los que tenían espinos clavados en carne viva a los que miraba como hipnotizado. En algún momento volteó para comprobar que la mestiza no se hubiese movido del sitio y la notó abstraída, con la mirada perdida y la mente sabía Dios dónde.

En el barrio de Santa Ana, un poco más allá de la iglesia, quedaba la modesta vivienda de la mujer. Diego no tuvo problemas para seguirla, primero de cerca, confundido entre el gentío que se dispersaba poco a poco al término de la procesión, y luego, a medida que se alejaban del centro, a una distancia prudente para no despertar sospechas. Felizmente, en todo ese trayecto ni ella ni la sirvienta que la acompañaba, una indiecita de apenas unos diez o doce años, miraron para atrás. Diego, sin embargo, igual sentía que las rodillas le temblaban, en parte porque se creía a las puertas de una gran revelación, en parte por la aprehensión que le causaba caminar por calles tan apartadas.

Un rapazuelo que jugaba con su perrito en mitad de la calzada se convirtió en su involuntario informante.

—¿Aquí vive la familia Sandoval? —le preguntó Diego señalándole la puerta que hacía un rato había cerrado tras de sí la mestiza.

—No sé cómo se llaman.

—¿Es una señora que vive con sus dos hermanos?

—No, sola vive.

Confiado en que tanta suerte no podía ser casual, Diego decidió no dilatar más ese encuentro decisivo y llamó a la puerta.

—Necesito hablar con la señora —le dijo a la indiecita que salió a abrirle.

—Un ratito —corrió esta a llamar a su ama dejando la puerta entreabierta.

Diego, al tiempo que paseaba la vista por el oscuro zaguán y el pequeño patio sin empedrar, empezó a repasar en su mente las palabras con las que quería abordar asunto tan delicado: “Buenas tardes, señora. Yo sé que usted quiere que la muerte de Pedro Romero no quede sin castigo y le puedo ayudar a que así sea...”.

—¿Sí? ¿Qué desea? —preguntó la mujer desde el fondo del zaguán, interrumpiendo el soliloquio de Diego.

—Buenas tardes... —saludó este en voz demasiado baja para ser escuchado. Como no sabía, sin embargo, si entrar a la casa o esperar donde estaba, solo atinó a hacer una reverencia.

—¿En qué puedo ayudarle? —insistió la mujer saliendo finalmente a la puerta. En su tono de voz y en su mirada no había la menor curiosidad. Apenas el comedimiento de una persona educada.

—Buenas tardes, señora... —saludó nuevamente Diego, pero no tuvo tiempo de nada más porque de pronto la mujer dio un respingo como si hubiera visto al mismísimo demonio.

—¡Oh, vos! —exclamó sin poder salir de su asombro—. ¿Os ha mandado vuestro padre? No, no, habéis venido por vuestra cuenta...

De primera intención Diego pensó que esa mujer estaba divagando o que, en el mejor de los casos, lo estaba confundiendo con otra persona, pero en seguida comprendió que no había nada de eso. Así como ella lo estaba mirando solo se podía mirar a alguien a quien se conocía hacía mucho tiempo. Más aún, esa mujer sabía perfectamente la razón por la que él estaba allí y se alegraba, se alegraba de tener por fin la oportunidad de desfogar su dolor, su rabia, su pena...

—Yo..., disculpe... —se sintió en desventaja Diego y empezó a retroceder.

—Espere, no se vaya... —estiró una mano la mujer intentando retenerlo.

Diego se debatió unos instantes entre la curiosidad y el miedo, pero al final más pudo este, más pudo el temor a escuchar una verdad que podía resultarle demasiado perturbadora.

—Disculpe —balbució una vez más y echó a correr calle abajo como alma que lleva el diablo...

Leandra

Veinte años iba a cumplir Leandra Pineda y la pregunta que se hacía, paseando la mirada por la variopinta muchedumbre congregada en la plaza, era si entre esas personas se encontraría el hombre al que iba a amar por el resto de su vida. ¿Sería tal vez uno de esos bailarines de deslumbrante librea y tocado de plumas que pasaban en ese momento por su delante? No, seguramente no, pues eran indios en su mayoría. ¿Era entonces uno de esos comerciantes que orgullosos marchaban tras el estandarte de su gremio? Por un instante los ojos de Leandra se encontraron con los de un joven apenas un poco mayor que ella y eso fue suficiente para que el carmín encendiera sus mejillas.

Otro grupo de danzantes, con máscaras, ropones de raso y una profusión de adornos de plata, le arrancó una exclamación.

—Mire, mamá... —señaló con un dedo a los incas que venían luego y recién al volver la cabeza y toparse no con el rostro familiar sino con uno desconocido recordó que estaba sola. “Me siento mal, hija —revivió la mueca de dolor de su madre—. Me voy a quedar”. Leandra, estirando un poco el cuello, se cercioró de que su padre seguía en el mismo sitio, bebiendo chicha con sus amigos cerca del centro de la plaza, y ya más tranquila se deleitó estudiando en detalle cada uno de los trajes de la escuadra de nobles incas.

De no estar tan enfrascada en la contemplación de ese espectáculo de finas túnicas blancas que subrayaban el colo-

rido y el complicado diseño de los tocapus, Leandra hubiera podido notar que hacía buen rato alguien la observaba deslumbrado no por el fulgurante sol de ese día de junio ni por la suntuosidad de los atuendos incas, sino por su belleza. Era un caballero de unos treinta años que, como ella, tampoco pasaba desapercibido, pero no tanto por su apariencia, aunque esta distaba de ser ordinaria, cuanto por la firmeza y seguridad que emanaban de su persona.

Más de dos horas estuvo el caballero clavado en el sitio, esperando al parecer, sin dar signos de impaciencia, a que las vírgenes y santos con sus numerosas comitivas volvieran a la catedral. Solo entonces se caló el sombrero y caminó decidido en dirección a la muchacha. Cuando no la separaban de ella ni tres pasos, sin embargo, volvió a detenerse y, por más que hasta en dos ocasiones inclinó el cuerpo hacia adelante con la intención de continuar andando, no avanzó ni siquiera un palmo.

Leandra, entre tanto, que no se había percatado de nada, se dirigía sin prisa adonde estaba su padre, mirando disimuladamente a los varones que se cruzaban en su camino con la secreta esperanza de reconocer al joven comerciante. Un griterío que se desató de pronto a sus espaldas hizo que se volviera asustada. Delante de la capilla de Loreto, cerca de donde ella había estado apostada, parecía estar armándose una trifulca. Confundida por la gente que salía corriendo en todas direcciones, Leandra no supo cómo actuar. Mayor aún fue su pasmo cuando a los pocos instantes una lluvia de piedras empezó a caer a escasa distancia. Uno de esos proyectiles estuvo a punto de impactarle en el cuerpo, pero fue desviado por un brazo aparecido providencialmente en el último segundo.

—Son los indios de las parroquias. ¡Merecen ser azotados! —le explicó el hombre que había acudido en su ayuda al tiempo que la llevaba firmemente cogida de un brazo adonde ambos estuvieran a salvo de las pedradas.

—¡Mi padre! Estaba tomando chicha con sus amigos —se detuvo en seco Leandra.

—Habrá corrido —la obligó a reemprender la marcha su protector.

Solo cuando llegaron a los portales Leandra pudo comprobar que se trataba de un caballero muy distinguido, que vestía una fina capa negra que acentuaba aún más la blancura de su tez.

—¡Su brazo! ¿Le duele? —se acordó ella.

—No mucho —respondió el caballero tocándose con la mano izquierda el lugar donde había impactado el proyectil.

—¡Muchas gracias! Dios se lo pague... —no supo qué más decir Leandra, empezando a sentirse incómoda por esa mirada que la taladraba.

—¿Dónde vives? Será mejor que te acompañe.

—No se moleste. Parece que la pelea ya terminó. O puedo dar un rodeo para no cruzar la plaza.

—Te acompaño —no escuchó razones el caballero.

“Don Diego de Esquivel el Mozo”, no lo podía creer después Leandra.

—¿No sería bueno que vaya a agradecer a Su Excelencia? —preguntó su padre al escuchar el relato.

Él había tenido menos suerte y, al correr, había tropezado y caído aparatosamente al suelo. Su esposa, que le estaba curando la herida, le hizo desistir.

—Ni te van a atender. Son personas importantes. Estarán ocupados.

“¿Cómo apellidas?”, recordó Leandra, al escuchar esto último, el diálogo que había sostenido con don Diego. “¿Pineda? —se asombró—. Hubiera jurado que Pilcothupa, Guamán o algo así, que por tus venas corre sangre de la realeza incaica. Runasimta rimankichu?”. “Ari, rimanim”, contestó ella, por vez primera avergonzada al expresarse en la lengua que tan a menudo hablaba con su madre. “¿Has visto el lienzo que está a la entrada de la Compañía? —siguió con su interrogatorio don Diego—. Eres igual a la princesa incaica que está siendo desposada por el capitán Loyola”.

Ese mismo domingo, en lugar de escuchar misa en la iglesia de San Blas, Leandra, acompañada por una amiga, bajó hasta la plaza y entró a la Compañía. Aprovechando que el oficio todavía no había empezado, se detuvo ante el enorme lienzo en el que estaban representadas no una sino dos parejas. Ambas mujeres tenían la tez oscura, pero la que estaba a la izquierda vestía además traje incaico, con la característica franja de multicolores tocapus que destacaba sobre fondo blanco.

—¡Esa es! —le susurró Leandra a su amiga.

—¡Qué lindo su traje! Pero tú eres más guapa. Y tu piel es más clara, como la de la otra, la que está vestida como española. Tu cabello sí es igual de negro. ¡Mira sus joyas!

Los ojos de Leandra se posaron durante un instante en esa mano enjoyada, pero en seguida volvieron al rostro.

—¿Estaría muy enamorada? ¿Habría sido feliz? ¿Qué dirá allí? —señaló finalmente el medallón que había a un costado del lienzo, pensando que tal vez el texto allí inscrito ofrecía la respuesta a sus inquietudes.

—Ese debe de ser su nombre —indicó a su vez la amiga lo escrito justo debajo de la bella mujer—. ¿Cómo se llamaba?

—No sé. Era una ñusta..., una princesa incaica —se corrigió a sí misma recordando las palabras de don Diego.

—¿Y las ñustas se podían casar con españoles?

—Las ñustas sí y también las hijas de los caciques —respondió decididamente Leandra sin saber en realidad si estaba en lo cierto.

Durante la misa no hizo otra cosa que fantasear. Imaginaba que en su casa se presentaba uno de esos incas que desfilaban en el Corpus y en todas las grandes ocasiones para dar una importante noticia que por alguna razón debió haber sido mantenida todo ese tiempo en secreto: que la mamá de Leandra y por consiguiente Leandra misma pertenecían a la nobleza nativa. Más aún, postrándose ante Leandra, el inca explicaba que por una serie de circunstancias en ella había recaído el título de princesa.

—Mamá, ¿quién era el padre de usted? —preguntó Leandra horas después, mientras cocinaba el almuerzo.

—¿Cómo “quién”?

—¿Cómo apellidaba? ¿Era indio o mestizo?

—Mestizo era. Se llamaba Gregorio Sánchez. Según mi mamá, la guitarra fue su perdición. Lindo cantaba, dice. A todas partes lo invitaban para que toque su guitarra. Y, claro, el trago nunca le faltaba. Por culpa del trago se murió joven. Yo casi ni me acuerdo de él. Chiquita era. Una guaguacha.

—¿Está segura de que era mestizo? ¿Y la madre de usted? ¿Ella sí era india?

—India, mestiza... ¿qué más te da? ¿Qué tonterías estás preguntándome? —perdió la paciencia la mamá de Leandra y salió de la cocina.

“No iré”, decidió la muchacha con determinación y trató de poner toda su atención en lo que estaba haciendo, pero no pudo engañarse a sí misma: no solo no sabía si acudir o no a la cita que le había fijado don Diego para esa tarde, sino que tampoco podía pensar en otra cosa. “Ya veré. De repente ni siquiera podré salir”, hizo otro esfuerzo para calmar su ansiedad.

A eso de las tres de la tarde, cuando terminó de arreglar en la cocina, la casa estaba en silencio.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan callada? —le preguntó su madre antes de retirarse a reposar, algo que solo se permitía porque seguía sintiéndose mal.

—¿A mí? Nada, nada... —se apresuró a tranquilizarla Leandra y recién entonces cayó en la cuenta de que, contra su costumbre, llevaba horas sin cantar—. “Llaqtaymanta lloqsirkani paris-paris palomita...”, —entonó entonces uno de sus aires favoritos para tranquilizar a su madre y para también ella sosegar, pero al rato cayó de nuevo en el mutismo.

“¿Voy, no voy?”, pensaba. “Ay, qué tontería —decidió finalmente—. De repente don Diego ya ni se acuerda de mí. Voy por si un caso y si no está, me regresó”.

Con el mismo vestido con el que había ido a misa y con el que, protegida por un delantal, había estado cocinando, Leandra se dirigió a paso calculadamente lento a la plazuela del barrio. Disgustada con su atuendo, solo puso particular esmero en arreglarse el pelo y en escoger un pañolón que le quedara bien, pero ninguno de los pocos que tenía le pareció

apropiado. “¿A quién habré sacado el color de mis ojos? —se preguntó mientras se miraba por última vez en un espejo de mano—. Ni mamá ni papá los tienen así”.

Pocos metros antes de llegar a la plaza, cuando el ábside de la iglesia estaba ya al alcance de su vista, se detuvo y respiró hondo. “Si la primera persona que aparece es mujer, me regreso a casa”, tentó al destino, pero casi en ese mismo instante un rapazuelo se presentó delante de ella como surgido de la nada. Ya más confiada, se persignó y reanudó la marcha.

Don Diego efectivamente estaba allí, en el otro extremo de la plaza. Al verla, despachó con un ademán al criado que cuidaba los caballos y caminó a su encuentro.

—Dichosos los ojos, Leandra...

—¿De verdad se hubiera quedado Su Merced esperando toda la tarde si yo no venía? —le recordó ella sus palabras.

—Toda la tarde y toda la noche. Y el siguiente domingo hubiera hecho lo mismo y el subsiguiente igual. Hasta hacer que por fin te apiades de mí...

—¿Yo de usted? ¿No seré yo más bien la que tendré que pedir piedad?

—¿Qué hacemos aquí parados? —cambió de tema don Diego—. ¿Conoces Mesa Redonda? Está muy cerca de aquí, por el camino a la Recoleta.

Leandra, girando el cuerpo ligeramente hacia atrás, se libró de la mano que le había sujetado el brazo, pero no puso reparos al paseo que don Diego proponía dar. La preocupación por si hacía bien en ir a un lugar un tanto apartado no le dejaba, sin embargo, concentrarse en lo que don Diego iba contando.

—Mejor volvamos —se detuvo en seco cuando la última calle se transformó en un camino que discurría entre huertas—. ¡Se me hace tarde!

—Leandra, acabas de salir de casa —le reclamó don Diego con tono suave pero firme—. Yo sé cómo te sientes, cómo te has sentido todos estos días. Las dudas no te han dejado tranquila: querías acudir a la cita conmigo, pero sabías al mismo tiempo que eso estaba mal, que nada bueno puede salir de la amistad con un hombre que no es de tu condición. Tal vez te sirva de consuelo saber que yo me he sentido igual, que hasta el último minuto he estado luchando conmigo mismo, pero resultó más fuerte el deseo de volver a verte...

Don Diego hizo una pausa. Intentó un par de veces retomar el hilo de su discurso, pero volvió a quedar en silencio. Finalmente, luego de mirar a Leandra largo rato fijamente a los ojos y de otro tanto de contemplar absorto el pequeño agujero que estaba haciendo en la tierra de tanto golpear con la punta del zapato, continuó:

—¡Hagamos un pacto! Si después de esta tarde o más adelante, en cualquier otro momento, decides que mi amistad solo te trae inconvenientes, me lo dices y yo desaparezco de tu vida. ¡Palabra de caballero!

Leandra no estaba segura de que fuera eso lo que quería escuchar, pero sintió como si le hubieran tirado una soga de la cual asirse si perdía piso en el terreno escarpado por el que se estaba metiendo y decidió por el momento no huir.

—Seguramente usted tiene muchas ocupaciones, muchos compromisos... ¿Para qué quiere la amistad de una muchacha sencilla como yo? Eso es lo que no entiendo...

—¿Seguimos caminando? No vamos a demorar mucho

—la tranquilizó nuevamente don Diego antes de responder—. Sí, efectivamente obligaciones no me faltan y tampoco compromisos... ¿Sabes, no, que soy corregidor de Calca?

—No, no sabía —respondió Leandra con cara de asombro.

—Sí, desde el año pasado. Los compromisos... A veces me gustaría dejar de lado todos los compromisos que conlleva mi posición e irme de Cuzco, así sin más, a la aventura. ¿Tú no sueñas a veces con librarte de toda obligación, con no hacer sino lo que a ti te plazca?

—¿Tan pesada carga le resultan los compromisos? —devolvió Leandra la pregunta con otra, intuyendo que algún misterio encerraba el afán aventurero de don Diego.

—Algunos sí... —respondió este y se quedó pensativo—. Tú, Leandra, eres una muchacha sencilla, como tú misma dices, pero eres dueña de tus sentimientos. Yo, don Diego de Esquivel y Navia, futuro marqués de Valleumbroso, corregidor de Calca, gozaré de una posición muy encumbrada, pero no soy dueño de los míos...

Leandra se detuvo para que don Diego le diera la cara antes de decir lo que estaba a punto de decir. Tenía a su espalda un disco de oro que había vuelto resplandeciente la atmósfera que envolvía todo lo que la rodeaba, pero ella no se daba cuenta de eso. Ni siquiera escuchaba el trinar de pájaros que llenaba la tarde ni los ladridos de los perros que cuidaban la huerta más cercana. Solo sentía como retumbaban los latidos de su corazón.

—Hace unos años me enamoré de una mujer y quise unir mi vida a la de ella. Era joven y muy guapa, pero sobre todo sensible, delicada. Criolla como yo, de una familia de alcurnia, descendiente de conquistadores como la mía,

pero muy venida a menos. ¡No me importaba! ¡Qué podía importarme eso, la dote, las propiedades, los cálculos pecuniarios! ¡Lo único que contaba para mí era que yo la amaba con locura y que ella me amaba igual...! No hubo boda, sin embargo...

—¿Su padre el marqués se opuso? —creyó adivinar Leandra.

—Sí, claro. Puso el grito en el cielo, amenazó con desheredarme, me mandó a encerrar en el obraje que tenemos en Quispicanche, pero yo seguía en mis trece. “Para terco, terco y medio”, debe de haber pensado mi padre y entonces movió sus influencias para que el virrey me llamara a Lima por una temporada. Su cálculo era dejar que el tiempo y la distancia enfriasen mis sentimientos, pero en realidad fueron las atenciones que me dispensaba el Conde de la Monclova las que me hicieron entrar en razón. Me di cuenta de que yo había nacido para eso mismo que Su Excelencia hacía con tanta naturalidad: para gobernar, para servir al Rey en los asuntos de mayor responsabilidad. Y eso implicaba, como me repetía don Melchor, muchos sacrificios, entre ellos el anteponer el deber a los designios del corazón. “Un Esquivel —me repetía— tiene la obligación de contraer enlace con una mujer de su posición”... Eso es justamente lo que me dispongo a hacer dentro de unas semanas...

—¡Ah! —se le cortó la respiración a Leandra.

—Doña Josefa Espinola Villavicencio y Pardo de Figueroa se llama la dama limeña a la que me uniré en matrimonio. No es el amor lo que me mueve a ello, Leandra, es el deber —cogió don Diego en las suyas las manos de la muchacha—. Espero pronto ser corregidor del Cuzco, pero aspiro a más, a muchísimo más, y doña Josefa es una dama digna de estas aspiraciones.

—¿Y la otra mujer? A la que usted amaba. ¿Qué pasó con ella? —preguntó Leandra angustiada.

—No le pasó nada —sonrió don Diego sin que Leandra entendiera bien por qué: si por la preocupación que ella expresaba o por la forma como había reculado para liberar sus manos—. Seguimos juntos un tiempo más y del fruto de nuestro amor nació un niño, Diego, que ya está por cumplir los seis años. Por supuesto que yo me he hecho cargo de ambos, del niño y de su madre.

Leandra no quiso oír más. Se acercó al borde mismo del andén por el que discurría el camino y se hizo la que estudiaba con detenimiento el paisaje para que don Diego no notara que tenía los ojos nublados por las lágrimas.

—Allá, pasando la garganta de Angostura —le señaló don Diego el fondo del valle al cabo de buen rato de estar parado a su lado—, está Quispicanche, el obraje del que te hablé. Allí busco refugio cuando me flaquean los ánimos y siento que hice mal en escoger el camino que he escogido. No me quedo en La Glorieta, la casa-hacienda. Subo tempranito a los cerros, hasta las cumbres mismas, acompañado de mis dos perros y paso horas pensando en lo solo que me siento... Debe de ser porque en esas alturas no hay ni siquiera zorros o venados que me vienen esos pensamientos...

Leandra volteó y se encontró con una expresión que nunca había visto en el rostro de una persona, una mezcla de dureza con algo que podía ser quizás amargura o pena. No se le ocurrió, para reconfortar a don Diego, para suavizar esa mirada que le estaba haciendo daño, otra cosa que tomarlo de las manos. En el instante siguiente sintió un fuerte tirón y, sin saber cómo, tenía ese rostro de facciones severas casi

pegado al suyo. Abrió la boca para decir algo, pero no tuvo tiempo pues unos labios sellaron los suyos...

—¡Tengo que regresar! ¡Ahora sí es tarde! —dijo cuando por fin pudo soltarse. Estaba tan avergonzada que no se atrevía a mirarle de frente.

Repasando de rato en rato sus labios con las yemas de los dedos, Leandra trataba de sopesar la situación en que se encontraba. “No sé”, había respondido cuando don Diego le preguntó si se volverían a ver y la razón le decía que había hecho mal, que debió ser firme y decirle que no, que nunca más. “Pero él ha prometido que no habrá ningún problema y no creo que haya mentido”, retrucaba de inmediato, no obstante, esa parte de su ser que todavía vibraba con lo vivido poco antes. Era la primera vez que los labios de un hombre se juntaban con los suyos y se sentía como atontada, aturrida. “Ay, siwar k'entil, amaña wayta toki okachaychu...”, empezó a desgranar un huaino tras otro, todos sobre las penas que trae el amor. Entre tanto, yendo de un lado a otro de la habitación, como un conejo de la tierra cuando huele el peligro, buscaba dónde esconder los hermosos aretes que le había regalado don Diego al momento de despedirse. “No he encontrado ninguna piedra que tenga el color y el brillo de tus ojos, pero en fin...”, le dijo tratando de restarles valor a esas joyas y a su propio gesto.

—¡Señorita! ¡Señorita! —le pasó la voz a los pocos días un mulato cuando iba a la tienda—. Señorita, mi amo, don Diego, le espera esta tarde en Limacpampa.

Leandra siguió su camino como si no fuese a ella a quien se dirigían, pero al parecer eso era algo que el sirviente se esperaba pues se retiró haciendo una venia tras repetir el

encargo de su patrón: “¡Después de almuerzo! ¡En Limac-pampa!”.

—Voy a estar con Rosario —le explicó Leandra a su mamá para poder salir de casa y efectivamente fue a buscar a su amiga. Había logrado convencerla para que la acompañara, por lo menos hasta averiguar por qué razón don Diego la había citado tan lejos de San Blas.

—Señor marqués... —hizo una venia la muchacha cuando Leandra los presentó.

—Todavía no lo soy —aclaró don Diego con una sonrisa— y quiera Dios que por un buen tiempo no lo sea, aunque desgraciadamente mi padre está muy delicado de salud. En fin, no hablemos de eso ahora... Tenemos un asunto urgente que resolver: quería que vayamos a pasear a caballo, pero nos falta uno. ¿Cambiamos de planes o le ordeno a Anselmo traer otra cabalgadura? Como vosotras preferáis.

A las dos amigas les bastó intercambiar rápidamente miradas para ponerse de acuerdo.

—Yo tengo que hacer un encargo para mi mamá. No puedo acompañarlos —se excusó Rosario.

—¿Mañana entonces? Mira que me vas a hacer sentir muy mal si dices que no —la comprometió don Diego.

—Mañana no hay problema —contestó Rosario luego de otro intercambio de miradas y se despidió.

—No soy buena jinete —se disculpó Leandra cuando el mulato se acercó con los caballos.

—No te preocupes. Esta yegua es más mansa que una paloma —la tranquilizó don Diego ayudándole a montar.

Enfilaron por Arcopunco en dirección a San Sebastián, siguiendo el camino real. Leandra, temerosa al comienzo, se

sintió más tranquila cuando se convenció de que su yegua efectivamente era muy mansa. Hasta probó, lanzando en broma un quién gana, trotar por unos minutos.

—¿Así que no eras buena jinete? Eres una perfecta amazona —la alentó don Diego al darle alcance—. Y galopar, ¿sabes? ¿No? ¡Tienes que aprender! ¡Es como si te salieran alas! ¡Te sientes libre como un pájaro, aliviado de todo peso, de toda carga...!

Las clases empezaron allí mismo y continuaron a la tarde siguiente, cuando Rosario también fue de la partida.

—¡No, no! Tengo miedo de caerme —rechazó de plano la muchacha la invitación a sumarse a las improvisadas lecciones de equitación y se quedó a la sombra de un árbol, a la orilla del campo por donde la aprendiz de amazona iba y venía siguiendo las instrucciones de don Diego.

—¿No te animas? Vamos, no seas zonza, no te va a pasar nada —le insistió Leandra hasta en dos ocasiones. Le molestaba la actitud de su amiga, esa manera de censurar no con palabras sino dándoselas de muy recatada, pero optó por no hacerle caso. Total, siempre era al revés, siempre era ella la juiciosa, la que se mostraba seca y cortante con los varones que se les acercaban para que no se tomaran confianzas. Ver ahora la cara de asombro de Rosario le causaba gracia y hacía que el cabalgar le resultase aún más divertido y excitante.

—Ya no puedo más. ¡Me duele el po...! —le explicó Leandra a Rosario la tercera vez que se acercó. Don Diego, que había ido a ordenar a su sirviente que alistase la merienda, se les sumó al poco rato y le ayudó a desmontar.

—He traído un queso, unas aceitunas y un vino que espero os gusten —se anticipó a Anselmo, que estaba un poco

más allá colocando en un mantel extendido en el pasto las cosas que iba sacando de una canasta.

—Yo no bebo, gracias —aclaró de inmediato Rosario.

—Yo, en principio, tampoco, pero por esta vez voy a beber por partida doble, por mí y por Rosario. ¡Como premio a mi valor! —retrucó Leandra. Rosario la miró con cara de pocos amigos, pero ella no le hizo caso. No había dicho eso por fastidiarla. ¡No sabía por qué lo había dicho! ¡Quizás porque se sentía distinta, desenvuelta, de verdad liberada de los temores que por lo general pautaban su conducta, como decía don Diego que se siente uno al cabalgar raudo como el viento!

—¡Salud!, entonces —le ofreció don Diego una de las copas que trajo Anselmo y añadió, como si le estuviera leyendo los pensamientos—: ¡Por la libertad!

—¡Por la libertad! —chocó Leandra su copa con la de él antes de llevársela a los labios.

Seguían de pie, junto al árbol que había dado sombra a Rosario y que ahora, con el sol ya más bajo, se dibujaba, alargado, a unos metros de ellos.

—¡Vamos a comer! —las invitó don Diego a acomodarse alrededor del mantel dispuesto por su criado.

—¡Ay! —se quejó Leandra al sentarse en el pasto—. No sé cómo ponerme —explicó ruborizada, pero sumándose ella también a las risas de don Diego y Rosario.

—¡Lisura! —se compadeció don Diego—. Estás pagando el noviciado.

—Usted no me había advertido de eso... ¡Ay! —volvió a quejarse Leandra, provocando nuevas risas. Las sentaderas de verdad le dolían, tanto que no quería ni pensar en cómo haría para

soportar el trayecto de regreso, pero igual se sentía pletórica de alegría—. Una copa más y me pongo a cantar... —anunció.

—¡Por estas dos bellas damas! —propuso don Diego un nuevo brindis tras servir más vino.

Leandra bebió un sorbo y efectivamente empezó a cantar, a dúo con su amiga. Sabía que lo hacía bien, que su voz era muy agradable, pero esa tarde, al levantar la vista y descubrir que don Diego la escuchaba embelesado, se sintió mejor cantante que nunca.

—No me habías dicho que tenías ese talento —le comentó cuando emprendieron el retorno, acercando su caballo al de ella—. ¡Te envidio! A mí me encanta la música y de hecho de joven tuve varios maestros de guitarra, pero soy pésimo intérprete y peor cantante.

—Agradezca que es así. En mi casa dicen que los músicos siempre terminan mal. Mi mamá siempre se la pasa diciéndome que preferible me caso con un indio que con un músico.

—¿Y hay muchos músicos entre tus pretendientes?

—¡No tengo pretendientes! —se puso seria Leandra.

—¡¿No?! —se asombró de veras don Diego—. ¡¿Con esos ojos, ese porte, esa voz?! Una de dos: o solo te has cruzado con ciegos, sordos y mudos o quienes te ven se quedan ciegos, sordos y mudos... Lo segundo es más probable. Lo digo por experiencia. La primera vez que te vi, el día del Corpus, me quedé absolutamente pasmado.

Leandra, azorada, espoleó su caballo para esconder su incomodidad.

—¡Disculpame, por favor! —se le acercó de nuevo don Diego—. Creo que he sido demasiado franco... Pero, ¿no piensas que es mejor así?

—¡Dígame una palabra! ¡La que se le ocurra! —le interrumpió Leandra.

—¿Qué? ¿Cualquier palabra? —no entendía don Diego el porqué de ese pedido—. Cantuta.

—Cantuta... —posó también la vista Leandra en esa flor que crecía a la orilla del camino y, tras quedarse pensativa unos segundos, empezó a cantar un yaraví muy triste sobre una joven abandonada por su amado—: “Qantu qantuchay sumaq waytachay, ima kentiray tipyaykurqa...”.

—Soledad —buscó don Diego una palabra que le parecía más difícil, pero Leandra no demoró casi nada en ponerse a cantar una tonada sobre la tristeza que rodea a las almas solitarias.

—Despedida —se adelantó ella a don Diego al terminar esta última canción.

—¿Qué? ¿Quieres que yo cante?

—No, no... —se rio Leandra—. Solo le estaba avisando que dentro de un momento tenemos que despedirnos. Ya estamos en la ciudad.

—Leandra —se puso serio don Diego después de reír él también con la confusión—, tendremos que despedirnos por un buen tiempo. Mañana salgo a Lima... Debo escoltar a doña Josefa y sus familiares en el largo viaje hasta Cuzco. Acepta por favor este regalo para que sepas que todo este tiempo te tendré en mis pensamientos.

—No, no, de ninguna manera. Me ofende ofreciéndome un regalo cada vez que nos encontramos —rechazó Leandra la mano que sostenía una sortija.

—Pero ahora es distinto... No lo tomes como un regalo, tómalo como una prenda. Solo quiero estar seguro de que nos volveremos a ver a mi regreso.

—Eso no lo sé. No depende de que Su Merced me haga regalos en todo caso —se ofendió aún más Leandra e hizo voltear su montura para unirse a Rosario, que venía un poco más atrás, escoltada por el sirviente de don Diego.

En los días siguientes, Leandra repasó una y mil veces esta escena, lamentando no haber sabido dar a entender de manera mucho más clara, más tajante, que ella no era una cualquiera y que no estaba dispuesta a ser fulana de nadie. Creía, en su ofuscación, que ese terrible dolor que le atenazaba el corazón se habría mitigado rápidamente de haber hecho eso, de haberle escupido en la cara a don Diego palabras como: “¿Por quién me toma? ¿Qué le hace pensar que podemos seguir teniendo amistad después de que usted formalice su compromiso? Para mí será una ofensa, la peor de las ofensas, si me busca a su regreso de Lima. Esta es la última vez que nos vemos” .

El alivio que sintió al tomar la firme decisión de no volver a cruzar palabra con don Diego fue, sin embargo, pasajero. Varias veces en el día, en el momento menos pensado, una extraña inquietud se apoderaba de ella sin causa aparente y, cual si fuera un cóndor amarrado al lomo de un toro, le picoteaba y le picoteaba hasta hacerle herida. “¿Qué me pasa?, ¿qué tengo”, se preguntaba Leandra creyendo que tal vez había contraído una rara enfermedad, hasta que por fin, en cierta ocasión en que una dama emperifollada se le acercó alta-nera a preguntarle una dirección, descubrió que era víctima de los celos. Sí, era esa mujer de apellidos rimbombantes que seguramente ya estaba a punto de emprender viaje al Cuzco la culpable de su estado.

Una honda, inocultable vergüenza, se sumó al dolor. ¿Qué derecho tenía a profesar tan malos sentimientos hacia

una persona a la que ni siquiera conocía? ¿Qué pensaría don Diego si la viera en ese momento? ¿Acaso no le daría la espalda para evitarse problemas? Por precaución, para mantenerla alejada de su casa, de su futura esposa... Con la esperanza de recobrar la tranquilidad que reinaba en su ánimo hasta ese día de Corpus, Leandra hizo esfuerzos para sacarse de la cabeza a don Diego y al cabo de unas semanas le pareció haberlo logrado. De ese veneno que le estaba carcomiendo las entrañas, en todo caso, no quedaba huella, aunque no pudiera decir lo mismo de la tristeza, que, al igual que las canciones que entonaba a cada momento, se había vuelto su compañera inseparable.

—Leandra, don Diego ha vuelto... —le anunció una tarde Rosario. Estaban en el patio de casa de esta, que había hecho llamar a su amiga inventando un pretexto.

—¿Cómo sabes? ¿Lo has visto? —preguntó Leandra con sorpresa y desilusión a la vez. Se había preparado para enfrentar ese retorno de muchas maneras, menos de esa: enterarse por boca de otra persona que don Diego ya estaba en el Cuzco, sabía Dios hacía cuánto tiempo.

—Me ha hecho buscar con Anselmo. ¡Te está esperando en la plaza...!

—¿Cuándo? ¿Ahorita? ¿Cuándo ha vuelto? —preguntó Leandra presa de una gran inquietud.

—¡Acaba de llegar! Ni siquiera ha pasado por su casa. Me ha dicho que primero quiere conversar contigo...

Leandra se volteó para esconder de su amiga el torrente de lágrimas que afloraba a sus ojos.

—¿Le has dicho que no quiero volverlo a ver? —le preguntó a Rosario cuando por fin se calmó.

—Sí, le he dicho, pero no me cree, insiste en que tú se lo digas personalmente.

—No, no, no puedo... —tomó finalmente una decisión Leandra luego de dar vueltas y vueltas en el sitio, como un animal acorralado—. Anda tú y dile que ya no quiero ser su amiga, que respete la palabra que me dio. Repítele eso: ¡que respete su palabra de caballero!

—¿Me esperas aquí?

—Sí, sí...

Leandra se dejó caer en el poyo que había en uno de los rincones del patio, al lado de la puerta de la cocina. La inquietud, las dudas, la pena, el dolor que, sucediéndose unos a otros, arremolinándose, habían absorbido en cuestión de minutos todas sus fuerzas, parecían haberla privado también de la voluntad y de la capacidad de discernimiento. En todo caso, ajena a todo lo que ocurría a su alrededor, a las gallinas que correteaban por el patio, al perro que dormitaba a su lado, a los gritos infantiles que llegaban de la calle, Leandra ni siquiera se percató de que Rosario la estaba llamando.

—¡Ah!... —reaccionó recién cuando su amiga le sacudió los hombros—. ¿Le has dicho? ¿Se ha ido?

—¡Ven! —la tomó Rosario de la mano casi jalándola para que se pusiese de pie.

En el zaguán, oscuro por contraste con el patio inundado de luz, una silueta se recortaba cerca a la puerta.

—Leandra, no puedo cumplir mi palabra, no puedo... —le dijo con voz grave don Diego, avanzando hacia ella.

—Pero usted... —extendió una mano Leandra para frenarlo.

—Sí, yo te prometí, es cierto, pero el deseo de verte es más fuerte que yo. En estos tres meses, no he hecho otra cosa que pensar en ti, en cada momento, en cada instante, sufriendo al imaginar que a mi regreso iba a ocurrir esto... ¡Leandra! —avanzó un paso más don Diego.

—Pero su palabra, su promesa... —trató ella de no rendirse, mas en vano. Le resultaba verdaderamente insoportable el dolor y estaba demasiado cerca el pecho en el que podía encontrar alivio.

—¡Leandra! ¡Leandra! ¡Amor mío! —la recibió en sus brazos don Diego, llenándole el rostro de besos, mirándose en sus ojos, abrazándola tan fuerte que le hacía daño, pero un daño que reconfortaba, que calmaba el dolor y el sufrimiento de hace unos instantes y de los días, semanas y meses anteriores...

El tiempo empezó a correr vertiginosamente, envolviendo a Leandra en un torbellino tal de emociones y sentimientos encontrados que la mareaba, que hacía que todo cobrase visos de irrealidad. Esa ciudad en la que vivía no era la misma de antes como tampoco eran las mismas las personas que la rodeaban, sobre todo ese padre y esa madre que de pronto se habían transformado en dos seres disminuidos, apocados, que ya no le infundían respeto sino una extraña mezcla de ternura y lástima. El cielo, el sol, el aire, la tierra misma, todo eso en lo que antes ni reparaba, despertaban ahora todos sus sentidos, haciendo que cada amanecer la encontrara no solo rebosante de energía sino convertida casi en un elemento más de la naturaleza, gobernado por leyes que no son las que gobiernan a los seres humanos. De hecho, no era alimento lo que necesitaba, ni abrigo, ni reposo, ni la compañía de quienes

siempre habían estado a su lado, sino tan solo escuchar la voz de don Diego, verlo siquiera un momento cada día, dejarse robar más y más besos y caricias aunque el rubor le quemase el rostro y luego se sintiera avergonzada, sin derecho a merecer el perdón divino.

Solo por las noches, cuando arrodillada al pie de su lecho pedía fervientemente el favor de la Virgen, Leandra recobraba un poco de cordura y se llenaba de remordimientos. ¿En qué iría a terminar todo eso? Su papá, su mamá sobre todo, ¿no se mostraban acaso cada vez más recelosos con sus continuas salidas? ¿Cuánto más tardarían en descubrir lo que estaba pasando? ¿Con qué cara los miraría entonces? ¿Qué podría responder a sus recriminaciones...? De solo vislumbrar el callejón sin salida en el que se encontraba, los obstáculos tan grandes que le cerraban el camino a una dicha más duradera, Leandra flaqueaba de nuevo y se obligaba a sí misma a no pensar más en el después. En el fondo sabía muy bien que ese sueño que estaba viviendo terminaría en cualquier momento y que el despertar sería muy amargo, pero eso no le servía de nada. ¿Podía acaso ser juiciosa si ya no era dueña de sus sentimientos?

Lo intentó. La primera vez que don Diego tocó el tema, lo intentó. Si había algo que podía hacerla completamente feliz, con lo que ni en sus peores momentos de desvarío se había atrevido a soñar, era precisamente eso, pero igual intentó ser juiciosa y que don Diego también lo fuera. “Sí, sí, sí –le dijo–, sería una experiencia única, maravillosa, pero sería también el final de lo nuestro. Ya no podríamos esconderlo. Todo el Cuzco lo sabría. ¿Usted quiere eso? ¿Quiere que esto termine?”.

—Leandra, escúchame... —volvió a la carga don Diego al cabo de unos días—. Lo que la gente piense no interesa. Es cierto que tus papás pueden sospechar algo, pero no necesariamente. Sobre todo si yo no figuro para nada.

Estaban en Sacsayhuamán, hasta donde Leandro llegaba en la carroza del anciano marqués, siempre escoltada por Anselmo. Allí, en la explanada, la esperaba don Diego y se internaban luego, para alejarse de las miradas curiosas, entre esas construcciones de tiempos remotos que sobrecojían quién sabe si por su gran escala, como si fueran obra de una raza de gigantes, o porque lucían abandonadas. Esa tarde habían estado mirando las cuevas en las que, según contaban, los incas enterraban a sus muertos. Quizás justamente por ello don Diego se había acordado de ese asunto que Leandro consideraba ya zanjado.

—El problema es que la gente no solo piensa. La gente habla. ¿Y si algo llega a oídos de mi padre?

—Igual, tarde o temprano, tus padres lo sabrán... Y habremos dejado pasar esta ocasión que es única. No todos los años se representa la boda del sobrino de San Ignacio con la princesa incaica. Y sería la única vez que una muchacha más bella que cualquier princesa encarne ese papel.

Leandra, desde que vio el lienzo de la iglesia de la Compañía, no había dejado de soñar que por sus venas corría sangre de la realeza indígena. Ese era el imposible al que necesitaba aferrarse para que el amor por el que se había dejado atrapar tuviese algún sentido, para que su vida misma no se acabase en el ahora y tuviese un mañana. Por eso, cuando don Diego le contó que iban a escenificar esa boda igual a la que ella secretamente anhelaba con todo su ser, se

emocionó hasta las lágrimas de solo pensar que podía asistir a la representación. “¿Me hará entrar a la iglesia?”, le preguntó a don Diego ilusionada. “Puedo hacer más. Puedo hacer que te elijan para el papel de Clara Coya. Tradicionalmente recae en hijas de incas y caciques, pero no creo que nadie se atreva a contrariarme”, le respondió don Diego con esa determinación de los Esquivel que ella ya estaba aprendiendo a conocer.

—Me da miedo... —confesó Leandra al tiempo que se apartaba de esas cuevas—. Todo me da miedo. Me da miedo salir delante de tanta gente importante. Me da miedo que mis padres me prohíban verle. Algo sospechan ya. Cada vez me resulta más difícil salir de casa. Pienso que no me creen cuando les digo que voy donde Rosario.

—Nadie podrá separarnos, Leandra. No, si tú no lo quieres —abrazó don Diego a la muchacha—. Tú eres mi princesa, mi ñusta incaica, y quiero que todo el Cuzco te vea y se rinda ante tu belleza. Quiero que durante años en la ciudad no se hable de otra cosa que de la fastuosa representación de la boda de Clara Coya y García de Loyola. Yo ofreceré el vestido y las joyas que lucirás ese día, yo llenaré de flores la iglesia, también el agasajo correrá por mi cuenta, en general todo lo que haga falta para que te sientas como una reina, como mi reina...

Leandra se fue serenando al compás de la voz gruesa, rumorosa, de don Diego. Toda ella temblaba todavía, como de niña cuando los rayos restallaban con un fogonazo y un estruendo que le infundían terror, pero a fuerza de suspiros iba recobrando el ánimo, confiada en que esta vez la tormenta pasaría lejos.

—¿Cómo será? ¿Quién hablará con mis padres? —le preguntó a don Diego.

—Te presentaré primero al provincial de los jesuitas y luego él irá, en comitiva con un grupo de incas, a hablar con tu padre. Mi nombre no será mencionado, salvo tal vez como uno de los donantes. Y para mayor seguridad, para que en tu casa no sospechen nada, no volveremos a vernos hasta después de la representación. Además, igual estarás tan ocupada que ni tiempo tendrías para este humilde admirador...

Fueron palabras premonitorias. Entre las idas y venidas de su padre y los jesuitas, entre los ensayos y las visitas a la costurera, en medio de la agitación y los nervios que se apoderaron de toda su familia, Leandra no tuvo tiempo para encontrarse con don Diego. En otras circunstancias, esos días sin verlo, sin saber de él, hubieran transcurrido seguramente con una lentitud torturante, hubieran estado poblados por los demonios del miedo, la ansiedad, el recelo, la hubieran hecho sentirse olvidada, traicionada, miserable. En medio de esos preparativos, en cambio, Leandra se sentía como en el cuerpo de otra, que no estaba marcada ni por la humildad ni por el origen bajo, y sentía además a cada nada y como por arte de encantamiento la presencia de ese poderoso caballero que había cambiado tan radicalmente su vida: en la deferencia con que la trataban todas las personas, en la solicitud con la que le ofrecían los atuendos más finos y las joyas más delicadas, en esos detalles que parecían casi de cuento como el del cochero que se presentaba en el momento más necesario o el del maestro de danza y protocolo que vino a casa a enseñarle maneras elegantes.

El día de la representación lo más graneado de la sociedad cuzqueña se dio cita en la iglesia de la Compañía. Allí estaban, junto al obispo y al corregidor, los alcaldes, jueces y regidores, los prelados, rectores de los colegios y universidades, los vecinos principales y los indios nobles. En algún lugar, seguramente de pie debajo del coro junto a decenas de otras personas de condición humilde, se encontraban también los padres de Leandra y Rosario con los suyos, pero ella no los tenía presentes. Hecha un manojo de nervios, pendiente con todos sus sentidos del papel que estaba representando, solo se atrevía a mirar a ese monstruo de mil cabezas que tenía delante para buscar el rostro familiar y reconfortante de don Diego. Desde el momento en que lo encontró, en primera fila junto al corregidor y al obispo, dejó de ser ella misma y se metamorfoseó definitivamente en la princesa incaica.

Si la ceremonia toda le pareció a Leandra más real que cualquiera de los actos que había jalonado su existencia hasta ese momento, el apoteósico final acabó por trastornarla. Mientras el séquito nupcial se retiraba lentamente por el centro de la nave con el acompañamiento de clarines y cajas y en medio de una general algarabía de aplausos y vítores, Leandra empezó a creer que estaba ocurriendo un milagro, que ella ya no era más la muchacha humilde de San Blas sino la reina del Perú, una mujer que por su condición misma estaba llamada a tener un destino fuera de lo común. Alterada en extremo por la emoción tan intensa que la embargaba, a duras penas logró llegar a la puerta que comunicaba con la capilla de Loreto, donde, según le parecía, por fin podría empezar a disfrutar con calma su nueva esencia. Lo que sucedió, sin embargo, fue que sufrió un desvanecimiento apenas

las puertas de la capilla se cerraron tras la numerosa comarsa de nobles españoles e indios.

“¡Leandra!, ¡Leandra!...”; escuchó, confundida con muchas otras, la voz de don Diego y, al abrir los ojos, efectivamente se encontró con su rostro lleno de preocupación muy cerca del suyo. En las otras personas que se afanaban a su alrededor casi ni reparó de lo feliz que se sentía de tener a su lado a ese ser tan querido.

—Ahora sí soy su reina... —le dijo alzando una mano para acariciarle tiernamente la mejilla.

—Sí, siempre lo has sido, mi reina, la dueña de mi corazón... —resonaron nítidamente las palabras de don Diego en medio del súbito silencio que se hizo en torno a ellos...

El médico que examinó a Leandra no encontró motivo de preocupación.

—Es una extenuación nerviosa —les explicó a los padres de la muchacha—. Solo necesita un poco de reposo.

—No he entendido, huiracocha. ¿La chica está enferma o no está enferma? —preguntó con desconfianza la madre.

—No está enferma. Está agotada. Han sido muchas cosas para sus nervios. Solo tiene que descansar —aclaró el galeno.

—¿Qué cosa ha dicho? ¿Qué cosa tienes? —le preguntó la señora a su hija cuando el médico y su esposo salieron de la habitación.

—Dice que estoy bien, que no tengo nada, que descanse nomás un poco.

—¿No tienes nada? ¿No estarás barrigona?

—¡¡Mamá!!... ¿Cómo puede pensar así de mí? —se escandalizó Leandra de lo que acababa de oír.

—¿Cómo? ¿Cómo? ¡Peores cosas voy a pensar! —salió refunfuñando la señora.

“¡Ahora sí soy su reina!...”. Medio Cuzco había escuchado esas palabras y las consecuencias no se habían hecho esperar. ¿Cuál sería el castigo que le aguardaba? ¿Podría seguir viendo a don Diego o el momento que tanto temía, el de la separación definitiva, ya había llegado? Leandra revivió en su imaginación los sucesos de ese día y, presa de la misma agitación, creyó entender su significado más profundo: ella no se había transformado, claro, en una princesa incaica, pero sí en una mujer desposada. Sí, lo inimaginable, lo imposible, había sucedido y a la vista de toda la ciudad, en fastuosa ceremonia que durante años daría efectivamente que hablar. Sí, ella era ahora la esposa de don Diego y esa dicha compensaba con creces cualquier sacrificio, cualquiera. Sí, sí, después de lo vivido ese día, podía finalmente resignarse a pasar el resto de sus días sola, fiel al hombre que la había enaltecido y evocando a cada instante los intensos momentos de felicidad que conoció a su lado...

Un violento portazo sacó a Leandra del profundo letargo en que había caído tras la agotadora jornada. Era su padre seguramente. ¿Habría entrado o salido? Los gritos destemplados que llegaron del patio le dieron la respuesta. Estaba borracho, muy borracho. ¿Qué hora sería? ¿Cuánto tiempo llevaba ella durmiendo? ¿Por qué discutían su papá y su mamá? Estaba por esconder la cabeza debajo de la almohada, como hacía de niña para alejar esa gritería que tanto miedo le daba, cuando escuchó el nombre de don Diego.

—¡Maldito! ¡Maldito! ¡Lo voy a matar! ¡Nos ha deshonrado! ¿Qué le hemos hecho? ¿Acaso algo le hemos hecho?

¡Solo porque somos pobres! ¡Maldito, carajo, mierda, carajo!
¡Nuestra Leandrita! ¡Linda *niñucha*, carajo! ¡Linda...!

—Sí, linda, linda, pero para qué le ha servido. Mejor fea hubiera sido. En las feas los señores no se fijan. ¡A las feas no les clavan su *huabua*!

—¡¿*Huabua*?! ¡¿*Huabua*?! ¡Esa perra, carajo...!

Leandra, cuando su padre entró en la habitación como una tromba, solo atinó a hacerse un ovillo en una esquina y a cubrirse con manos y brazos el rostro.

—¡Mentira, papito! ¡Mentira! ¡No estoy embarazada! —imploraba, pero el borracho, enardecido, siguió propinando puñetes y patadas hasta que se cansó.

—¿Con que *huabua*, no? Ahora ya está muerta tu *huabua*. ¡Y mañana lo voy a matar al perro de su padre! —amenazó antes de retirarse.

Ya en otras ocasiones, por interponerse entre su padre y su madre, Leandra había conocido ese dolor que dejan en todo el cuerpo las curtidas manos de un varón, pero ahora, por primera vez, a esa sensación de tener los huesos rotos y las articulaciones descoyuntadas, se sumaba una imperiosa necesidad de desquite que nunca antes había experimentado. ¿Había otra forma, acaso, de lavar la humillación que acababa de sufrir? El borracho de su padre no sabía con quién se estaba metiendo. Voy a matar a ese perro... ¡Ja! ¡El que podía morir como un perro era él si se atrevía de nuevo a ponerle un dedo encima!

De pronto, Leandra sintió temor de sus propios pensamientos y de sus reacciones. ¿Quién era ella ahora? ¿De qué cosas era capaz? ¿Qué había ocurrido con esa Leandra dócil, temerosa, que soportaba resignadamente la furia paterna? No,

mejor no le contaría nada a don Diego. ¡De verdad no se andaba con remilgos a la hora de defender sus fueros! ¡Mejor era hablar con sus padres y contarles la verdad: que don Diego la quería y la respetaba y que ella también lo quería, que lo seguiría queriendo siempre así no le permitiesen verlo!

Muy temprano, cuando las campanas llamaban a la primera misa, Leandra sintió pasos y después la puerta de calle. “Me quiere, me respeta... Yo soy su esposa”, pensó y cayó nuevamente en un sueño pesado, brumoso.

—¡Floja, caracho! Vístete rápido. Tenemos que salir —la despertó su madre sacudiéndole un hombro.

Adolorida por la golpiza de la víspera, Leandra demoró más que de costumbre en alistarse. Su madre, impaciente, siempre con cara de pocos amigos, asomó varias veces para apurarla.

—¡Vamos! —ordenó su padre y él mismo se encargó de cerrar la puerta con candado cuando Leandra y su madre hubieron salido.

Sin intercambiar palabra, el hombre unos pasos adelante, se dirigieron a la iglesia, donde el párroco al parecer ya estaba advertido pues con una seña les ordenó que pasasen a la sacristía mientras terminaba de atender a un grupo de feligreses.

—El asunto que traemos entre manos es sumamente delicado, hija —le explicó a Leandra después del intercambio de saludos—. ¡Tienes que jurar por la Virgen que dirás la verdad...! ¿Juras? ¿Juras por la Virgen?

—Juro, padre —respondió Leandra contenta de poder aclarar las cosas delante del sacerdote.

—La criatura que estás esperando... ¿es para don Diego?

—No estoy en estado, padre. ¡Don Diego siempre me ha respetado! —fue muy firme Leandra a pesar de que la vergüenza que volvió a sentir hizo que los ojos se le llenaran de lágrimas.

—¿Lo juras, hija? ¿Lo juras por la Virgen? —insistió el sacerdote.

—No he perdido la honra, padre. Solo el corazón —se le agotó la paciencia a Leandra—. Amo a don Diego, lo voy a amar siempre, aunque sé que no estoy a su altura.

Convencido, al parecer, por la determinación con que Leandra se había expresado, el sacerdote se quedó pensativo un rato y desistió finalmente de hacer más preguntas.

—Escucha con atención, hija. Hemos decidido con tus padres que pases un tiempo en el convento de Santa Clara... ¡Es por tu bien! ¡Para protegerte de ti misma! Estarás en esa casa hasta que te olvides de don Diego...

Todo ocurrió tan rápido que recién en el convento, adonde fue llevada esa misma mañana sin más dilación, Leandra empezó a tomar consciencia del callejón sin salida en el que se encontraba. Prohibida de recibir visitas, ni siquiera podría hablar una vez más con don Diego, la última antes de que él contrajera enlace con doña Josefa y, quién sabe, empezara a olvidarla ganado poco a poco por la placidez de la vida hogareña. ¿Estaría esperándola todavía en la plazuela de San Blas, como habían acordado en la víspera, al despedirse después de la representación de la alianza entre incas y jesuitas? No, seguro que Rosario ya se había enterado de su encierro y le había avisado. ¿Se sentiría igual de desesperado que ella? ¿Estaría clamando al cielo por un milagro, pidiendo que se les permitiese un último encuentro, solo unos minutos para

renovar ese juramento de amor que tan feliz la había hecho la víspera? “¿Ahora sí soy su reina?”, le había preguntado ella. “Sí, siempre lo has sido, mi reina, la dueña de mi corazón”, había respondido él...

Semanas enteras pasó Leandra encerrada en su celda, a ratos llorando desesperanzadamente, pero la mayor parte del tiempo con la vista perdida y como petrificada, cual si estuviera muerta en vida. En varias oportunidades, en extremo preocupadas, las monjas hicieron llamar a sus padres e igual cantidad de veces Leandra se negó a verlos. Solo durante los servicios religiosos, sobre todo cuando cantaba, parecía encontrar la paz, razón por la que fue asignada al coro, aunque este era un privilegio que muy raramente se concedía a una seglar. Quizás por eso mismo, porque se sintieron conmovidas por la dulzura de la voz de esa muchacha, las monjas intercedieron para que alguna amiga pudiera visitarla.

—¿Sabes quién te está esperando en el locutorio? —le anunciaron un día—. Tu mejor amiga, Rosario...

¡Era un milagro! ¡Era el milagro que tan fervientemente había pedido en sus oraciones! Conteniéndose para no correr y presa al mismo tiempo de una súbita aprehensión que le hacía temer las peores noticias, Leandra acudió al encuentro con su visita.

—¿Lo has visto? ¿Sabe que ibas a venir a verme? —preguntó ni bien se cercioró de que nadie podía escuchar.

—¡Está furioso! ¡Ha jurado que te sacará de aquí!

—¿Ha hablado con el obispo? ¿Con los jesuitas? ¡Es muy influyente! —se alegró Leandra de que su cautiverio estuviera por terminar.

—No, Leandra... —bajó la voz Rosario hasta resultar apenas audible—. ¡Quiere que te escapes con él!

—¿Eso te ha dicho...? —inquirió Leandra mudando repentinamente de ánimo—. ¡Escaparnos...! ¿Adónde? ¿Cómo?

—A Calca. Dice que te quiere llevar a Calca, que allí estarás segura. Su plan es entrar al convento, buscar tu celda y liberarte por la fuerza. ¿Qué le digo? ¿Que sería un pecado gravísimo? ¿Que por favor no profane un lugar sagrado?

—¿Ah? ¿Pecado? ¿Qué pecado? —salió Leandra del trance en que se había sumido. ¡Escapar con él...! ¡A eso se refería el padre Publio cuando dijo que la metían en el convento para protegerla de ella misma! ¡Sabía que estaba dispuesta a todo! ¡Hasta a cometer esa locura! ¡Aceptar ser la mujer de un hombre que no podía hacerla su esposa!—. ¡Dile a don Diego que estoy de acuerdo, que con tal de verlo siquiera una vez más estoy dispuesta a todo! ¡A todo!!

—¡Leandra...! —se llevó Rosario, escandalizada, las manos a la boca.

—¡Ayúdame, Rosario! ¡Me voy a volver loca aquí! —suplicó tan encarecidamente Leandra que hubiera podido conmover a una piedra.

Una visita más de la amiga fue suficiente para planear la fuga. A la media noche, don Diego y su sirviente escalarían los muros del convento por el lado de la huerta y allí estaría Leandra esperándolos. Las monjas, confiadas en el respeto que merecía la casa de Dios, no habían puesto ningún cuidado especial en su vigilancia...

La luna, como habían previsto, lucía en toda su redondez, aunque pálida, en lo alto del cielo. Algunos nubarrones,

más bajos hacia el Pícol y el Pachatusan, le recordaban a Leandra que la temporada de lluvias estaba por comenzar. Al menor ruido, pensando que se trataba de don Diego, se ponía a temblar. Más difícil aún le resultaba dominar la inquietud que le causaba cualquier indicio de actividad en los claustros del convento: el chirrido de una puerta, el eco de unos pasos, una tos cavernosa... ¿Y si la descubrían a último momento? ¿Si la encerraban con las monjas de clausura? ¿Cómo haría para seguir viviendo? ¿Cómo para aguantar el dolor de no ver nunca más a don Diego?

Dos siluetas que aparecieron de pronto encima del muro al extremo opuesto de donde ella se encontraba barrieron en un segundo esos negros pensamientos. En contra de lo que aconsejaba la prudencia, echó a correr en esa dirección lo más rápido que se lo permitía el hábito que llevaba puesto.

—¡Leandra! —la recibió en sus brazos don Diego.

—¡Mi amor! ¡Mi amor! —repetía una y otra vez la muchacha al tiempo que llenaba de besos ese rostro que tanto había echado de menos durante su encierro.

—¡Vamos, princesa! No te vaya a haber escuchado alguna monja cuando corrás —la condujo don Diego hasta una escalera apoyada en el muro—. ¡En Calca ya no tendrás nada que temer! ¡Serás mía para siempre!

En un abra desde donde divisaron el Cuzco por última vez los esperaba una carroza. Leandra, creyendo que su exaltación la volvía inmune al cansancio, insistió en seguir cabalgando, pero don Diego se puso firme.

—¡Después no podrías ni sentarte! —bromeó recordando las clases de equitación—. En el carruaje llegarás descansada.

—¡Pero en Calca tendremos todo el tiempo del mundo para reposar! —protestó Leandra.

—No, mi amor, no creo que tengamos tiempo para eso —retrucó don Diego poniendo una cara extraña.

Durante un rato, acomodada ya en la carroza, Leandra estuvo pensando en qué había querido decir exactamente don Diego. ¿Que estaba muy cercana ya la fecha de su matrimonio? ¿Que, por lo mismo, muy pronto tendrían que volver a separarse? ¡No le importaba! ¡No después de la enorme felicidad que estaba experimentando! Sonriente de nuevo, disfrutando de la tibieza que empezaba a correr por todo su cuerpo gracias a las mantas con que se había cubierto, empezó a dormitar...

Alertada por el traqueteo de las ruedas sobre una calle empedrada, atisbó por la ventanilla y se encontró, a la luz mortecina del amanecer, con los grandes contrafuertes de una iglesia. “¡Calca!”, pensó al tiempo que, por el lado opuesto, distinguía una plaza estrecha y alargada. Al rato, ni bien la carroza se detuvo, la portezuela se abrió y se encontró a un don Diego sonriente y recién aseado.

—¡Ya estás en tu casa! —le dijo este a modo de bienvenida—. ¡La casa del corregidor ni más ni menos!

Siguiendo los pasos de don Diego, Leandra se halló pronto en una alcoba ricamente amoblada. De hecho, en un primer momento no sabía ni qué mirar, si la cama de cedro laboriosamente tallado con un dosel del que colgaban cortinas de damasco carmesí o si la mesita también delicadamente labrada con una jofaina y un aguamanil de plata encima que a pesar de su sobriedad resultaban imponentes. El súbito embarazo que le causaron esos ojos pendientes de cada

uno de sus gestos hizo que optara por acercarse al balcón que daba a la plaza. Luego, cuando permanecer más tiempo allí hubiese resultado también incómodo, trató de acomodarse el cabello ante un enorme espejo de marco dorado que colgaba en el lado opuesto de la habitación. La imagen que este le devolvió, sin embargo, la de una jovencita asustada embutida en un hábito horrible, terminó de sumirla en la peor de las confusiones.

—Leandra, mira lo que hay aquí... —levantó el marqués la tapa del enorme baúl que estaba al pie del espejo.

—¡Ah! —exclamó asombrada la muchacha al descubrir el hermoso traje que había usado para representar a la princesa incaica.

—¿Por qué no te lo pones? Avísame cuando estés lista —la dejó don Diego sola.

Al recoger cuidadosamente el suntuoso vestido, Leandra descubrió que el baúl estaba lleno de todas las prendas que una mujer necesita para lucir bella. Y esos vestidos y faldas y blusas y enaguas parecían, como fue comprobando al probárselos por encima, confeccionados especialmente a su medida. Feliz de poder presentarse ante el hombre al que amaba en un atuendo que la favoreciera, Leandra se despojó del hábito que tan malos recuerdos le traía y, tras asearse cuidadosamente, se engalanó como si fuera de la realeza nativa. Solo cuando estuvo completamente satisfecha con su apariencia llamó a don Diego.

—¡Qué bella eres! —no pudo contener este su admiración—. ¡Qué ojos más hermosos tienes! Pero... falta algo... —añadió después de observarla detenidamente.

—¿Qué está mal? —corrió Leandra una vez más al espejo.

—Yo no he dicho que algo esté mal. Yo he dicho que falta... —se paró don Diego a su lado mostrando, en la palma extendida de la mano, unas joyas cuyo brillo opacaba al de las que Leandra había visto en el lienzo de la Compañía—. Son tuyas. Son... mi regalo de bodas.

—¡No, no, no! ¡De ninguna manera...! —retrocedió Leandra varios pasos.

—Esta vez no me puedes decir que no —se mostró más resuelto que nunca don Diego—. ¿O es que no eres mi reina? ¿O acaso no terminas de creer que lo eres? ¿No fue verdad lo que me dijiste ese día en la iglesia?

—¡Sí, sí fue verdad! —corrió Leandra a sus brazos—. ¡Sí soy su reina!

—¿Sí? ¿Lo juras? —le preguntó él besándola apasionadamente.

—¡Sí, sí, sí, lo juro! —respondió Leandra a sabiendas de lo que eso significaba.

—¿Para siempre?

—¡Para siempre! —respondió, embriagada de amor, la muchacha...

—Mañana salgo para el Cuzco —anunció don Diego una noche mientras estaban cenando.

—¿Por mucho tiempo? —trató Leandra de mantener la calma. Varias veces durante el día, sobre todo después de que se presentó el bendito mensajero, había tenido la impresión de que don Diego estaba un tanto esquivo. “Esta arruguita no estaba ayer. ¿Alguna preocupación?”, le preguntó incluso besándole la frente. “¿Preocupación? ¡Qué val! Debe ser esta lluvia...”, achacó al mal tiempo don Diego su estado de ánimo. En ese momento Leandra le creyó y redobló sus esfuerzos

para alejar ese humor melancólico, pero recién ahora comprendía por qué sus mimos y sus canciones no habían surtido los mismos efectos que en oportunidades anteriores.

—Por tres semanas. Cuatro a lo mucho. Te haré avisar en todo caso si asuntos impostergables me retienen más tiempo.

¡Semanas! Solo nueve eran los días que habían pasado juntos, nueve días intensos, colmados de tan violentas emociones y tan sublimes placeres que cuando Leandra miraba para atrás le parecían meses. ¿Qué sucedería cuando don Diego no estuviese a su lado? ¿El tiempo pasaría raudo o transcurriría lentamente, hasta terminar por detenerse?

—Tres semanas... Tres semanas se pasan volando —dijo pensativa y al poco rato, sin darse cuenta, empezó a cantar—: “Sapay rikukuni mana piynillayeq, puna wayta hina llaki llantullayeq... ¡¡Qué sola me veo, sin nadie, sin nadie. Como flor de la puna, mi sombra nomás tengo...!!”.

—Reencuentro..., extrañar..., amor..., paciencia..., amor..., fidelidad..., promesa... —empezó de pronto don Diego a hilvanar una palabra tras otra.

—¿Perdón? —preguntó Leandra entre desconcertada y distraída.

—Promesa..., fidelidad..., amor para siempre... Podrías cantar sobre alguna de estas cosas y no esa canción tan triste —le reprochó él haciéndola sentirse avergonzada.

Esa noche se la pasaron hablando, primero de la inminente boda de don Diego y de las formas que en adelante deberían guardar, después de ella, de que no tenía por qué sentirse mal, de que debía mantener la frente en alto, y finalmente, casi al rayar el alba, de ambos, de lo mucho que se querían y de que nunca nada ni nadie podría separarlos.

—¿Estarás bien? —le preguntó don Diego a Leandra antes de alistarse para partir.

—Sí, sí... ¡Os amo! —le aseguró ella abrazándolo muy fuerte para prolongar un poco más ese momento...

Desde el balcón, arropada con una manta, le hizo adiós y después, como había prometido, estuvo intentando conciliar el sueño, pero sin éxito. Se puso entonces a cantar todos los huaynos que sabía sobre el amor jubiloso, sobre el reencuentro de los amados, sobre la fidelidad y la espera, pero, como eso tampoco ayudaba, se cubrió el rostro con la almohada y arrancó a llorar desesperadamente.

—Virgencita, ¡qué he hecho?! ¡Perdóname, madrecita! ¡Perdóname, te lo ruego! —buscó consuelo en la oración cuando las campanas de la iglesia repicaron llamando a misa.

Dos

Esa mañana, por tercera vez en lo que iba del mes, el joven sacerdote había predicado sobre la humildad con que un buen católico debe perdonar hasta la peor de las ofensas y las palabras que había escogido más sinceras y conmovedoras no podían haber sonado, pero igual se sentía insatisfecho, igual sentía que estaba engañando a sus feligreses como si fuese un diablo que predicaba mas no practicaba. Dijo esto en confesión, después de terminada la misa, pero no encontró alivio.

—Diego —le dijo don Gregorio con la serenidad que le daba su avanzada edad—, tú sabes que eso no es verdad. No puedes seguir culpándote por los actos de tu padre.

—La culpa que estoy confesando es no intentar nada para que mi padre cambie de actitud.

—¿Y qué podrías hacer, Diego? —preguntó el franciscano—. Tú sabes, la ciudad entera sabe, que tu padre no escucha razones de nadie, que siempre quiere de su voluntad hacer la ley.

—¿Y la oración, padre, mis ruegos a nuestra Madre Santísima, son en vano?

—En vano no, hijo. Puedes estar seguro de que tus oraciones son escuchadas, pero no sabemos cuál es la voluntad del Altísimo.

Diego salió pensativo de la iglesia de San Francisco. No se resignaba a lavarse las manos en asunto tan delicado, como le aconsejaba su confesor. Alguna manera debía de existir de convencer a su padre para que hiciese a un lado el encono que sentía contra el tal don Jerónimo de Losada, aunque quizás ya era muy tarde. Era tanto el aceite que se había vertido al fuego que quizás el perdón y la reconciliación resultaban más que imposibles.

—¿Qué haría usted en mi lugar, mamita linda? ¿Se quedaría cruzada de brazos? ¿Se contentaría con pedir por mi padre en sus oraciones?

El sacerdote, recorriendo sin poner ninguna atención en ello el camino que hacía todos los días, había llegado hasta el cementerio de Ayaguayco, en las afueras de la ciudad, donde estaban enterradas muchas de las víctimas de la peste de 1720. Casi dos años habían transcurrido desde que perdió a su madre en esa infausta calamidad y seguía echando de menos no tanto sus consejos, pues no era una mujer de muchas palabras, sino la tranquilidad con que hacía frente a las contrariedades, por muy graves que fuesen.

—Esta vez, mamita, se equivocó. De nada han servido las influencias que tiene mi padre en la corte. La demanda que ha interpuesto don Jerónimo de Losada ha sido finalmente atendida. Sí, sí, es inaudito, pero Su Majestad ha prestado oídos a esa sarta de calumnias que el mercader español ha

fabricado contra mi padre. Según le han informado sus abogados, un juez designado especialmente por el Real Consejo se encargará de realizar una pesquisa... Sí, ya sé lo que diría para tranquilizarme: “¡Mejor! ¡Mejor que se abra ese proceso! ¡Así se investigarán todos esos cargos que no pasan de habladurías y la reputación de tu padre quedará limpia! ¡Nadie se atreverá a calumniarlo nuevamente, mucho menos ese don Jerónimo, que bastantes problemas tendrá para aclarar su conducta ante la justicia!”.

Diego recordó otra vez, indignado, esa Relación de los delitos, excesos y violencias cometidos en el Cuzco por los marqueses de Valleumbroso compuesta por don Jerónimo de Losada para hacerla llegar a manos de Su Majestad. Ciertamente era que de los pecados que ante el Ser Supremo significan condena eterna, como el quitar la vida al prójimo, solo uno era imputado a su padre: ese triste episodio del asesinato de Pedro Romero que tan fuerte impresión le había causado a Diego en la niñez. Incontables, sin embargo, eran los delitos que, a ojos de la Corona, merecían una actuación rigurosísima de la justicia, como el de amotinar en repetidas ocasiones a los indios y mestizos de la ciudad contra los representantes de la autoridad real. Los más graves de esos sucesos habían ocurrido cuando Diego era un niño o ni siquiera había venido al mundo, pero otros eran recientes, como las maquinaciones y desórdenes que, según el detractor del marqués, continuamente fomentaba este para que en las elecciones de alcaldes saliesen favorecidos sus partidarios.

—Sí, mamita, estoy de acuerdo con usted en que todas las acusaciones que Losada le imputa a mi padre son igual de calumniosas y novelescas. ¡Claro que sí! ¡Y de la misma

calaña deben de ser los horribles crímenes de los que acusa a mi abuelo! Ese con el que empieza su Relación, el asesinato de un minero potosino al cual había brindado hospitalidad en su casa, solo puede caber en la mente de alguien que odia mucho. ¿Por qué ese odio, mamita? No creo que sea solo el resentimiento de un guampo advenedizo, como usted decía. Algo más debe haber detrás de tamaña inquina...

En busca de respuestas, el joven sacerdote repasó una vez más ese malhadado encuentro que tuvieron su padre y el mercader español en la calle Plateros los últimos días del año de 1716. ¿Qué ocurrió realmente esa mañana? Según la versión que Diego escuchó a su padre en más de una oportunidad, el guampo, que llevaba dos pistolas colgadas del arzón de la silla, tuvo el atrevimiento de embestirlo con la mula a él y a sus dos acompañantes. La reacción del marqués fue castigar con una andanada de insultos el atrevimiento del andaluz. “Guampo desvergonzado”, “perro mulato y berberisco”, “bellaco”, “pícaro” fueron algunas de las “verdades” que su padre se jactaba de haber cantado. Se trataba de expresiones muy injuriosas, sin lugar a dudas, pero ¿justificaban que al día siguiente mismo el mercader hubiese partido a Lima para ganar el favor del nuevo virrey, el Príncipe de Santo Buono? Es más, ¿alguien en su sano juicio emprendería viaje hasta España, dejando esposa y hacienda prácticamente en el abandono, solo para ventilar un altercado? ¿Tanto valoraba su honra el mercader español? ¿Tan rencoroso y orgulloso podía ser? ¿O eran razones mucho más poderosas, que Diego desconocía, las que explicaban los actos de Jerónimo de Losada?

En la calumniosa Relación que había escrito, Losada alegaba que era el marqués quien alimentaba un rencor furi-

bundo contra su persona. ¿La causa? Que él no había tenido reparos en declarar hasta dos veces en contra del encumbrado personaje en procesos que le había abierto la justicia de la ciudad. Si esta acusación aún podía tener alguna base real, la que resultaba inconcebible era esa otra de que el marqués envió a prisión al mercader español a raíz de que este desposara a doña Tomasa de Saavedra, hija del marqués de Moscoso.

Diego y su madre habían discutido hasta el cansancio este asunto y habían convenido en que el español, lo menos, estaba loco. ¿A santo de qué iba a entrometerse el padre del sacerdote en los asuntos del marqués de Moscoso, con quien, dicho sea de paso, llevaba años enemistado? Los problemas judiciales que tuvo el mercader español se debieron a que el orgulloso don Tomás de Saavedra se oponía a que su hija dejara el estado de viudez para contraer matrimonio con alguien que no era igual a ella en nacimiento y que lo único que perseguía era fortuna y posición. Fue por contravenir la voluntad paterna y casarse en secreto que doña Tomasa fue desheredada y que su esposo fue a parar a prisión. Todo esto era *vox populi* en la ciudad. ¡Qué no se dijo sobre los guampos que veían el matrimonio como el medio más expeditivo para hacerse ricos y honorables...!

—Los abogados de mi padre en la Corte le han informado que don Jerónimo de Losada también está tratando de recuperar la herencia de su esposa. ¿No confirma eso, mami-ta, que todas las desgracias que se abatieron sobre la pareja tras ese matrimonio secreto provinieron del lado de don Tomás de Saavedra? Sí... —se quedó el sacerdote largo rato sumido en sus pensamientos—. ¿Pueden odiar las personas

tan obstinadamente? ¿Puede ese odio ser tan ciego? ¿Y qué debo hacer yo, mamita? ¿No es mi deber de hijo y de cristiano abogar ante mi padre para que perdone las ofensas...?

A falta de respuestas, Diego se puso a orar por el reposo del alma de su madre a sabiendas de que le vendrían a la mente algunas de las imágenes más horrendas de la gran peste de hacía dos años: enfermos arrojando sangre por nariz y boca, cadáveres abandonados en las calles y en trance de ser devorados por jaurías de perros, los cementerios de las iglesias rebosando de difuntos, las calles convertidas en muladares, llenas de los andrajos de los apestados. ¡¿Cómo pudo él salir con vida de ese apocalipsis en el que perecieron miles de personas de toda edad y condición, las primeras las que por obligación o caridad atendían a los enfermos?! Era algo que no se cansaba de agradecer al Señor al tiempo que recordaba en sus oraciones a quienes no habían tenido la misma suerte, caso seguramente de la bella y misteriosa mestiza que una tarde vio llorando a Pedro Romero en el atrio de San Francisco. Más de una vez, en esos días aciagos, la vio junto al lecho de los moribundos. Seguramente había muerto llevándose su secreto a la tumba...

—¡El Señor la haya recibido en su gloria! —pronunció en voz alta el joven sacerdote y, tras santiguarse tres veces, emprendió el camino de regreso.

En su casa, Balbina, la fiel doméstica que lo atendía prácticamente desde la cuna, lo recibió con la noticia de que su padre lo había mandado llamar.

—El recadero ha dicho que es urgente, niño.

—Balbina, ¡cuántas veces tengo que decirte que no me llames niño! Ahora soy el padre Diego —reconvino el sacer-

dote a la doméstica antes de abrumarla a preguntas—: ¿Hace mucho rato que vino? ¿No dijo para qué me necesita mi padre? ¿No trajo alguna nota?

El marqués estaba en el segundo piso de su casa, en la espaciosa habitación que le servía de despacho. Lo acompañaban su hermano don Joseph y su abogado, don Juan de Mendoza y Contreras. Ambos estaban lejos de ser santos de la devoción del joven sacerdote, el primero por su afición a la bebida y por la maña que se daba para recordarle a cada rato que él no era nada más que un hijo ilegítimo de un Esquivel, como si su caso no fuese el mismo, y el segundo por su cinismo, por el descaro con que siempre se vanagloriaba de que nadie como él para respetar la letra de ley pero acomodándola a los intereses de sus clientes.

—Ah, Diego, ¡ya era hora! —le reprochó el marqués cuando por fin se percató de que estaba en la puerta.

—Lleva un rato ahí de pie, pero, siempre tan circunspecto, no se ha atrevido a interrumpirnos —se mofó don Joseph. Esa mañana tenía la nariz más roja que de costumbre, señal de que nuevamente había estado abusando del vino.

—Toma una pluma y papel y siéntate de inmediato a escribir —le señaló el marqués a su hijo el escritorio de ébano con incrustaciones de marfil que este tanto admiraba—. El arzobispo virrey ha recibido órdenes de hacerme comparecer en Los Reyes. Con don Juan y tu tío hemos escrito una respuesta que debemos enviar de inmediato para ganar tiempo. El virrey no es problema. ¡Buen dinero me ha costado ganarme su favor! ¡Lo importante es que mis abogados actúen en la Corte! ¿Para qué les pago verdaderas fortunas? Habían prometido mover cielo y tierra con tal de que la acusación del

perro maldito ese no prosperara. Y ahora esta orden de dejar el Cuzco. ¿Para qué? ¿Para que algún fiscal inicie una pesqui-
sa en mi ausencia?

Diego jamás había visto a su padre en tal extremo de preocupación y por lo mismo no atinaba a escoger en el bargeño los útiles necesarios para escribir.

—¡¿Ya?! —se impacientó el marqués—. ¿Media hora para agarrar una pluma y un papel? ¿O es que tú también estás del lado de mis enemigos, como esos leguleyos de Madrid?

Haciendo esfuerzos para controlar la torpeza que habitualmente lo embargaba en presencia de su padre, Diego se acomodó finalmente en el escritorio y con un movimiento de cabeza dio a entender que estaba listo para escribir.

Excelentísimo señor —empezó a dictar el marqués del papel que tenía en la mano—:

En carta del 4 de diciembre del año pasado me manda Vuestra Excelencia que pase a esa ciudad en compañía de mi hermano para desempeñar la confianza y honras que la grandeza de Vuestra Excelencia puede conferirnos.

¡Cuánto me gustaría complacer con mi obediencia al honor que me hace Vuestra Excelencia! Me temo, sin embargo, que los impedimentos que me cercan malogren la ocasión de servirle. Mis deseos, en efecto, hoy se ven inútiles y sin provecho por la dilatada quiebra de salud, siendo la principal la declarada pulmonía que me impide montar a caballo. Y las veces que la necesidad me ha forzado al corto tránsito de la hacienda, me he visto en brazos de la muerte por la mucha sangre que he echado. Ya esto le dará una idea del peligro en que me hallo y de cuán corta vida me resta.

A lo dicho se suma el desconsuelo de haber tenido a la marquesa con la peste que arruinó esta ciudad y hasta el presente día no la veo reparada, acrecentando el cuidado la tierna edad de mis dos hijas menores de diez años.

Para colmo de males ha sido voluntad de Dios quitarme los medios en los años de mayor necesidad con la total ruina de mis dos haciendas. Estas propiedades, que eran las más numerosas de gente, hoy son las más desdichadas porque no han quedado indios ni para el cuidado del ganado. Tal es mi ruina que me he resignado a acabar mis días sin conocer lo que son felicidades humanas, en la pobreza y sin salud. Y aunque el verme a los pies de Vuestra Excelencia sería remedio a mis pesares, solo sirve este conocimiento para mayor pena, siendo este el estado en que me hallo.

En lo que toca a mi hermano, este ha desamparado su casa, mujer e hijos por las necesidades que le han sobrevenido, no habiendo tenido nunca con qué mantenerse sino con el salario de su oficio. Y como se le suspendió en él, se acogió a la compañía de un cuñado cura de Checacupe, quien lo ha enviado a comerciar con ropa de la tierra para que así pueda socorrer a sus hijos hasta que Su Majestad (que Dios guarde) le restituya su plaza o mande lo que fuere más conforme a su Real voluntad. Procuraré con el correo de Potosí participarle la honra que debe a Vuestra Excelencia para que no malogre la ocasión que puede ofrecerle reparo a sus necesidades.

Nuestro Señor guarde la Excelentísima persona de Vuestra Excelencia.

Cuzco, enero 18 de 1722

*Está a los pies de Vuestra Excelencia su más rendido criado,
El Marqués de Valleumbroso”.*

Varias veces, mientras tomaba el dictado, el joven sacerdote estuvo a punto de dejar la pluma a un lado para de esa manera hacer notar a su padre lo alejadas de la verdad que estaban las informaciones de esa carta. Particularmente dolorosa le resultó la alusión al peligro en que se encontraba la marquesa a raíz de la peste puesto que en tanto esta rebosaba de salud, la madre de Diego sí había caído víctima de ese terrible mal. ¿Cómo podía su padre hacer mofa de una desgracia así? ¿Cómo podía rebajarse, en general, a poner su firma en esa misiva farsesca que cuando buscaba compasión y condescendencia solo conseguía despertar incredulidad y desprecio? No, no era su padre, el orgulloso marqués de Valleumbroso, quien había tenido la infeliz idea de pergeñar esas lastimosas líneas. El ocurrente no podía ser otro que don Juan de Mendoza y Contreras. Diego reconocía su estilo, esa falta de escrúpulos sumada a un cinismo sin límites que lo caracterizaban.

Mientras el marqués y sus acompañantes repasaban, entre risa y risa, el contenido de la carta, Diego estuvo buscando afanosamente la manera más delicada de hacerle notar a su padre que bien podía excusarse ante el arzobispo virrey sin recurrir a tantas falsedades y, sobre todo, sin perder la dignidad. Sin embargo, cuando finalmente se atrevió a moverse del sitio para que los presentes se percataran de que tenía la intención de decir algo, solo se atrevió a preguntar si todavía lo necesitaban.

—Por ahora no —le respondió su padre—. Puedes marcharte. Eso sí, ven mañana a esta hora para que me ayudes a revisar los nuevos poderes que estoy enviando a España. No voy a escatimar ningún esfuerzo con tal de aplastar a ese guampo como si fuera un gusano.

Toda la tarde, de rodillas ante la imagen de la Virgen, el joven sacerdote se estuvo preguntando qué podía hacer para intentar poner coto a la guerra sin cuartel que libraban su padre y don Jerónimo de Losada. ¿Tendría razón don Gregorio? ¿Jamás un Esquivel perdonaría a un enemigo, con mayor razón si este era guampo? No, no, algún modo debía existir de hacer entrar en razón a su padre, si no apelando a lo oneroso que estaba resultando ese pleito para su hacienda, tal vez despertando al cristiano que era él, su nobleza, su magnanimidad.

“A mí no me escuchará —se confesó a sí mismo Diego—, pero debe haber alguien que tenga ascendencia sobre él o que logre conmoverlo. ¿La marquesa? No, no, ella no piensa en otra cosa que en joyas y trajes. ¿Don Joseph? ¡Peor! Él es quien ha recomendado los servicios de don Juan de Mendoza y Contreras, esa rata de alcantarillado. ¿Quién podría ser? ¿Quién? ¡Ilumíname, Virgen Santa!”.

Poniendo en sus plegarias toda la fe que tenía en la sabiduría divina, el sacerdote permaneció mucho tiempo con ambas manos apoyadas en el corazón y con los ojos firmemente cerrados, hasta que de pronto un rostro de mujer se dibujó en su mente: el de doña Tomasa de Saavedra. Esa mirada opaca, como perdida, esas arrugas prematuras, ese rictus de preocupación, eran los de una mujer que estaba sufriendo mucho. Si alguien le hablaba, ¿no sería capaz de encontrar en ese mismo dolor la gracia del perdón? ¿No era ella la única persona que podía interceder ante su marido y ante el marqués para que, en lugar de estar sembrando el odio a su alrededor, se tendiesen las manos?

—¡Gracias, Santísima Madre de Dios! —se persignó varias veces el sacerdote.

A la mañana siguiente, antes de la hora acordada, ya estaba en casa de su padre. Quería hablar con él a solas, sin la desagradable presencia de don Joseph y el abogado, pero tuvo que esperar buen rato a que terminara de despachar varios asuntos con el administrador de una de sus haciendas.

—¿Te cité tan temprano? —le preguntó el marqués a su hijo invitándolo a sentarse en una de las bancas que había en el patio, en un rincón calentado por el tibio sol matinal—. El notario todavía no me ha traído el borrador de los poderes. Uno es para don Joseph Pardo de Figueroa, que pronto hará viaje a España. El otro, a nombre de dos jesuitas que partirán a Roma.

—¿Don Joseph Pardo es pariente de la señora marquesa? —se interesó Diego por cortesía, pero pensando ya en el asunto que traía entre manos y en la mejor manera de abordarlo.

—Sí, es su sobrino y está emparentado con la crema de la nobleza madrileña. El poder que le voy a otorgar no es solo para que me defienda contra ese maldito perro de Losada. De paso quiero que interceda ante Su Majestad para que se me haga merced de algún corregimiento importante o incluso de algún virreinato. Estoy dispuesto a poner en juego toda mi fortuna para ello...

—Precisamente sobre eso quería hablarle, padre. Esa es la razón por la que me atreví a molestarlo más temprano... —decidió jugarse Diego el todo por el todo.

—¿Sobre qué? ¿Sobre los poderes? —se desconcertó un tanto el marqués.

—No, no, sobre todas las consecuencias desagradables que se están derivando de su enemistad con Losada. ¿No

piensa que se podrían solucionar de otra manera, no con el concurso de la justicia? Sería de hecho un arreglo mucho más práctico, que le ahorraría muchísimo dinero —se apresuró a esbozar su propuesta Diego pese a haber notado que el marqués estaba mudando de rostro.

—¿Arreglo? Yo no hago arreglos con mis enemigos. Yo les hago tragar sus ofensas.

—La verdad, no son tanto los perjuicios de índole material los que me preocupan, padre, sino el daño que usted mismo se hace contraviniendo a los mandamientos divinos...

—¡Al diablo con tus mandamientos divinos! El único mandato que cuenta para mí ahora es el de aplastar a ese mal parido.

—Así no obra un buen cristiano, padre. ¡Es mi deber como sacerdote recordárselo! Yo podría apelar a los sentimientos católicos de doña Tomasa de Saavedra para que interceda entre ustedes...

—¡Lo único que vas a hacer tú es largarte ahora mismo de mi casa! ¡Maldito desagradecido! ¿Morder la mano que te da de comer si es de cristianos? ¡Tu madre era igual! Para pedir sí era buena, pero para agradecer...

—¡Padre! —quiso exigir respeto Diego por un alma caritativa que ya estaba al lado del Señor, pero comprendió que sería contraproducente, que más apropiado era retirarse.

¿Se sentía mejor después de haber tenido el valor de decir lo que pensaba? En el fondo, había abrigado la esperanza de ser escuchado por su padre, había confiado en que, inspirado por el Altísimo, conseguiría persuadirlo para que reconociese que el perdón y el diálogo daban mejores frutos que el odio y la revancha. Ahora se preguntaba si no estaría

más bien privado de ese don que debe poseer todo sacerdote para despertar el lado bueno que hay en las personas.

Abatido como estaba, ordenó a Balbina que lo negara ante esa persona que empezó a llamar insistentemente a la puerta y ante cualquier otro visitante. No se sentía con ánimos para nada, menos para cumplir con su deber sacerdotal. Pediría que le preparen una tisana y guardaría cama por lo menos hasta que le volviesen las fuerzas.

—Es un sirviente de su padre el marqués —volvió al rato la diligente Balbina—. Otra vez lo necesita con urgencia. Está esperando en la puerta.

—¡Eres igualita a mi mamá, Balbinita! ¡Sabes mejor que yo mismo lo que tengo que hacer! Dile que salgo en este instante— se olvidó Diego de todos sus malestares.

Sentía temor, no podía negarlo, pero igual apuraba el paso con la esperanza de que se tratara del asunto de los poderes. Pondría toda su atención en la lectura de esos documentos y ojalá pudiese hacer algún comentario, alguna observación que redundase en favor de los intereses de su padre. Tal vez así se le pasase un poco el enojo.

—¡Ah, Diego! —respondió el marqués a su saludo como si tal cosa—. Espérame un rato en el comedor. Ordena que te sirvan algo.

En el despacho, además de don Joseph y el abogado, estaba el notario. No era entonces por el asunto de los poderes que lo habían hecho llamar. Diego trató de controlar su inquietud recordando la manera más bien amable como fue recibido, pero en realidad, mientras su padre no se reunió con él, estuvo en ascuas, yendo de un lado a otro de esa enorme pieza con las paredes llenas de lienzos, entre ellos una

“Última cena” de gran tamaño que en otras circunstancias no hubiera dejado de admirar.

—Ya terminé con los poderes. Ahora podemos ocuparnos de tu asunto —anunció sin más preámbulos el marqués acercándose de dos trancos a la humeante fuente con mote que estaba en un extremo de la mesa.

Diego, que llevaba rato tratando precisamente de adivinar cuál era ese asunto, retrocedió instintivamente unos pasos, hasta sentir que su espalda estaba muy cerca a la pared.

—He estado pensando en lo que me dijiste esta mañana... —volvió a la carga el marqués, tomándose su tiempo para llevarse algunos puñados de mote a la boca—. ¿Conoces a doña Tomasa? ¿Has estado en tratos con ella?

—¡No, no! —se apresuró a responder Diego, temiendo que ese fuera el inicio de una andanada de injustas acusaciones—. No la conozco, pero...

—¿No la conoces? —pareció decepcionado el marqués—. ¿De dónde diablos has sacado entonces que ella puede interceder entre su esposo y yo?

—Mi intención era apelar a sus sentimientos de buena católica. Puedo hacerlo. Si yo no fuera sacerdote tal vez no me escucharía, ni me dejaría entrar a su casa, pero a un clérigo se le abren muchas puertas... No solo puertas, también corazones —se apresuró a añadir Diego tratando de sonar más convincente.

—Esa mujer me odia tanto o más que su marido. Y tú no eres cualquier sacerdote. Eres mi hijo. Ni bien sepa eso, si no lo sabe ya, te soltará a los perros...

—Déjeme intentarlo, padre. Déjeme decirle que usted también está dispuesto a hacer las paces...

—No vayas tan lejos. Dile nada más, si acepta escucharte, que me gustaría conversar con ella y que esa conversación podría resultar provechosa para ambas partes. ¿Me has entendido?

—Sí, padre, y le agradezco...

—No me agradezcas nada —interrumpió el marqués a su hijo—. Y actúa con celeridad. Tienes dos..., a lo sumo tres semanas para convencer a esa mujer. Pasado ese plazo, olvídate del asunto.

Diego, bendiciendo a la Virgen por lo que consideraba un milagro y asustado al mismo tiempo por la responsabilidad que se había echado encima, decidió acudir adonde su confesor en busca de consejo. Don Gregorio, sin dejar de trabajar en un rincón de la huerta, escuchó pacientemente a su joven discípulo.

—No es buena idea que te presentes sin ton ni son en la casa de esa pobre mujer —dijo cuando por fin Diego hubo terminado—. Averigua quién es su confesor y yo hablaré con él para que le encarezca a doña Tomasa que por lo menos te escuche. No es tarea fácil la que te has propuesto, hijo. Las más de las veces nada pueden las invocaciones más nobles y justas contra los odios arraigados.

—Lo sé, padre. Pecaría de soberbia si no fuera consciente de que mis gestiones pueden fracasar —respondió Diego. En su fuero interno, sin embargo, prefería esperar un milagro a mostrarse escéptico.

Doña Tomasa de Saavedra, a decir de su confesor, no se mostró tan reacia a conversar con un representante de su archienemigo, el marqués de Valleumbroso. La única condición que puso fue que, bajo juramento del hijo del marqués

ante otro sacerdote, nada de lo que se hablase en ese encuentro llegase a oídos de terceros.

Diego, alentado por el cariz que estaban tomando los acontecimientos, dedicó toda una mañana a repasar los argumentos que esgrimiría ante doña Tomasa. Empezaría, por supuesto, por reconocer que seguramente a su padre le cabía mucha culpa en ese desagradable conflicto que definitivamente había llegado ya muy lejos, tan lejos que solo era motivo de inconvenientes para ambas partes. Tal reconocimiento le parecía la clave para allanar el camino a una reconciliación. Sin embargo, una vez que desmontó de su mula en la entrada al obraje de Tiobamba, en las afueras de la ciudad, estaba hecho un manojo de nervios y no conservaba ni rastro de la confianza de horas antes.

Doña Tomasa, vista de cerca y a pesar del marcado gesto de enojo que endurecía su semblante, resultó ser bastante joven. “Yo que creía que estaba sobre los cuarenta... Con las justas pasa de los treinta”, pensó el sacerdote sin atreverse a sostener esa mirada que lo taladraba.

—Dígame una cosa —le espetó doña Tomasa aun antes de invitarlo a tomar asiento—. La iniciativa para este encuentro... ¿partió de Vuestra Merced o de su padre?

—La iniciativa fue mía —se ciñó a la verdad—, pero cuento por supuesto con la venia de mi padre para estar aquí...

—En ese caso, antes de escuchar lo que usted me quiere decir, quiero ponerle en autos sobre todo el daño que su padre el marqués nos ha hecho a mi esposo y a mí, desde el momento mismo en que contrajimos matrimonio...

—Sé que mi padre tiene gran parte de la culpa en el conflicto que lo enfrenta a don Jerónimo. Creo, sin embar-

go, que no es de las afrentas ni de las heridas de lo que debiéramos hablar, sino de los posibles remedios a dichas ofensas y dichas heridas. Eso es lo que nos enseña nuestro Señor...

—Créame que soy una buena católica y que conozco muy bien las enseñanzas del Señor, pero insisto en que primero tendrá que escucharme. ¡Siéntese, por favor! —le señaló la mujer una silla.

El joven sacerdote obedeció pensando que doña Tomasa haría lo propio, pero esta se quedó de pie solo unos pasos delante de él. Con la cabeza echada ligeramente hacia atrás y una mano cogiéndose la nuca, en tanto que la otra aferraba fuertemente las puntas del chal que se cruzaban sobre su pecho, daba la impresión no de querer recordar sino más bien de estar tratando de olvidar la cadena de hechos que habían sacado su vida del curso apacible por el que transcurría hasta hace unos años. Diego, observándola a hurtadillas, se sentía a la vez conmovido e impresionado por esa mujer que no se había dejado doblegar por las circunstancias.

—¿Usted sabe cómo fueron los primeros días de mi matrimonio? —salió de pronto de su mutismo doña Tomasa, clavando nuevamente los ojos en Diego—. ¿Tiene siquiera idea del infierno que nos tocó vivir por culpa de su padre, el marqués?

—¿De mi padre? —se asombró el sacerdote—. La serie de contrariedades que usted tuvo que soportar... ¿no fueron acaso porque su matrimonio con don Jerónimo no contó con la bendición paterna? —buscó la manera menos hiriente de decir las cosas. Muchas veces había escuchado incluso que la repenti-

na muerte del marqués de Moscoso se debió al disgusto de ver a su hija casada con un hombre que no era de su condición.

—Estoy segura de que no era mi padre quien se oponía a mi matrimonio, sino su codiciosa esposa, doña Juliana. Usando las malas artes con que algunas mujeres anulan la voluntad de sus maridos, puso a mi padre en contra mía. ¡Ella le metió la idea de desheredarme! Pero nada de esto importa ya. Hace tiempo que he perdonado a mi padre y estoy segura de que también él, en su lecho de muerte, tuvo una bendición para mí... A quienes no he perdonado ni nunca perdonaré —se le endureció nuevamente el semblante a doña Tomasa— son a mi madrastra y al padre de *Vuestra Merced*. Fueron ellos los que incitaron a las personas que tenían negocios con mi marido para que reclamasen ante la justicia las sumas que él les adeudaba. ¡Pobres de nosotros! Ignorantes del peligro, estábamos aquí mismo, en Tiobamba, creyendo que esos pocos días de felicidad con que habíamos sido bendecidos durarían por siempre... ¡Y así hubiera sido si don Joseph de Esquivel, que a la sazón era alcalde, no se hubiese presentado aquí, acompañado de una banda de hombres armados, a detener a mi esposo!

—¡Discúlpeme, pero me cuesta encontrar un sentido en sus palabras! —no pudo callar más el sacerdote—. ¿Por qué tendría que haber intervenido mi padre en los lamentables sucesos que usted menciona? Para nadie es secreto que el marqués de Moscoso y el de Valleumbroso eran de bandos opuestos, por no decir irreconciliables. ¿Qué razón podía empujar a mi padre a intervenir en los asuntos familiares de alguien que ni siquiera era su amigo? ¡Me niego a creer que, como sostiene su esposo, mi padre se haya ensañado con él

tan solo porque declaró en su contra en un par de ocasiones, encima en asuntos menores sin mayor trascendencia!

—¡Qué poco conoce Vuestra Merced a su padre! ¡O tal vez sea usted igual a él... o peor, un lobo vestido con piel de cordero! —dejó escapar su enojo la mujer—. ¡Pues sepa que sí, que todo el odio que le profesaba el marqués a don Jerónimo se debía tan solo a que este había cometido la imprudencia de declarar a favor de dos paisanos suyos, andaluces, en procesos que estos siguieron a don Diego de Esquivel! ¡Claro que la justicia falló a favor del todopoderoso marqués de Valleumbroso, pero igual este nunca le perdonó a don Jerónimo su atrevimiento! Como una fiera hambrienta, estuvo al acecho esperando que se le presentara la oportunidad de atacar. ¡Y yo, sin siquiera sospecharlo, fui quien le dio esa oportunidad al casarme sin consentimiento de mi familia! ¡Eso es lo que más me duele! ¡Eso es lo que hasta ahora no me puedo perdonar! Pero ¿cómo podía saberlo?, ¿cómo podía imaginar que alguien puede ser tan obstinado en sus odios? ¡Su padre, sépalo usted bien, es como esos mastines fieros que no aflojan las mandíbulas hasta que su presa no está muerta!

—Señora...— quiso salir Diego en defensa de su progenitor, pero fue bruscamente interrumpido.

—¡Sí, sí, sí, así es su padre! ¡No se contentó con hacer apresar a mi esposo tan solo cuatro días después de nuestra boda! ¡Qué val! ¡Ordenó un embargo de los bienes de su almacén y otro de los géneros que teníamos aquí en el obraje! ¡Nos hubiese dejado en la más completa ruina si Su Ilustrísima el obispo no se compadecía de mí y no intercedía ante las autoridades! La pena es que don Jerónimo no apren-

dió la lección. Debo reconocer que en eso es igual a don Diego: tiene un orgullo desmedido que lo vuelve sumamente rencoroso. Yo le rogué, le lloré, para que olvidara lo que había ocurrido, traté de hacerle entender en todos los tonos que no tenía sentido enfrentarse a enemigo tan poderoso, que jamás la justicia se pondría del lado del más débil, por más hidalgo y andaluz de pura cepa que fuese, pero no me hizo caso. Viajó a Lima para hacerse oír por el virrey y los oidores, pero lo único que consiguió fue que le ordenasen mantenerse alejado seis meses del Cuzco, mientras el asunto era investigado... ¿Investigado? Todo quedó en nada como siempre que se levantaba algún cargo contra el marqués de Valleumbroso...

—Señora, usted misma reconoce que el rencor solo los ha perjudicado a usted y a su esposo y, sin embargo, ahora está pecando de lo mismo. Si no olvidamos lo ocurrido, si no encontramos fuerzas en nosotros, en la oración, para perdonar los agravios, lo único que conseguiremos será empeorar los problemas. Yo insisto, por eso, en que no reabramos las heridas del pasado. Busquemos más bien remedio a los problemas del presente...

—¡Dígame!, ¿alguna vez su casa ha sido asaltada por bandidos de la peor calaña? ¡Respóndame!

—No, nunca... —balbució el sacerdote desconcertado, sin tener idea de adónde apuntaba esta vez doña Tomasa.

—¿Tiene usted madre? ¿Sabe cómo reacciona una madre cuando ve el terror dibujado en el rostro de sus pequeñas hijas? Yo, en mi desesperación, cogí las pistolas de mi esposo y salí a hacerles frente a los Camargo. Esos facinerosos estaban dirigiendo el asalto a mi casa reclamando que se les entre-

gase a un criado de don Jerónimo. “El hombre al que buscáis no está en Tiobamba. Mi marido también está de viaje. ¿Qué queréis? —les grité—. ¿Matar a mis pequeñas hijas? ¡Entonces matadme a mí primero!”. Los Camargo, al ver que me ofrecía como blanco para las balas, con una seña ordenaron a sus hombres bajar las armas, pero los noté indecisos, como si no supieran si retirarse o continuar el asalto... Fue en ese momento que descubrí, a caballo delante del portón de la casa vecina, al marqués de Valleumbroso. Cruzamos miradas durante unos instantes y después el marqués espoleó su cabalgadura. Los Camargo, que también habían volteado a mirarlo, imitaron a su jefe y emprendieron la retirada...

—¿Por qué?! ¿Pero esta vez por qué?! —no terminaba de creer el sacerdote en las palabras de doña Tomasa.

—Se había corrido la voz de que el criado de mi esposo había descubierto un filón de oro en la provincia de Abancay y el marqués simplemente quería apoderarse de ese hallazgo... Estaba tan indignada por su arbitrariedad y su osadía que en esa ocasión fui yo quien escribió a Su Excelencia el virrey, al arzobispo, al fiscal, a los oidores, a todo aquel que pudiera hacer algo para reparar la injusticia, pero nadie me hizo caso. Creo que por eso me llené de rencor, creo que por eso, cuando sucedió el incidente de la calle Plateros, alenté a mi esposo a que viajase hasta la corte si fuese necesario con tal de poner coto de una vez por todas a los abusos del marqués de Valleumbroso...

—¿Qué pasó realmente ese día? ¿Qué razón tan poderosa empujó a su esposo a emprender tan súbitamente viaje a Los Reyes y después a España? —preguntó el sacerdote llevado por la curiosidad, pero temeroso al mismo tiempo

de que la versión de doña Tomasa resultase convincente. Hasta ese momento había estado luchando para no dar fe a las acusaciones lanzadas por la mujer, diciéndose a sí mismo que buena parte de las mismas debía de estar dictada por el odio o la natural parcialidad que tiñe los juicios e inclina las antipatías de cada ser humano.

—¿Qué pasó? Lo que ya todo el mundo sabe: su padre el marqués injurió a mi esposo y, no contento con eso, lo hizo rodear con sus guardaespaldas. ¿Quién sabe lo que hubiera ocurrido si don Jerónimo no lograba abrirse paso arremetiendo con su mula contra ellos? Quizás ni siquiera hubiese vivido para contar el lance...

El sacerdote, aliviado al escuchar que nada irreparable había sucedido en esa ocasión, decidió apelar no a los sentimientos sino al lado práctico de esa mujer de armas tomar que resultó ser doña Tomasa.

—Dígame —le preguntó poniéndose él también de pie—, en los cuatro años que está vuestro esposo fuera, ¿no se ha arrepentido siquiera por un instante de haberlo alentado a emprender viaje tan largo para solucionar lo que finalmente no pasa de ser un entredicho, una vieja rivalidad?

—¿Se atreve usted a afirmar, después de todo lo que ha escuchado, que todas las maldades y tropelías que ha cometido su padre en contra nuestra son solo un entredicho? —se mostró indignada doña Tomasa, pero igual a Diego le pareció escuchar una nota de duda en su voz.

—Tiene usted razón —cedió Diego—. Los actos de mi padre pueden ser calificados de tropelías. Hasta esos extremos pueden llegar las personas cuando el odio las guía... Pero insisto, ¿no ha habido ocasiones, en todos estos años,

en que ha sentido que se equivocó? ¿No piensa que debió convencer a su esposo, como lo había intentado ya en una ocasión anterior, para que no antepusiera su orgullo a la tranquilidad y bienestar de su familia? ¿No ha sentido, en tanto tiempo, que su esposo debía estar aquí, a su lado, junto a sus hijas, cuidando de sus negocios y de este obraje, en lugar de dedicarse en cuerpo, alma y fortuna a un asunto tan incierto como el que lo tiene ocupado?

—Me parece que un hijo del marqués de Valleumbroso no es la persona más indicada para poner en tela de juicio mis decisiones... —trató de mantenerse firme en su rechazo doña Tomasa, pero algo le decía a Diego que estaba a punto de ceder, quizás el que esos ojos que antes lo miraban desafiantes ahora vagaban como extraviados, buscando dónde posarse.

—No me responda ahora, pero piense en lo que le he preguntado. Está en sus manos enderezar las cosas. Usted es la única persona, estoy seguro de eso, a la que don Jerónimo y mi padre prestarían oídos. ¿Qué perdería intentándolo? —intuyó el sacerdote que no era bueno que la orgullosa mujer se sintiera acorralada—. ¿Me hará saber cuando haya tomado una decisión, cualquiera que sea?

Como si no hubiese escuchado esta última pregunta, doña Tomasa siguió largo rato sumida en sus pensamientos. El sacerdote, interpretando ese silencio como una negativa, buscaba con desesperación de qué otra manera presentar sus razones, cuando de pronto la mujer habló:

—Regrese a verme en una semana... No creo que pueda cruzar palabra con ese hombre que nos ha hecho tanto daño, pero tal vez alguien de mi confianza pueda escuchar lo que el marqués está dispuesto a hacer...

¿Qué significaba ese pedido? ¿Que las oraciones de Diego habían sido escuchadas y que doña Tomasa haría a un lado el orgullo y los rencores para dejarse guiar por la esposa y madre que sobre todo era? ¿O que el intento de acercamiento había sido infructuoso y estaría seguido de una tajante negativa a entrar en tratos con el marqués de Valleumbroso? Atormentado por la incertidumbre, el joven sacerdote se entregó aún más fervientemente a la oración y no salió de casa sino a cumplir sus obligaciones más perentorias. Balbina debía negarlo varias veces al día, pero felizmente ningún criado del marqués llamó a la puerta. Ese era el mayor temor de Diego, pues no hubiera sabido qué decirle a su padre. ¿Que nunca imaginó que doña Tomasa estuviese tan resentida por los agravios que ella y su esposo supuestamente habían recibido? ¿Que él mismo ya no estaba tan seguro de quién era el ofensor y quién el ofendido? ¿No era más culpable, en efecto, quien, favorecido por su posición, estaba acostumbrado a tener siempre la razón de su lado...?

Eran tantas las preguntas para las que Diego hubiese querido tener una respuesta, tantas sus dudas, que por momentos sentía enojo contra su padre. Quizás por eso, cuando se cumplió el plazo que le había fijado doña Tomasa, se presentó en el obraje de Tiobamba mucho más sereno que en la primera ocasión, dispuesto a aceptar con resignación cristiana el probable fracaso de su gestión.

—¿Qué me dijo usted la vez pasada? —le preguntó sin rodeos doña Tomasa tras invitarle a tomar asiento—. ¿Que no fue del marqués sino suya la idea de buscar un acercamiento conmigo?

—La iniciativa, efectivamente, fue mía, pero luego mi padre me llamó y me dijo que quería mantener una entrevista con usted —fue fiel a los hechos el sacerdote con ánimo de evitar malentendidos.

—¿No le aclaró su padre qué asuntos quería tratar conmigo?

—No, no mencionó ese punto. Solo me autorizó a decirle que el encuentro sería de provecho para ambas partes, pero, la verdad, se mostró bastante escéptico sobre el resultado de mis gestiones —siguió tratando Diego de ser lo más sincero posible. Estaba asombrado del cambio que se había producido en el talante de esa mujer que hace tan solo una semana parecía tan llena de determinación y amor propio y que ahora lucía abatida, indefensa.

—Está bien, me reuniré con el marqués... —pareció decidir de pronto doña Tomasa, interrumpiendo un nervioso ir y venir por la sala de recibo—. Eso sí, de ninguna manera pisaré su casa. ¡Podemos conversar en la casa de mi familia, en la calle de San Agustín!

El sacerdote, tomado por sorpresa, creyó entender primero que se trataba de una negativa y solo después de un rato, más por la actitud expectante de doña Tomasa que por las palabras mismas, comprendió que su proposición había sido aceptada.

—Yo... Mi padre... No creo que haya inconveniente en que la reunión sea en casa de su familia —atinó por fin a comentar algo—. ¿Y el día? ¿Quizás a comienzos de la próxima semana? —preguntó Diego cauteloso recordando el plazo fijado por su padre.

—De eso encárguese usted —respondió doña Tomasa fastidiada. Acercándose luego a la puerta del salón, dijo

de pronto, cruzando fuertemente las manos a la altura del pecho como si se tratara de un ruego—: ¡Ojalá no ocurra algo de lo que usted y yo tengamos que arrepentirnos por el resto de nuestras vidas!

Emocionado por el inesperado éxito de sus gestiones, Diego no dio importancia a estas últimas palabras. Solo cuando la entrevista quedó arreglada hasta en los detalles más mínimos, como el que el marqués acudiría solo en tanto doña Tomasa estaría acompañada de su hermana, el joven sacerdote se puso a pensar en qué es lo que había querido decir la esposa de don Jerónimo. ¿Qué podía ocurrir en ese encuentro que resultase luego motivo de arrepentimiento? ¿Por qué razón doña Tomasa había pronunciado ese ruego?

El día mismo del encuentro, recordando las manos de la mujer, Diego pensó que quizá ella estaba al borde de cometer un acto desesperado. ¿Explicaría eso su insistencia en que el marqués acudiese solo a la cita y no en compañía de su abogado, como él había planteado? ¿No estaría decidida a usar, como lo hizo ya en una ocasión para defender a sus pequeñas hijas, las pistolas de su marido?

Presa de la inquietud, el sacerdote se dirigió a la casa de su padre para informarse cuanto antes sobre los resultados de la entrevista. Era media mañana cuando, con un libro en la mano, se sentó al sol en el patio. Lector empedernido, intentó hacer definitivamente a un lado sus temores apreciando el depuradísimo estilo del canónigo Juan Espinosa Medrano, pero, al darse cuenta de que no lograba concentrarse, optó por distraerse observando las labores en que estaban ocupadas sus dos hermanas. Las hijas de

doña Tomasa con su primer esposo eran aproximadamente de la misma edad y seguramente en ese momento estarían también atareadas con el tejido o el bordado. ¿Y la niña que había nacido de la unión con don Jerónimo? ¿Estaría con su madre o habría quedado al cuidado de alguien en Tiobamba? En unos meses más, según le había comentado doña Tomasa, don Jerónimo emprendería el retorno al Cuzco y se reencontraría recién con su pequeña. Para entonces, ¿se habría apaciguado en algo el pleito que lo mantuvo tanto tiempo alejado de su hogar? Diego empezó a rezar una y otra vez para que así fuese, angustiado al mismo tiempo por lo mucho que estaba demorando su padre en regresar...

Recién pasado el mediodía chirrió el portón y resonaron unos pasos decididos en el zaguán.

—¿Dónde está mi hijo? ¡Que Fermín vaya a buscarlo a su casa! ¡De inmediato! —escuchó Diego el tono imperioso de su padre, pero no pudo adivinar si presagiaba buenas o malas noticias.

—Aquí estoy, padre... —se santiguó tres veces antes de animarse a salir a su encuentro. Le bastó, sin embargo, ver ese rostro iluminado por una enorme sonrisa para respirar aliviado.

—Todo salió muy bien, mejor de lo que te imaginas —soltó una carcajada el marqués dándole un par de palmadas en la espalda.

—¿Doña Tomasa intercederá ante su esposo? —preguntó Diego con voz temblorosa. Estaba tan poco acostumbrado a que su padre se mostrase efusivo con él que no pudo ocultar su emoción.

—¡Mejor que eso! ¡Mucho mejor que eso! —volvió a reír el marqués—. ¡Doña Tomasa, con los servicios de mi abogado, pedirá la anulación de su matrimonio con ese cerdo!

—No..., no comprendo... —empalideció Diego—. ¿No deseaba usted buscar un arreglo con don Jerónimo?

—¡Yo jamás dije eso! —tronó el marqués—. Me interesaba un arreglo, sí, pero solo con doña Tomasa. Y lo mismo, dicho sea de paso, estaban buscando los parientes de ella. ¡No tragan, tú bien sabes, al braguetero de su marido! El acuerdo ha resultado, pues, satisfactorio para todos, para casi todos —soltó otra carcajada el marqués—. Doña Tomasa pedirá la anulación de su matrimonio y su tío don Antonio de Saavedra y yo pagaremos sus deudas y le daremos una suma en efectivo para sacar a flote el obraje de Tiobamba. Además, por supuesto, correré con el enterero de los gastos que demande el proceso...

Diego, convertido en el instrumento de pacto tan inno-
ble, hacía rato que había dejado de escuchar los detalles en
que se explayaba su padre...

—¿Cómo se sentirá esa pobre mujer? —dejó escapar, sin darse cuenta, sus pensamientos—. ¿Qué pasará con don Jerónimo?

—Tan mal no se le ve. Parece que has hecho un buen trabajo. Ha recapacitado en cómo, por altanero, su marido ha despilfarrado no solo su fortuna sino también la de ella... ¡El muy maldito! La primera noticia que recibirá a su regreso al Cuzco será que ha perdido mujer, hija y hacienda. ¡Para que aprenda a meterse con un Esquivel!... —sentenció el marqués y soltó una carcajada estentórea.

Perseguido por esta risotada, Diego salió de la casa pater-
na tapándose los oídos y corrió a refugiarse en la iglesia de

San Francisco. Estuvo allí horas rezándole a la Virgen, pero no encontró ni siquiera un poco de alivio para la terrible culpa que lo atormentaba...

Don Rodrigo

Unos golpes suaves pero insistentes en la puerta de la recámara terminaron con los esfuerzos que hacía don Rodrigo para seguir durmiendo. Él, que había pensado que con el cansancio del viaje se recuperaría de la racha de malas noches, se levantó con desgano y, tras ponerse la bata, ordenó al impertinente que entrase.

—¡Su Señoría! —le dijo por todo saludo don Antonio Acosta, su secretario, mostrándole algo con la mano extendida.

—¿Le está empezando a fallar el oído, don Antonio? ¿No escuchó que ordené anoche que no se me molestase así se cayese el cielo? —descargó don Rodrigo su enojo en el viejo colaborador que había hecho el viaje con él desde los reinos de España.

—¡Su Señoría! —repitió con tono alarmado don Antonio y, tras hacer una rápida venia a manera de disculpa, entregó a don Rodrigo un papel que sostenía entre el pulgar y el índice como si estuviese infestado de algo.

Don Rodrigo hizo el intento de leer estirando también él el brazo y echando la cabeza para atrás, pero no logró descifrar nada en esa habitación casi a oscuras. Dudó unos segundos entre acercarse a la puerta del balcón para dejar entrar la luz o devolver el papel a don Antonio y finalmente optó por esto último.

—¡Están por toda la ciudad! ¡Este estaba clavado con un cuchillo en las puertas de palacio! —explicó el secretario

antes de repetir, con voz temblorosa, esa no por velada menos preocupante amenaza: “En Madrid, el rey; en Lima, el virrey y en Cuzco, los Esquivel”.

—¿Qué cosa? —rugió don Rodrigo—. ¡Hable claro! ¡No le entiendo nada!

—En Madrid, el rey; en Lima, el virrey y en Cuzco, los Esquivel... —repitió más pausadamente don Antonio retrocediendo instintivamente unos pasos por temor a la reacción del general.

—¡Deme eso! —ordenó don Rodrigo y, arrebatándole casi el papel a su secretario, se dirigió al balcón y abrió una de las hojas de la doble ventana. Recién a la luz que inundó la habitación pudo comprobar, con sus propios ojos, que no había escuchado mal. “En Madrid el rey, en Lima el virrey y en Cuzco los Esquivel...”, rezaba el pasquín escrito a mano pero con letra lo suficientemente clara y grande como para no pasar desapercibido—. ¿Qué hora es? ¿Supongo que ya habrá ordenado que los retiren, don Antonio, o está esperando a que los vea toda la ciudad? —preguntó con furia contenida don Rodrigo.

—¡No, no todavía! Primero quería consultar el asunto con Su Señoría —se disculpó el secretario, añadiendo en seguida que era temprano, que todavía no habían llamado a misa de siete.

—¡Que quiten de inmediato esos pasquines! —gritó don Rodrigo—. ¡Que traigan a mi presencia a quien sea sorprendido leyéndolos!

Definitivamente, las advertencias que le habían hecho se habían quedado cortas. ¡Atreverse a tamaña insolencia! Estaban muy equivocados, sin embargo, si pensaban que él se amedrentaría... ¡No había servido treinta años en los ejér-

citos reales para salir corriendo ante las bravuconadas de un par de altaneros criollos que no conocían cuál era su lugar! Ya se lo había dicho al virrey, el marqués de Castelflos: Su Majestad le había encomendado el gobierno del corregimiento del Cuzco y allí es donde le serviría a cabalidad durante los próximos cinco años. Poco le importaba que uno de los Esquivel se hubiese recibido como corregidor hacía apenas unos meses, en mayo de ese año de 1707. Era el anterior virrey, de manera inconsulta, quien había dado ese nombramiento, un nombramiento que no valía absolutamente nada ante la cédula real que a él lo amparaba. ¡Mal hacía, pues, Esquivel el Mozo en aferrarse al cargo! ¡Que se contentase con el corregimiento de Calca, donde ahora estaba!

¡Cuzco! ¡Ciudad de las más importantes en las Indias! ¡Cabeza del reino del Perú! Le habían advertido, mientras le daban sus instrucciones en el Real Consejo de Indias, que su población era de genio levantisco y una mezcla explosiva de peninsulares, criollos, mestizos e indios. ¡Pues también eso le traía sin cuidado! Cuando se ha lidiado con gente de la peor calaña como la soldadesca de Milán, de Cataluña y de tantos otros sitios, ¿qué problemas podía ocasionar una chusma de mestizos y de indios?

¡Más de un año había estado tras ese nombramiento, haciendo día tras día antesala ante cuanto personaje importante pudiera favorecerle en su gestión! ¡El corregimiento del Cuzco, y solo ese corregimiento, era la merced que quería alcanzar y a la que le daban derecho sus sacrificados servicios a la Corona! ¿Qué otra manera tenía si no de asegurarse un retiro tranquilo y digno? De buena gana, si no estuviese en situación tan apremiante, hubiera aceptado algún otro

de los corregimientos que le ofreció el marqués de Casteldosrius. Ni se hubiese movido de su Andalucía querida, por último, de no ser porque la carrera de las armas lamentablemente no le había deparado unas rentas seguras. El Cuzco, si ponía mano dura en su gobierno, le recompensaría por toda una vida de sacrificios y también Su Majestad quedaría bien servido. ¡Y pobre de aquel que osase interponerse en su camino! ¡Sería aplastado sin miramientos por más encumbrado que estuviese...!

El jueves 6 de octubre, cuando fue recibido oficialmente como corregidor y justicia mayor de la ciudad por el cabildo en pleno, don Rodrigo Egas Venegas Fernández de Córdoba, el cabello y los bigotes blancos, pero las anchas espaldas todavía enhiestas a pesar de que hacía rato había sobrepasado la cincuentena, llamó la atención de los presentes sobre dos hechos vergonzantes: el primero, que a su llegada al Cuzco no encontró al anterior corregidor en palacio (lo dijo así, sin darse el trabajo de mencionar el nombre del más joven de los Esquivel), y el segundo, que al día siguiente circularon unos cuantos pasquines cuyos autores habían cometido el gravísimo delito de infidelidad a la Corona. En el sepulcral silencio que siguió a estas últimas palabras, don Rodrigo, alzando aún más el vozarrón que le había granjeado fama entre sus compañeros de armas, añadió:

—Confío en los alcaldes y en Vuestras Mercedes para capturar cuanto antes, si no a los autores del delito, quienes seguramente se han cuidado muy bien de mover los hilos de esa conjura desde la sombra, por lo menos a quienes actuaron de secuaces pegando esos pasquines en varias partes de la ciudad, incluidas las puertas de palacio.

Satisfecho con el efecto que causó esta invocación, don Rodrigo decidió que el siguiente paso era dar un escarmiento a los orgullosos marqueses de Valleumbroso para hacerles agachar la cabeza. Claro que, como buen estratega, no cometería el error de desafiarlos directamente para pelear en terreno de ellos. Mucho menos riesgoso resultaría desacreditarlos ante esa plebe que se tragaba el cuento de que los corregidores estaban puestos solo para gobernar a los españoles y que sobre indios y mestizos mandaban ellos, los Esquivel. Si hasta habían tenido la osadía de proclamarse *Apus*, que era, según le habían explicado los españoles que llevaban años residiendo en el Cuzco, como los indios llamaban a sus gobernantes en tiempos de los reyes Incas.

La oportunidad se le presentó pronto y como pintada: un mestizo que había sido visto pegando pasquines fracasó en su intento de huir del alguacil y sus hombres y terminó refugiándose en el Sagrario de la iglesia de San Sebastián.

—¿En el Sagrario? —hizo una mueca de burla don Rodrigo al escuchar el informe de don Ernesto García, el alguacil mayor—. ¡Pues sáquelo de allí, hombre! ¡Qué espera!

—¡Es lugar sagrado, Su Señoría! —se mostró sorprendido el funcionario, un hombrecito rechoncho que desde el primer momento le había caído mal al corregidor.

—¡Nada hay más sagrado que los intereses de Su Majestad! —elevó la voz don Rodrigo—. ¡Saque a ese hombre de allí, a viva fuerza si es preciso!

Adelantándose a los acontecimientos, como era menester si se quería contar con el factor sorpresa, don Rodrigo ordenó a su secretario que reuniese a un grupo de testigos, por supuesto que naturales todos de los reinos de España,

y él personalmente se encargó de aleccionarlos uno por uno sobre la importancia que tenían sus declaraciones para cortar por lo sano una conjura contra Su Majestad.

Tras tales preparativos, condenar al garrote al reo una vez que estuvo en prisión resultó un simple trámite.

—La pena se aplicará mañana, a la salida del sol —anunció don Rodrigo al alcaide y al alguacil—. ¡Que se proclame la sentencia ahora mismo en la plaza principal!

Recién cuando estuvo a solas en sus aposentos, cambió el gesto severo que había mantenido en público por una sonrisa de satisfacción. Tres semanas llevaba en el gobierno de la ciudad y ese tiempo le había bastado para establecer sólidos vínculos con los españoles de más rango que residían en ella. “Es en Vuestras Mercedes —les había explicado— en quienes Su Majestad confía para que la ciudad no vuelva a conocer los desórdenes que se han repetido hasta hace poco. Su lealtad y el rigor con que traten a los indios y mestizos son las mejores garantías de quietud en la república”. No faltaron voces, es cierto, que le advirtieron sobre la ascendencia que tenían los Esquivel, una de las familias más antiguas y poderosas del Cuzco, unida por lazos de parentesco con lo más granado de la aristocracia del virreinato. Hubo hasta quien se atrevió a decirle directamente que a los marqueses de Valleumbroso era mejor tenerlos en calidad de amigos y no como enemigos, pero a ese comedido le cerró la boca diciéndole que él sabía escoger muy bien a sus amistades así como cuidarse de quienes no lo eran.

La primera batalla, don Rodrigo lo sabía perfectamente, era decisiva para el curso que tomaran en adelante los acontecimientos. Él mismo lo había repetido decenas de veces a

sus subalternos: “Un oficial se gana la obediencia ciega de sus tropas después de la primera victoria”. La humillación que estaban por sufrir los Valleumbroso era el aliciente que necesitaban los españoles para ocupar de nuevo ese sitio de avanzada que en parte les había sido arrebatado por los criollos cuzqueños. Su cometido principal como corregidor era, mostrando desde un comienzo firmeza y decisión en el gobierno de la ciudad, brindarles el respaldo que necesitaban para mantenerse en las posiciones ganadas.

Fiel a la costumbre de tantos años de reunirse en la víspera de una batalla con su estado mayor, don Rodrigo hizo una relación de los que podían ser considerados los españoles más prominentes del Cuzco y, llamando a su secretario, le ordenó que los invitase a palacio para esa noche.

—Con la cena se servirán unas botellas de la mejor manzanilla que he traído de Andalucía —añadió para subrayar la importancia de la ocasión.

Los invitados empezaron a llegar desde temprano, quizás apremiados por la tormenta que resonaba a la distancia y que por momentos parecía acercarse. “Va a caer un chaparrón de padre y señor mío”, anunciaba el que menos, pero en seguida la conversación volvía al asunto sobre el que desde hacía un par de horas hablaba toda la ciudad: la inminente ejecución del mestizo apresado en la iglesia de San Sebastián. Dada la gravedad del delito, nadie ponía en duda la justicia del castigo, pero más de uno de los presentes hizo notar, con la cautela del caso, que quizás fue un error no respetar el lugar sagrado.

El corregidor, en apariencia ocupado en cumplir sus deberes de anfitrión, no se perdía en realidad una palabra de

lo que se decía. Le hubiera gustado, claro, que sus invitados se mostrasen más entusiasmados con la determinación de que había hecho gala, pero en esas circunstancias prefería la sinceridad al halago gratuito. Este último podía confundirlo, hacerle pisar en falso, en tanto que la franqueza de quienes se consideraban iguales a él podía ayudarle a enmendar a tiempo el rumbo. Esas personas, algunas de ellas con títulos de nobleza como don Tomás de Saavedra, marqués de Moscoso, estaban llamadas a formar el partido que le ayudaría a derrotar en toda línea a los Esquivel. Nadie era tan zonzo, sin embargo, como para comprarse un pleito ajeno. Por eso es que debía tener muchísimo cuidado en cómo presentaba los acontecimientos de ese día...

—Caballeros... —golpeó suavemente el pie de su copa cuando todos sus invitados estuvieron sentados a la mesa—: Mucho me hubiera gustado reunirme con Vuestras Mercedes y escuchar su parecer antes de tomar las decisiones que me he visto obligado a tomar esta tarde. Sabrán comprender, no obstante, que las circunstancias demandaban de mí actuar con suma presteza pues de lo que se trataba era de cortar de un solo tajo el intento de sedición del que todos hemos sido testigos. Tengan la seguridad, por lo demás, que todos mis actos han sido seriamente meditados y que asumo personalmente la responsabilidad por los mismos. En lo que sí quiero contar con su decidido apoyo es en la tarea de mantenernos vigilantes ante el más mínimo intento de desafiar la autoridad real. Les propongo, pues, ahora que me honran con su presencia, levantar las copas y renovar el juramento de fidelidad a Su Majestad y de velar juntos por la tranquilidad de esta parte del reino...

El ruido que hicieron sus invitados al ponerse en pie no le ocultó a don Rodrigo un barullo que provenía de la calle. Con la copa todavía levantada, hizo una seña con la mano que tenía libre pidiendo silencio. El formidable retumbar de un trueno devolvió la tranquilidad a esos rostros que súbitamente se habían puesto tensos, pero a los pocos instantes, en el silencio que precedió a otro estremecedor estallido, la alarma se apoderó de todos los presentes. ¡Una enardecida turba debía de estar acercándose a la casa del cabildo, pues ahora sí no cabía duda que lo que se escuchaba era una confusa mezcla de gritos, silbidos y voces!

El corregidor, apartando enérgicamente su silla, salió del comedor y, acelerando cada vez más el paso, se dirigió a los balcones que miraban a la plaza del Regocijo. Tras él iban todos sus invitados, preguntándose unos a otros qué podía estar ocurriendo. El primero en despejar la incógnita fue don Rodrigo, porque, justo cuando asomó al balcón, el fulgor de un rayo le mostró a una muchedumbre que avanzaba por la plaza.

—¡Escuche, Su Señoría, están pidiendo que se suelte al preso! —se encargó el marqués de Moscoso de aclararle el sentido de tanta gritería.

—¡Esa es la conjura de la que les hablaba! —bramó el corregidor—. ¡Ahora es cuando debemos demostrar quién está con el Rey y quién desconoce su autoridad! ¡Vayan a sus casas y traigan a todos los hombres que puedan armar! ¡Entre tanto yo defenderé palacio con todos los servidores que están presentes!

Una pedrada que impactó en el balcón contiguo y que hizo añicos un vidrio fue la inesperada respuesta a las órdenes que impartía el corregidor.

—¡Qué desacato! ¿Quién es el criminal? —quiso salir al balcón don Rodrigo, pero se lo impidieron a tiempo el marqués de Moscoso y las otras personas que estaban al lado, pues en ese preciso momento sobre los balcones del cabildo cayó una andanada de proyectiles.

La chusma, cada vez más enardecida, reclamaba a gritos la libertad del mestizo apresado esa tarde, proclamando su inocencia. Al vocerío se sumaban las campanas de las iglesias llamando a entredicho y el ruido de las pedradas que de rato en rato impactaban en los balcones de palacio. Y por si fuera poco, los truenos que retumbaban cada vez con más frecuencia ponían lo suyo para que la asonada inquietase al más pintado. De hecho, temiendo que a sus acompañantes les flaquease el ánimo, don Rodrigo ordenó al alcaide y al alguacil que reuniesen todas las armas de fuego que había en palacio.

—¡Correremos a tiros a esos desgraciados! ¡Dispararemos a matar si es necesario! ¡Es lo menos que esperaríamos de nosotros Su Majestad en tales circunstancias! —arengó el corregidor a su reducido ejército.

—Lo que el Rey espera de nosotros y de Su Señoría es que la ciudad no se pierda y eso es justamente lo que puede ocurrir si provocamos de manera tan inconsciente a la turba —respondió tajante el marqués de Moscoso. Era apenas unos años mayor que el corregidor, pero aparentaba mucho más edad debido a una salud delicada y a su temperamento nervioso.

El grupo se había retirado por seguridad al segundo patio, hasta donde igual llegaba el eco de lo que estaba sucediendo en la plaza. Desperdigados al comienzo, los invitados de don Rodrigo se fueron alineando casi imperceptiblemente detrás del marqués de Moscoso, andaluz como el primero, pero, a dife-

rencia del corregidor, miembro de la más señera nobleza sevillana y alguacil mayor de la Santa Inquisición de esa ciudad.

—¿Qué pretende Vuestra Merced? ¿Que seamos linchados por la turbamulta? —hizo el intento don Rodrigo de seguir manejando la situación.

—Usaremos las armas de fuego para defendernos si esa gente osa entrar por la fuerza a palacio, pero no creo que se atrevan a tanto... —no se dejó amilanar el marqués de Moscoso aunque su rostro de rasgos finos palideció notoriamente.

—¿Por qué está tan seguro? —terció en la discusión don Jesús Monteagudo, un viejito regordete que se jactaba de ser el español que más tiempo llevaba viviendo en el Cuzco, casi cuatro décadas—. Si esos bribones se atreven a apedrear palacio es que están decididos a llegar hasta las últimas consecuencias. ¡Hay que liberar al preso si no queremos lamentar alguna desgracia!

—¡Eso de ninguna manera! ¡Ese perro traidor se queda donde está! —infló el pecho el corregidor, como dando a entender que estaba dispuesto a defender con su vida las puertas de la cárcel.

—Sugiero que no nos adelantemos a los acontecimientos —trató de calmar los ánimos otro de los presentes—. Si los sediciosos no siguen adelante con su ataque, no hará falta liberar al preso, pero si lo hacen, no veo de qué otra manera podremos salvaguardar nuestra integridad...

Una andanada de violentos golpes que hizo temblar las puertas de palacio despejó las dudas sobre las intenciones de los revoltosos.

—¡Las armas! ¡Traed rápido las armas! —gritó el corregidor, dirigiéndose al primer patio seguido por algunos de sus

invitados. Los más, sin embargo, corrieron a buscar refugio en el comedor.

—¡Pum..., pum..., pum...! —resonaron de manera espaciada varios golpes en el portón. Parecía que un grupo de atacantes trataba de abrirlo a empujones.

—¡Su Señoría...! —llegó corriendo el alguacil seguido de un grupo de servidores—. ¡Las armas! ¡Aquí están! ¡Ya están cargadas!

—¡Yo no pienso capitular ante esos traidores! ¡Quienes quieran servir al Rey cojan un arma y pónganse a mis órdenes! —interpeló a los presentes don Rodrigo con un vozarrón que sobresalió en medio del bullicio. Sabía que si nadie seguía su ejemplo habría perdido totalmente el manejo de la situación y eso fue precisamente lo que ocurrió: tras dudar unos segundos, ninguno de los presentes se armó.

—Le sugiero a Su Señoría que nos parapetemos en sus aposentos y que no tratemos de defender esa puerta... —instó el marqués de Moscoso al corregidor con tono sereno pero decidido.

Don Rodrigo, tras constatar que estaba absolutamente solo en su pretensión de hacer frente a los sediciosos, se disponía a dirigir la retirada al segundo patio cuando de pronto en la plaza resonaron dos pistoletazos que por alguna razón aplacaron el amenazador griterío, con lo cual el agitado tañido de las campanas se adueñó por unos instantes de la noche. El asombro que provocó este súbito vuelco en la situación aumentó aún más cuando acto seguido, como si se tratara de una noche cualquiera, alguien llamó a la puerta golpeando varias veces el aldabón...

—¡Abrid la puerta! ¡Soy don Diego de Esquivel y Navia! —oyeron a continuación los sitiados, pero no hicieron otra cosa que intercambiar miradas y encogerse de hombros, pues no llegaban a comprender lo que estaba ocurriendo.

—¿Qué estamos esperando? ¡Hay que abrir la puerta! —reaccionó por fin el alguacil mayor y corrió al zaguán—. ¿Es usted don Diego? ¿No es peligroso que le abra? —verificó primero.

—Más peligroso es que no lo haga, señor alguacil —se oyó por toda respuesta, pero esas palabras, como si se tratase de un santo y seña, fueron suficientes para que varios servidores corrieran a desatancar la puerta.

Don Rodrigo en algún momento pensó ordenar que no se abriera, pero fue sobrepasado por la rapidez con que se desarrollaron los acontecimientos. Luego, mientras sus acompañantes se acercaban a saludar efusivamente al tal don Diego, que hizo su entrada escoltado por numerosos sirvientes provistos de espadas, pistolas y escopetas, no sabía si mostrarse ofendido por el descaro de su enemigo o si reconocer de todas maneras su valor. Le faltó tiempo, sin embargo, para decidirse, pues al poco rato el marqués de Moscoso se encargó de hacer la presentación de rigor.

—¿Le parece a Vuestra Merced que la vida de un servidor suyo es más importante que la tranquilidad del reino? —se animó don Rodrigo a tomar al toro por las astas calculando que el más joven de los Esquivel no tendría ni 35 años y que, por lo mismo, no sería muy experto en las lides políticas.

—El mestizo que está preso no está ni nunca ha estado a mi servicio, como les consta a todos los presentes —replicó el corregidor de Calca sin perder la calma—. Y es obvio que

la tranquilidad del reino me importa tanto o más que a Su Señoría pues de lo contrario no me hubiera presentado aquí a riesgo de mi propia vida.

—Muy tarde llegan sus refuerzos —trató don Rodrigo de restar importancia al gesto de su contrincante—. Con los caballeros aquí presentes hemos decidido parapetarnos en mis aposentos confiando en que la turba no se atreverá a entrar a palacio por la fuerza.

—¡No le aconsejo hacer eso! ¡Es muy grande el número de amotinados y se ven dispuestos a todo con tal de liberar al prisionero! Según mi parecer, solo hay dos salidas para que la justicia real no sufra menoscabo: o aplastar con las armas ese conato de rebelión o liberar al mestizo. ¡A Su Señoría le toca decidir!

—Los presentes son testigos de que yo soy partidario de lo primero —se alegró don Rodrigo de tener de qué asirse para no perder autoridad—. ¡Esa chusma está ahora enva-lentonada, pero si disparamos a matar desde los balcones saldrán corriendo como conejos!

—¡Yo no estaría tan seguro! —replicó de inmediato don Diego—. Esa gente considera que se ha cometido una doble injusticia: se ha violado un lugar sagrado y se ha condenado a garrote a un inocente. Si disparamos a la multitud, debemos estar preparados para una respuesta violenta.

—Justamente porque sabemos que esa turba está dispuesta a todo es que habíamos optado por parapetarnos, pero ahora, por lo que Vuestra Merced dice sobre las razones que empujan a los revoltosos, comprendemos que eso no es suficiente —salió en apoyo de don Diego el marqués de Moscoso—. ¡Yo no veo otra salida que soltar al preso!

—¿Qué nos garantiza que esa medida aplacará la asonada? —dejó don Rodrigo una puerta abierta para cambiar de determinación en caso se viera nuevamente solo. El marqués de Moscoso y el de Valleumbroso, él lo sabía perfectamente, eran las cabezas de dos facciones irreconciliables, la de los españoles y la de los criollos. En las actuales circunstancias, sin embargo, todo parecía apuntar a que habría entre ellos una coincidencia de pareceres.

—Yo me puedo encargar de eso —ofreció no sin cierta altivez don Diego de Esquivel—. ¡Puedo salir a la plaza y exigir a los revoltosos respeto por la autoridad real a cambio de garantizarles que el preso será liberado!

El barullo que poco a poco había ido retomando fuerza hizo dudar un momento a los presentes sobre el resultado que podría tener la mediación de don Diego, pero fue de nuevo la opinión del marqués de Moscoso la que definió la situación.

—¡Ya hubo una oportunidad en que la palabra de don Diego fue suficiente para calmar a una turba enardecida! ¡Esperemos que esta vez ocurra lo mismo!

A don Rodrigo, quizás el único entre los presentes que ignoraba a qué sucesos se estaba refiriendo don Tomás de Saavedra, no le quedó más remedio que asentir con una ligera inclinación de cabeza cuando todas las miradas se volvieron hacia él. Debía admitir, por mucho que le costara, que había salido mal parado de esa primera escaramuza. A la legua se veía que don Diego de Esquivel, a pesar de su relativa juventud, estaba acostumbrado a mandar y a que su palabra fuese escuchada. Eso, más el arrojo del que hacía gala en circunstancias tan difíciles como las de esa noche, lo convertía en un contrincante muy peligroso.

—¿Se atrevería Vuestra Merced a enfrentar un tumulto con la ayuda de tan solo dos servidores armados? ¿No será más bien don Diego el maldito cabecilla de nuestros atacantes? —le comentó, sigiloso, don Rodrigo al oído al marqués de Moscoso. No podía permitir, por lo menos no ante quienes después de esa noche seguirían siendo sus principales aliados, que don Diego de Esquivel ganase una aureola de héroe.

—Quiera Dios que no tenga tanta ascendencia como para levantar a toda la población, pues de ser así nos tendría en sus manos —contestó molesto el marqués de Moscoso, más interesado en adivinar lo que estaba ocurriendo en la plaza.

—¡Se están dispersando! ¡Los revoltosos se están dispersando! —se acercó el alguacil a la carrera a informar al corregidor—. Y don Diego viene para acá...

El bullicio, en efecto, había empezado a menguar y de un momento a otro también las campanas enmudecieron. Solo los truenos que resonaban en la lejanía recordaban todavía la tormenta que se había abatido sobre la ciudad del Cuzco. A don Rodrigo, que había sido advertido de que se acercaba la temporada de lluvias, se le ocurrió recién pensar que tal vez un fuerte aguacero hubiese enfriado los bríos de los amotinados. Lástima que también la naturaleza se hubiese puesto en contra suya pues los rayos y truenos no hicieron sino aumentar la tensión del momento.

—Yo ya he hecho mi parte —le informó ufano don Diego de Esquivel delante de todos—. Ahora le toca a Su Señoría hacer la suya.

—¡Daré soltura al preso, pero esto no termina aquí! ¡Mañana mismo mandaré a hacer un auto para dar con los instigadores de la rebelión! —se mostró amenazante el corregidor.

—¡Cuente también conmigo para eso! —le respondió don Diego con un tono que a muchos de los presentes les supo a sorna...

Después de una noche de insomnio, don Rodrigo decidió que no le convenía iniciar una investigación sobre el tumulto. Por el contrario, mejor era que en Madrid y en Lima no se enterasen de lo ocurrido o, en el peor de los casos, que pensaran que se trató de un incidente sin importancia. Dictó, pues, a su secretario un informe en el que manifestaba que un conato de disturbio fue rápidamente sofocado gracias a la decidida acción del corregidor y sus servidores. Luego dedicó varios días a convencer a una mayoría de miembros del cabildo para que, alegando que él ya había informado sobre el asunto, no se diese cuenta al superior gobierno sobre lo ocurrido esa noche de fines de octubre.

Una cosa sacó en limpio don Rodrigo de las veces que debió humillarse ante tanto pelagato que en lugar de tratarlo con el respeto o hasta la reverencia de antes ahora le mostraba conmiseración o le miraba a los ojos con mal disimulada socarronería: que los cuzqueños, en la misma medida en que se arrodillaban ante quien estaba por encima de ellos y hasta le lamían las botas, eran implacables y extremadamente despectivos con el que estaba debajo y con mayor razón con el caído, como si esto último les compensara por su injustificada falta de dignidad y de orgullo. Claro que esta manera de comportarse era en general propia de la naturaleza humana, admitía el corregidor discutiendo consigo mismo, pero en el caso de los habitantes de esa extraña ciudad se manifestaba de modo exagerado. Quizás la razón de ello estuviera en esa forzada convivencia de cuatro estamentos tan separados

unos de otros que por último ni siquiera hablaban la misma lengua. Si estaba o no en lo cierto era algo, en todo caso, que a don Rodrigo le traía sin cuidado. Lo que sí le preocupaba, y mucho, eran las implicancias prácticas de esa peculiar idiosincrasia: gente así, lo sabía por la experiencia de haber vivido en tantos lugares, solo agachaba de verdad la cabeza ante el más poderoso. Los segundones, quienes no podían hacerle sombra a dicho personaje, solo podían aspirar, por más corregidores o autoridades que fuesen, a un respeto aparente, de la boca para afuera, y a una obediencia de mala gana o incluso a un franco desacato. En otras palabras, si no demostraba cuanto antes quién mandaba en la ciudad, sería un títere más en manos de los Esquivel, como lo habían sido muchos de sus predecesores.

Urgido por poner las cosas en su lugar, don Rodrigo no permaneció un instante con los brazos cruzados. Él no se tragaba el cuento de que era gracias a su reconocido arrojo y a su fama de justiciero y de hombre de palabra que don Diego de Esquivel había logrado dominar a la turba. Si de verdad era poco probable que ese traidor hubiese movido hábilmente sus piezas para instigar el tumulto, como insistían los peninsulares de más confianza con los que había discutido hasta el cansancio el asunto, entonces la explicación de su valentía y del respeto que había impuesto a una multitud enardecida no era otra que esa verdadera guardia pretoriana de la que había sabido rodearse. En su mayoría mestizos y mulatos reclutados entre la gente de mal vivir, los servidores de los Valleumbroso, como lo había podido averiguar don Rodrigo, no solo eran diestros en el manejo de las armas blancas y de las de fuego sino además una sarta

de despiadados que no tenía ningún temor de Dios. Por eso a don Diego le había bastado con disparar un par de tiros al aire para abrirse paso hasta las puertas de palacio y por eso mismo, con el ofrecimiento de liberar al preso, había logrado aplacar tan fácilmente a la turba.

Decidido, pues, a combatir al enemigo con sus propias armas, don Rodrigo le pidió al alguacil mayor que le mostrara los sitios frecuentados por los facinerosos.

—Se reúnen a beber en unas pulperías de mala muerte del barrio del Hospital, en las afueras de la ciudad —le informó el alguacil—. ¿Su Señoría desea que esos lugares sean clausurados?

—¡Que cuatro guardias me acompañen a inspeccionar esos sitios esta noche! —ordenó el corregidor sin dar mayor explicación.

Su intención era conseguir a tres o cuatro malhechores que tuvieran trato cercano con los servidores de los Valleumbroso para contratarlos como informantes, pero esto era algo sobre lo que el alguacil no debía estar al tanto. Desde la noche del asalto a palacio don Rodrigo sospechaba que este diligente servidor que se deshacía en juramentos de fidelidad estaba en realidad a sueldo de don Diego de Esquivel. No pensaba echarlo del puesto, sin embargo, sino más bien utilizarlo para hacer llegar información equivocada al campo enemigo.

La táctica elegida por el corregidor pronto empezó a dar buenos frutos. Un día a la semana, cuando toda la ciudad dormía, su secretario le abría las puertas de palacio a un hombre con el rostro embozado. Se trataba de Francisco el Pata-tiesa, un mulato que cojeaba ligeramente pero que no por eso era menos ágil en las riñas con cuchilla. Medio primo

de uno de los hombres de más confianza de don Diego, un tal Anselmo, el Patatiesa mantenía al corregidor al tanto de todo hecho importante que ocurría en casa de los Valleumbroso. Nunca más, pues, don Rodrigo actuaría a ciegas. Su enemigo, en cambio, si se fiaba de las cosas que le contaba el alguacil mayor, más equivocado no podría estar sobre sus verdaderas intenciones.

No contento con esto, don Rodrigo encargó a su secretario la delicada tarea de indagar sobre cualquier atropello o infracción de la ley más o menos recientes que comprometieran seriamente a los Esquivel. Fue así como se enteró de que hacía apenas un par de años este había tenido la osadía de raptar del convento de Santa Clara a una mestiza cantora. El escándalo, por supuesto, había sido enorme pero don Diego de Esquivel supo taparlo con una buena suma de dinero que hizo llegar a los padres de la deshonrada muchacha y con un aún más generoso donativo para las monjas clarisas. Quien informó en detalle sobre estos hechos al corregidor fue un mercader español, andaluz como don Rodrigo, que a partir de entonces devino en un seguro aliado.

—¿Y qué suerte corrió esa muchacha? —le preguntó el corregidor a su paisano cuando ya había la suficiente confianza para ello.

—Mientras le duró el capricho, don Diego de Esquivel la mantuvo a su lado en Calca. Ya entonces era corregidor de esa jurisdicción.

—¿Y después?

—Parece que le ha puesto a la mujer una casita humilde en la parroquia de Santa Ana, pero ya no la visita. Prácticamente la ha abandonado a su suerte...

—Si es así, tal vez podríamos convencerla para que, llegado el momento de atacar en todos los frentes, testimonie contra don Diego.

—Seguro que sí se puede conseguir eso. En todo caso, Su Señoría, cuente también con mi testimonio cuando haga falta. No sabe usted la de veces que los Esquivel me han echado a perder buenos negocios por el puro odio que tienen a los peninsulares. Si puedo ayudar en algo para que Su Señoría les haga tragar su orgullo, me daré por muy bien servido —le aseguró una vez más al corregidor don Jerónimo de Losada, que era como se llamaba el comerciante.

Un robo sacrílego que conmovió a toda la ciudad le cayó a pelo a don Rodrigo para probar la maquinaria de guerra con la que pensaba sorprender a su enemigo. Sobre el hecho, la desaparición de la corona de oro de Nuestra Señora de los Remedios, fue informado por una nota que le hizo llegar una mañana de fines de noviembre el provincial de los mercedarios.

Al acudir de inmediato al convento de la orden, halló a la comunidad totalmente alborotada. El o los ladrones habían cargado no solo con la corona de la Virgen, un delicado trabajo en oro que pesaba más de seis libras y que estaba guarnecido de esmeraldas, sino también con la de su Hijo Santísimo, prácticamente una réplica en pequeño de la joya más grande, también adornada con esmeraldas aunque de menor tamaño.

—¿Cuándo se percataron de la desaparición? —preguntó don Rodrigo al provincial.

—Esta mañana, cuando después de la misa de diez el hermano encargado de la limpieza se acercó a desempolvar la imagen.

—¿Y cuándo vieron por última vez las joyas?

—La tarde de ayer con toda seguridad, porque yo mismo acompañé al ecónomo a que recogiera las limosnas de su alcancía y le rezamos a Nuestra Señora en señal de agradecimiento.

—¿Estaba abierta la iglesia en ese momento?

—Sí, para la misa de seis, que estaba por empezar. El robo tiene que haberse producido después, porque ese servicio es muy concurrido.

—¿Han descubierto alguna puerta o ventana fracturada?

—¡Ninguna! ¡Por eso estamos tan perplejos! Hemos empezado a sospechar incluso que tal vez el ladrón sea uno de los miembros de nuestra comunidad...

—Yo en su lugar no me adelantaría a sacar conclusiones, reverendo Padre. ¿Hay manera de pasar de la iglesia al convento y de salir de este a la calle sin necesidad de forzar alguna puerta o de tener llaves? —puso al provincial en un aprieto con su pregunta don Rodrigo.

—Sí, de hecho sí hay manera —respondió el sacerdote luego de un pequeño conciliábulo con otros monjes—. Eso solo lo puede hacer, sin embargo, una persona que conozca muy bien el convento.

—¿Han despedido en el último año o los últimos dos años a algún empleado? —preguntó finalmente el corregidor luego de permanecer callado durante un buen rato.

—Su Señoría puede ver que después del terremoto de 1650 vivimos prácticamente en obra permanente. Muchos operarios pasan por el convento y se van cuando termina su trabajo. Despedir lo que se dice despedir, pues no, nunca hemos despedido a ninguno, aunque déjeme recordar... —se

calló de pronto el provincial—. Hace cosa de un año tuvimos problemas con un maestro carpintero que recibió el encargo de colocar los pisos en algunas de las nuevas celdas. Era un borrachín empedernido y no cumplía a tiempo con su trabajo. Tuvimos que prescindir de sus servicios y el muy malcriado encima salió echando culebras por la boca. ¿Cómo se llamaba ese hombre? —preguntó el provincial a los monjes que lo estaban rodeando.

—¡Silva! —se apresuró a responder uno de ellos—. ¡El maestro Manuel Silva! Lo apodaban, sabe Dios por qué, el Doctorcito.

En un comienzo, al encontrar al tal Doctorcito achacoso y postrado en cama, don Rodrigo pensó que su intuición había fallado. Vivía el carpintero, con su esposa y una hija ya mayor, en un cuartucho maloliente de una de las últimas casas de la parroquia de San Blas. Se les notaba a todos muy asustados, pero don Rodrigo no atinaba a comprender si era por cargo de conciencia o si estaba de nuevo ante ese respeto rayano en el pánico que mostraban ante la autoridad mestizos e indios cuando no se podían escudar tras la muchedumbre.

—Mi esposo ya tres semanas que no se levanta de la cama. ¡Enfermo está! —empezó de hecho a lloriquear la mujer, dando explicaciones que nadie había pedido.

—¡Para robar no hace falta estar sano! ¡Solo se necesita adiestrar bien a un par de cómplices...! —clavó la mirada el corregidor primero en la mujer y luego en el carpintero—. ¿Dónde están las coronas? ¿Las tienes tú o las tienen tus cómplices?

—Yo estoy enfermo, Excelencia... Yo no sé nada. ¡Juro por Dios que no sé nada! —se arrodilló en su lecho el carpintero e imploró con voz lastimera.

—¡No te atrevas a jurar! —bramó don Rodrigo, ahora sí convencido de estar sobre la pista de los ladrones—. ¡Lleved a este pícaro a la cárcel! ¡Así como está! —ordenó al alguacil mayor y a los guardias—. ¡Vamos a ver si se sigue proclamando inocente cuando el verdugo le arranque la lengua por perjuero!

—¡Yo no he sido, Excelencia! ¡Yo nada he tenido que ver! El cholo Gualpa ha sido. Con engaños me emborrachaba para soltarme la lengua. Sobre el convento nomás me preguntaba... ¡Qué me iba a imaginar lo que estaba tramando ese cholo ladrón! —empezó a cantar el carpintero ni bien dos guardias lo cogieron de los brazos para sacarlo de la cama.

—¿Dónde vive el cholo...? ¿Cómo has dicho que se llama?

—¡Juro que no sé, Excelencia! Gualpa se llama. O de repente su apodo es. *Gualpa* “gallina” significa, pues, en quechua. En las pulperías del barrio paraba, pero meses que no lo veo...

Con esa y otras señas que de buena gana soltó el espantado carpintero, don Rodrigo encargó esa noche a Francisco el Patatiesa la búsqueda del ladrón.

—¡Quiero que tú y tus hombres den con su paradero así tengan que indagar en el mismísimo infierno! —le remarcó a su informante—. ¡La recompensa será muy generosa!

El cholo Gualpa, de mirada torva y rasgos como tallados en piedra, de seguro uno de los que instigó la asonada contra palacio, no se había dado el trabajo de huir ni de esconder su botín. Estaba tomando chicha, tal como le indicó poco antes el Patatiesa al secretario del corregidor, en una taberna llena de indios en la parroquia de Santiago.

Cogido de sorpresa por el alguacil y los guardias, no tuvo tiempo ni para apartar de sus pies el pequeño atado donde, envueltas entre trapos mugrientos, estaban las dos coronas. Don Rodrigo, que observó la escena desde la puerta, comprobó de inmediato que esas delicadas piezas de orfebrería estaban algo aplastadas, pero con todas las piedras preciosas en su lugar.

—¡A la cárcel! —ordenó el corregidor al alguacil mayor cuando este le presentó al reo—. ¡Que don Antonio aliste todo para sustanciar el proceso esta misma tarde! ¡Quiero ver a este ladrón colgando de la horca mañana mismo!

El cholo Gualpa, si bien permanecía con la cabeza gacha, ni se inmutó al escuchar la suerte que le esperaba. De hecho, parecía más preocupado en mascar la bola de hojas de coca que le inflaba uno de los carrillos.

—¡Escupe esa porquería, perro sarnoso! —le asestó un sopapo don Rodrigo al insolente, pero solo consiguió hacerle levantar la vista por unos instantes. Había tanto odio en esa mirada que el corregidor se quedó desconcertado—. ¿Qué estáis esperando? ¡Llevadlo! —descargó su enojo en sus subordinados.

Poco más de Veinticuatro horas le habían bastado a don Rodrigo para resolver ese robo sacrílego. Los padres mercedarios, con el provincial a la cabeza, no cabían en sí de gozo y se deshacían en alabanzas y agradecimientos.

—¡Nunca la justicia ha sido tan pronta! —resumió el sentir de toda su comunidad el padre provincial—. ¡Ni siquiera me atrevo ya a molestarlo por una pequeñez!

—Servir a la Iglesia no es ninguna molestia. ¿De qué se trata, padre? —se mostró interesado el corregidor.

—Hemos descubierto que a otra imagen de Nuestra Señora le faltan un par de chorros de perlas. ¡El culpable debe ser el mismo!

—¡Pierda cuidado, padre! —se mostró aún más animoso don Rodrigo—. Yo mismo me encargaré de interrogar al reo.

Hacer hablar a ese cholo orgulloso no resultó tarea fácil. Hubo que aplastarle una a una las uñas de las manos para que confesara que los aretes se los había regalado a una mestiza dueña de una pulpería con la que tenía trato íntimo.

—¡Tiene agallas el bruto este! —le comentó el corregidor a don Antonio Acosta, su secretario, mientras instruían el proceso—. ¡Lástima que deba condenarlo a la horca! Me hubiera gustado tenerlo a mi servicio. ¡Un tipo así no tendría temor de emboscar a don Diego de Esquivel...!

—Su Señoría... —interrumpió el alguacil las reflexiones de don Rodrigo—. La mestiza Obando niega haber recibido los aretes de regalo. Dice incluso que no conoce a ningún cholo Gualpa.

—¿Ha registrado su vivienda? ¿La ha traído presa? —preguntó molesto el corregidor, dando por descontado que don Ernesto García, como en anteriores ocasiones, se había esmerado en cumplir a medias la tarea que le había encargado o simplemente se había cruzado de brazos.

—No, Su Señoría... Pensé que...

—Usted no piense, don Ernesto. ¡Usted límitese a cumplir mis órdenes! —alzó la voz don Rodrigo para ordenar seguidamente a un par de guardias—: ¡Traed a esa mujer a mi presencia! Y ya no os deis el trabajo de registrar su vivienda. Don Ernesto se ha encargado de advertirle que tiene que esconder en otro lado esos aretes...

Los motivos que tuvo el cholo Gualpa para regalarle los chorros de perlas a esa mestiza pulpera saltaban a la vista: un busto prominente, unas caderas anchas y un par de ojos como dos carbones, listos para encenderse y lanzar destellos.

—¿Con que no conoces a ningún cholo Gualpa? —le preguntó socarrón don Rodrigo—. De repente viéndolo te acuerdas de él... —hizo una señal al alcaide.

Dos guardias trajeron de inmediato al reo, quien, avergonzado al parecer de su debilidad, tenía el mentón clavado en el nacimiento del cuello. La Obando, al ver sus manos envueltas en dos trapos ensangrentados, no pudo reprimir un grito de horror...

—¿Ya te acuerdas de él? ¿Nos vas a devolver los aretes o quieres que te refresquemos la memoria? —le preguntó calmado el corregidor.

—Los he enterrado en un cofrecillo en el corral de las gallinas —se apresuró a confesar la mestiza—. ¡Yo no sabía que eran robados! ¡Juro por Dios que no sabía!

—¡Con qué facilidad estos indios ladrones juran por Dios! ¡Habría que cortarles a todos la lengua! —se burló don Rodrigo—. ¿Qué hacemos con esta mujer, don Ernesto? —se dirigió acto seguido al alguacil—. ¿La dejamos ir? ¿La condenamos a doscientos azotes?

—Debe ser azotada por perjurio, Su Señoría..., y por encubrimiento de un robo sacrílego —respondió el alguacil con ánimo de congraciarse con el corregidor.

Las penas a que serían sometidos al día siguiente el ladrón y su cómplice fueron anunciadas en la plaza mayor y en otras plazas de la ciudad. Don Rodrigo, recordando que en circunstancias parecidas se produjo el intento de asaltar palacio, fue

presa durante un rato de un desagradable desasosiego, pero no tuvo que ser muy acucioso en su repaso de los acontecimientos de ese día para darse cuenta de que no tenía motivo alguno de inquietud. Por el contrario, podía retirarse a descansar paladeando el que quizás era su primer triunfo desde que estaba en el gobierno del corregimiento. “Nunca la justicia ha actuado con tal prontitud”, había dicho el provincial de los mercedarios y esa era una opinión que seguramente compartía todo el Cuzco. Con la autoridad que había ganado pronto estaría en condiciones de cobrarles la revancha a los Esquivel...

La ciudad amaneció tranquila, pero igual don Rodrigo se encargó personalmente de revisar que se hubiesen tomado todas las previsiones del caso.

—¿Está listo el cadalso? —fue lo primero que preguntó a don Antonio Acosta, su secretario.

—Desde poco antes de la medianoche, Su Señoría —respondió diligente este.

—¿Se nota algún movimiento extraño en la ciudad? ¿Qué le ha informado el Patatiesa?

—¡Todo está en calma! El Patatiesa dice que la gente del pueblo no se explica cómo ha podido capturar tan rápido al ladrón y recuperar las coronas. Se preguntan incluso si no habrá hecho Su Señoría un pacto con el maligno —soltó cauteloso don Antonio algo que efectivamente le había contado el informante.

—Con el demonio va a tener que pactar pronto don Diego de Esquivel, pero ni así va a salir bien librado de las acometidas que pienso emprender en su contra... —proclamó abiertamente su odio don Rodrigo, satisfecho al mismo tiempo de que todo estuviera marchando bien.

Poco antes de las ocho de la mañana, se reunió con los alcaldes que llevaban buen rato esperándolo en su despacho y, junto con ellos, se dispuso a salir a la plaza. En ese preciso momento hizo su aparición don Ernesto García, el alguacil mayor, con el gesto alterado.

—Su Señoría, Su Señoría... —repitió el hombrecillo en un vano intento de recobrar el aliento—. ¡La plaza se está llenando de colegiales y religiosos! ¡Desde hace poquito rato!

—¿Clérigos? ¡Don Antonio! —interpeló el corregidor a su secretario.

—¡No entiendo qué puede haber pasado, Su Señoría! Por respeto a las costumbres del lugar, ayer en la tarde se envió recado al deán de la Catedral y a los superiores de las órdenes religiosas para que ningún clérigo circulase por la Plaza del Regocijo entre las ocho de la mañana y las doce del día. ¡No entiendo nada! —se alzó de manos, avergonzado, don Antonio.

—¿Se envió recado? ¿Entonces qué demonios hacen esos curas en la plaza? No se puede ejecutar la sentencia con ellos allí —estaba fuera de sí el corregidor.

—Permítame, Su Señoría... —pidió permiso para hablar el alguacil dando un paso adelante con la cabeza gacha—. Los clérigos están pidiendo perdón para la mestiza Obando. Dicen que azotarla sería injusto, que ella no podía saber que los aretes que el cholo Gualpa le regaló habían sido robados a la Virgen.

—Don Ernesto, ¿tiene usted algo que ver en este embrollo? —cogió por la chaqueta don Rodrigo al alguacil clavándole en los ojos una mirada que despedía fuego—. ¿Está su jefe, don Diego de Esquivel, detrás de todo esto?

—Don Diego no es mi jefe, Su Señoría... —empezó a disculparse el alguacil, pero el corregidor lo dejó con las palabras en la boca y se retiró a un rincón dándoles la espalda a todos los presentes.

¡Segunda vez que quería aplicar una pena ejemplar y segunda vez que surgían obstáculos! Su autoridad, si no imponía su voluntad, quedaría definitivamente mellada. ¿Qué podía hacer? ¡Enfrentarse con la Iglesia era una batalla perdida de antemano, además de que eso lo volvería tremendamente impopular! No le quedaba otro camino que negociar lo más rápidamente posible.

—¡Don Antonio! Convoque de inmediato al deán de la Catedral. Lo quiero en este despacho en cinco minutos. ¡Guardias! ¡Llevad preso al alguacil mayor! Decidle al alcaide que estará en prisión hasta que se esclarezca si tuvo o no participación en los hechos! Vuestras Mercedes —se dirigió por último a los alcaldes—, su deber es mantener el orden en la ciudad. Salgan a la plaza y anuncien a los curiosos que la ejecución se posterga hasta media mañana.

Recién al quedar solo, dio rienda suelta a la rabia y frustración contenidas propinando puntapiés a cuanto mueble se le cruzó en el camino. ¡No entendía qué había movido a la iglesia a salir en defensa de una pulpera de dudosa conducta! ¿La compasión? ¿El sentido de justicia? ¡No podía ser! Definitivamente, se trataba de otra jugada de los Valleumbroso. Y era el alguacil quien le había tendido la trampa al aconsejarle que la mestiza fuese acusada de perjurio y encubrimiento de robo. Tal vez no pudiese probarle nada al desgraciado, pero no se quedaría ni un día más a su servicio...

El ruido de pasos que se acercaban lo indujo a hacer un esfuerzo para serenarse. Levantó un par de sillas que estaban tumbadas y ordenó a quienes acababan de llamar a la puerta que pasasen.

—Créame, Su Señoría, estoy sumamente acongojado por lo que está ocurriendo en la plaza —se deshizo de inmediato en explicaciones el deán de la catedral, don Vasco de Sosa—. Su Ilustrísima, el señor obispo, impartió órdenes claras para que todos los religiosos fuesen informados sobre la ejecución, pero ya ve...

Don Rodrigo, tras estudiar por unos instantes al deán, cayó de pronto en la cuenta de que la desagradable impresión que ese personaje le había causado desde la vez que lo conoció se debía a que parecía un cuervo. No solo por sus facciones sino incluso por ese tórax voluminoso y esa espalda casi jorobada.

—¿No puede usted hacer nada para que esos clérigos despejen la plaza? —le preguntó a don Vasco a sabiendas de que este no estaba siendo franco.

—¡Lo he intentado, Su Señoría! ¡Créame que lo he intentado! Hace un rato envié al arcediano para que les ordenase retirarse so pena de excomunión mayor, pero no han hecho caso. Y la verdad, déjeme serle franco, no me extraña. Su Señoría debe estar informado sobre las rivalidades que hay entre frailes y sacerdotes criollos y peninsulares. Esos que están afuera son en su mayoría criollos, sin lugar a dudas. Defienden a la Obando no por piedad sino por un mal entendido espíritu de cuerpo. Piensan que un castigo oprobioso a alguien del lugar es una ofensa a la dignidad de todos ellos.

El corregidor estaba al tanto de los frecuentes enfrentamientos que ocurrían en los conventos a raíz de las designaciones de provinciales y priores, pero igual no le creía una palabra al cara de cuervo que tenía delante.

—¿Me equivoco, don Vasco, o es usted nacido en el Cuzco? ¿Debo entender que alienta el desacato a la autoridad real que están cometiendo sus paisanos? —le preguntó haciendo a un lado la diplomacia.

—Yo no sería tan aventurado en mis juicios —contestó desafiante el deán—. En primer lugar, no todos los criollos pensamos igual. Y en segundo, no es la autoridad real la que desafían esos religiosos sino un exagerado castigo impuesto por Su Señoría.

—¿Está usted convencido entonces de que por las buenas no se podrá dispersar a los clérigos? ¿Qué haría usted en mi lugar? —dio marcha atrás don Rodrigo.

—¡Ni por las buenas ni por las malas, créame! En su lugar yo le levantaría a la mestiza la pena de azotes y la dejaría libre.

“Créame, créame” —cuanto más repetía el deán esa palabra, menos le creía el corregidor. Haciendo un supremo esfuerzo para mantener la cabeza fría, tuvo que admitir, sin embargo, que no le quedaba más remedio que ceder.

—¡Dejarla libre de ninguna manera! ¡Ni que se tratase de una santa paloma! —puso primero sus condiciones—. ¡Se quedará lo menos un mes en la cárcel! Ese será su castigo en lugar de la pena de azotes. ¿Puede ahora ordenar a los religiosos y colegiales que dejen de interferir en la actuación de la justicia?

—¡Lo intentaré, Su Señoría! ¡Créame que con gusto lo intentaré! —hizo una venia a manera de despedida el deán.

No habían sonado ni las diez campanadas cuando el cholo Gualpa ya estaba colgando de la horca, con uno de los carrillos hinchado por las hojas de coca y un hilillo verde corriéndole por la comisura de los labios. En ese momento, un murmullo recorrió a la muchedumbre de curiosos que se juntó para presenciar la ejecución y después sobre la plaza cayó un pesado silencio que contrastaba vivamente con el barullo anterior. Don Rodrigo, que se había retirado ni bien se ejecutó la sentencia, pudo comprobar desde uno de los balcones de palacio que la plaza se estaba vaciando rápidamente. Unos minutos más y, salvo por el ahorcado que permanecería colgando hasta la noche, la vida de la ciudad habría vuelto a su curso habitual. “Mas no por mucho tiempo”, se juró a sí mismo el corregidor, confiando en que las indagaciones que había ordenado realizar mostrarían fehacientemente que era don Diego de Esquivel quien había fomentado ese nuevo desorden...

El sumario que en el mayor de los secretos abrió el corregidor quedó en efecto terminado a los pocos días, pero él fue el principal descontento con los resultados. Con abundancia de testimonios, le resultó fácil probar que el deán de la catedral era tío de don Diego de Esquivel, lo cual significaba que pudo actuar influido por este, pero no encontró a nadie que testificara que la Obando estaba unida a los Valleumbroso por lazos de compadrazgo. A pesar de esto, don Rodrigo remitió los papeles al superior gobierno de Lima con el pedido expreso de que el virrey ordenara que don Diego de Esquivel y su padre fueran encarcelados para que se les abriera proceso, pero pasaron semanas y no le llegó ninguna respuesta.

Desalentado, el corregidor se vio obligado a dejar en libertad a la Obando, a quien había retenido en prisión con la esperanza de utilizarla como testigo clave en ese proceso. A don Ernesto García, ese hombrecillo ridículo que no había dejado de gimotear mientras estuvo encarcelado, lo dejó libre mucho antes, a los pocos días de la ejecución, pero despojándolo del cargo de alguacil mayor y advirtiéndole que no volviera a pisar palacio.

Haciendo un repaso de sus huestes, don Rodrigo podía felicitarse de tener ahora como alguacil a una persona de su entera confianza y de haber aumentado el número de guardias argumentando ante el cabildo que eso era absolutamente necesario dados los desacatos a la justicia real que se habían producido últimamente. Esa reducida guarnición, sin embargo, a la que se sumaban los hombres de Francisco el Patatiesa, resultaba a todas luces insuficiente para imponer la voluntad de la autoridad, sobre todo porque a ojos del vulgo los Valleumbroso seguían siendo los amos y señores del Cuzco.

¿Debía seguir pues el consejo de los españoles de mayor alcurnia como el marqués de Moscoso y ganarse la voluntad de los Esquivel para no tener más tropiezos en el gobierno de la ciudad? La razón le decía a don Rodrigo que ese cambio de táctica era en efecto el más aconsejable, pero en lo más íntimo de su ser ese hombre de armas que había servido desde Capitán de Caballos hasta Sargento General de Batallas en los ejércitos del rey se negaba a capitular...

En esa lucha interna, en ese estado de indecisión que nunca antes había conocido recibió el corregidor el nuevo año de 1708. Las persistentes lluvias que azotaban la ciudad

parecían confabular también contra su estado de ánimo, sumiéndolo en una apatía que bien podía durar horas o incluso días enteros. Ni siquiera la inesperada elección de un partidario suyo, don Francisco Helguero, como alcalde ordinario le devolvió los bríos. El que la otra vara, la de alcalde del crimen, quedara en manos de un incondicional de los Valleumbroso fue más que suficiente para aguarle la fiesta.

Solo una persona no le volvió la espalda al corregidor en ese trance difícil, su paisano Jerónimo de Losada. Claro que, en esencia, se trataba de un don nadie, un comerciante que realizaba negocios de poca monta, pero tenía dos de las cosas que don Rodrigo más admiraba en un hombre: nunca se daba por vencido y jamás perdonaba una ofensa.

—He seguido haciendo averiguaciones y he sacado la cuenta de que la fortuna de los Esquivel no es tan grande como parece —le contaba el comerciante al corregidor en las largas conversaciones que sostenían frente a la chimenea de la sala de palacio, cada quien con una copa de manzanilla en la mano—. Tienen muchas propiedades, es cierto, como el obraje de Quispicanche o las haciendas cañeras de Abancay, pero sobre casi todas pesan censos a favor de varias órdenes religiosas. Y eso no es todo. La prodigalidad que muestran con virreyes y oidores para tenerlos a su favor está dejando vacías sus arcas. De hecho, no creo que puedan seguir inclinando a su favor la balanza de la justicia en muchas oportunidades más...

No es que don Rodrigo tomara por moneda de buena ley todo lo que su paisano decía sobre los Valleumbroso, pero igual le agradaba escuchar que sus enemigos tenían más de un flanco desguarnecido.

—Sigo pensando en la mestiza raptada del convento. ¿Usted cree que se atrevería a testimoniar contra don Diego? —le preguntaba el corregidor a don Jerónimo—. Tal vez la mejor manera de vencer a los Esquivel sea asestándoles varios golpes a la vez: acciones judiciales que los obliguen a aflojar la bolsa, asaltos a sus propiedades más lejanas, medidas administrativas que entorpezcan sus negocios...

Así, sin darse cuenta de ello, don Rodrigo dejó un buen día el calor del hogar y, en lugar de seguir planificando batallas que nunca libraría, pasó nuevamente a la acción. Un soplo de uno de los hombres del Patatiesa lo puso sobre la pista de un comercio ilícito de ropas entre los Esquivel y el conde de Torreblanca, vecino de la ciudad de Abancay. La mercadería, casi cincuenta fardos con prendas de excelente calidad, fue decomisada por el alguacil mayor, al amparo de la noche, en un depósito de los arrabales de la ciudad resguardado por tres hombres armados. Cogidos de sorpresa, los vigilantes no atinaron a reaccionar, pero, eso sí, insistieron en negar que fueran servidores de los Valleumbroso y repitieron hasta el cansancio que no sabían a quien pertenecía la mercancía que estaba bajo su cuidado.

—¿Qué hago con ellos, Su Señoría? ¿Los meto a la cárcel? —consultó el alguacil al corregidor.

—Déjelos libres —respondió este luego de pensar un rato—. ¡Que le cuenten a don Diego quién tiene sus cincuenta fardos de ropa! ¡A ver si se atreve a venir en persona a reclamarlos!

Don Rodrigo puso especial cuidado en que el decomiso se realizase con la mayor reserva y de la misma manera fue sustanciado el auto correspondiente, con testigos de absoluta confianza, como don Jerónimo de Losada.

—¿Por qué Su Señoría no pone a remate esta mercadería? —le sugirió el comerciante a don Rodrigo—. Yo puedo presentarle a la persona indicada.

El trató se cerró esa misma noche. Don Manuel Santoyo Pimentel, un comerciante potosino de paso por el Cuzco, ofreció una buena suma por la ropa luego de revisar un par de fardos al azar. Firmó además un recibo por una suma muy inferior a la pactada y prometió sacar de inmediato la mercadería de la ciudad y comerciarla en el Alto Perú.

—Ahora ya puede venir don Diego por su ropa —pronunció en voz alta el corregidor al echar llave al cofre donde guardó el dinero. Hacía rato que había amanecido, pero no se sentía cansado ni con ganas de dormir.

Los Esquivel, como había calculado, no tardaron en contraatacar. No fue don Diego, sin embargo, el que se presentó en palacio, sino don Joseph, su hermano, hijo natural del marqués de Valleumbroso.

—Dígales que esperen a que termine de desayunar, don Antonio —ordenó don Rodrigo a su secretario.

Don Joseph se desempeñaba como tesorero de las Cajas Reales. Era muchos años mayor que don Diego, pero, según se comentaba en la ciudad, le llevaba en todo el amén a este. El corregidor, aunque solo había mantenido con él unas cuantas conversaciones oficiales, en extremo frías y escuetas, había notado que el bastardo se daba los mismos aires de superioridad que don Diego, pero en realidad estaba lejos de tener la clase y el ascendiente de este.

“Me resultará más fácil lidiar con él”, pensó don Rodrigo al tiempo que se preguntaba por qué habría llegado acom-

pañado, además de un notario, de don Tomás de Valverde, el alcalde del crimen. Había terminado ya de desayunar, pero, en lugar de acudir a su despacho, contemplaba entretenido cómo se bañaban unas palomas en un charco que había en un rincón del patio.

—Su Señoría... —le saludaron con una venia poniéndose de pie alcalde, notario y un tercero sobre cuya presencia no había sido informado. Don Joseph, que estaba caminando de un lado a otro del despacho, se limitó a detenerse y a inclinar la cabeza.

—Tomen asiento, Vuestras Mercedes. ¿Qué los trae tan temprano a palacio? —se mostró más bien amable el corregidor con los visitantes.

—No otra cosa que la defensa de la justicia y de los fueros de Su Majestad —prefirió dejar de lado la diplomacia don Joseph—. Hasta donde sabemos, por órdenes de Su Señoría el alguacil mayor y sus hombres han decomisado abusivamente una valiosa mercadería que es propiedad del Conde de Torreblanca, vecino de los más respetables de la ciudad de Abancay...

—¡Qué bueno es saber quién es el dueño de esa mercadería! Según me informó el alguacil, los hombres que la custodiaban juraron que no sabían a quien pertenecía —se tomó con sorna don Rodrigo la bravata del tesorero real—. Lo tomo a usted como testigo, señor alcalde del crimen. Los fardos de ropa que decomisó el alguacil por tratarse de mercadería de procedencia ilícita pertenecían, según nos acaba de informar el tesorero, a un tal Conde de Torreblanca..., ¿vecino de qué ciudad? —simuló el corregidor haber olvidado este último dato.

—Nada más falso que la mercadería fuese de origen ilícito, como lo puede atestiguar don Juan Pablo Tresierra, uno de los comerciantes más respetables de nuestra ciudad —señaló don Joseph al sujeto que don Rodrigo no conocía—. En todo caso, no es el origen de la mercadería lo que nos ha traído aquí, sino la forma ilegal como fue incautada.

—¿Ilegal? —se asombró el corregidor y dirigió una mirada inquisitiva al alcalde del crimen—. ¿Desde cuándo es ilegal decomisar mercadería de origen ilícito?

—En el decomiso debió estar presente el tesorero o algún otro oficial de las Cajas Reales —explicó parsimonioso don Tomás de Valverde—. Y luego la mercadería debió ser inventariada y depositada en esa misma dependencia. Claro que Su Señoría todavía puede subsanar esta omisión.

—Desgraciadamente ya no puedo hacer eso —le aclaró don Rodrigo al alcalde del crimen luego de sopesar durante unos momentos cuán delicada era la situación en que se encontraba—. En palacio no había un lugar donde guardar tantos fardos y, en lugar de que se echaran a perder a la intemperie, me pareció mejor rematarlos...

—¿Rematarlos? Su Señoría se ha otorgado atribuciones que no le corresponden y deberá responder ante la justicia... —intervino furioso don Joseph de Esquivel.

—¡No es usted a quien le toca decidir si debo o no debo responder ante la justicia! —reaccionó con fuerza el corregidor—. Y si vuelve a alzar la voz en mi despacho lo hago encarcelar ya mismo por desacato.

—Si Su Señoría ha rematado esa mercadería, entonces debe depositar el dinero en las Cajas Reales junto con los

documentos que acreditan la transacción... —intentó apaciguar los ánimos el alcalde del crimen.

—El único documento que tengo es el recibo que me ha extendido quien se adjudicó los fardos de ropa —entregó don Rodrigo al alcalde el papel que estaba sobre su escritorio.

—¿No se ha hecho inventario y tasación de la mercadería? ¿No hay un acta de remate? —mantuvo su actitud insolente don Joseph de Esquivel—. ¿En qué cantidad se ha rematado el decomiso? —le preguntó acto seguido al alcalde, arrebatándole prácticamente de las manos el recibo—. ¡¿Qué?! ¡¿Por esta bicoca?! ¡Mire usted, don Juan Pablo, cincuenta fardos de ropa de la mejor calidad por esa miseria! Debo denunciar públicamente que aquí se ha ocasionado un claro perjuicio a las arcas reales. Es más, estoy en la obligación de levantar un auto dejando constancia de este flagrante delito...

—¡Quien va a levantar un auto soy yo para castigar su insubordinación! —tronó el corregidor, pero sin repetir sus amenazas de antes, pues se daba cuenta de que no tenía toda la razón de su lado—. ¿Se olvida usted que soy justicia mayor en esta jurisdicción?

—Su Señoría, señor tesorero... —intervino nuevamente el alcalde del crimen—. Me parece que la justicia y la tranquilidad saldrán ganando si soy yo quien levanta el auto correspondiente...

—Proceda usted, don Tomás, pero quiero que se deje constancia de la falta de respeto a la autoridad que ha mostrado el tesorero —le pareció aceptable esa salida a don Rodrigo...

A primera hora de la tarde, luego de un reparador sueño, el corregidor envió a su secretario a depositar en las Cajas Rea-

les la supuesta suma en que habían sido rematados los fardos de ropa. Luego tomó la precaución de dictarle a don Antonio una larga misiva al virrey en la que daba su versión de lo acontecido, cargando las tintas en las actividades ilícitas de los Valleumbroso y del tal Conde de Torreblanca, así como en la reproable conducta de don Joseph de Esquivel.

El remate de la mercadería decomisada, aun descontando la suma depositada en las Cajas Reales, le reportó a don Rodrigo una considerable cantidad de pesos. Eso, más la carta que había enviado para neutralizar el contraataque de los Esquivel, lo puso de excelente humor. Recién empezaba a ver con optimismo los beneficios que le podría brindar el gobierno de un corregimiento como el del Cuzco, siempre y cuando, claro, no perdiera la iniciativa en la lucha sin cuartel en la que estaba enfrascado. Esa, de hecho, era una de las reglas de oro de la guerra: golpear una y otra vez al enemigo después de haberle infligido la primera derrota. El momento para emprender nuevos ataques, por lo demás, se mostraba de lo más propicio pues, según había llegado a sus oídos, el marqués padre, don Diego de Esquivel y Jarava, estaba aquejado de una grave enfermedad que tenía preocupados a todos los suyos.

Recordando lo que alguna vez le hubo comentado don Jerónimo de Losada, que la codicia y la lujuria eran la causa de los traspiés más serios que habían sufrido los Esquivel, tanto el padre como el hijo, don Rodrigo decidió tentar alianzas con dos personas que habían sufrido en su honra o en su fortuna por culpa de don Diego: Leandra Pineda, que era como se llamaba la mestiza raptada del convento, y Bartolomé de la Moneda, un buscador de minas que esta-

ba a punto de ser despojado de su último hallazgo por el marqués hijo.

La conversación con la Pineda, una mujer joven, de extraña belleza y de porte altivo a pesar de su condición, tuvo lugar, a pedido de ella, en uno de los salones del convento de San Francisco.

—Me ha contado don Antonio Acosta, mi secretario, que se mostró usted muy reticente a aceptar este encuentro. Yo entiendo su desconfianza. Creo incluso que en su lugar yo también me hubiera mostrado receloso —trató desde un comienzo don Rodrigo de ganarse la simpatía de la joven mestiza.

—Mi recelo, Su Señoría, se debe únicamente a que no se ha querido anticiparme el motivo de esta reunión —explicó Leandra Pineda haciendo una venia, pero mostrándose al mismo tiempo igual de distante que cuando fue presentada al corregidor.

—Permítame entonces hablar sin ambages —decidió don Rodrigo ahorrarse las buenas maneras—. Atendiendo a un clamor generalizado, me he propuesto, como justicia mayor del Cuzco, reparar los agravios que los Esquivel han cometido contra muchas personas. Estoy por ello recogiendo los testimonios de quienes han sufrido menoscabo en sus honras o en sus fortunas por parte de los mencionados personajes...

—Discúlpeme, su Señoría, pero sigo sin entender la razón por la que estoy aquí —dibujó en su rostro la joven una expresión de total desconcierto, pero a don Rodrigo no se le escapó un fugaz centelleo de esos grandes ojos color de la miel.

—¡Quién no entiende ahora soy yo, señorita! ¿No se considera usted agraviada por don Diego de Esquivel el Mozo? —decidió jugarse el todo por el todo el corregidor.

—Tuve la dicha de que don Diego se fijara un tiempo en una muchacha de condición humilde como yo... —respondió la mestiza con los ojos brillantes por las lágrimas y con un arrebol en las mejillas que al parecer era más de rabia que de vergüenza—. ¿Es eso un agravio?

—Fuiste raptada de un convento en el que habías sido depositada por tus padres —hizo la prueba don Rodrigo de intimidar a la mestiza puesto que tan considerada se mostraba con el hombre que la había hundido en el barro—. Violar un recinto sagrado es un delito muy grave y escapar con un hombre que hace eso, otro.

—Hace ya dos años que ocurrieron los hechos que Su Señoría menciona y hace casi igual tiempo que he comprendido que cometí un pecado muy grave al amar hasta perder la razón. Ahora Su Señoría me dice que eso, además de pecado, es un delito y seguramente no le falta razón. ¿Merezco entonces un castigo? —no pudo esconder su temor la mestiza.

—De hecho, puedes ir a parar a la cárcel... —fue más allá don Rodrigo con sus amenazas, pensando que esa táctica estaba surtiendo efecto.

—Ya veo... —se quedó pensativa la Pineda durante un rato—. Si algo he buscado todo este tiempo es arrepentirme sinceramente del pecado que cometí, pero no he podido hacerlo. Todos los días en mis oraciones a la Virgen no le pedía más que eso, pero Nuestra Madre Santísima no se apiadó de mí... ¡Ahora comprendo por qué! Su voluntad es que pague primero por mis culpas ante la justicia humana...

—Tal vez habría una manera de la que podrías librarte de ir presa... —hizo una pausa el corregidor paladeando de antemano el que parecía un nuevo triunfo—: ¡Tendrías que testimoniar ante notario que don Diego te raptó del convento por la fuerza!

—¿Testimoniar contra don Diego?! —se asombró de veras la joven mujer—. Al parecer Su Señoría conoce mucho de leyes, pero muy poco el corazón femenino. ¿No acabo de decirle en cierta manera que ni siquiera por temor a que mi alma se condene he podido renunciar a amar a don Diego? ¡Menos me importa pasar el resto de mis días en la cárcel! ¡Al revés, creo que encerrada en una celda sufriría menos por su pérdida de interés en mí...!

Tan sincera sonó esta confesión que don Rodrigo comprendió de inmediato que había estado perdiendo el tiempo. Decidido, sin embargo, a poner en su lugar a esa mestiza que se atrevía a darse aires de señora, le soltó un par de verdades:

—¿No sabías que a los hombres de mi clase nos gusta divertirnos por un tiempo con muchachas como tú? Y si os hacemos promesas de amor, es para adueñarnos no solo de vuestros cuerpos, sino también de vuestros corazones. Eso, y nada más que eso, es lo que ha hecho don Diego y tú has creído que era interés o incluso amor... ¡Largo, largo de aquí! Ah, y no pienses que te vas a librar tan fácilmente de la cárcel. ¡Pronto verás lo que les espera a quienes interfieren con la justicia! —despachó el corregidor a la mestiza comprendiendo, por la agitación que se había apoderado de ella, que lo dicho por él le había dolido más que una bofetada, muchísimo más.

Con Bartolomé de la Moneda, el minero extremeño que cansado de recorrer inútilmente el Alto Perú en busca de un nuevo Potosí había recalado hacía unos meses en Cuzco, don Rodrigo encontró muy rápido un lenguaje común. Todas las esperanzas de ese hombre maduro y de tez curtida por los fríos estaban puestas en un mineral que había hallado en el Senca, una de las montañas que dominaba la ciudad. Obligado por las urgencias de las que nunca estaba libre, había cometido el error, sin embargo, de asociarse con don Diego de Esquivel sin tomar la precaución de firmar un contrato.

—¡Reconozco que fui un tonto! —se abrió el minero al corregidor desde el primer encuentro que tuvieron en el despacho de este—. En mi oficio, lo primero que aprende uno es a desconfiar hasta de su sombra, pero por alguna razón en la palabra de don Diego creí desde el primer instante. Sería porque se mostró ya no generoso sino magnánimo conmigo en un momento en que todas las personas me habían vuelto las espaldas...

—¿Es mucho el dinero que don Diego le adelantó para la búsqueda del mineral? —preguntó el corregidor.

—Se trata de una suma considerable —respondió el minero tras pensar un poco—, pero que no justifica las pretensiones de don Diego de tomar posesión de las minas y relegarme al papel de dirigir los trabajos de beneficio del mineral...

—¿Y cómo piensa nuestro común amigo justificar sus pretensiones ante la justicia? Porque una cosa es que él quiera apropiarse de esa mina de plata y otra, muy distinta, que le asista el derecho a ello —se interesó don Rodrigo.

—Se está valiendo de la amistad o el miedo que le profesan todo tipo de autoridades. De hecho, como procede en estos casos, yo quise hacer manifestación de mi hallazgo, pero aquí en la ciudad no me fue recibida. Por eso quiero viajar a Lima cuanto antes para salvaguardar mis derechos.

—¿A Lima? Para cuando usted llegué a Los Reyes don Diego ya habrá tomado posesión de la mina de plata —puso en duda don Rodrigo la efectividad del paso que el minero pensaba dar—. La solución sería que yo, como justicia mayor del Cuzco, lo ampare como descubridor y legítimo dueño del mineral...

—¿Está dispuesto Su Señoría a hacer eso? —se alegró sobremanera el minero—. ¿No tiene miedo de enfrentarse a don Diego?

—¡Miedo, ninguno! —respondió tajante el corregidor—. ¡Si no he temblado cuando en una ocasión me vi rodeado, con la pequeña escolta que me acompañaba, de todo un regimiento enemigo, menos voy a hacerlo si me desafía un miserable criollo! Le repito: yo puedo ampararlo como propietario de la mina, pero con una condición...

—¿Cuál? —preguntó dubitativo el minero ante la posibilidad de que se tratase de una exigencia que no estaría en condiciones de satisfacer.

—Con la condición de que don Diego no tenga parte alguna en esa empresa, ni siquiera a manera de compensación por el dinero que Vuestra Merced le adeuda. Mi apoyo, en cambio, será recompensado con la quinta parte de los ingresos que genere la mina cuando empieza a producir.

Don Bartolomé de la Moneda no tuvo que pensar mucho para aceptar el pacto que el corregidor le proponía.

Don Rodrigo, por su parte, ni bien firmados ante notario los papeles que daban nacimiento a la nueva sociedad, se dedicó por entero a reunir un pequeño contingente de hombres armados con el cual poner en fuga a los casi veinte vigilantes que, según sus informes, don Diego había puesto para resguardar el lugar donde se hallaba el mineral.

—Partiremos mañana ni bien despunte el alba. Además del alguacil mayor y los guardias nos acompañarán treinta hombres —le explicó a don Bartolomé de la Moneda a los pocos días—. Luego de tomar por sorpresa y desarmar a los servidores de don Diego, yo os ampararé ante notario como legítimo dueño del mineral. Por el tiempo que haga falta, mientras la manifestación de la mina sea recibida por las autoridades de Los Reyes, siquiera veinte hombres, al mando de una persona de mi absoluta confianza, se encargarán de brindarle protección.

Los aprestos empezaron antes del amanecer, cuando en el patio de palacio empezaron a congregarse los hombres que el alguacil mayor y Francisco el Patatiesa se habían encargado de reclutar. Hacía más de una semana ya que había dejado de llover, lo cual, según le habían comentado a don Rodrigo, era raro para el mes de febrero. “Ascender hasta la mina con los senderos convertidos en lodazales hubiera resultado difícil”, pensó, decidiendo para sus adentros que ese veranillo era sin lugar a dudas una señal de buen augurio.

Montado en el noble alazán que había adquirido a su llegada a Los Reyes para seguir viaje hasta el Cuzco, el corregidor se puso al frente de los casi cuarenta jinetes que finalmente había tenido la precaución de reunir. A su lado marchaban don Bartolomé de la Moneda y don Jerónimo de Losada y

un poco más atrás, a manera de escolta, el alguacil mayor, el notario y los guardias. Los hombres del Patatiesa, con este a la cabeza, cerraban la cabalgata que, por lo nutrida, despertó a su paso a muchos vecinos que, venciendo el recelo, asomaron las cabezas por las puertas de sus casas para curiosar.

A sugerencia del minero, que conocía la zona al dedillo, dejaron la ciudad no por el camino más corto a la mina, el que llevaba hacia el cerro Sacsayhuamán, sino por el que salía de la parroquia de Santa Ana con dirección a Chinchero. El plan que habían cuidadosamente preparado consistía en dar ese rodeo para ascender al Senca por sus faldas izquierdas y de ese modo evitar el ser avistados por los servidores de los Esquivel.

Don Rodrigo se encontraba de inmejorable humor y no cesaba de intercambiar comentarios con su paisano Jerónimo de Losada, quien había insistido en unirse a la partida a pesar de que el riesgo de que se produjese un enfrentamiento era alto. Bartolomé de la Moneda, en cambio, que se había adelantado al resto, se comportaba con cada vez mayor cautela a medida que se acercaban al lugar donde había descubierto el mineral.

—¡Venciendo esa altura estaremos justo encima de la mina! —explicó el minero a media mañana, cuando llevaban cerca de cuatro horas cabalgando—. Sugiero que desmontemos aquí y que el último trecho lo hagamos a pie, con el mayor sigilo posible.

El corregidor, tras poner a los guardias bajo sus propias órdenes, encomendó al alguacil mayor y al Patatiesa que se dividieran al resto de los hombres y distrajeran la atención de los vigilantes de la mina cuando él estuviese en la retaguardia de ellos.

—De ser posible, háganse perseguir, pero dirigiéndose unos hacia el este y los otros en dirección contraria. Eso los dispersará y cuando yo ataque ya no podrán juntarse de nuevo y no les quedará más remedio que rendirse uno a uno.

Ese empinado trecho que hubo que subir para ganar la altura fue suficiente para que don Rodrigo se quedara sin aliento. Quizás por eso no notó que Bartolomé de la Moneda, que se había vuelto a adelantar, había soltado a su caballo y se había quedado petrificado. Fue una imprecación soltada por don Jerónimo de Losada la que hizo alzar la vista al corregidor.

—¡La puta que lo parió! —maldijo también él al descubrir, a unos cincuenta pasos, a don Diego de Esquivel mirándolo con sorna desde encima de su caballo. El gran número de jinetes que lo acompañaban, un centenar o más, hacía que cualquier intento de atacar resultase descabellado—. ¡Cómo demonios se enteró de nuestros planes! ¡Voy a arrancarle la lengua con mis propias manos al hijo de perra delator!

—¡Mire, Su Señoría! —le señaló don Jerónimo, con un leve movimiento de cabeza, algo que estaba al extremo de esa explanada dominada por los hombres de don Diego.

El corregidor, haciendo visera con una mano para protegerse de la luz del sol, miró en esa dirección y, por primera vez en muchísimo tiempo, sintió miedo por su vida.

—Por lo visto se está preguntando quién ha mandado a levantar ese cadalso —llamó de pronto su atención don Diego de Esquivel, que se había acercado casi hasta donde él estaba, sin más resguardo que el que le brindaba Anselmo, su criado de confianza—. Pues yo, como corregidor de Calca. Ese cadalso se encuentra en mi jurisdicción y la mina que

hemos descubierto con mi ex socio, dicho sea de paso, también —acotó, cazarro, el criollo.

Don Rodrigo, que observaba pasmado cómo a lo largo de la sinuosa línea que dibujaba la cumbre de la montaña se iban apostando centenares de indios, tardó en reaccionar.

—¿Su jurisdicción? ¿La del corregimiento de Calca? Estamos a tan solo tres leguas del Cuzco. Cualquiera persona sabe que el corregimiento de Calca empieza mucho más allá de esta y de la siguiente cadena de montañas —trató de superponerse y de plantarle cara a su enemigo.

—Veo que Su Señoría, a pesar de los meses que lleva aquí, sigue sin comprender la geografía del lugar. ¿Tal vez usted, don Bartolomé, pueda explicarle en qué jurisdicción se encuentra el mineral? —clavó don Diego en el minero una mirada acerada.

—En... en... en el corregimiento de Calca... —tartamudeó el extremeño.

—En el de Calca, efectivamente... —reiteró don Diego con aire distraído—. Me corresponde a mí, pues, administrar los actos de justicia y para eso he preparado esa horca... No, no, no tiene usted por qué temer, don Bartolomé —se dirigió de nuevo al minero, que de verdad había perdido el color del rostro—. Estoy seguro de que esta vez no se negará a firmar los papeles en que me cede los derechos de posesión de la mina a cambio de la enorme suma de dinero que le he adelantado... El agravio que pienso castigar con la horca es el cometido por este insolente contra la persona de doña Leandra Pineda... A menos, claro, que este guampo malnacido pida disculpas delante de todos nosotros a esa dama cuzqueña a la que nunca debió faltarle el respeto...

Don Rodrigo, que no terminaba de creer que alguien se estuviese atreviendo a ensuciar su honra de esa manera, llevó instintivamente la mano a la espada. No pudo desenvainar, sin embargo, porque don Jerónimo de Losada le sujetó con todas sus fuerzas la muñeca.

—Eso es lo que este perro quiere, Su Señoría... —le dijo el comerciante al oído—. ¡Para así matarnos a todos! ¡Déjeme hablar a mí!

El corregidor, resoplando como un fuelle por la ira, a punto estuvo de hacer a un lado a su paisano de un empujón, pero se contuvo en el último instante. Nunca había temblado si de defender su honor se trataba, pero lo que estaba ocurriendo en ese momento escapaba definitivamente a su entendimiento y empezaba a parecerle absolutamente irreal: ¡que un miserable criollo se atreviese a desafiar la autoridad del Rey!, ¡que centenares de indios armados con palos y hondas hubiesen formado un ejército para apoyarlo!, ¡que una horca esperase por él en una cumbre solitaria donde no crecía un solo árbol y solo abundaba la paja brava!, ¡que a una chola, una india casi, hubiese que tratarla igual que a una dama! Don Rodrigo, sintiendo que la cabeza le daba vueltas, tuvo que apoyarse en don Jerónimo para no caerse...

—¡Al parecer me ha atacado el mal de altura! —se disculpó en un susurro—. ¡Haga usted lo que mejor le parezca!

Jerónimo de Losada esperó un momento a que el corregidor se repusiera y, cuando notó que ya no necesitaba ayuda para tenerse en pie, dio un paso adelante:

—¡Su Señoría está dispuesto a disculparse con la dama que Vuestra Merced menciona! ¡Díganos el lugar y la hora!

Don Diego de Esquivel, sin darse el trabajo de responder, hizo una señal con la mano y al poco rato los jinetes que lo acompañaban y que formaban un compacto semicírculo se abrieron para dejar pasar a Leandra Pineda. Montaba la mestiza una hermosa yegua negra y lo hacía con una soltura que terminó de desconcertar a don Rodrigo.

—Su Señoría... —lo saludó con una leve inclinación de cabeza la joven mujer cuando estuvo a unos pasos de él.

Enfrentándola en esas circunstancias, él, desmontado en tanto la mestiza estaba sobre esa yegua de gran alzada, don Rodrigo tuvo la impresión de que en efecto estaba ante una dama, una dama, por lo demás, de porte muy digno y de una belleza singular. Eso curiosamente le hizo más fácil el cumplir con la demanda de don Diego de Esquivel.

—¡Le ruego perdonar mi ceguera, señora! En ese malhadado encuentro que tuve con Vuestra Merced no supe percatarme ni de su distinción ni de la nobleza de sus sentimientos y dije palabras de las que ahora me arrepiento. ¡Le repito: ruego que me disculpe! —rubricó sus palabras el corregidor con una venia.

—¡No vaya a pensar, Su Señoría, que me engaño sobre mi condición! ¡Soy una mujer humilde, pero me parece que hasta la mujer más humilde merece respeto por sus sentimientos! —no se quedó callada la mestiza.

—¡Justamente de herir sus sentimientos es que me arrepiento y le ruego que me perdone!

—¡Su Señoría está disculpado! —hizo una venia la mujer y, tirando con determinación las riendas de su cabalgadura, la obligó a girar para retirarse por donde había venido.

El corregidor, aprovechando que don Diego siguió un rato con la vista a su concubina, montó en su caballo y lo

mismo, con un gesto, les pidió que hicieran a don Jerónimo, el minero y los guardias que lo acompañaban.

—Puesto que esta no es mi jurisdicción, no tengo nada más que hacer aquí —le soltó al criollo tratando de mostrarse despreocupado—. En la ciudad, en cambio, muchos asuntos reclaman mi atención...

—Lamento tener que comunicarle a Su Señoría que nuevamente se equivoca —le contestó don Diego en el mismo tono desenfadado—. Los asuntos de la ciudad ya no los atenderá usted, pues ha sido capitulado en el cargo. Si no hoy o mañana, a más tardar en los próximos días recibirá la orden de retirarse del Cuzco en tanto se investiga su actuación en el decomiso de una mercadería de propiedad del conde de Torreblanca...

—Voy a tomar sus palabras por lo que seguramente son: una broma de pésimo gusto. Estoy seguro de que el virrey de Castelladosrius se reirá mucho cuando le comente lo que acaba de decirme... —aprovechó don Rodrigo para lanzar una velada amenaza y seguro, al mismo tiempo, de que la noticia que acababa de darle don Diego de Esquivel no tenía un ápice de cierta.

—No creo que Su Excelencia el marqués de Castelladosrius se ría de una orden que él mismo ha firmado... —se limitó a comentar acremente don Diego y luego añadió en tono aún más duro—: Y espero, si Su Señoría tiene la suerte de volver al cargo, que haya aprendido quién manda en el Cuzco. En todo caso, esa horca seguirá allí para recordárselo...

Don Rodrigo, al ser consciente una vez más de que había estado a punto de perder la vida, no pudo evitar un

ligero estremecimiento. Tal era su desazón en ese momento, tamaña su impotencia, que se puso a rumiar venganzas, pero sin él mismo terminar de creer en lo que decía.

—Si vuelve a amotinar la ciudad, puedo acusarlo de sedición. ¡Todo es cuestión de provocarlo! —se enardecía más y más durante el camino de regreso.

—Ya ahora existen suficientes razones para acusarlo de sedición, pero hay que hacerlo ante el Real Consejo de Su Majestad. En Lima no conseguiríamos nada. El virrey y sus ministros han sido sobornados por don Diego con grandes sumas de dinero —seguía de su lado don Jerónimo de Losada.

—Tiene usted razón, pero una acusación tan seria solo será tomada en consideración por los miembros del Consejo si es presentada personalmente por alguien de valía. Es así como funcionan las cosas en la corte —comentó don Rodrigo recordando la de favores que había tenido que pedir para obtener su nombramiento como corregidor del Cuzco—. Uno de nosotros dos tendría que viajar a Madrid...

—Su Señoría no se puede apartar del gobierno de la ciudad por tanto tiempo y yo por el momento no dispongo de medios suficientes. Deberíamos tratar de convencer a alguien como el marqués de Moscoso, que además cuenta con excelentes relaciones tanto en Madrid como en Sevilla.

—El marqués de Moscoso, sí... ¡Nuevamente está usted en lo cierto! Eso será lo primero que haré al llegar a palacio. Eso y tomarle testimonio a Bartolomé de la Moneda sobre lo ocurrido esta mañana...

La sola mención del minero hizo que don Rodrigo y su acompañante cayeran en la cuenta de que hacía buen

rato que no lo veían, casi desde el momento mismo en que emprendieron el retorno. El corregidor preguntó por él al alguacil y a los guardias, pero nadie supo dar razón del extremo.

—¡Cobarde! ¡Seguro que ha escapado! —conjeturó el corregidor y eso es lo que efectivamente le confirmaron los guardias a los que envió a buscarlo a su casa ni bien llegaron a la ciudad.

El que un hombre curtido, acostumbrado a enfrentar el peligro, hubiese puesto pies en polvorosa abandonando la mayor parte de sus pertenencias, hizo que el corregidor perdiera el poco aplomo que le restaba. “Quizás el enemigo al que me estoy enfrentando me supera en fuerzas ampliamente, por lo menos mientras el campo de batalla sea esta ciudad llena de gente cuya lengua ni siquiera entiendo”, reconoció su debilidad don Rodrigo. “¿Será verdad que el virrey me ha depuesto del cargo?” fue la duda que se apoderó en seguida de su mente.

—¡Don Antonio! ¡Don Antonio! —llamó de inmediato a su secretario—. ¡Debe partir ahora mismo a Lima! ¡Le llevará al virrey una carta que escribiré personalmente mientras usted se alista! ¡Seguramente Su Excelencia le hará muchas preguntas sobre don Diego de Esquivel! ¡No escatime detalles para contar todo lo que nos ha hecho, empezando por los pasquines que aparecieron por toda la ciudad cuando llegamos al Cuzco! ¡Corra, corra a arreglar su equipaje y que sea lo más liviano posible!

Tan solo tres días después de la partida de don Antonio Acosta llegó el correo de Lima. Entre otros documentos, traía, efectivamente, el despacho del superior gobierno por el que se le destituía temporalmente del cargo en tanto se inves-

tigaba su actuación en una serie de sucesos. Se le ordenaba, asimismo, que saliese del Cuzco y se mantuviese retirado de la ciudad lo menos a veinte leguas. La noticia, por lo demás, parecía de conocimiento público, pues al poco rato fueron congregándose en palacio la mayoría de notables de la ciudad. Decían estar allí para solidarizarse con él y desagraviarlo, pero, a juzgar por lo reticentes que se mostraron a secundar una propuesta de escribir una carta al virrey detallando los desmanes que habían cometido los Esquivel en los últimos meses, su verdadera motivación era seguramente comprobar con sus propios ojos cómo había encajado el golpe.

—¡Son una sarta de cobardes! ¡Le temen a don Diego de Esquivel más que al maligno! —comentó don Jerónimo de Losada cuando se quedó a solas con don Rodrigo.

—De todos modos le agradezco el haber propuesto escribir esa carta. Por lo menos ya sé que, salvo en usted, no puedo confiar ni siquiera en los españoles residentes en la ciudad —se mostró desalentado el corregidor.

—¡No debemos darnos por vencidos! Por el contrario. Su Señoría podría sacar provecho de las circunstancias y viajar a España para presentar esa acusación contra los Esquivel sobre la que tanto hemos hablado —no se daba por vencido el comerciante.

—No sé, no sé, mi estimado amigo... —respondió don Rodrigo tras quedarse pensativo un buen rato—. He meditado mucho los últimos días y he llegado a la conclusión de que he estado peleando una batalla que no es la mía. Esta ciudad, como alguien me lo había advertido, no es de españoles, sino de criollos, mestizos e indios. Si queremos mantener a mestizos e indios en paz, debemos gobernar en alianza con

los criollos. Eso será precisamente lo que haré si salgo bien parado del juicio de residencia que me ha abierto el supremo gobierno...

—No soy quien para contradecir a Su Señoría... —fue todo lo que atinó a decir don Jerónimo antes de retirarse haciendo una profunda venia.

“Maldita la hora en que decidí solicitar este correjimiento. Ojalá un diluvio o un terremoto o un cataclismo lo borrara de la faz de la tierra”, pensó don Rodrigo cuando se quedó solo.

TRES

La angustiante espera que se prolongaba ya casi medio año le había enseñado al padre Diego a tener paciencia, pero esa mañana de diciembre de 1725 no pudo dominarse y se presentó en casa de su padre cuando la oscuridad nocturna ni siquiera se había disipado del todo.

—¿Quién es, quién es? —acudió asustado a los golpes del aldabón el mulato que dormía en el zaguán.

—Soy yo, Nicanor, el padre Diego. ¡Abre! —apremió el sacerdote al sirviente.

—¿Qué ha pasado, padrecito?

—¡No ha pasado nada! ¡Abre de una vez, caramba! —golpeó de nuevo el aldabón Diego.

Esos estallidos de mal humor, antes tan raros en él, se habían vuelto frecuentes desde que su padre enfrentaba el juicio de la Corona. Justamente la víspera había hecho su entrada al Cuzco el licenciado Francisco Xavier de Salazar y Castejón, el juez que tenía a su cargo las pesquisas contra el

marqués de Valleumbroso y su hermano, don Joseph. Diego consideró prudente no sumarse a los curiosos que se apostaron delante de palacio para observar al recién llegado cuando este se presentase ante el corregidor, pero escuchó de boca de varios conocidos que el servidor de la justicia parecía la encarnación de la probidad y el rigor. “Me dio la sensación de que ese hombre no sabe sonreír”, le comentó alguien.

Nada de lo que escuchó el padre Diego sobre el licenciado Salazar era nuevo. Los abogados del marqués ya se habían encargado de averiguar que el Alcalde del Crimen de la Real Audiencia de Lima era insobornable y escrupuloso, de esas personas que solo viven para su trabajo y que por lo mismo ponen un celo extremo en cumplir los encargos que reciben de sus superiores. Tratándose de un juicio abierto por orden de Su Majestad el Rey, solo cabía esperar entonces una investigación puntillosa de los hechos y un veredicto severo en caso se encontrase alguna culpa.

Justamente por eso, el marqués de Valleumbroso no había querido dejar su suerte solo en manos de los leguleyos que siempre lo rodeaban y por primera vez había depositado parte de su confianza en su hijo. “Tienes que velar por mis intereses, Diego. Los abogados me defienden solo por dinero. Tú debes ver que hagan bien su trabajo, que no se vendan a mis enemigos ni se amilanen ante ese juececillo venido desde Madrid. En otras palabras, serás mis ojos y mis oídos mientras se resuelva este asunto”, le había encarecido su padre antes de partir a Lima cumpliendo la orden perentoria del nuevo virrey, el marqués de Castelfuerte.

El momento de la verdad había, pues, llegado. Si hacía honor a su fama, don Francisco Xavier de Salazar, acompa-

ñado del alguacil, el notario y los dos soldados de la guardia del virrey que conformaban su comitiva, procedería esa misma mañana al embargo de los bienes del marqués de Valleumbroso. Por eso el sacerdote se había presentado tan temprano en la casa paterna. Quería tener tiempo, antes de que empezasen las diligencias judiciales, de echar una mirada a esa enorme vivienda que en los últimos meses se le había vuelto tan familiar.

Era curioso. Mientras la casa solariega de los Valleumbroso bullía de actividad, el sacerdote nunca se sintió a gusto en ella. Por el contrario. Lo intimidaban por igual el boato con que vivían su padre, la marquesa y sus dos hermanitas, las visitas que nunca faltaban y que pertenecían, por regla, a lo más elevado de la sociedad cuzqueña, y hasta el gran número de sirvientes que encontraba a cada paso. En ese caserón casi vacío, en cambio, con tan solo lo necesario en muebles, adornos y menaje para que el licenciado Salazar no alegase que el marqués había escondido sus bienes a la justicia real, se sentía muy a gusto, tanto que últimamente no había habido día en que no pasase largos ratos allí.

Al entrar al que fuera el despacho de su padre, el padre Diego se quedó contemplando el escritorio de madera de ébano. Precisamente allí se sentaba a escribir las extensas misivas en las que daba cuenta al marqués de todas las gestiones que venía realizando junto con los abogados. Era una tarea que le ocupaba mucho más tiempo del necesario pues a menudo, olvidando que tenía una pluma en la mano, entablaba imaginarios duelos verbales con ese juez al que todavía no conocía pero por el que sentía respeto con antelación. ¡La de argumentos que, sentado en ese lugar, había esgrimi-

do para defender la inocencia de su padre! ¿Estaba este, sin embargo, libre de todas las culpas que se le imputaban? Era una pregunta que se hacía todos los días y que también en ese instante vino a su mente.

“¡Ya no es el momento!”, sacudió el sacerdote la cabeza para alejar las dudas de su mente y prosiguió su recorrido. Había empezado por el tercer patio, donde estaban el horno, las caballerizas y las habitaciones de los sirvientes, y recién se percataba de que llevaba ya más de dos horas inspeccionando cada rincón de la casa. “Los abogados deben estar por llegar”, pensó y decidió salir a esperarlos. Se había citado allí a las ocho de la mañana con don Juan de Mendoza y don Vicente, hermano menor del anterior, pero la verdad era que no brillaban por su puntualidad. Don Jorge Polo, quien de los tres hombres de leyes era quizás el más diligente y escrupuloso, se encontraba desde la víspera en el obraje de Quispicanche.

Unas voces que le llegaron del zaguán hicieron que se tranquilizase, pero con quien se encontró, al bajar las escaleras, fue con el mismísimo licenciado Salazar y sus acompañantes. ¿Quién otro podía ser ese hombre de mediana edad, de mirada inteligente y rostro serio, vestido con sobriedad y pulcritud, que estaba estudiando con atención los retratos de los reyes incas pintados en la pared?

—¿El hijo del marqués de Valleumbroso? —le preguntó el juez al padre Diego al percatarse de su presencia.

—En efecto... —respondió este sin saber si le correspondía presentarse o no.

—Por orden de Su Majestad el Rey debo proceder al embargo de los bienes del marqués... —fue de frente al grano el licenciado Salazar, pero, quizás al notar el desconcier-

to del sacerdote, consideró necesario aclarar—: Soy el juez encargado de realizar la pesquisa sobre las operaciones de don Diego de Esquivel y Navia y de don Joseph de Esquivel, hermano natural suyo.

—Sí, ya lo sé. Justamente estaba esperando a los abogados de mi padre...

—Lamento decirle que debo proceder sin más dilación —interrumpió el juez al sacerdote.

—No, sí, claro... Entiendo... —aumentó la confusión de este.

—Señor alguacil, señor notario, pueden proceder —ordenó el juez a sus acompañantes—. ¿Vive alguien en la casa? —le preguntó acto seguido al padre Diego.

—Solo el guardián —señaló este al mulato que observaba asustado la escena desde un rincón.

—¡Que recoja sus pertenencias y se retire! Nadie podrá entrar a esta vivienda mientras se mantenga el embargo de los bienes de los dos acusados.

—¿Y los abogados? —no pudo ocultar su preocupación el sacerdote recordando que su padre le había recomendado más de una vez que estos se hallaran presentes en el embargo.

—Pueden entrar mientras dure la diligencia. Daré orden a los soldados para que los dejen pasar —explicó el juez y, haciendo una ligera venia, procedió a retirarse.

El padre Diego, que no sabía siquiera si la prohibición de estar en la casa se extendía también a él, se aprestaba ya a correr en busca del irresponsable ese de don Juan de Mendoza cuando fue interpelado por el alguacil:

—Acompañenos usted, padre, mientras llegan los abogados. A modo de mostrarnos la casa.

Casi toda la mañana del día 5 y buena parte del día 6 de ese mes de diciembre, como escribió poco después el sacerdote a su padre, demoraron las diligencias del embargo en la casa de Cuzco y en la hacienda y obraje de Quispicanche. Sobre su encuentro con el licenciado Salazar fue sumamente lacónico, limitándose a señalar que le pareció una persona severa pero cortés. El asunto de las fracasadas gestiones de don Juan de Mendoza para que se ordenase salir del Cuzco a don Jerónimo de Losada, en cambio, lo trató con sumo detalle.

El sacerdote había tenido una áspera discusión con los abogados de su padre a raíz del empeño que ponían estos en perjudicar aún más al comerciante andaluz. ¿Qué daño podía causar ya ese pobre hombre que se encontraba en la más absoluta miseria y a quien, como si fuese un leproso, nadie se le quería acercar? Felizmente el licenciado Salazar rechazó el escrito de los leguleyos argumentando que los poderes que les habían dejado los inculpadados no los facultaban a hacer esa gestión. “No sé cuánto afecte este traspié a la defensa de sus intereses” —escribió el sacerdote al marqués, cuidándose de no dejar translucir la lástima que sentía por don Jerónimo.

No se trataba tan solo de “una piedad cristiana que no venía a cuento”, como le había imputado don Juan de Mendoza. ¡Bueno fuera! El sacerdote se sentía el principal culpable de la mayor parte de las desdichas que padecía el comerciante. ¿No había pactado él acaso ese encuentro en el que su padre convenció a doña Tomasa de Saavedra para que pidiese la anulación de su matrimonio? Ciertamente era que había hecho eso sin conocer las verdaderas intenciones del

marqués, pero esto, como había comprendido al cabo de un tiempo, no lo eximía en absoluto de culpa. De no pecar él de ingenuo, jamás se hubiese producido ese malhadado encuentro. Es más, de repente a su padre ni siquiera se le hubiese ocurrido la diabólica idea de servirse de la debilidad femenina para asestar golpe tan alevoso a su enemigo.

Casi tres años llevaba el sacerdote prestando ayuda, en el más completo secreto, a don Jerónimo. Ni siquiera el mismo comerciante sabía que si su paisano, el licenciado Agustín de Cabrera, lo alojaba en su casa y le daba alimento era porque el sacerdote le había rogado en todos los tonos que no pusiera en la calle a ese hombre al que todo el mundo le había vuelto las espaldas. A cambio se había comprometido a entregar mensualmente una suma de dinero que cubría largamente los gastos que ocasionaba el indeseado huésped. Ni siquiera este acto de caridad y las privaciones que le ocasionaba habían hecho, sin embargo, que el padre Diego se sintiera aliviado en algo de su culpa.

Todas sus esperanzas estaban puestas por ello en que su padre no fuese culpable de ninguno de los delitos que se le imputaban. De hecho, eso es lo que le habían aseverado más de una vez los testigos que declararían en favor del marqués y en cuya selección él mismo había participado, pero... ¿no cabía dudar de la sinceridad de personas tan allegadas a la casa de los Valleumbroso? Los que sí abrirían paso a la verdad serían los testimonios de las personas que llamase juez tan experimentado como el licenciado Salazar. No en vano, como le habían explicado los abogados, el Alcalde del Crimen había añadido treinta y cinco preguntas al interrogatorio preparado por el fiscal del Real Consejo de Indias.

¡La verdad! ¡Solo la verdad lo reconciliaría consigo mismo! ¡Por más dolorosa que resultase! ¿Cuánto tiempo más podría vivir sin saber realmente quién era su padre, si ese hombre al que respetaba a pesar de su genio irascible y su prepotencia o ese monstruo al que se le achacaba hasta el estar detrás de más de un asesinato? Él hacía tiempo que ya no era ese muchachito tímido que idealizaba la figura paterna y que prefería mil veces la incertidumbre a admitir que ese ser al que endiosaba podía estar lleno de defectos. Él, además de hijo, era ahora un sacerdote que ponía por encima de todo el respeto a las leyes divinas y que estaba preocupado por la salvación de su alma y de la de su padre. Si este había pecado, si había faltado (¡no lo quisiera Dios!) al quinto mandamiento, su obligación de religioso era no ayudarlo a burlar las leyes de los hombres sino librarlo de la condena eterna llevándolo por el camino del arrepentimiento...

Treinta fueron los testigos a los que llamó el licenciado Salazar en el curso de la sumaria, casi todos ellos nacidos en España, pero a vecindados ya buen tiempo en Cuzco. Prestaron sus declaraciones bajo juramento de no hacer público lo que se les había preguntado, pero igual los abogados del marqués se dieron maña para determinar hacia dónde estaba enfilando el Alcalde del Crimen sus baterías. Comprobaron así, para asombro del sacerdote, que no eran los supuestos delitos del marqués ni sus excesos los que más interesaban al servidor de la justicia. Las preguntas más numerosas y en las que más incisivo se mostraba el licenciado Salazar eran las referidas al odio contra los españoles que el criollo habría fomentado y a los desórdenes con que supuestamente había puesto en peligro la autoridad real.

—No entiendo. ¿Cómo puede pensar una persona en apariencia tan perspicaz que mi padre haya tenido alguna vez la intención de sublevar al Cuzco en contra de España? —preguntó el sacerdote a los abogados en uno de los conciliábulos que tuvieron para planificar la estrategia de la defensa.

—El hecho preocupante aquí no es que el licenciado Salazar piense eso. Lo verdaderamente alarmante es que las dudas sobre la fidelidad del señor marqués deben de haber calado en algunos de los miembros del Real Consejo de Su Majestad —dijo su parecer don Juan de Mendoza y sus dos colegas se mostraron de acuerdo con él.

—Pero si hay algo de lo que no se puede acusar a mi padre es de no servir lealmente a la Corona. ¿No es acaso el primero siempre en alistar soldados a costa propia cada vez que un virrey lo demanda? ¿No es el más generoso en sus aportaciones cada vez que la ciudad debe acudir en apoyo de las arcas reales? —insistió el sacerdote.

—Efectivamente así es, pero eso lo sabemos nosotros, no los miembros del Real Consejo —terció en la conversación don Jorge Polo, el mayor de los tres abogados. Era más bien bajo de estatura, pero por sus canas y la elegancia de sus maneras infundía respeto, algo de lo que no se podían jactar don Juan de Mendoza y su hermano Vicente, quienes ni siquiera cuando ponían cara seria podían ocultar su ligereza y cinismo.

—Ni el juez de la causa. Por ahora... —añadió don Juan de Mendoza—. Tenemos que aleccionar a nuestros testigos para que en sus declaraciones hagan hincapié en los servicios que permanentemente presta el señor marqués a la Corona.

—Con eso no basta —intervino don Vicente—. Hasta donde sabemos, las manifestaciones de los testigos interrogados

por el licenciado Salazar son más bien exculpatorias que inculpatorias. Sería bueno presentar un escrito pidiendo la soltura de los acusados y el desembargo de sus bienes.

—¿No es apresurado hacer eso? ¿No resultará contraproducente? —manifestó sus dudas el sacerdote.

—En las batallas legales, como en la guerra, la mejor defensa es el ataque —salió con una de sus máximas don Juan de Mendoza—. Además, así ganamos tiempo para buscar más testigos.

El sacerdote, en quien recayó este último encargo, no descansó hasta completar una relación de treinta y un testigos, uno más que los llamados por el licenciado Salazar. A todos les explicó, ruborizándose cada vez que lo hacía, que la pesquisa buscaba establecer si el marqués y su hermano eran enemigos de la gente de España y si habían sido los instigadores de algunos tumultos que alteraron la quietud de la ciudad, como ese tan mentado que se produjo en tiempos del corregidor don Juan Fernando Calderón de la Barca, allá por el año de 1700, cuando todavía estaba vivo el marqués padre.

Al padre Diego le llamaba la atención que un suceso que había ocurrido hacía cosa de un cuarto de siglo, cuando él ni siquiera había nacido o era una criatura de brazos, despertase recién la preocupación de la corona. Los comentarios que escuchó sobre el asunto de boca de testigos presenciales eran, por lo demás, sumamente confusos y contradictorios. Al principio esto le pareció normal dado el tiempo transcurrido, pero poco a poco fue cayendo en la cuenta de que cada persona veía un mismo hecho a través de un cristal diferente.

En una de sus frecuentes visitas a su anciano confesor, postrado en cama desde hacía un buen tiempo, el sacerdote hizo un comentario al respecto.

—¿Cómo puedo saber la verdad, don Gregorio? ¿Quiénes tienen la razón? ¿Los que me dicen que fue una acción decidida de mi señor padre la que puso fin a la asonada o esos otros que insinúan que el Cartolín, el principal instigador del tumulto, estaba a sueldo de los Valleumbroso?

—Tú siempre has sido muy metódico y detallista, Diego, además, claro, de inteligente y gran lector... —habló trabajosamente el franciscano—. Esas son las principales cualidades que debe tener quienquiera que intente reconstruir la historia con respeto a la verdad. Sin embargo —continuó el anciano tras una larga pausa—, eres al mismo tiempo una persona muy apasionada y es precisamente el apasionamiento el que hace que percibamos un suceso de la manera que más se acomoda a nuestras inclinaciones...

—¿Me está sugiriendo, padre, que escriba la historia de mi familia? —preguntó el sacerdote después de sopesar cada palabra pronunciada por su mentor.

—No, hijo. Yo preferiría que te dedicases menos a lo temporal, pero veo, de un tiempo a esta parte, que tu corazón y tu mente están cada vez más ocupados con los hechos de los Esquivel. Yo conocí a tu abuelo y conozco también a tu padre. Son personas que han gravitado mucho en la vida de la ciudad. Si quieres hacerles justicia sin, al mismo tiempo, engañarte a ti mismo, deja a un lado el apasionamiento...

—¿Está usted seguro, padre, que yo pecho de vehemente? ¿No está tomando por apasionamiento lo que no es sino un sincero deseo de que se esclarezca la verdad, sea cual sea?

—preguntó el sacerdote al anciano sin darse cuenta de que este, ocupado en decir sus oraciones, ya no le estaba escuchando.

Corría el mes de febrero de 1726 cuando se produjo el segundo encuentro del padre Diego con el licenciado Francisco Xavier de Salazar. El sacerdote, que había estado deseando que el azar le brindase una nueva oportunidad de conversar con el Alcalde del Crimen, se volvió un manojo de nervios cuando este lo mandó llamar a las casas del Cabildo para tratar “un asunto importante”.

—Pido a Vuestra Merced me disculpe por haberlo hecho venir sin que medie una citación. Hubiese estado en su derecho si decidía no acudir a mi despacho... —no se anduvo con rodeos el juez.

—Si le soy sincero, lo que me desconcierta es que su sirviente insistiera en que debía venir solo, sin los abogados de mi padre. ¿Le ha ocurrido algo a este? —preguntó el sacerdote preocupado. En la última carta que había recibido del marqués, este le informaba que se encontraba muy delicado de salud y que, apoyándose en las recomendaciones de los reputados médicos que lo habían visto, había presentado un recurso directamente a la Audiencia de Lima pidiendo que se le permitiese volver al Cuzco. “Los doctores están convencidos de que solo los aires de la sierra pueden remediar los males que padezco” —explicaba el padre del sacerdote en su triste misiva.

—No que yo sepa —fue lacónico en su respuesta el licenciado Salazar.

—Se lo preguntaba porque mi padre me ha escrito contándome que su salud está muy quebrantada, por lo que ha soli-

citado a la Real Audiencia que se le permita volver al Cuzco —explicó el sacerdote la razón de sus temores.

—Yo en su lugar no me preocuparía —se mostró más amable el Alcalde del Crimen—. Me temo que solo se trata de otro inútil intento de entorpecer mi labor. Su Majestad ha ordenado expresamente a los miembros de la Audiencia que no interfieran de ninguna manera en la pesquisa que se me ha encargado.

—Créame que soy el primer interesado en que esta pesquisa termine cuanto antes —no pudo contenerse más el sacerdote—. ¡Usted no se imagina lo duro que es para un hijo que su padre sea acusado de tantos y tan graves delitos! ¡Más aún si ese hijo es un sacerdote que debe responder por sus actos no solo ante la justicia de los hombres sino sobre todo ante la justicia divina!

—Es lo que imaginaba... La vez que nos encontramos Vuestra Merced me causó la impresión de ser una persona razonable. Por lo mismo me cuesta entender cómo permite que la defensa de su padre se base en tácticas dilatorias y no en rebatir las gravísimas acusaciones que pesan sobre él...

—¿Se refiere usted al escrito que han presentado los abogados pidiendo la soltura de mi padre? Yo me opuse a que hicieran esa diligencia, pero debo reconocer que tal vez no con la suficiente convicción —se ruborizó el sacerdote.

—¿Y con ese último escrito estuvo Vuestra Merced de acuerdo? —señaló el Alcalde del Crimen unos papeles que había sobre su escritorio—. ¿Se imagina cuánto tiempo haría falta para traer a un testigo desde España? ¿Y con los gastos quién correrá? Los depositarios de los bienes del marqués se niegan a entregar a la justicia más dinero del que ya han dado.

—Disculpe, no entiendo de qué me está hablando —preguntó el padre Diego desconcertado.

—¿No está Vuestra Merced al corriente del último escrito presentado por sus abogados? —pareció dudar el Alcalde del Crimen de la sinceridad del sacerdote—. Piden que Pedro Patricio Ponce comparezca ante mi juzgado para verificar si es cierto que no firmó su declaración por tener la mano balbada. Este testigo vive, o vivía, en el puerto de Santa María, cerca de Sevilla. Su testimonio lo rindió hace cinco años.

—¿Y los abogados han pedido que se presente en Cuzco? ¡Eso demoraría meses! —se mostró escandalizado el sacerdote.

—¡En el mejor de los casos! ¡Si es que el testigo no manifiesta, con razones atendibles, que por el momento está imposibilitado de hacer viaje tan largo! Entre tanto, yo no podría tomar las declaraciones de los testigos presentados por la defensa... ¿No será eso lo que persiguen los abogados de su padre? ¿Atarme de manos? —se endureció de pronto el semblante del licenciado Salazar.

—¡Yo no estaba al tanto de esa petición! —se justificó el padre Diego sintiéndose acusado por esos ojos de mirada penetrante.

—¡Voy a creerle! —decidió al cabo de un rato el Alcalde del Crimen—. Es más, por consideración con su ministerio rechazaré la petición de los abogados de su padre y haré comparecer sin más demora a los testigos de la defensa. Vuestra Merced deberá prometerme, sin embargo, que no permitirá más maniobras dilatorias.

—¿No hay otra manera en que pueda ayudarle? Mi padre hace más caso a lo que le dicen sus abogados que a lo que pueda recomendarle yo —confesó avergonzado el sacerdote.

—Me lo temía... —se quedó pensativo el Alcalde del Crimen—. ¿Puedo pedirle entonces que prometa guardar absoluta reserva sobre lo que hemos conversado?

—Se lo prometo —no dudó un instante el sacerdote y, tras armarse de valor durante unos momentos, continuó con voz titubente—: ¿Me permite hacerle una pregunta? ¿Cree que hay una sola verdad? ¿No piensa que cada persona tiene la suya?

—Tal vez no le falte razón..., tal vez cada persona tenga su verdad... —sopesó con calma su respuesta el licenciado Salazar—, pero la que interesa a la práctica judicial es la cruda y desnuda verdad de los hechos. No juzgamos a las personas, juzgamos los actos de las personas. Y lo hacemos de la manera más fría y desapasionada posible.

El sacerdote salió de palacio más confundido que nunca. ¿De qué lado estaba la verdad? ¿Era tan fácil, como afirmaba el Alcalde del Crimen, juzgar a los hombres por sus actos? ¿No estaban dictados estos por odios y amores, amistades y enemistades, pasiones bajas y fines alturados? Por lo mismo, ¿no era solo ante el Ser Supremo ante quien, llegada la hora, debíamos responder por nuestra conducta? “Quien esté libre de culpa, que lance la primera piedra” —había dicho el Señor y seguramente a eso se refería, a que pecaba de soberbia quien se erigía en juez de su prójimo...

La preocupante noticia de que don Jerónimo de Losada había caído enfermo tuvo la virtud de apartar al padre Diego de la maraña de sus pensamientos. El licenciado Cabrera, siempre a la caza de una oportunidad para desembarazarse de su alojado, a punto estuvo de enviar al enfermo al hospital de San Juan de Dios.

—En mi casa no hay nadie que pueda cuidar a don Jerónimo y tampoco tengo dinero para pagar un médico —le argumentó el andaluz al sacerdote.

—Yo lo comprendo, don Agustín, pero sería una crueldad enviar al pobre hombre al hospital. ¡En lugar de recobrar la salud se nos morirá! —trató el sacerdote de despertar un poco de misericordia en su interlocutor.

—¿Crueldad? ¿Cómo se atreve a acusarme de crueldad después de todo lo que he hecho por ese desgraciado? A usted le es fácil mostrarse caritativo. Usted lo hace en secreto. En cambio yo tengo que pagar las consecuencias de tener a ese hombre en mi casa —eligió el licenciado Cabrera el fácil recurso de mostrarse ofendido.

Así era como conseguía siempre que el sacerdote le diese más dinero: gritaba, exageraba los problemas que supuestamente le estaba causando la presencia de don Jerónimo y amenazaba con echarlo a la calle. El padre Diego siempre tomaba con calma los exabruptos del temperamental andaluz, pero esta vez se le agotó la paciencia.

—Don Agustín, en este momento estoy muy gastado a causa del juicio que enfrenta mi padre y no puedo darle más dinero, pero tampoco voy a permitir que abandone a don Jerónimo en trance tan difícil —se mostró firme por primera vez.

—¡Voy a hacer un esfuerzo! ¡Voy a hacer un esfuerzo, pero solo por unos días más! Si don Jerónimo no se recupera pronto, no me quedará otra salida que llevarlo al hospital —cambió de tono el licenciado Cabrera.

El encuentro, como todos los que sostenían el sacerdote y el codicioso andaluz, había transcurrido en uno de los salones del convento de San Francisco. Era una precaución

que tomaba el padre Diego para evitar las habladurías. Arreglando ese rincón de la huerta del que antes cuidaba don Gregorio, el sacerdote se preguntaba dónde podía conseguir algo de dinero para pagar los servicios de un médico. Finalmente, inspirado tal vez por la infinita piedad que siempre había gobernado los actos de su anciano confesor, decidió separarse de algunos libros de su biblioteca, de aquellos que le resultase más fácil volver a conseguir más adelante.

Las palabras de don Domingo Ferro, el doctor que examinó al enfermo, no fueron nada tranquilizadoras: el paciente tenía la salud muy quebrantada y necesitaba, además de las medicinas, el cuidado permanente de alguna persona. El padre Diego, tras muchas dudas, decidió recurrir a uno de los hijos naturales de don Jerónimo, un joven novicio de la orden de San Juan de Dios que llevaba el mismo nombre que su progenitor. “¿Quién mejor? —pensó el sacerdote—. Su principal obligación es brindar cuidado a los enfermos.”

Dada la urgencia del caso, el padre Diego decidió olvidarse de las precauciones y se presentó personalmente en el hospital de la orden.

—¿Usted?! —se asombró el muchacho al verlo y de inmediato se erizó como una fierecilla amenazada—: ¡No pienso tratar nada con usted!

—¡Escuche primero lo que tengo que decirle! ¡Es sobre la salud de su padre! ¿Sabía que está gravemente enfermo?

—¡Todas las desgracias que le han sucedido a mi padre son por la culpa del suyo! ¡Y usted todavía se atreve a venir a buscarme! —se mostró aún más airado el novicio.

—¡Usted no me está escuchando! —alzó también la voz el padre Diego, dispuesto a poner en su sitio a ese joven

imberbe. Suficiente tenía ya con soportar los apremios del licenciado Cabrera, quien, olvidándose de la promesa que había hecho, a cada nada le enviaba a su sirviente con una u otra exigencia—. ¿Sabe o no que su padre está al borde de la muerte? ¡Don Domingo Ferro ha recomendado que alguien lo cuide sin apartarse de su lado!

—¿Al borde de la muerte? Yo lo vi hace unas semanas... ¿Y usted cómo lo sabe? —no terminaba de creer el muchacho en las palabras de esa persona a quien consideraba enemigo jurado de su padre.

—Don Jerónimo cayó enfermo hace dos días —prefirió no entrar en explicaciones el sacerdote—. Como le he dicho, su estado es muy delicado y el licenciado Cabrera no dispone de medios para pagar los servicios de una persona que lo cuide. ¿No podría ser usted quien vele por él?

—¿Yo? Sigo sin comprender...

—¡Ya basta! —perdió la paciencia el sacerdote—. ¡Si no me cree, vaya usted a casa de don Agustín, pero hágalo ya! ¿Qué va a esperar? ¿Que su padre esté agonizante?

—Me es imposible cuidar a mi padre. Tengo obligaciones que por el momento no puedo hacer a un lado... —se disculpó el novicio para añadir en seguida—: Conozco, sin embargo, a una persona que siempre está dispuesta a ayudar a los enfermos. ¡Iré ahora mismo a pedirle ese favor!

—¿Cuánto habrá que pagarle? ¿Cree usted que podrá acudir sin más demora a casa de don Agustín? —se mostró un tanto dudoso el sacerdote.

—¿Pagarle? ¡Nada! ¡Es una señora muy caritativa! Si se trata de un enfermo grave, dejará de inmediato todo lo que tiene entre manos...

—¡Vaya, vaya de inmediato a pedir permiso a sus superiores! —comprendió el padre Diego que por el momento no había más alternativa.

Una primera señal de que las cosas estaban marchando bien fue que el licenciado Cabrera dejó de importunar al padre Diego. Para cerciorarse, sin embargo, del trato que estaba recibiendo don Jerónimo, el sacerdote pidió a don Domingo Ferro que hiciese una nueva visita al enfermo.

—¡Esa dama es un ángel! —no escatimó cumplidos el médico—. ¡Si don Jerónimo se está reponiendo es gracias a sus cuidados y no a mis remedios!

—¿Podemos estar más tranquilos entonces? —se alegró el padre Diego.

—Me parece que sí. ¡Lo peor ya ha pasado! Yo recomendaría, no obstante, que el paciente siga recibiendo los cuidados de esa señora.

Durante unos días, desembarazado de ese peso que era la preocupación por don Jerónimo de Losada, el sacerdote pudo dedicarse de lleno al juicio y a los asuntos de su ministerio, aunque no dejaba de pensar en esa mujer tan caritativa que parecía vivir solo para hacer el bien al prójimo. “Llega a la casa del licenciado Cabrera después de escuchar la misa de siete y permanece allí hasta el anochecer —había contado el médico—. Ni siquiera las religiosas son tan abnegadas.”

¿Quién podía ser? Pocas eran las personas, como comentaba con razón don Domingo Ferro, que con tanta entrega cumplieran su deber cristiano. El sacerdote no pudo más con su curiosidad y una mañana, faltando poco para las ocho, se apostó en el zaguán de una casa vecina a la del licenciado Cabrera. Con un misal abierto en las manos, quería dar la

impresión de estar esperando tranquilamente a alguien, pero en realidad se sentía incómodo y nervioso, como si estuviera perpetrando una mala acción.

Una señora que, acompañada de una sirvienta, venía calle abajo hizo que respirara aliviado. “Debe de ser ella”, pensó. Por el velo negro que le cubría la cabeza, daba la impresión de ser viuda. “Si todas las mujeres que pierden a sus esposos se dedicaran a hacer obras de caridad...”, sentenció para sus adentros el sacerdote recordando de pronto, con sumo desagrado, a doña Tomasa de Saavedra. “Esta señora además es más guapa y se ve joven a pesar de que debe de estar por la cuarentena. Podría dedicar todo su tiempo a conseguir marido y, sin embargo, prefiere cuidar enfermos”, continuó con las comparaciones desventajosas para doña Tomasa cuando de pronto, al ver a la mujer más de cerca, soltó una exclamación de sorpresa y, casi al mismo tiempo, dejó caer el libro de las manos.

¡Era la mestiza! ¡La misteriosa mestiza a la que él había dado por muerta! ¡Esa a la que él vio de muchacho llorando delante de la tumba de Pedro Romero, el acaudalado comerciante que apareció sin vida en el atrio de la catedral! Tal era justamente uno de los delitos más graves que se le imputaban a su padre, el haber ordenado dar muerte al comerciante español y el haberse apropiado, aprovechando el cargo de corregidor, de buena parte de la plata y el oro que aquel había amasado. ¿Algún vínculo sentimental unía a esa mujer y al guampo asesinado, como él creyó de muchacho? ¿Tuvo algo que ver su padre en esa muerte? ¿Era por odio al marqués de Valleumbroso que la mestiza cuidaba con tanta dedicación a don Jerónimo?

En esas circunstancias, cuando toda la ciudad no hacía otra cosa que discutir cada una de las acciones de los Esquivel, por fin resultaba posible descubrir qué misterio escondía esa bella y extraña mujer, pero, por alguna razón que él mismo no comprendía, prefirió no emprender nada.

Un intento que sí hizo fue el de contratar a alguna persona que reemplazara a la mestiza en el cuidado de don Jerónimo. Conversó con un par de señoras que se dedicaban a este menester, pero desistió de su empeño, pues hubiese tenido que endeudarse aún más de lo que ya estaba. “¿Qué más da que ella lo atienda? —se dijo a sí mismo para superar el malestar que este asunto le causaba—. ¡La pesquisa dejará claro que mi padre no tuvo nada que ver en la muerte de Pedro Romero y esa mujer deberá admitir que su odio es infundado!”.

El licenciado Salazar, en efecto, había empezado a examinar a los treinta y un testigos presentados por la defensa y los testimonios de estos, como no se cansaban de repetir don Juan de Mendoza y los otros dos abogados, empezaban a inclinar la balanza a favor del marqués de Valleumbroso.

Una carta que llegó con el correo de Lima entusiasmó aún más al sacerdote y a los hombres de leyes. En ella el marqués de Valleumbroso contaba que Su Ilustrísima fray Diego Morcillo Rubio, quien fuera virrey del Perú y arzobispo de La Plata y de Los Reyes, le había escrito personalmente al licenciado Salazar echando por tierra la acusación de que los Esquivel, a más de ser enemigos jurados de los españoles, se jactaban de ser descendientes de los reyes incas. Su Ilustrísima, de acuerdo con lo que contaba el marqués, habría escrito en su misiva: «Es absolutamente falso que don Diego de

Esquivel me haya comentado, al mostrarme los retratos que hay en el zaguán de su casa, “ahí tiene Vuestra Excelencia a mis abuelos”».

Fray Diego Morcillo, bien lo sabía el sacerdote, era de esas personas que no tenían pelos en la lengua.

—Me temo que más que una carta haya escrito una repri-menda —mostró cierta preocupación al comentar el asunto con los abogados.

—El tono con que haya escrito Su Ilustrísima es lo de menos. Lo importante es que una persona de su categoría desmienta una de las acusaciones más graves que se le hacen al marqués —sentenció don Juan de Mendoza.

—¿Cuántos españoles residentes en nuestra ciudad han testimoniado lo mismo? ¿Siete? ¿Seis? —se preguntó don Vicente—. Este cargo ya no debe preocuparnos. Ni tampoco el de infidelidad a la Corona ni el de fomentar tumultos contra la autoridad real. La flor y nata de la sociedad cuzqueña ha desmentido en los últimos días estas descabelladas acusaciones.

El padre Diego, contagiado del entusiasmo de los abogados, empezó a creer nuevamente en la inocencia de su padre. No le guardaba rencor, sin embargo, a don Jerónimo de Losada. Suficiente castigo había recibido ya por sus calumniosas acusaciones: el juicio de nulidad de matrimonio interpuesto por su esposa, la quiebra de sus negocios, en general su ostracismo y, últimamente, su enfermedad. Bien podría desentenderse de su cuidado, pero no lo haría. No porque siguiese sintiéndose culpable ante él, sino porque tal era su deber de cristiano.

A quien el sacerdote no podía apartar de su mente, en cambio, era al licenciado Salazar. Horas pasaba el hombre

de iglesia polemizando con el hombre de leyes, ya no para demostrarle que la justicia humana era siempre imperfecta sino para convencerlo de que no se podía establecer la verdad de acontecimientos que atañían a toda una comunidad solo en base a los testimonios de las personas. Menos parcializados, para el caso, resultaban los documentos que daban cuenta pormenorizada de la vida de esa comunidad, como los libros de cabildos o las crónicas escritas por autores respetuosos de los hechos.

Un asunto al que también volvía una y otra vez el sacerdote en esta discusión imaginaria era al del papel que jugaban los Esquivel en la vida del Cuzco. ¿Odio a los españoles? ¿Infidelidad a la Corona? Ni al marqués padre ni al hijo se les podía imputar tamañas culpas. Si algún delito habían cometido era solo el de defender, siempre que había sido necesario, los fueros de los criollos, sobre todo de aquellos de sobrado mérito que eran descendientes de quienes conquistaron las Indias. Eran los criollos también, por haber nacido en estas tierras, quienes protegían a los indios de los abusos y exacciones que con frecuencia cometían corregidores y otras autoridades que llegaban desde España con el único afán de enriquecerse a toda costa, sin importarles ni siquiera el violar las leyes dadas por Su Majestad.

Bastaba analizar, sin ir más lejos, los tumultos que se produjeron en la ciudad en tiempos de don Rodrigo Egas Venegas Fernández de Córdoba. ¿No se había amotinado el vulgo porque el funcionario recién llegado de España quiso hacer ejecutar a mestizos inocentes? ¿No se hubiera perdido la ciudad de no ser por la providencial intervención de don Diego de Esquivel y Navia, segundo marqués de Valleum-

broso? ¿Que no se podía saber cuánto de cierto había en esta última aseveración? ¿Que bien podía haber salido de boca de alguno de los tantos partidarios del marqués? ¡Nada de eso! Eso es lo que se podía leer en los Libros del Cabildo de la ciudad y en los Libros de Provisiones de este mismo cabildo...

Victorias como esta conseguía a menudo el sacerdote en esos imaginarios duelos verbales, pero no eran suficientes para disipar las dudas que aún le quedaban respecto a la inocencia de su padre. Por lo mismo, desde el día en que los abogados le anunciaron que el licenciado Salazar prácticamente había terminado de substanciar la causa, su impaciencia fue en aumento. ¿Sería declarado el marqués de Valleumbroso inocente de todos los cargos que se habían levantado en su contra? ¿Seguirían siendo los Esquivel una de las familias más poderosas y respetadas del Cuzco o, por el contrario, no lograrían librarse nunca más del estigma de haber sido sometidos a juicio por la Corona?

La posibilidad de una sentencia contraria a su padre asustaba tanto al sacerdote que se prohibía a sí mismo pensar en eso. En su fuero más íntimo, sin embargo, sabía que no tendría el valor de sobrellevar un golpe tan duro. No se quitaría la vida porque eso era una ofensa al Creador, pero se iría muy muy lejos y se dedicaría a servir a los menesterosos en las labores más humildes. ¡Sí, ese era el castigo que merecía por compartir la soberbia de los Esquivel!

Este pecado y el de anteponer los intereses de su familia a sus deberes de cristiano fueron los que el padre Diego confesó a don Gregorio el día fijado por el licenciado Salazar para dictar sentencia. El anciano le dio la absolución y

acto seguido le ordenó que fuese a la iglesia a pedir a Dios por su padre y su abuelo. Hasta allí llegó a buscarlo un recadero enviado por don Juan de Mendoza. El padre Diego, arrodillado ante al altar mayor, se santiguó tres veces y, tras recibir la esquila, la desplegó de inmediato: “El licenciado Salazar nos ha informado que no tiene facultad para fallar en primera instancia –le informaba el abogado—. Por lo tanto, la sentencia la dictará el Real Consejo de las Indias. No podemos, sin embargo, quedarnos con los brazos cruzados. Inmediatamente presentaremos un escrito para pedir la soltura del señor Marqués...”. En este punto el padre Diego dejó de leer y, abatido por el inesperado desenlace, se dejó caer en la banca que tenía al lado.

El Real Consejo de Su Majestad, según le explicaron más tarde los abogados, podía demorar años en emitir su veredicto. Eso significaba que la batalla legal no había terminado y que se debía insistir ante la Audiencia de Lima, primero, y ante el propio Consejo, después, para que se levantase el embargo a los bienes del marqués y se le permitiese a este esperar sentencia en el Cuzco.

Escritos, apelaciones, demandas, ratificaciones; nada más parecía preocupar a los leguleyos. El sacerdote, en cambio, había perdido todo interés en las diligencias judiciales y hasta estaba convencido de que estas, en lugar de favorecer a su padre, terminarían por perjudicarlo. No hizo nada pues para luchar contra la apatía que poco a poco se fue apoderando de él y tampoco hacía caso a quienes, como don Gregorio y la fiel Balbina, lo reconvenían para que no descuidase tanto su alimentación. “¡Vas a enfermar!”, le advertían en todos los tonos y eso es lo que seguramente hubiera ocurrido si el

licenciado Salazar no lo mandaba a llamar por segunda vez a su despacho.

—Síntese, Vuestra Merced—fue amable desde un comienzo el Alcalde del Crimen—. Hoy día se cumplen seis meses desde que llegué al Cuzco. Eso fue un 4 de diciembre del año pasado, ¿no sé si lo recuerda?

—En efecto... —asintió el sacerdote, pero sin comprender a cuento de qué su interlocutor mencionaba eso.

—¡Medio año! Medio año es tiempo suficiente para conocer los intrínquilis de una ciudad como Cuzco... ¿Sabe qué es lo que más me ha llamado la atención? Lo envidiosa que es su gente... Me va a perdonar que sea tan franco, pero de verdad no he conocido otro lugar donde la gente sea tan envidiosa. Y no me estoy refiriendo a esa plebe de indios y mestizos tan proclives a la novelería y de genio tan veleidoso, sino a los criollos de las mejores familias y también, sí, sí, a los peninsulares que llevan afincados aquí buena cantidad de años...

El licenciado Salazar hizo una larga pausa pensando tal vez que el sacerdote era de distinta opinión y estaba dispuesto a refutarle, pero, como este seguía en silencio, continuó:

—Quería decirle, para su tranquilidad, que tras seis meses de pesquisa tengo ahora la firme convicción de que los crímenes capitales de los que se acusa a su padre, como el de infidelidad a la Corona pretendiendo la soberanía del reino del Perú, carecen en absoluto de verdad y de substancia... Así le he escrito a Su Majestad en más de una ocasión y así lo he hecho constar en el Auto de Culpa y Cargo que he levantado contra el señor marqués y su hermano...

El sacerdote, emocionado al escuchar esto, saltó como un resorte del asiento y quiso expresar su agradecimiento al reservado hombre de leyes, pero este, levantando una mano, se lo impidió y siguió hablando:

—¡No quiero que se engañe! A pesar de que su padre es inocente, me he permitido decirle a Su Majestad que considero perjudicial que el marqués resida en una ciudad como el Cuzco. ¡Permítame explicarle mis motivos! —se apresuró a añadir el licenciado Salazar al notar seguramente que el rostro del sacerdote había palidecido—: ¡Es el curioso genio de la gente del Cuzco el que me ha llevado a recomendar esto! ¡Adulan en tal extremo al poderoso que este termina creyéndose muy superior al resto y con derecho a intervenir en todos los asuntos de la ciudad, incluido el gobierno de esta! Llega naturalmente un momento en que estos personajes empiezan a cometer toda clase de excesos y abusos, pero quienes los padecen, en lugar de actuar con dignidad y reclamar justicia, prefieren guiarse por la máxima de continuar mostrándose de boca para afuera como parciales del sobresaliente aunque en privado blasfemen contra él. ¡Es por ello que me parece peligrosa la presencia del señor marqués en el Cuzco! No es que dude de él o de su fidelidad a la Corona, pero sí tengo temor de esa plebe de indios y mestizos que son mayoría en esta ciudad. ¿No negará que son de genio levantisco y veleidoso? ¿Quién garantiza, como parece que ya ha ocurrido, que estas castas viles no interpreten los exabruptos del marqués de Valleumbroso en contra de la autoridad como un llamado a la soberanía?

El sacerdote, que había hecho varios intentos de tomar la palabra mientras el Alcalde del Crimen estuvo hablando,

no supo por dónde empezar a rebatir sus argumentos cuando por fin este le dio pie a intervenir.

—Voy a escribir una historia de mi familia... —dijo por fin—. Será al mismo tiempo una historia fidedigna de esta ciudad y de sus hechos. Y me voy a apoyar para ello no en los testimonios de las personas, siempre teñidos por sus odios o adhesiones, sino en documentos. De esa manera, estoy seguro, serviré a la verdad y haré justicia al mismo tiempo a mi padre y al padre de este.

—El cronista tampoco está libre de parcializarse. Muchos acaban escribiendo apologías... —comentó el licenciado Salazar tras sopesar las palabras del sacerdote—. Vuestra Merced necesitará mucho valor y entereza para llevar a buen puerto su empresa, me temo que más que los que he necesitado yo para substanciar esta causa...

Varias semanas después de que el licenciado Salazar hubo partido a Lima, el sacerdote seguía pensando en sus palabras. “¿Podré ser un juez riguroso de los actos de mi padre?”, se preguntaba. Solo después de prometerse a sí mismo, en todo caso, que no serían los sentimientos filiales los que inspirarían su obra sino el temor a Dios y el más escrupuloso respeto a la verdad, se dedicó de lleno a revisar los Libros del Cabildo de la ciudad. Era un trabajo que le ocupaba gran parte de la mañana, pero que hacía con gusto, copiando meticulosamente todas las informaciones que pudieran serle útiles.

Se trataba, el sacerdote lo comprendía, de una empresa de largo aliento, pero él la acometió con vehemencia, impaciente por empezar a escribir por lo menos las páginas dedicadas a su padre. Un súbito empeoramiento de la salud

de don Jerónimo de Losada lo obligó, sin embargo, a dejar todo de lado.

El padre Diego no se hubiese preocupado si, como otras veces, el licenciado Cabrera le hubiera pedido dinero para comprar medicinas o para pagar los servicios de don Domingo Ferro. En esta oportunidad, sin embargo, no era la presencia de su médico la que el enfermo había solicitado, sino la de un notario. “¡Quiere dictar testamento! ¡Se nos muere!”, consideró necesario aclarar don Agustín, mostrándose por primera vez compungido.

Corrían los primeros días del mes de octubre de ese año de 1726. El sacerdote, tras entregar el dinero que se le pedía, se dedicó de lleno a la oración, pero sus ruegos no fueron escuchados. El día once, a media mañana, cesaron los padecimientos de don Jerónimo. El padre Diego hizo las gestiones para que sus restos recibieran sepultura en el cementerio de la iglesia de San Francisco y hasta allí, al día siguiente del entierro, acudió para rezar por el alma del difunto.

—¡Cuánto ha sufrido este pobre hombre y cuánto sufrimiento ha causado! ¡Que el Señor, en su sabiduría, tenga esto en cuenta y lo reciba en su gloria! —pidió sinceramente. Abstraído como estaba, no se percató de que la mujer con que se cruzó al retirarse era la mestiza que había atendido a don Jerónimo hasta el último momento.

El Cartolín (1)

Ese 30 de marzo de 1698, domingo de Pascua, comenzaron las ruidosas discordias entre los europeos y los oriundos de esta tierra. Al momento de la procesión, unos vizcaínos que trabajaban en la fábrica de la Casa de la Moneda se apostaron delante de las puertas de la catedral y estuvieron haciendo mofa de cuanto criollo o mestizo pasaba por el lugar.

Melchor Portocarrero, un guardia que tenía la necesidad de ufanarse de un inexistente parentesco con el virrey conde de la Monclova, parecía ser quien llevaba la batuta en ese grupo. Bastaba que abriera la boca para que sus amigos festejaran ruidosamente lo dicho. Estos eran el capitán Juan Fernández, Joseph de Arizabalaga y Juan de Monasterio, los dos últimos residentes ya buen tiempo en la ciudad y el primero llegado hacía poco, al igual que Portocarrero. Fue el capitán Juan Fernández, en todo caso, quien llamó la atención sobre unos mestizos que salían de la iglesia.

—Melchor, Melchor, mira a esos... —los señaló descaradamente con el dedo.

—Ahora es buena ocasión de matar a todos estos mestizos pues se hallan confesados —soltó Portocarrero sin siquiera bajar un poco la voz. Quizás hizo eso porque reconoció entre los que se acercaban a un tipo por el que sentía particular animadversión.

Antonio de Rojas se llamaba, pero todo el mundo le decía Cartolín. Era muy apreciado como maestro tirador de oro y de allí seguramente ese porte altivo que lo hacía

parecer un criollo. El color tostado de su tez, sin embargo, y sobre todo su cabello renegro y grueso delataban que era hijo de una india. Otra marca inocultable de su origen era su genio turbulento y la excesiva reserva que mostraba en el trato con las personas de condición más elevada que la suya.

Esa mañana, al escuchar al vizcaíno, el Cartolín desenvainó sin más la espada y arremetió contra el ofensor til-dándolo de guampo nacido de una ramera. El capitán Juan Fernández fue el primero en reaccionar y, en medio del griterío que se armó cuando Portocarrero cayó al suelo con la camisa empapada en sangre, trabó duelo con el Cartolín. Más diestro en el manejo de la espada, quizás hubiera dado cuenta del mestizo si no es porque los amigos de este, pertenecientes todos al gremio de plateros, se liaron a golpes con los otros dos españoles, haciéndolos retroceder no solo porque los superaban en número sino porque parecían animados por una rabia largo tiempo contenida.

Las voces cada vez más insistentes que llamaban a intervenir a la justicia fueron suficientes para poner fin a la refriega y para que los mestizos, capitaneados por el Cartolín, se escabulleran rápidamente entre el gentío. Delante de la catedral solo quedaron, rodeando al herido, los otros tres vizcaínos, uno de ellos con una ceja partida que también le sangraba copiosamente.

—¡Felizmente es una herida leve! —dictaminó el capitán Fernández después de examinar a su amigo—. ¡Debemos llevarlo a que lo curen!

El alcalde ordinario, don Diego de Sillerigo, se presentó en ese momento escoltado por dos soldados y preguntó a los españoles quién había herido a ese hombre.

—Fue Antonio de Rojas, un mestizo tirador de oro —respondió el mismo Portocarrero. Si algo llamaba la atención en su rostro eran unos labios excesivamente carnosos y dibujados para una boca más bien pequeña y unos carrillos igual de llenos. Estos rasgos, a los que se sumó una voz más bien atiplada, le restaron fuerza a la amenaza que soltó acto seguido: ¡Ese perro me la va a pagar con su vida!

—¿Qué es lo que pasó aquí? ¿Quién empezó la riña? —quiso saber más el alcalde.

—Unos mestizos inmundos nos atacaron cuando estábamos esperando el paso de la procesión, así, sin más ni más —explicó el capitán Fernández—. Ese tal Rojas y varios facinerosos más. ¡Si no nos hubiesen tomado de sorpresa, ahora no vivirían para contarlo!

—¡Mentira, mentira! —irrumpió en protestas el corrillo que se había formado alrededor de los españoles.

—Estos caballeros estaban burlándose de todo el mundo —hizo oír su voz sobre la del resto una señora de aspecto decente—. A los mozos esos los amenazaron con matarlos...

—Sí, sí. Así fue —se puso de parte de la señora la mayor parte de curiosos.

—El Cartolín y sus amigos salían tranquilos de la iglesia. ¡Nada hubiese ocurrido si estos señores no los insultaban! —corroboró un conocido maestro pintor.

—¿El Cartolín? —alzó una ceja el alcalde.

—Así le dicen al fulano ese Rojas —volvió a intervenir el herido y, aprovechando que todos se volvieron hacia él, llamó la atención sobre su estado: ¡Necesito que me atienda un médico! ¡Estoy perdiendo sangre!

—¡Tiene razón! ¡Llévenlo rápidamente! —ordenó don Diego de Sillerigo a los vizcaínos.

—¡Deberían ir presos! ¡Justicia, justicia! —reclamó el gentío, pero no hizo nada para impedir que los españoles se retirasen.

La parcialidad con que actuó el alcalde ordinario despertó muchos comentarios. El Cartolín y sus amigos, que por temor a las represalias se habían refugiado en una casa del barrio de San Blas, también discutieron el asunto.

—¿Qué les llama la atención? —preguntó el tirador de oro—. ¿No actúa siempre la justicia a favor de los guampos?

—¿Y lo que ocurrió el Viernes Santo? —terció Matías Carrera, uno de los plateros—. Esos malditos guampos no nos permitieron formar parte de la compañía que escoltó al Santo Sacramento.

De todos los allí reunidos, Carrera era el más acomodado y el que más se había resentido al no poder participar en la procesión como en años anteriores. Miembro de una familia que por generaciones se dedicaba a trabajar la delicada platería que adornaba las iglesias de toda la comarca, estaba acostumbrado desde muchacho a desfilar tras las santas imágenes con su gremio o formando parte de algún grupo de danzantes.

—¡El culpable es el corregidor! —soltó con rabia Pedro Valderrama, el fornido hombretón que le partió una ceja a uno de los vizcaínos—. Desde que ese cerdo se recibió de justicia mayor no hace otra cosa que favorecer a los guampos. ¡*Puka-kunka* desgraciado! ¡Retorcerle el pescuezo sería poco!

—¡Tienes razón! —intervino de nuevo Matías Carrera—. Miren lo que ha hecho en la Casa de la Moneda. ¡La ha lle-

nado de esa plaga de vizcaínos que se creen dueños de la ciudad!

—¿Saben qué les digo? —llamó la atención de todos Felipe Chaperero para luego añadir casi en un susurro—: ¡De verdad habría que matar a don Fernando Calderón de la Barca!

Todas las miradas confluyeron en ese hombrecillo que parecía incapaz de hacer daño a una mosca. Esmirriado, siempre en movimiento como si fuera una vizcacha lista para huir de zorros y pumas, con unos ojos vivaces que en ocasiones miraban abiertamente y en otras de modo escurridizo, tenía merecida fama de saber hilvanar las palabras mejor que nadie. Esa habilidad le había granjeado muchas amistades entre los plateros pues se ganaba la vida vendiendo los tupus (prendedores), aretes y otras pequeñas alhajas en los que algunos de éstos se especializaban.

—¡A Calderón no sé, pero a ese Portocarrero sí den por seguro que lo mato! —rompió finalmente el silencio el Cartolín.

Seguramente no hubo barrio ni conventillo en los que no se comentara, bajando la voz para no correr riesgos, que los mestizos querían matar a todos los guampos. Claro que los más sensatos pensaron que había mucho de exagerado en los rumores que acaparaban cada vez más la atención de la ciudad, pero hubo quienes, entre españoles y oriundos de la tierra, prefirieron salir lo menos posible de casa o hacerlo siempre en grupo.

No faltaron alarmistas que se presentaron ante el corregidor para advertirle que cuadrillas de hombres armados, de uno y otro bando, recorrían incesantemente la ciudad y que aquel que se encontrara con una cuadrilla del partido contrario no viviría para contarlo.

Don Juan Fernando Calderón de la Barca al comienzo se negó a tomar en serio estos avisos, pero, ante la persistencia con que personas de distinta condición le hablaban sobre la inquietud que se respiraba en la ciudad, decidió actuar.

—¿Cómo han permitido Vuestras Mercedes que unos mestizos miserables los humillen delante de tanta gente? —increpó a Melchor Portocarrero y al capitán Juan Fernández, a quienes había hecho llamar a su despacho—. Ahora, a juzgar por lo que todo el mundo anda diciendo, están envalentonados y hasta se creen con derecho a portar armas.

—Esos perros nos atacaron por sorpresa y nos superaban en número, Su Señoría... —trató de disculparse el guardia, medio encorvado todavía por culpa de la herida que no terminaba de sanar.

—¡A mí no me vengan con cuentos! ¡Yo no soy el palurdo de Sillerigo! He hecho mis averiguaciones y sé que ustedes provocaron la riña. ¿Para qué, me pregunto, si no estaban seguros de darles a esos cholos su merecido? ¡Debería meterlos a la cárcel por buenos para nada y por cobardes!

—Su Señoría...— quiso intervenir el capitán Fernández, pero el corregidor lo hizo callar levantando una mano.

—¿Conocen a esos atrevidos? Me han hablado de un tal Cartolín y un fulano Valderrama...

—Conocemos al primero, Su Señoría —se apresuró a aclarar Juan Fernández—. Es el cabecilla de esos facinerosos. Fue él quien hirió a Portocarrero y nos han contado además que ha jurado que no descansará hasta matarlo.

—Esto es lo que harán para remediar el embrollo que han creado... —dijo el corregidor después de pensar un rato—. Van a averiguar dónde se esconde ese tal Cartolín y

sus secuaces y yo me encargaré de que se pudran en la cárcel. Y para evitar más riñas, hoy día mismo haré echar un bando prohibiendo que se saquen espadas o se lleven armas de fuego...

—Permítame decirle con todo respeto, Su Señoría, que esa medida puede volverse en contra de los españoles que vivimos en esta ciudad —escogió cuidadosamente las palabras Portocarrero para expresar su desacuerdo. Su rostro seguía igual de mofletudo, pero quizás debido a la pérdida de sangre ya no se veía tan rosado como antes.

—El bando será para toda esa chusma que vive en el Cuzco, no para nosotros —aclaró molesto el justicia mayor haciéndoles una seña a los dos vizcaínos para que se retirasen.

Contento con la forma como zanjó el asunto, don Juan Fernando Calderón de la Barca llamó a su secretario para dictarle el bando. Hacía año y medio que había llegado al Cuzco para recibirse de corregidor y justicia mayor, pero, sobre todo, con el encargo personal del virrey de erigir la Casa de la Moneda. Muchísimo arte y grandes dosis de paciencia tuvo que desplegar para vencer las reticencias que tenían los miembros del cabildo para soltar el dinero, pero al final se salió con la suya. ¡Allí estaba, ocupando la mitad de la Plaza de Regocijo, el espléndido edificio en que se labrarían monedas de oro y de plata!

Cumplido ya su cometido, el Alcalde del Crimen de la Real Audiencia dudaba entre quedarse en el Cuzco o regresar a Lima. Si quería que su carrera continuara en ascenso, definitivamente más le valía estar en el entorno del virrey y en general mantenerse a la vista del Consejo de Su Majestad. Si se trataba, en cambio, de engrosar sus arcas, esa curiosa

urbe que se jactaba de ser cabeza de los reinos del Perú era el lugar más indicado. No solo las oportunidades para hacer pingües negocios eran inmejorables sino que además podría contraer matrimonio con alguna heredera de esas familias criollas que poseían enormes fortunas, mayores a las que se veían en la capital del virreinato.

Una sola cosa no terminaba de convencerlo: que en una ciudad más populosa que Lima fuesen tan pocos los españoles y criollos y tantísimos los indios y mestizos. En todos los oficios y mantenimientos predominaban estos últimos y hasta buena parte del comercio de ropas de Castilla la tenían en sus manos. Y ni hablar ya de los indios, cuyo número parecía aumentar día a día con los fugitivos de las mitas y los obrajes, haciendo que los vericuetos que abundaban en la ciudad se convirtiesen en un verdadero hormiguero.

Quizás, pensaba don Juan Fernando, a falta de armadas y presidios, esa rencilla entre mozos de España y de la tierra sirviese para meter en vereda a esa plebe que alteraba la tranquilidad de la república. ¡Condenando a la horca a unos pocos, los más lo pensarían antes de cometer cualquier desatino!

El bando fue leído esa misma tarde en todas las plazas de la ciudad y tal vez hubiera calmado un poco las aguas de no ser porque casi al mismo tiempo se supo que el corregidor había ordenado la captura del Cartolín y sus amigos.

La mala noticia le llegó al mestizo en la casa de Leonor Cisneros, la mujer que con sus veleidades había provocado la riña delante de la catedral.

—¡Tienes que irte a otro lado por un tiempo! —le aconsejó Leonor a su amante.

—¿Sí? ¿Y tú que vas a hacer? ¿Vas a aprovechar para engañarme de nuevo con ese guampo malparido?

—Yo nunca te he engañado, Antonio. ¡Cuántas veces te lo voy a repetir! —se defendió la mujer con tono quejumbroso.

—Pues no es eso lo que Portocarrero anda repitiendo por allí...

—¡Ese maldito! ¡Puras mentiras dice y tú le haces caso! ¡Si me creyeras a mí, ahora no te estarían buscando! —siguió quejándose la Cisneros.

Más bien menuda, con los cabellos gruesos recogidos en dos trenzas que enmarcaban un rostro de pómulos muy salidos y con la nariz un poco curva aunque fina, estaba lejos de ser una beldad. Más de uno, sin embargo, la pretendía con insistencia, atraído seguramente por el poco recato con que echaba los hombros hacia atrás para lucir su bonito busto o por esa sonrisa a flor de labios que mostraba dos hileras de granos de maíz. El Cartolín, en todo caso, andaba loco por ella y hasta en su propia sombra creía ver a un posible rival.

—¡Leonor tiene razón, Antonio! —intervino Pedro Valderrama, el portador de las malas noticias—. Deberíamos hacernos humo por un tiempo, sobre todo nosotros dos. ¡Ese perro del corregidor no descansará hasta echarnos la sogá al cuello!

—Está bien, nos iremos —cedió el Cartolín después de pensar un buen rato—, pero antes quiero hacer algo y tú me vas a ayudar. ¡Voy a traer aquí al vizcaíno para aclarar algunas cosas!

—¡Trailo, trailo! —no se asustó la Cisneros de la velada amenaza de su amante—. Eso sí, ¡prométeme que después

te esconderás por un tiempo! ¡No quiero perderte, Antonio!
—se refugió la mujer en brazos del mestizo.

Melchor Portocarrero, tras su entrevista con don Juan Fernando Calderón, se dedicó de lleno a jugar al cazador. Acompañado de un numeroso grupo de peninsulares, todos armados con espadas y algunos hasta con pistolas, recorría por las mañanas los arrabales de la ciudad deteniéndose de trecho en trecho a descansar. Si tenían la suerte de encontrar a algún español o criollo le preguntaban por el Cartolín y sus compinches, pero con los indios y mestizos ya no perdían el tiempo. ¡Intentaron al comienzo aflojarles la lengua hasta con amenazas pero los muy cobardes, con los ojos desorbitados por el pánico, se disculpaban en su lengua, repitiendo a cada nada: “Nu sé, wirakocha, nu sé”.

Por las tardes, tras tomar una larga siesta, el vizcaíno se volvía a reunir con su cuadrilla, pero limitaba su recorrido a las calles principales de la ciudad y parecía más preocupado en mostrarse con su sombrero de color marrón claro con un lazo rojo que en dar con el Cartolín. En el fondo, de hecho, estaba cada vez más convencido de que el mestizo había puesto los pies en polvorosa para salvar el pellejo. Como las precauciones nunca están de más, sin embargo, se recogía siempre antes del anochecer, con el cuidado adicional de llegar acompañado hasta la puerta de su vivienda.

Una vez en el cuarto que había alquilado en el segundo patio de una casona de la calle del convento de San Agustín, se cerraba con aldaba y trancaba las dos hojas de la puerta con una barra de metal que se había agenciado para tal efecto. Recién entonces, sintiéndose seguro, se quitaba la venda para echarle un vistazo a la herida que tenía en el lado dere-

cho del tórax, a la altura de las costillas. Ni en ese ni en ningún otro momento del día se le ocurría pensar que tal vez el Cartolín también anduviera tras él y, cuando se dio cuenta de su error, ya fue tarde.

—¡Una palabra y eres hombre muerto! —sintió en la espalda el filo del metal en el momento en que estaba abriendo el candado de su cuarto.

—¡No me matéis, por el amor de Dios! ¡Haré todo lo que me digáis! —rogó dejándose quitar la espada y la pistola que llevaba al cinto. Era consciente de que no tenía ningún sentido oponer resistencia, máxime porque con el rabillo del ojo se había dado cuenta de que por lo menos eran dos los atacantes.

—¡Camina por delante! ¡Si intentas algo te destripo como a un cerdo! —amenazó la misma voz.

¡¡Era el Cartolín!! ¿Quién otro podía ser? Melchor Portocarrero empezó a calcular febrilmente cuáles eran sus posibilidades de salir con vida de ese lance y llegó a la peor de las conclusiones. “Me quiere conducir a algún lugar apartado donde no haya testigos. Y si ofrezco resistencia igual me clavará el puñal”, pensó encomendando su alma al cielo. Las piernas le temblaban tanto que, de no ser porque el Cartolín y Valderrama lo llevaban cogido de los brazos, seguramente hubiera tropezado como un borrachín.

El extraño trío se dirigió hacia el barrio de Santiago. El vizcaíno, a medida que se internaban en esas callejas que tan solo unos días antes había recorrido de lo más despreocupado, debía admitir que sus temores se estaban confirmando. Unos cuantos minutos más a ese mismo paso y llegarían a un descampado donde el Cartolín podría cumplir sus amenazas. Para colmo de males, un tintero parecía haberse

derramado sobre el cielo que unos momentos antes todavía conservaba cierta luminosidad.

—¡Sálvame, Virgencita, sálvame! —dejó escapar una imploración el español, provocando la burla de sus captores.

—Ni el mismísimo demonio podría salvarte, guampo cobarde, así que ahórrate tus plegarias —le escupió con desprecio el Cartolín.

—¡Y no te vayas a cagar en los calzones! —soltó una sonora carcajada Pedro Valderrama.

Habían dejado atrás la plazuela de la iglesia de Santiago y se acercaban a la Almudena, cuando de pronto el Cartolín se detuvo a la entrada de un oscuro patio. Las puertas de las habitaciones que estaban alrededor todavía permanecían abiertas e iluminaban por franjas un piso de tierra que a juzgar por la abundante basura nadie se daba el trabajo de barrer. A uno de esos cuartuchos fue llevado prácticamente a empujones el vizcaíno.

—¿Has tenido amores con esta mujer? —le increpó sin más el Cartolín señalándole a la Cisneros, que, sorprendida al ver a Portocarrero, no atinó en un primer momento a reaccionar.

—¿Con ella? Yo... —empezó a balbucear el español.

—¡*Pukakunka* sarnoso! —se le acercó la mujer y le dio un fuerte empujón en el pecho que lo hizo tambalear—. ¿Acaso soy tu mujer para que estés hablando de mí? ¿Yo te cocino, te lavo, qué cosa?

—Señora, yo... —se desconcertó aún más el español al ver ese rostro desfigurado por la indignación.

—¿Señora? ¿Ahora sí soy señora? ¿Ya no soy ramera? ¡Ahora vas a ver, perro asqueroso, ahora vas a ver! —lo amenazó la mestiza y salió echa una furia de la habitación.

El Cartolín y Valderrama expresaron con gestos su desconcierto, pero optaron por no intervenir. Melchor Portocarrero, que recién podía mirarlos a la cara, empezó a disculparse:

—¡Debe haber un malentendido! ¡Yo no conozco a esa señora!...

—¿No la conoces? ¿Y andas diciendo que todos los mestizos somos unos cornudos? —le dio tal sopapo Pedro Valderrama que el español casi se va al suelo.

En ese momento regresó la Cisneros con un envoltorio en la mano.

—¡Yo te voy a enseñar a hablar mal de mí! ¡Yo te voy a enseñar! —hizo retroceder al vizcaíno hasta un rincón—. ¡*Miquy, miquy!* (¡Come!) —le ordenó al tiempo que le restregaba la boca con eso que tenía en la mano.

Un nauseabundo olor inundó la habitación. Melchor Portocarrero se limpió con una manga sus carnosos labios y, al ver el excremento, empezó a escupir como un loco y a pedir agua casi llorando. El Cartolín y Valderrama, que habían adivinado las intenciones de la mujer ni bien la vieron entrar, lo amenazaron con sus puñales para que se quedara en el sitio.

—¡Hazle comer de nuevo para que aprenda a tener la boca cerrada! —le ordenó el Cartolín a su amante y esta no se hizo de rogar.

El español, lleno de asco, hizo el intento de defenderse, pero, al ver que los dos mestizos se le acercaban, dejó caer las manos.

—¡Matemos de una vez a este puerco apestoso! —dio otro paso el Cartolín en dirección a Portocarrero, pero la Cisneros se le plantó delante.

—¡No te condenes, Antonio! ¡Hazlo por mí!

El Cartolín miró primero a su amante, luego a Valderrama y finalmente se dirigió al vizcaíno:

—¡Si vuelves a cruzarte en mi camino, te hago comer tus propias tripas!

Melchor Portocarrero, que había puesto todas sus esperanzas en un milagro, comprendió que este había ocurrido y salió corriendo despavorido. No paró hasta llegar a la plaza de San Francisco y eso porque recordó que allí cerca, en la calle Nueva Baja, había una pileta. Mientras se enjuagaba la boca una y otra vez, el miedo y la humillación fueron cediendo su lugar al deseo de venganza.

Esa noche apenas pudo pegar un ojo. Se tildaba a sí mismo de tonto, de bruto, de bestia, por no habérsele ocurrido buscar a la Cisneros para dar con el paradero del Cartolín. En la pulpería del barrio de San Pedro en la que atendía y donde tuvo los primeros roces con el Cartolín seguro que le hubieran dado razón de ella. “¡Si no seré idiota!”, se castigaba otra vez y acto seguido se regodeaba pensando en todo lo que les haría a ese par de mestizos mugrientos, pero el consuelo no le duraba mucho pues no creía que fuesen tan tontos de quedarse sentados esperando a ser capturados.

A la luz del día, esos arrabales que la víspera le habían parecido tan tétricos lucían de lo más inofensivos y casi igual de transitados, a esas tempranas horas de la mañana, que cualquier lugar del centro de la ciudad. La calle donde vivía la Cisneros, sin embargo, igual le infundió cierto temor, quizás porque en ese momento se armó allí una riña de perros mostrencos que se atacaban con furia unos a otros.

—Por aquí debe ser... —les señaló Portocarrero a sus cinco acompañantes el lado derecho de la calle. Les había explicado que por la noche recibió la visita de alguien que, sin identificarse, le contó que el Cartolín solía frecuentar la vivienda de una mestiza pulpera en esas señas.

En la primera casa en la que irrumpieron nadie conocía a la Cisneros, pero en la segunda tuvieron más suerte y les indicaron donde vivía. El cuartucho de la mestiza, sin embargo, estaba cerrado por fuera con un candado.

—¡Una piedra! —pidió Portocarrero y de tres golpes hizo saltar el candado con aldaba y todo, pero solo para descubrir que la mestiza había cargado con sus cosas antes de ponerse a salvo...

La noticia sobre la fuga del Cartolín, su amante y seguro que los más de sus compinches fue durante varios días tema principal de conversación en los salones, los corrillos, las pulperías y en general en cualquier sitio de la ciudad donde se juntaban más de dos parroquianos, pero al final todo lo que se podía comentar sobre el asunto fue dicho y las aguas fueron volviendo a su nivel. Se trataba, sin embargo, de una calma aparente pues ninguno de los dos partidos quedó satisfecho con ese desenlace: ni los españoles, a quienes les hubiese gustado ver al Cartolín colgando de uno de los balcones del Cabildo, ni criollos y mestizos, que estaban aún más resentidos por la inaudita parcialidad con que actuaba el corregidor.

El encargado de avivar los rescoldos, apenas unas semanas después, fue nuevamente Melchor Portocarrero, que parecía decidido a vengar en todos los mestizos la humillación que había sufrido. Su víctima de turno, en todo caso,

fue una señora que no quiso hacerse a un lado cuando él se lo ordenó.

Esa tarde del domingo 29 de junio de 1698, día de los gloriosos Apóstoles San Pedro y San Pablo, la ciudad se había volcado a las calles para presenciar la entrada de los religiosos bethlemitas. Los balcones de las casas estaban adornados con tapices y en algunas partes se habían levantado arcos. Portocarrero y otro vizcaíno conocido como Chorrochiquito por su baja estatura se habían apostado para ver el séquito en la calle del Hospital de los Naturales y les molestó que la mestiza se parase delante de ellos.

—¡Nos estás tapando! ¡Anda más allá! —le pidió el Chorrochiquito, pero la mujer no se movió.

Esto fue suficiente para sacar al guardia de la Casa de la Moneda de sus casillas.

—¡Chola malcriada! ¡Yo te voy a enseñar a respetar! —empezó a vociferar y, no contento con eso, mandó a la mujer al suelo de un tremendo empujón.

¡La que se armó! El esposo de la mujer, que se encontraba cerca, se abalanzó contra Portocarrero, pero este lo recibió con la espada desenvainada y le dio de golpes con ella. El hombre, por miedo a recibir una herida, retrocedió y, buscando una piedra, la arrojó contra los dos vizcaínos. Lo mismo hicieron otros mestizos que estaban en el lugar a pesar de que un clérigo trató de calmarlos.

—¿Qué hacéis, hermanos? ¡Deteneos! —se interpuso entre los dos bandos el eclesiástico, pero no pudo detener la lluvia de proyectiles.

Numerosos españoles, alertados seguramente por algún paisano, acudieron prestos espada en mano a defender a los

vizcaínos y se estaba armando ya una verdadera batalla campal cuando de pronto resonó un pistoletazo. Todas las cabezas se volvieron hacia el lugar de donde había provenido el estruendo y descubrieron a dos jinetes con sendas pistolas en cada mano.

—¡El Cartolín! ¡Es el Cartolín! —se oyó una voz y en seguida muchas más que corroboraron lo mismo—: ¡Es el Cartolín! ¡Es el Cartolín!

—¡Portocarrero! —se oyó de pronto la voz del mestizo—. ¡Te advertí que si seguías con tus majaderías te iba a hacer comer tus propias tripas!

El interpelado, cual ladrón sorprendido en casa ajena, mudó de semblante y, tras retroceder indeciso unos pasos, echó a correr en dirección al convento de Santa Clara. El resto de españoles, como si se hubieran puesto de acuerdo, empezaron también a escabullirse rápidamente.

Numerosos fueron los heridos de uno y otro bando que quedaron como saldo de esa refriega, el de más seriedad don Francisco Enríquez, el clérigo que cometió la imprudencia de tratar de sosegar los ánimos. No eran ellos, sin embargo, el centro de las conversaciones sino Antonio de Rojas, el Cartolín. Los peninsulares no escondían su preocupación, máxime cuando empezaron a menudear los rumores de que el tirador de oro estaba incitando al populacho a matar a todos los guampos. Los mestizos, en cambio, no se cansaban de comentar lo sucedido, aumentando cada quien detalles de su propia cosecha: cómo el Cartolín hizo su aparición en un corcel blanco, cómo se enfrentó a esa cuadrilla de españoles que habían montado todo el tinglado de la pelea con la mujer para tener el pretexto de arremeter contra gente indefensa,

cómo se batió con la espada con Melchor Portocarrero, el Chorrochiquito y otros vizcaínos más hasta desarmarlos a todos y hacerlos poner pies en polvorosa...

Se aseguraba también, aunque en voz baja y cuidando que no hubieran oídos indiscretos, que el Cartolín había vuelto con la intención de hacerle pagar al corregidor por todos los abusos que cometía contra indios y mestizos. El que don Juan Fernando Calderón de la Barca, en lugar de castigar a los vizcaínos que provocaron el incidente del día de San Pedro y San Pablo, hubiera ordenado la captura de quien salió en defensa de los más débiles parecía darles la razón a quienes sostenían esto.

Escondido en casa de Felipe Chaperó desde que llegó al Cuzco, el Cartolín no compartía el entusiasmo con que este le transmitía todo lo que se oía por allí. Había retornado a su ciudad pensando que ya no corría peligro y menu- do llo en el que estaba envuelto. ¡Ahora no le quedaba más remedio que alejarse lo más posible y sabía Dios por cuánto tiempo!

—Hace un rato Pedro estuvo aquí. Le han prometido un dinero para esta tarde. Si no le fallan, esta noche misma nos vamos —le comentó el Cartolín sus planes al dueño de casa.

—¿Van a volver a Huamanga? —se mostró contrariado el buhonero.

—No, esta vez le haré caso a Pedro. Regresaremos a Huamanga solo para recoger a Leonor y de allí a Potosí. ¡No nos volveremos a ver por un buen tiempo!

—¿Y te vas a marchar así? ¿Sin vengarte de Portocarrero y del corregidor? ¡Te has vuelto un héroe, Antonio! ¡Muchos están dispuestos a unirse a ti y te obedecerían ciegamente!

—¡Dale con lo mismo, Felipe! Matamos al corregidor y ¿qué? ¿Tendríamos que escondernos siempre de la justicia?

—¡Solo por un tiempo! ¡Igual que tú y Pedro ahora!

—¡Es distinto! ¡Yo no he hecho nada! En otros lugares nadie me estará buscando. Por último, cuando ese cerdo de Calderón se vaya del Cuzco podré volver...

—¡No te entiendo! ¡Por Dios que no te entiendo! —empezó a caminar de un lado para otro Felipe Chaperó, más inquieto que de costumbre—. Si tú quieres, puedo reunir en un ratito diez, veinte hombres, y matamos a Calderón y a esos vizcaínos que son sus protegidos. ¡No te acobardes ahora, Antonio! —cogió el buhonero a su amigo por los hombros y empezó a sacudirlo.

—¡Cuida tus palabras, Felipe! —se quitó el Cartolín de encima al hombrecillo echándose hacia atrás—. ¡Tú sabes lo que les pasa a los que me insultan!

—¡Caramba, hombre, no tomes a mal lo que te digo! ¡Si no quieres hacerme caso, yo no me enojo! —se mostró conciliador Felipe Chaperó, pero por la forma como se puso a arreglar la habitación, moviendo de un sitio a otro las pertenencias de su huésped, se notaba que estaba muy resentido—. ¡Tengo muchas cosas que hacer! ¡Volveré a la hora de almuerzo! —salió de casa al cabo de un rato dejando al Cartolín con la palabra en los labios.

Terminó en una chichería del barrio de San Cristóbal, departiendo con unos desconocidos que —¡cómo no!— estaban especulando sobre el paradero del Cartolín. Unos decían que había sido visto en San Blas. Otros, con la misma vehemencia, sostenían que se había retirado a Urubamba con buen número de sus seguidores y que se había dedicado

a asaltar a viajeros desprevenidos. El buhonero se reía para sus adentros al escuchar versiones tan antojadizas, pero no pudo seguir guardando silencio cuando un tipo que tenía el rostro picado por la viruela anunció que dos días atrás el Cartolín había sido tomado preso y esa madrugada ajusticiado en el mayor secreto.

—¿Sí? ¿Entonces a quién habré visto yo hace apenas un rato? —preguntó burlón el Chaperero, atrayendo de inmediato la atención de todas las personas sentadas en bancos alrededor de esa larga mesa.

—¿Me estás llamando embustero? —se puso de pie el del rostro picoso.

—¿Alguien aquí me ha escuchado pronunciar esa palabra? —buscó el buhonero la complicidad de los presentes—. Yo solo he dicho que estoy seguro de haber visto al Cartolín. ¡Segurísimo! ¡Como que somos amigos hace una pila de años!

—¿Estaba solo? ¿Hablaste con él? ¿Dónde, dónde? —le llovieron las preguntas al buhonero, pero este, como si no se percatara de la agitación que se había apoderado de los presentes, se quedó mirando al tipo que seguía de pie al otro extremo de la mesa.

—¡Siéntate, siéntate, Cara de Diablo! —apremiaron varios al fulano, pero este prefirió marcharse dejando su vaso de chicha a medio beber.

Satisfecho, Felipe Chaperero adelantó la cabeza hacia el centro de la mesa y, tras esperar que los demás hicieran lo mismo, empezó a contar con lujo de detalles lo ocurrido tras el incidente en la calle del Hospital.

—¡El Cartolín de verdad estuvo en una casa de San Cristóbal, pero solo durante unas horas! ¡El lugar no era muy

seguro y varias personas los habían visto entrar, a él y a Valderrama! Entonces, a eso de la media noche, escondiéndose de las rondas que andaban tras sus pasos, empezó a buscar un lugar más seguro. ¿Ustedes creen que sus amigos le ayudaron? Uno a uno todos le fueron cerrando la puerta por miedo al corregidor. “¡Vete de la ciudad! —le aconsejaban—. ¡Aquí corres mucho peligro!”. ¿Pero adónde se iba a ir? ¿Y cómo? ¡Los caminos estaban vigilados! ¡Felizmente decidió probar suerte una vez más y buscó a otro amigo! ¡No había acudido antes donde él porque vive muy cerca de las Casas del Cabildo! ¿Se imaginan? ¡Era casi como meterse en la boca del lobo, pero corrió el riesgo y tuvo suerte...!

—¿Y sus partidarios dónde están escondidos? ¿Es verdad que quiere pasar por cuchillo a todos los guampos? ¿Cierto que tiene leales en varias ciudades? —cayó una nueva andanada de preguntas sobre el buhonero.

Tras beber pausadamente unos cuantos sorbos de chicha paladeando no tanto la bebida sino la expectación con que lo miraba su auditorio, el esmirriado hombrecillo se disponía a retomar el hilo de su relato cuando de pronto vio entrar al establecimiento al Cara de Diablo seguido del capitán Juan Fernández y varios españoles más. De inmediato se puso de pie y, apoyándose en los hombros de las personas que lo flanqueaban, se elevó en el aire para quedar al otro lado de la banca que lo tenía aprisionado, pero al instante siguiente cayó en la cuenta de que no había escapatoria: ¡la única salida estaba copada por los hombres de Fernández!

—¿Así que tú conoces al Cartolín? ¡Síguenos! —conminó el español a Chaper—. Su Señoría quiere hacerte unas cuantas preguntas.

El buhonero, esperanzado en que los parroquianos saldrían en su defensa, se negó a caminar, pero fue sacado prácticamente en vilo por dos mocetones sin que ninguno de los presentes dijera esta boca es mía. Una vez en la calle, decidió jugar la carta que siempre le había dado buenos resultados:

—¡Yo no conozco al Cartolín! ¡Nunca en mi vida lo he visto! Escuché que esos paisanos estaban hablando sobre él y decidí tomarles el pelo. Yo soy así. Me gusta bromear, burlarme de la gente. ¿Vuestras Mercedes creen que si de verdad conociera al Cartolín lo andaría pregonando por allí? ¡Juro que todo fue una broma!

—¡A mí también me gusta bromear! —detuvo Juan Fernández al grupo alzando una mano—. ¡Vamos por allá y te lo voy a demostrar! —señaló una calle estrecha que a los pocos metros formaba una curva.

—¿Vuesa Merced no me cree? ¿Piensa que estoy mintiendo? ¿Quién no habla ahora sobre el Cartolín? ¿No anda diciendo el que menos que lo ha visto aquí o allá? ¡Ahí está! ¡El tal Cara de Diablo, el que me ha acusado, él mismo estaba contando que el Cartolín ha sido ajusticiado esta mañana! ¿Por qué me llevan preso a mí y a él no?

—Porque él trabaja para mí. Él ha estado repitiendo historias sobre el Cartolín para que algún idiota como tú suelte la lengua —respondió con sorna Juan Fernández.

Comprobando que estaban ya fuera del alcance de la vista de posibles testigos, el español se detuvo y volviéndose de pronto hacia el buhonero le propinó un puñetazo en el estómago que lo hizo doblarse.

—¿Estabas fanfarroneando entonces? ¿No conoces al Cartolín? —preguntó el capitán.

—¡Eso es lo que estoy tratando de hacerle entender a Vuestra Merced! —insistió Felipe Chaperero en su juego, pero ya sin mucha convicción.

—¡Pues a mí no me gustan los fanfarrones y menos si son unos mestizos hijos de mala madre! —empezó a golpear el español a su prisionero hasta dejarlo medio desmayado y con el rostro bañado en sangre—. ¿Dónde está el Cartolín? —le preguntó acto seguido tomándolo de los cabellos para levantarle la cara.

—¡No sé! ¡Juro que no sé! —respondió Chaperero.

—¡No jures en vano, cholo mugriento! ¡Nunca jures en vano! —amenazó el capitán y, sacando el puñal del cinto, se lo puso al buhonero delante de los ojos—. ¡Si me mientes una vez más, te corto la lengua y te la hago tragar! ¿Dónde está el Cartolín?

—¡Cómo voy a saberlo...! —hizo un último esfuerzo el buhonero, pero, al sentir que la punta del puñal se le clavaba en la mejilla, confesó todo.

—¡Id a avisar a Su Señoría! —ordenó hecho una pascua Fernández a dos de sus hombres—. Nosotros vigilaremos la casa para que el Cartolín no escape.

Era cerca del mediodía. En casa de Chaperero, sentados al sol en el pequeño patio de tierra, el tercero de esa enorme casona casi vecina a la capilla de la cárcel, el Cartolín y Pedro Valderrama esperaban al dueño de casa para sentarse a la mesa.

—A veces pienso que Felipe tiene razón —le decía el tirador de oro a su amigo—. ¡Estos malditos guampos nos tienen sin vida! ¡Míralo al Portocarrero ese! ¡Él arma una riña y tan contento, ni siquiera le quitan su trabajo de guardia en la

Casa de la Moneda! ¡Nosotros no hacemos nada y tenemos que escondernos como si fuéramos leprosos!

—Es cierto, Antonio, pero ¿qué podemos hacer? ¿Matar al corregidor y a esos vizcaínos que ha traído para su servicio? ¿Y qué ganaríamos? ¡Tarde o temprano nos echarían la mano y terminaríamos colgados de un poste!

—¡Alguna solución debe de haber! ¡Los corregidores podrían ser del lugar! ¡Igual que se está haciendo con la alternativa en los conventos!

—¡Sí, pues, los franciscanos son los que más machos se han puesto! ¡Ya no permiten que los *pukakunkas* se lleven siempre la mejor parte del pastel! —compartió Valderrama el entusiasmo de su amigo.

Un ruido de pisadas hizo que los dos mestizos voltearan a mirar la puerta que cerraba la entrada al patio donde se encontraban, pero al rato se apagó y ellos siguieron conversando.

—¿Dónde estará ese Felipe? —preguntó Valderrama—. ¡Tengo un hambre que me comen los perros!

—De repente va a demorar. Dijo que tenía muchas cosas que hacer —le explicó el Cartolín.

—¿No podríamos robarle algo a su cocinera? ¡Siquiera un poquito de motel!

—¡Eres un tragón, Pedro! —se rió el Cartolín y estaba por levantarse para ir a la cocina, cuando de pronto la puerta se abrió con gran estrépito y dio paso a un numeroso grupo de gente armada.

—¡Estáis detenidos en nombre del Rey! —gritó el capitán Juan Fernández al descubrir al Cartolín y a Valderrama.

Estos, comprendiendo que era inútil ofrecer resistencia, se quedaron en el sitio. Cerca de diez fueron los hombres

que los rodearon de inmediato y después de ellos hizo su aparición el mismísimo don Juan Fernando Calderón de la Barca acompañado por los alcaldes ordinarios.

—¿Llevabais daga? —constató el corregidor molesto al ver las armas que el alguacil le presentó—. ¿No sabéis que lo he prohibido?

—¡Estas, su Señoría, son armas que Su Majestad me concede para mi defensa! —respondió el Cartolín desafiante.

—¡A la cárcel con ellos! —no se detuvo a escuchar razones el corregidor.

“¡El Cartolín está preso! ¡El Cartolín está preso!”, fueron las palabras que ese jueves 3 de julio de 1698 corrieron de boca en boca haciendo que muchos se olvidaran hasta de almorzar. Las calles y plazas, en todo caso, en lugar de hundirse en la calma habitual para esa hora, eran un hervidero de gente que iba de un lado a otro tratando de averiguar algo que no se supiese o simplemente buscando con quién compartir su indignación...

El primero en darse cuenta de que algo raro estaba ocurriendo fue don Andrés Gómez Castillo, Juez de Naturales. Se dirigía a su casa pasada la una de la tarde cuando al llegar a la plazuela de San Francisco vio a un grupo grande de gente de baja condición. Sin apearse de la mula, se acercó a los noveleros para ordenarles que se dispersaran. Estos hicieron caso a desgana, pero volvieron a reagruparse un poco más allá. Decidido a darles una lección, don Andrés espoleó su cabalgadura y arremetió contra los mestizos sin mayor advertencia. En lugar de correr, sin embargo, los más se limitaron a hacerse a un lado para no ser atropellados y empezaron a reclamar a gritos por el Cartolín.

Temblando todavía del susto que se había llevado, don Andrés Gómez se presentó en la casa del corregidor y le informó sobre lo que había sucedido.

—¡Yo les voy a enseñar a esos sarnosos a faltar el respeto a la justicia! —hizo a un lado don Juan Fernando el plato que se estaba sirviendo y ordenó llamar al alguacil y a los guardias.

—¡Yo voy con Su Señoría! —se ofreció de inmediato don Diego de Esquivel. Con sus veinticinco años, era menor en casi diez que el corregidor, pero había entablado una amistad estrecha con este y era invitado frecuente a su mesa.

El corregidor y sus ministros enfilaron hacia la calle de Zea para desembocar directamente a la plazuela de San Francisco. Llevaba don Fernando el bastón en la mano y, aunque caminaba rápido, iba conversando despreocupadamente con don Diego de Esquivel sobre la cacería de venados que tenían pensada para dentro de unos días. Al llegar a la plaza, sin embargo, y comprobar que en lugar de los veinte o treinta cholos que pensaba encontrar se habían congregado varios centenares, cambió de inmediato de talante.

—¡Cómo se atreven estos miserables a armar chaco! ¿Habéis traído vuestros trabucos? ¡Disparad al aire de inmediato! —ordenó al alguacil a los guardias.

Estos se acercaron un poco más al gentío y dispararon sus armas. Satisfecho al ver que los revoltosos salían corriendo hacia todos lados, el corregidor ordenó acto seguido prender a algunos para darles escarmiento. Se sentía más tranquilo pues había visto que don Diego de Esquivel padre, el marqués de Valleumbroso, se le acercaba escoltado por un numeroso grupo de sirvientes armados.

—¡Así se hace! —felicitó el marqués a don Fernando—. ¡Y qué bueno que el Cartolín ese esté tras las rejas! ¿Cuál será su castigo?

Altivez era la palabra que mejor definía a don Diego de Esquivel y Jarava, primer marqués de Valleumbroso. A sus sesenta años debía admitir, es cierto, que los rasgos de su rostro habían perdido firmeza y tampoco le agradaba que su frente fuese ahora tan amplia, pero le parecía que sus ojos, que siempre habían sido alabados por las mujeres, tenían una mirada más penetrante. Su afilada nariz, por lo demás, nunca le había disgustado ni tampoco el que sus labios fueran muy finos y por eso, en lugar de esconderlos bajo un grueso bigote, se dejaba apenas una delgada línea negra con las guías ligeramente hacia arriba y otra línea vertical en el mentón en lugar de barba.

—¡Quería tenerlo preso por una temporada, pero después de esto le haré dar garrote! —contestó el corregidor.

—¡Su Señoría! ¡Su Señoría! —interrumpió la conversación un guardia que llegó corriendo—. ¡No hemos podido coger a ninguno! ¡Se han refugiado en el cementerio de la iglesia!

Don Fernando, flanqueado por los Esquivel padre e hijo y seguido por otros vecinos notables que se les habían ido sumando alertados por el Juez de Naturales, enfiló inmediatamente hacia allí.

—¡Deje que mi gente se encargue de esto! —ofreció sus servicios el marqués de Valleumbroso y le hizo una seña a su caporal—: ¡Tráeme con tus hombres a unos cuantos de esos alborotadores! ¡Saltad las rejas si es necesario!

Los sirvientes del marqués, siguiendo las órdenes del caporal, desenvainaron las espadas y corrieron hacia la iglesia, pero

al llegar a las gradas del cementerio fueron recibidos por una nutrida salva de pedradas que los obligó a retroceder.

—¡Los presos! ¡Los presos! ¡Los presos! —empezó a gritar la turba refugiada en el cementerio de la iglesia.

¡Tamaño desacato a la autoridad hizo enfurecer aún más al corregidor, que estaba a punto de ordenar un nuevo ataque con todas sus fuerzas cuando don Diego de Esquivel el Mozo le hizo notar que la plaza, detrás de ellos, se había llenado de gente.

—¡Esto huele mal! ¡Mejor sería retirarnos! —aconsejó don Diego a su amigo.

El poco tiempo que don Fernando demoró en tomar una decisión fue suficiente, sin embargo, para que los acontecimientos se precipitaran. “¡Los presos! ¡Los presos!”, empezaron a gritar también algunas personas que estaban en la plaza y cuando don Fernando avanzó hacia ellas para imponer silencio por poco recibe una pedrada. Como si esa fuera la señal que estaba esperando, la multitud informe y desperdigada empezó de pronto a cobrar vida y a convertirse en un ariete amenazador. “¡Los presos! ¡Los presos!”, seguían reclamando los más. “¡Muerte a los guampos! ¡Muerte a los guampos!”, empezaron a corear otros. Y todos, entre tanto, iban formando un círculo que se cerraba alrededor del corregidor y sus acompañantes.

—¡A casa de don Agustín Jara! ¡Rápido! —propuso don Diego de Esquivel viendo un portón abierto en la esquina de la plaza con la calle de Zea y él mismo, con algunos de los sirvientes de su padre, se puso a la cabeza del grupo.

Amenazando con usar pistolas y espadas, el grupo logró abrirse paso hasta el lugar que habían escogido para refugiarse.

se, pero ni siquiera al trancar las puertas detrás de sí pudieron respirar con alivio. “¡Muerte a los guampos! ¡Mueran los guampos! ¡Viva el Cartolín! ¡Los presos! ¡Los presos!”, redoblaron los gritos de la multitud enfurecida seguidos de una apedreadera que no dejó vidrio intacto en esa vivienda ni en las vecinas.

—¿Qué podemos hacer? ¡Habrà que soltar a los presos! —consultó don Fernando a las personas que lo rodeaban.

—¿Serà suficiente para calmar los ánimos? ¿No se enva-lentonará aún más la chusma? —dudó el marqués de Valleumbroso. Una pedrada le había caído en la frente y un hilillo de sangre le corría por la sien derecha. ¡Y no era el único que había sido herido!

—¡De soltar a los presos hay que soltarlos! —intervino don Diego de Esquivel el Mozo, pero en seguida, mirando a su padre, añadió—: ¡No podemos, sin embargo, quedarnos tan campantes a esperar que el motín se calme! ¡Debemos reunir una compañía a caballo que ataque por sorpresa y siembre el pánico entre los revoltosos!

—¡Don Fernando! ¡Don Fernando! ¡La ciudad se pierde! —hizo su aparición de pronto Su Ilustrísima, el obispo Molli-nedo. Había entrado a la casa por una tienda que daba a la calle de Zea y eso explicaba el asombro con el que todos los presentes se quedaron mirándolo—. ¿Qué espera, Su Señoría? ¡Dé soltura de inmediato a esos presos!

Motivos de sobra tenía don Manuel de Mollinedo y Angulo para estar tan alterado pues en los veinticinco años que llevaba sirviendo el obispado del Cuzco jamás había visto tamaño alboroto, ni siquiera cuando los clérigos de San Francisco armaron desórdenes por el asunto de las alternativas.

—¿Y si los presos se ponen a la cabeza del motín? ¿Si cumplen con su amenaza de matar a todos los españoles? —expresó los temores de todos el corregidor.

—¡No se atreverán a tanto! ¡Yo intentaré apaciguarlos!

Esas palabras, que en boca de otra persona hubieran sonado a presunción, devolvieron el ánimo a los sitiados. Todos sabían cuán grande era la ascendencia que Su Ilustrísima tenía sobre los mestizos e indios de las parroquias. ¿No había acaso erigido junto con don Andrés, su sobrino, la iglesia de la Almudena y mandado a levantar la hermosa fachada de piedra del templo de San Sebastián? ¿No había engalanado las iglesias de San Blas y de Belén con sendos púlpitos que los fieles no se cansaban de admirar? ¿No había ayudado al cura de Santa Ana para que encargase los enormes lienzos de la procesión del Corpus Christi en los que la nobleza indígena con orgullo se había hecho retratar?

—Hablaré con los rebeldes desde el balcón —anunció el obispo. Mantenía, a pesar de su avanzada edad, gran parte de esa energía con la que había logrado el florecimiento de su diócesis, aunque en esa oportunidad su rostro lucía más pálido que de costumbre. En todo caso, la perilla que nunca había querido afeitar a pesar de las bromas que por culpa de ella le gastaban resaltaba más que nunca—. ¡Disponga entre tanto que se suelte a los presos! —se dirigió al corregidor.

Don Fernando paseó la vista entre los presentes y la detuvo finalmente en su joven amigo, don Diego de Esquivel y Navia.

—¡Vaya usted, se lo ruego! ¡Que alguno de los caballeros aquí presentes le acompañe! —le entregó su bastón para que el alcaide le obedeciese.

Agradeciendo con una leve inclinación de cabeza el honor de cumplir encargo tan delicado, el más joven de los Esquivel le pidió a don Rodrigo de Mendoza, miembro como él de una de las más prominentes familias cuzqueñas, que le acompañase.

—¡Tengo curiosidad de ver al tal Cartolín! ¿Usted no? —comentó don Diego.

—¿Curiosidad? —se extrañó don Rodrigo—. ¡Deberíamos matar a ese cholo atrevido en lugar de darle libertad!

—¡Me está resultando usted más papista que el Papa! —le restó importancia don Diego a la reacción de su acompañante al tiempo que apretaba el paso para llegar cuanto antes a las Casas del Cabildo.

En la plaza de Regocijo, al contrario de lo que por un momento temieron los enviados del corregidor, no había un alma. Las puertas de palacio, eso sí, estaban cerradas, pero se abrieron prácticamente al primer golpe de aldaba.

—¡Su Señoría nos envía a dar soltura a los presos! —explicó don Diego a las personas que los recibieron—. ¿Dónde está el alcaide?

Conducidos de inmediato a presencia de este, don Diego y don Rodrigo volvieron a explicar su cometido.

—¿Está con vida entonces? ¡Alabado sea el Señor! —se santiguó repetidas veces el funcionario—. ¡Nos habían dicho que los rebeldes le habían dado muerte!

—¡Muerte le van dar si usted no se apura! —perdió la paciencia don Diego—. ¡Él y sus acompañantes están sitiados por los revoltosos en casa de don Agustín Jara! ¡Si los amotinados no ven pronto a los presos cualquier cosa puede ocurrir!

El alcaide corrió hacia las celdas y al rato estaba de vuelta con los dos presos.

—¿Quién es el Cartolín? —preguntó don Diego.

—Antonio de Rojas, oficial de tirador de oro —se presentó el Cartolín dando un paso hacia adelante.

El menor de los Esquivel midió con la mirada a ese mestizo de aproximadamente su edad o quizás un par de años mayor y pareció quedar satisfecho pues se acercaba a la idea que se había formado de él: de buen porte, altivo y de mirada desafiante, de movimientos reposados que revelaban un carácter fuerte.

—¿Sabes la que se ha armado por tu culpa? —le preguntó.

—Algo ha llegado a nuestros oídos —fue parco en su respuesta el Cartolín.

—¡Sigannos! —decidió también don Diego guardar las distancias.

Recién en el trayecto a la plaza, en un momento en que don Rodrigo, el Valderrama y las demás personas que se les habían unido se retrasaron un poco, don Diego de Esquivel siguió interrogando al mestizo.

—¿Es verdad que estabas planeando matar al corregidor o son puras patrañas?

—¡Patrañas! —respondió el Cartolín.

—¡Me lo imaginaba! —se rio don Diego—. ¡Los guampos estaban que se orinaban en los calzones pensando que primero era el turno del corregidor y después de todo el resto!

—¡Yo no le veo la gracia al asunto! ¡Esos rumores casi nos cuestan la vida!

—Bien lo has dicho: ¡casi! —no le dio importancia don Diego a la protesta del Cartolín—. ¡Bien está lo que bien acaba...! ¿O esto todavía no ha terminado?

—¡En lo que a mí respecta, sí! —fue tajante el mestizo.

—¿Y a los vizcaínos de la Casa de la Moneda no les darás su merecido? ¡A esos majaderos sí que valdría la pena cortarles el pescuezo!

—Todo a su debido tiempo... —se limitó a comentar el Cartolín después de una pausa.

Estaban subiendo por la calle de San Juan de Dios y, a medida que se acercaban a la esquina, les llegaba más fuerte el vocerío de la plazuela de San Francisco.

—¡Te estamos dejando libre a condición de que tranquilices a esa turba! —le advirtió don Diego al mestizo cambiando de tono—. ¡Si intentas lo contrario, yo mismo te mato! —le mostró las dos pistolas que por precaución se había puesto al cinto antes de salir de casa de don Agustín Jara de la Cerda.

Al doblar la esquina, don Diego pudo comprobar que la tormenta había amainado un tanto, pero las amenazas de muerte a los guampos todavía menudeaban.

—¡Caminad vosotros primero! —les ordenó al Cartolín y al Valderrama, pero a los pocos pasos, haciéndole una señal a don Rodrigo para que le imitara, se puso al lado del primero. ¡Había comprendido que, en caso de que la multitud los atacara, igual no saldrían con vida!

—¡Se sosegarán ni bien me vean! —pareció que el Cartolín le hubiera leído los pensamientos.

—¡Si es así, mejor para ambos! —contestó don Diego, pero, en lugar de tranquilizarse, puso en alerta todos sus sentidos.

El gentío estaba tan pendiente del balcón de la casa de don Agustín Jara que el grupo casi llegó a la plaza sin que

nadie le prestara atención. Don Diego, cada vez más tenso a medida que transcurrían los minutos, estaba llenando ya sus pulmones de aire para anunciar a la muchedumbre la liberación de los presos, cuando de pronto alguien gritó el nombre del Cartolín.

—¡Mira, es Matías! —le comentó este a Valderrama—. ¡Es Matías Carrera, de la familia de los plateros! —le explicó acto seguido a don Diego y corrió a fundirse en un abrazo con su amigo.

“El Cartolín! ¡El Cartolín!”, seguía gritando jubiloso el artesano, pero don Diego ya no podía verlo porque un cerco de curiosos se les puso delante.

—¡Vámonos antes de que noten nuestra presencia! —le sugirió a don Rodrigo y echó a andar lo más rápido que podía, volviendo a cada nada la cabeza para comprobar si el Cartolín los había traicionado. Al llegar a San Juan de Dios, sin embargo, se dio cuenta de que el peligro había pasado: la multitud, coreando el nombre del Cartolín, se alejaba de la casa donde estaban refugiados el corregidor y sus acompañantes...

Esa misma tarde, el Cartolín y Valderrama, escoltados por sus parciales hasta cierta parte del camino, emprendieron viaje con dirección a Huamanga, pero no por ello la gente se olvidó de ellos. Por el contrario, durante varias semanas las suspicacias, los miedos y los rumores que alimentaban más miedos y mayores suspicacias siguieron planeando sobre la ciudad cual si fuesen aves de rapiña que describen círculos antes de atacar a su presa.

La voz más persistente era que el Cartolín solo había simulado el dejar la ciudad y que en realidad estaba traman-

do venganza contra el corregidor. “¡Tonterías! ¡Simple habladorías!”, manifestaba don Juan Fernando Calderón de la Barca cuando sus amigos le pedían extremar precauciones, pero en realidad no dormía tranquilo. Por eso, cuando el superior gobierno le ordenó dejar el cargo de corregidor y justicia mayor de la ciudad en manos del general don José de la Torre y Vela, de la orden de Calatrava, lejos de sentirse contrariado, respiró por fin con sumo alivio. “Tenía razón el Duque —se dijo a sí mismo recordando a su protector don Melchor de Navarra y Rocaful, el anterior virrey—. Esta ciudad es oficina de maldades y da más que hacer que el resto del gobierno”.

CUATRO

La noticia de que finalmente el Real Consejo de Su Majestad había dado su venia para que el marqués de Valleumbroso y su hermano don Joseph regresasen al Cuzco fue recibida con beneplácito por toda la ciudad. Al menos esa era la impresión que tenía el padre Diego, quien a cada paso que daba recibía congratulaciones y muestras de alborozo.

—¿Cuándo llega el señor marqués? ¿Estará en Cuzco para las navidades? —se interesaban unos.

—Hágale llegar mis parabienes cuando le escriba —pedían otros.

Cuatro años habían transcurrido desde que el licenciado Francisco Xavier de Salazar concluyera su pesquisa en el Cuzco. Hasta en tres ocasiones la Audiencia de Lima había denegado el pedido del marqués de Valleumbroso para que se le permitiese regresar a su hogar. En la última oportunidad los oidores se lavaron las manos alegando que se debía esperar la sentencia del Real Consejo de Indias. Felizmente

don José Pardo de Figueroa, ese familiar que estaba emparentado con las mejores casas de Madrid, había tenido éxito en sus gestiones para conseguir la tan ansiada autorización aunque siguiese pendiente la sentencia.

En alguna ocasión el sacerdote se atrevió a escribirle a su padre pidiéndole que soportase con resignación las duras pruebas a las que lo estaba sometiendo el Señor. “Tengo razones suficientes para estar convencido de que la sentencia le será a usted favorable –le dijo sin entrar en mayor detalle–. Solo debemos tener paciencia y buscar consuelo en la oración”. La respuesta que recibió, sin embargo, fue sumamente descortés, por lo que no volvió a insistir en el asunto. Tampoco mencionó en sus cartas que estaba abocado a escribir una relación fidedigna de esos sucesos que habían sido motivo de investigación por la Corona, relación que hacía justicia a ese personaje de talla tan grande que era don Diego de Esquivel y Navia, segundo marqués de Valleumbroso.

¿Podía un hijo encontrar mejor manera de desagraviar a su progenitor? El sacerdote estaba convencido de que no y por eso no veía el momento de entregar a su padre los capítulos que ya había terminado. “Estas son –le diría– tan solo las primeras páginas de una historia de los Esquivel que a la larga se convertirá en una crónica de los hechos acontecidos en el Cuzco en los siglos XVI, XVII y lo que va del nuestro”.

Tras descubrir que los Libros del Cabildo contenían muchas lagunas, había decidido consultar también la obra de los cronistas que lo precedieron e incluso recurrir a lo que guardaban en la memoria las personas de mayor edad, pero igual había terminado por admitir que probablemente no podría dar cuenta detallada de todos los hechos importantes

ocurridos en el pasado. En compensación, hacía un par de años que llevaba un cuidadoso diario de lo que acontecía en el presente, aunque sin saber bien qué uso podría darle.

Así, con fecha 27 de noviembre de 1730 había anotado justamente: “El chasqui de Lima me trajo carta de mi señor padre, el marqués de Valleumbroso, en la que me comunica que el Real Consejo de Su Majestad le ha dado permiso para retornar a Cuzco. Me pide que informe sobre esto a sus abogados y que ayude a la señora marquesa, que ya está en camino a Cuzco, con los arreglos de la casa”.

Un trágico suceso del que se tuvo noticia hacia mediados de diciembre ocupó varias páginas del diario. Los detalles los recibió el padre Diego del mismísimo procurador general, don Pedro Loayza. Salía este justamente de palacio cuando se topó cara a cara con el sacerdote, que a esa hora empezaba su cotidiana labor de revisar los Libros de Cabildo.

—Padre, ¿sabe usted lo que ha ocurrido en Cotabambas? Me lo acaba de informar Su Señoría el corregidor —pareció alegrarse don Pedro de tener a quien comentar la noticia—. ¡Los indios han dado muerte a don Juan Bautista Flandiño! ¡Terrible! ¡Han matado a pedradas a él y a su teniente!

Don Juan Bautista, el sacerdote lo sabía, era Justicia Mayor de esa provincia. Español de nacimiento, había pasado a Indias hacía cosa de quince años, como protegido, según se comentaba, del virrey príncipe de Santo Buono. Lo cierto era que estaba al frente de un corregimiento por tercera vez y que se había ganado merecida fama de ser extremadamente cruel con los indios. El padre Diego recordaba haberlo visto algunas veces en el Cuzco, adonde llegaba por la amistad que tenía con don Francisco Arias

Saavedra, el corregidor. Sobre esto precisamente preguntó a don Pedro:

—¿Flandiño? ¿No era amigo del señor corregidor?

—¡Íntimos! ¡Eran íntimos! ¡Don Francisco está dolidísimo! ¡Me ha ordenado que parta cuanto antes para hacer justicia y que ponga mano dura! Quiere que los indios reciban un escarmiento para que hechos así no vuelvan a repetirse y razón no le falta. ¿Recuerda usted que no hace mucho ocurrió lo mismo con el corregidor de Caravaya?

El sacerdote había estado pensando en lo mismo, en la muerte de don Simón Cerro, que era uno de los primeros sucesos que había anotado en su diario. Le interesaba más, sin embargo, conocer los detalles de lo ocurrido en Cota-bambas.

—¿Se sabe qué pasó? ¿Cuándo ocurrió el hecho?

—Fue el pasado 8, el día de la Purísima Concepción de Nuestra Señora. El corregidor quería aprovechar que los indios de Chacaro estaban todos reunidos en sus festejos para realizar unas cobranzas. ¡Ese fue su error! ¡Los indios, usted sabe, en ocasiones así están todos borrachos! Don Juan Bautista, sin embargo, no quiso escuchar a quienes intentaron disuadirlo. ¿Usted lo trató? ¡Era muy terco y no aguantaba pulgas! Bueno, llegó a Chacaro, castigó a algunos de los deudores, pero lo que al parecer enfureció a los indios fue que tomó preso al alférez de la festividad.

—¿Al alférez?! ¡¿En plena fiesta?! —no podía creer el sacerdote que el guampo hubiese cometido tamaño desatino.

—¡Al alférez, imagínese! —compartió don Pedro el asombro del padre Diego—. ¡Fue la chispa que hizo estallar el polvorín! ¡Los indios acometieron contra el corregidor y su

teniente y dieron muerte a este último! Dicen que don Juan Bautista logró refugiarse en la iglesia, pero esto no lo salvó. ¡Fue sacado por la fuerza a la plaza y recibió una muerte terrible! ¡A palos y pedradas, como ya le he dicho!

El sacerdote, en tanto escuchaba el previsible desenlace de los hechos, recordó al licenciado Francisco Xavier de Salazar. ¿Llegarían a sus oídos estas noticias? ¿No compartiría él la opinión de que el principal culpable de lo ocurrido había sido el propio Flandiño? Mucho se hablaba de las antipatías de los criollos contra los españoles que ejercían cargos de autoridad, pero ¿no eran los criollos acaso quienes ponían freno a los desmesurados abusos que cometían esas autoridades? Si en el Cuzco, en todo caso, no se habían producido fatalidades como las de Cotabambas o Caravaya era porque las familias criollas de más importancia mediaban entre españoles e indios.

—¿Y cómo es Chacaro? ¿Ha estado usted allí? Debe ser una parroquia de indios... —quiso confirmar el sacerdote sus suposiciones.

—No conozco el sitio, pero debe ser como usted lo pinta: ¡un pueblo de puros indios mugrosos si descontamos al cura!

El corolario de esta historia también fue consignado por el cronista: “Por mandato del gobierno superior pasó a la provincia de Cotabambas un abogado de esta ciudad a castigar a los culpables, pero cuando llegó estos ya se habían ausentado. El procurador igual prendió a nueve indios. Abrióles sumario disponiendo los escritos, así de parte del fisco como de la de los defensores. Los nueve indios fueron ahorcados, confiscándoseles sus bienes, ganado e hijos”.

El sacerdote oró varios días por las almas de esos infelices que habían pagado con su vida el extravío al que los condujo el demonio y lo mismo hizo por don Juan Bautista Flandiño, aunque más por deber cristiano que por compasión. Desde el púlpito, por lo demás, también tocó el hecho, aunque un tanto veladamente. Predicó sobre la obligación que tenía el pastor de cuidar la integridad de su rebaño y mencionó que el Señor era severo con quien, llamado a cuidar a la grey, se convertía en lobo.

Con fecha lunes primero de enero de 1731, el cronista hizo en su diario la acostumbrada anotación sobre la elección de alcaldes ordinarios, juez de naturales y procurador general. En este último cargo fue reelegido don Pedro Loayza, quien pocos días antes había partido a la provincia de Cotabambas para ejecutar el auto por la muerte del corregidor. Después de pensar un poco, el sacerdote consideró innecesario hacer esta última aclaración, pero sí dejó constancia, en cambio, de que don Francisco Arias Saavedra no estuvo presente en las elecciones, como lo exigía su cargo de corregidor, por hallarse enfermo.

Se decía que el estado de salud de don Francisco era muy delicado y el cronista pudo comprobarlo personalmente cuando visitó al enfermo en su lecho atendiendo a un llamado de este.

—El marqués de Castelfuerte me ha hecho saber que su padre ha recibido autorización de regresar al Cuzco...
—comentó trabajosamente el corregidor.

—Así es, Su Señoría —se limitó a responder el padre Diego.

—He tratado poco a don Diego de Esquivel, pero, como comprenderá, he escuchado mucho sobre él...

“¿Con qué saldrá ahora?”, se preguntó el sacerdote al escuchar este comentario. Don Francisco era natural de Cuenca y, efectivamente, había llegado al Cuzco como visitador de haciendas y obrajés de distintas provincias allá por 1722. Dos años después se recibió de corregidor y justicia mayor de la ciudad, pero para entonces el marqués de Valleumbroso hacía unos meses que se encontraba ya en Lima.

—¡Don Diego de Esquivel...! ¿A cuántos corregidores como yo, procedentes de España, les hizo la vida imposible? Eran otros tiempos, sin embargo... Ahora, al menor desacato, volverá preso al Callao. ¡Hágale saber eso a su padre!

El sacerdote salió de las casas del Cabildo hirviendo de indignación. ¡Cómo se atrevía a expresarse así sobre el marqués de Valleumbroso un corregidor que había estado tres años suspendido de su cargo por múltiples acusaciones, la más leve la de haberse adueñado de dineros de la Corona! ¡Era cierto que varios corregidores habían tenido roces con las más prominentes familias criollas del Cuzco, no solo con los Esquivel, pero esos choques se debían a que los cuzqueños no permitían que los guampos hiciesen su real gana en la ciudad! ¡Eso lo sabía mejor que nadie don Francisco Arias Saavedra y Cueva, señor de la villa de Atalaya en los reinos de España! ¿No eran los regidores, en su mayoría criollos, quienes habían denunciado en carta al superior Gobierno que el corregidor parecía más interesado en atender sus intereses que en cuidar los de Su Majestad? Todo esto constaba en los Libros del Cabildo correspondientes a los años de 1726 y 1729 y, por consiguiente, formaba parte ya de la historia de la ciudad.

Saber que con la pluma podría lavar más adelante la afrenta recibida consoló en algo al padre Diego, pero igual el disgusto le duró varios días. Al cabo de éstos, decidió no comentarle el asunto a su padre, quien en cualquier momento llegaría al Cuzco. Un propio enviado por el marqués desde Abancay había traído la noticia y desde que la supo el sacerdote no cabía en sí de gozo.

¡Casi siete años habían transcurrido desde la última vez que vio a su padre! Frisaba la cincuentena cuando partió a Lima y lo que más impresionaba en él era la fuerza de su carácter y su temperamento volcánico. Este último le granjeaba muchos enemigos, pero también le ayudaba a ganar numerosos e incondicionales amigos. De hecho, era una de esas personas que podía caer bien o mal, pero que no dejaba a nadie indiferente. Por lo demás, tenía también bien merecida fama de ser muy dominante, al extremo que, según manifestaban quienes lo conocían, le bastaba lanzar una mirada para hacerse obedecer. Por si esto no fuera suficiente, tenía un vozarrón que le permitía, por igual, convertirse en el centro de la atención en una reunión social, apabullar a sus contrincantes en una disputa o aplacar a una multitud.

“¡Pobre del corregidor si, así enfermo como está, se atreviera a enfrentársele! —pensaba el sacerdote al evocar la figura paterna—. ¡Sufriría un ataque de puro susto!”. El orgullo que sentía, sin embargo, iba aparejado de una incontrolable inquietud. Era algo sobre lo que había hablado mucho con don Gregorio cuando este todavía estaba vivo.

—Una cosa es el amor y otra la veneración, Diego —le explicaba el anciano—. El amor es entre iguales e implica aceptar al otro tal cual es. Por lo mismo, una vez que se ama

de verdad, es muy raro que se deje de amar. La veneración, en cambio, la profesa quien se siente o es menos y en realidad es pasajera. El objeto de nuestra veneración puede caer del pedestal en que lo hemos puesto y hacerse añicos.

—¿Qué debo hacer entonces, padre? —preguntaba el sacerdote a sabiendas de que el anciano no le diría más de lo que ya había dicho.

—Eso no te lo puedo decir yo. Eso debes descubrirlo tú mismo —le aclaraba en efecto el anciano y volvía a sus oraciones.

¡Cómo echaba de menos la sabiduría y la calidez de ese santo! ¡Qué distinto era su padre! ¡Si algo había perseguido siempre este era el imponer su voluntad a la gente! De allí la inquietud que sentía en vísperas de reencontrarse con él. ¿Seguiría sintiéndose intimidado en su presencia? ¿El joven que miraba con temor y reverencia a su progenitor era ahora un hombre que podría hablar con él de igual a igual...?

El marqués de Valleumbroso con su numeroso séquito entró en la ciudad una tarde de fines de enero. El padre Diego, ni bien supo la noticia, corrió a la casa paterna.

—¡Diego! —extendió los brazos el marqués al verlo—. ¡Cómo has cambiado! Estás echando una respetable barriga. Bien dicen que en ninguna parte se come mejor que en la mesa del cura. ¿Y a mí cómo me ves? ¡Sin mentir!

—Se ve muy bien, padre... —respondió el sacerdote azorado—. Cansado, claro, por el viaje, pero bien...

—¿Por fin? ¿Se me bien o cansado? —rió el marqués, quien al parecer estaba disfrutando con la turbación de su hijo—. De vosotros sí esperaba que me mintieseis, pero del curita no... —se dirigió en seguida al resto de los presentes, provocando la hilaridad general.

El marqués y sus acompañantes estaban sentados alrededor de la mesa del comedor, que poco a poco se fue llenando de fuentes humeantes con mote, papas sancochadas, cuyes al horno y un asado de cordero preparado de la misma manera. El viajero prácticamente acababa de desmontar, por lo que, además de la marquesa y sus dos hijas, hechas ya unas señoritas, solo estaba allí don Joseph, el hermano del marqués, con su familia. Ni siquiera esto, sin embargo, le ayudó al padre Diego a vencer su cohibición, por lo que, aprovechando que el recién llegado estaba alabando las bondades del maíz cuzqueño, se sentó en el extremo de la mesa.

Recién entonces pudo observar a su padre con detenimiento. El confinamiento en Lima había dejado su huella. Eso que el sacerdote tomó por cansancio era definitivamente otra cosa, difícil de precisar. No era que los años le hubiesen caído encima a ese hombre de desbordante energía que era el marqués. No era su semblante el que había cambiado, de facciones todavía firmes que se correspondían bien con una notable personalidad. Era su mirada la que causaba una impresión extraña. En lugar de ser directa y franca, como antes, se había vuelto esquiva, como asustadiza. Seguramente por culpa de esos ojos siempre en guardia, además, era que las maneras efusivas del marqués, tan celebradas por todos quienes lo conocían, ya no parecían naturales sino actuadas.

La aparatosa entrada de don Juan de Mendoza y de su hermano menor, don Vicente, hizo que el sacerdote se apartara de sus pensamientos.

—¡Su Señoría! ¡Su Señoría! ¡Por fin con nosotros! —exclamó el abogado desde la puerta del comedor.

—¡Par de bribones! ¡A ustedes quería verlos! —los recibió el marqués con los brazos abiertos—. ¡Se han quedado con la mitad de mi hacienda! ¿Qué esperaban Vuestras Mercedes para conseguir que se me autorice volver a casa? ¿Despojarme de la otra mitad?

Durante un rato todo fueron chanzas y risas. El más celebrado, por supuesto, era el marqués, que se seguía quejando del supuesto contubernio de sus abogados con el licenciado Salazar, con quien habrían repartido a medias sus jugosos honorarios. El sacerdote, a quien esa situación le parecía un tanto falsa y lo ponía nervioso, hubiese preferido mantenerse al margen, pero no pudo evitar ser objeto de algunas bromas.

—¿Y el padrecito? Se hace el santo, pero también ha cometido sus pecadillos... —empezó don Juan de Mendoza.

—Claro que sí —fue secundado como de costumbre por don Vicente—. ¡Por lo menos de un pecado puedo dar fe: de su exceso de caridad! ¡Es tan, pero tan caritativo el padrecito que durante el juicio se preocupaba hasta de la parte contraria!

Al sacerdote le pareció que esto último fue dicho con muy mala fe y sintió deseos de poner en su lugar al impertinente, pero optó por no entrar en ese peligroso juego.

—¡A todos ustedes les voy a ajustar las clavijas! ¡Ni el curita se librará! ¡Este no es el momento, sin embargo! ¡Ahora quiero brindar por la inmensa alegría de estar nuevamente en casa! ¡No pueden imaginar cuánto extrañaba esta tierra tan generosa, sus cielos azules o esos nubarrones amenazadores como los que me han recibido esta tarde! ¡Qué distintos de los que cubren el cielo de Lima casi todo el año! ¡Ni siquiera dan lluvia...! —se cansó felizmente de la bufonada el marqués.

A eso de las siete de la noche, notando que su padre hacía esfuerzos para vencer el cansancio, el sacerdote se despidió.

—¡Vendré mañana ni bien quede libre de los oficios religiosos! —le explicó al marqués después de alegar que también en ese momento debía atender algunas obligaciones de su ministerio.

Esa misma noche, al llegar a casa, el cronista alistó un envoltorio con los capítulos que ya tenía escritos de los hechos de los Esquivel. Quería aprovechar la tranquilidad que solía reinar por las mañanas en la casa de su padre para poner en sus manos esos papeles. A la hora en que se presentó, sin embargo, tras hacer tiempo a duras penas para no pecar de inoportuno, se dio con la sorpresa de que todos estaban descansando.

—¡Su Señoría se retiró muy tarde la noche pasada, casi de madrugada! —le explicó al sacerdote uno de los sirvientes—. Después de que Vuesa Merced se fue llegaron más visitas y con ellos estuvo celebrando...

El cronista se quedó un buen rato al sol en el patio con la esperanza de ver salir a su padre de sus aposentos, pero finalmente debió desistir. “Mejor avanzo mis asuntos para estar libre en la tarde”, pensó. Después de la hora de almuerzo, sin embargo, se encontró con un verdadero pandemónium: el enorme comedor rebalsaba de gente y también en un par de salones habían acomodado mesas para atender a las visitas. Lo más selecto de la sociedad cusqueña estaba reunido allí para dar la bienvenida al segundo marqués de Valleumbroso, cual si fuese su hijo pródigo.

El sacerdote ya ni hizo el intento de saludar a su padre. Estaba desilusionado, claro, por no poder conversar con él a

solas, pero era más la alegría que sentía al verlo rodeado de la estima de tantos y tan importantes personajes. ¿Quién no estaba allí? De títulos de nobleza no faltaba ninguno. Las autoridades se habían hecho todas presentes, salvo el corregidor, quien seguía postrado en su lecho. Los comerciantes más acaudalados de la ciudad y sus personajes más conspicuos también habían acudido. Y lo más resaltante era que españoles y criollos departían amigablemente, desmintiendo definitivamente las calumniosas acusaciones de don Jerónimo de Losada.

“Tendré que armarme de paciencia. No creo que tenga la oportunidad de entregar mi manuscrito en los próximos días”, decidió para sus adentros el cronista y estuvo en lo cierto. Día tras día, desde la hora del almuerzo, la casa de su padre se iba llenando de visitas que no se iban hasta altas horas de la noche. Agotado con tanta agitación, el marqués descansaba durante toda la mañana y apenas tenía tiempo de asearse y vestirse antes de atender a las personas que se presentaban por primera vez a congratularlo o que no se cansaban de hacerlo. El cronista pasaba también a saludar a su padre todas las tardes e incluso, si encontraba a alguien de su agrado, se quedaba un rato más o menos largo.

En una de esas ocasiones, el marqués le dijo que quería conversar a solas con él y juntos fueron a su despacho.

—¿Has visto, Diego? ¡Es un desfile que no cesa! —fue el primer comentario que hizo cuando estuvieron a solas.

—¡No podía ser de otra manera! ¡Todo el mundo en Cuzco le tiene muchísimo aprecio! —compartió el sacerdote la satisfacción que sentía su padre.

—¡No todo el mundo, Diego! ¡No todo el mundo! Justo por eso quiero hablar contigo... —sonó disgustada la voz del

marqués—. Don Tomás de Troconis, por ejemplo, ¿qué diablos hace aquí? Ese guampo malnacido es uno de los que ha alimentado la especie de que los Esquivel odiamos a los europeos... Y el otro día tuvo el descaro de presentarse aquí don Antonio Oquendo, que se hizo íntimo del licenciado Salazar. A ese sí le enrostré su actitud delante de todos mis invitados. “¡No se puede estar con Dios y con el diablo a un mismo tiempo, don Antonio”, le dije y no le quedó más remedio que retirarse. ¿Cómo puedo hacer para quitarme a esa sarta de hipócritas de encima? ¿No se te ocurre alguna manera?

Por el rictus de desagrado que deformaba casi el rostro de su padre, el sacerdote comprendió súbitamente que ese corazón se había llenado de amargura y resentimiento. Prefirió, sin embargo, no fiarse de sus impresiones y, por lo mismo, trató de minimizar el asunto.

—La gente es así... La mayoría de personas, estoy seguro, se alegran sinceramente de que usted esté de nuevo entre nosotros. Son los menos seguramente quienes vienen a visitarlo por compromiso o novelería. No creo que valga la pena hacerles caso...

—¡Carajo, no es eso lo que te estoy preguntando! —perdió los papeles el marqués—. ¡Yo sabré qué vale y qué no vale la pena! ¿Puedes decirle a ese perro de Troconis que salga inmediatamente de mi casa?

—¡Yo...?! ¡¿Cómo le voy a decir eso?! —se escandalizó el sacerdote.

—¡Habla así pues, pero no me vengas con sermones! ¿Y no se te ocurre alguna otra manera de despacharlo? —insistió el marqués, aunque ya más calmado.

—Nooo, no se me ocurre...

“Genio y figura...” –se repitió varias veces a sí mismo el cronista para que le resultara más fácil perdonar el abrupto de su padre. Comprendía, por lo demás, lo mucho que debía de haber sufrido y que debía de estar sufriendo una persona tan orgullosa como él a raíz de ese juicio que no tenía cuándo acabar. Esa desconfianza casi enfermiza que había percibido en él, los odios y rencores que carcomían su espíritu, ¿no eran acaso producto de lo mismo? “Si por lo menos abriera su corazón, si no le avergonzara mostrarse como cualquier otro ser humano, con sus temores y debilidades... ¡Ayúdalo, Virgen Santísima! ¡No permitas que siga sufriendo!” –pedía el sacerdote en sus oraciones recordando las enseñanzas de don Gregorio...

El padre Diego no era el único preocupado por los desplantes cada vez más frecuentes que hacía su padre a algunas de sus visitas. También la señora marquesa se mostraba muy mortificada, al extremo que se acercó al sacerdote en busca de consejo.

–¡Casi me traga por hacerle notar que es una descortesía de su parte! –se quejó doña Josefa–. ¡No entiendo qué le pasa! ¡Él, que era tan obsequioso con los amigos! ¡Ahora tiemblo cada vez que llega alguien a la casa o cada vez que empieza con sus bromas! ¡Más de uno se ha marchado muy ofendido! ¡Estoy segura de que esas personas se van a volver sus enemigos! ¡Cómo si tuviera pocos!

–¿Por qué no se van a La Glorieta? ¡Dígale usted a mi padre que no se siente muy bien y que necesita descansar! –le aconsejó el cronista a la dama. Los años en Lima también la habían vuelto otra persona, pero en su caso, debía reconocerlo, el cambio era para mejor. Lejos de estar ocu-

pada en fruslerías, como antes, doña Josefa vivía pendiente de su esposo, de sus jóvenes hijas y de la marcha de la casa.

—¡Tienes razón, Diego, tienes razón! —se alegró la señora marquesa—. ¡Voy a ver cómo hago para convencerlo!

Hacia mediados del mes de febrero, gracias al Cielo, la avalancha de visitas fue cesando y la propuesta de doña Josefa, lanzada durante la sobremesa de un almuerzo en familia, más oportuna no pudo resultar.

—¡Me parece muy bien! ¡A mí tampoco me caerían mal unos días de tranquilidad! —convino en todo caso el marqués—. ¿Tú también te vienes con nosotros? —le preguntó acto seguido a Diego.

—¡Sí, sí, Diego! ¡Ven con nosotros! —se sumó doña Josefa a la invitación de su esposo—. En La Glorieta podrías seguir trabajando en tu libro. ¡Qué mejor lugar para buscar la inspiración!

—¡Ah, es verdad, algo me habían comentado! —se interesó el marqués en el tema—. ¿Qué hay de cierto en eso de que estás preparando una historia de los Esquivel? ¿Tienes intención de cambiar los hábitos por la pluma?

—Una cosa no excluye a la otra, señor... —respondió a medias el cronista, halagado por el hecho de que su padre estuviera al tanto de sus actividades.

—¿Ahora eres un literato entonces? ¿A quién habrás salido tú? El frondoso tronco de los Esquivel solo ha dado hombres de armas y de gobierno... Yo ni siquiera estaba casado cuando fui nombrado por primera vez alcalde ordinario de la ciudad y no tenía ni treinta años cuando me recibí de corregidor de Calca...

—Sobre eso justamente quería preguntarle... ¿Qué año tomó usted posesión del corregimiento?

—¿Vas a escribir eso? No recuerdo con exactitud... —respondió el marqués después de pensar un poco y, anunciando que quería reposar, salió del comedor.

—¡Ven con nosotros, Diego! —insistió doña Josefa. Se le notaba agradecida y contenta de antemano por los días de paz que se avecinaban.

—¡Me gustaría mucho, pero no sé si pueda! ¡Las obligaciones de sacerdote son a veces ineludibles! —se disculpó el cronista.

Al día siguiente, a la misma hora, se presentó en casa de su padre con un envoltorio debajo del brazo. Estaba nervioso y casi hubiera preferido encontrarse con visitas, pero en el comedor solo estaba el marqués.

—Doña Josefa ha partido esta mañana a Quispicanche con mis hijas. Yo me he quedado para resolver algunos asuntos urgentes, pero no veo la hora de salir del nido de víboras que es el Cuzco... ¿Sabes lo que anda diciendo el corregidor? Que al menor desacato me mandará custodiado a Los Reyes... ¡Miserable! ¡Si no estuviera medio moribundo, le haría tragar sus palabras!

El sacerdote comprendió que quizás no era buen momento para mostrar su manuscrito, pero la vanidad pudo más que la cautela.

—Me preguntaba usted ayer por la relación que estoy escribiendo. Estos son los capítulos que ya he terminado...

El marqués recibió el envoltorio, pero al parecer sin terminar de entender de qué se trataba.

—En estas páginas me he propuesto de hacerle justicia a su persona —continuó explicando el cronista—. Quien las lea

tendrá claro que las acusaciones que dieron pie a la pesquisa que ordenó la Corona fueron maliciosas...

—¿Maliciosas?! —estalló de pronto el marqués—. ¿Esos son los disparates que has escrito en estos papeles? ¿Y piensas que me estás haciendo justicia? ¿Quién diablos te crees? Tú sin mí y sin mi apellido no eres nada, ¿me entiendes? ¡Nada! ¡Un gusano, una basura, un pedazo de excremento que no piso solo para que no apesten mis botas!

—¡Usted no me ha entendido! ¡Escúcheme bien, por lo menos...! —empezó a protestar el cronista, pero fue nuevamente interrumpido.

—¡Claro que sí te he entendido! ¡Hace tiempo que te he entendido! ¡Te crees tan piadoso que te preocupabas más por los intereses de mis enemigos que por los míos! ¡Si por ti fuera, yo todavía seguiría preso! ¡Escribiendo mamarrachos en lugar de encargarse de tanta diligencia que había pendiente...!

—¡Usted no tiene derecho a hablarme así! —protestó el sacerdote tratando inútilmente de controlar el temblor de su voz—. ¡Su honra y sus intereses han sido siempre mi mayor preocupación! Justamente el libro...

—¡Al diablo con este libro! ¡Toma, toma esta basura y lárgate de mi presencia! —le arrojó el marqués el envoltorio al cronista.

“¡Nunca más le dirigiré la palabra! ¡Lo juro! ¡Si no se disculpa conmigo, nunca más le dirigiré la palabra!”, iba repitiendo el sacerdote mientras presuroso regresaba a casa. Tenía la sensación de que la humillación que acababa de sufrir estaba dibujada en su rostro y no deseaba que nadie lo viese.

Ya en su biblioteca, rodeado de todos esos libros que se habían vuelto su mejor compañía, fue recobrando la calma y, casi sin darse cuenta, se puso a hojear su manuscrito, deteniéndose de cuando en cuando en la lectura de algunos pasajes. “¿Cómo pude haber escrito esto?”, se preguntaba y su disgusto iba en aumento a medida que comprobaba que el celo del hijo había pesado más que el rigor del cronista. “¡En algo tiene razón mi padre! ¡Esto no vale nada! ¡Es pura basura!”, hizo finalmente a un lado el manuscrito con una mueca de desdén torciéndole la boca.

Durante varios días, al tiempo que introducía numerosas correcciones en su obra, estuvo tratando de comprender en qué momento se apartó de su propósito original de ser un juez riguroso y desapasionado de los asuntos de su padre. ¿Quién iba a dar crédito a esas páginas donde se favorecía tanto al segundo marqués de Valleumbroso al tiempo que los defectos de sus contrincantes eran resaltados sin ninguna misericordia? Esos libros que repletaban sus estantes, ¿no se habían salvado del olvido en que caen tantas páginas que han visto la imprenta justamente porque eran ajenos a la parcialidad, a la arbitrariedad, a la injusticia, al apasionamiento?

Decidido a enmendarse, el cronista retomó su trabajo allí donde lo había dejado, en la mitad del capítulo dedicado a las ruidosas discordias que hubo entre europeos y criollos en tiempos de don Juan Fernando Calderón de la Barca. Tratando de mantenerse fiel a los hechos, por más que esto afectase la reputación de los Esquivel, escribió sin descanso página tras página, cual si estuviese poseído. El resultado, sin embargo, no lo dejó del todo satisfecho. ¿No habría tenido

razón el licenciado Salazar cuando le advirtió que el historiador necesitaba aun más valor y entereza que un juez? Y la vehemencia... ¿No le hizo notar don Gregorio tantas veces que él no estaba libre de ese pecado?

Una nota que le envió la señora marquesa aumentó aún más la turbación de su ánimo. Le contaba que el aire de campo le había sentado a las mil maravillas a su esposo y le encaecía que se reuniera con ellos. “Solo faltas tú, Diego, para que todo vuelva a ser como antes”, eran las palabras con las que doña Josefa terminaba su misiva.

¿Viajar o no viajar? De hacerlo, no sería para descansar o para inspirarse, como se imaginaba la marquesa, sino para buscar la oportunidad de aclarar las cosas con su padre. ¿Cómo podía dar fe a las estupideces que le cuchicheaban al oído los ponzoñosos esos de don Juan de Mendoza y su hermano? No había habido un día, mientras duró la pesquisa del licenciado Salazar, en que él no hubiese estado ocupado con alguna diligencia. Y todo lo había hecho por el amor y el respeto que le merecía su padre. No por dinero, como esos cínicos leguleyos. ¿Sería ese hombre amargado capaz de comprenderlo? ¿Lo escucharía? ¿O tendría otro ataque de rabia que empeoraría aún más las cosas...?

Finalmente, sin estar del todo convencido, el cronista partió para Quispicanche. En La Glorieta, tal cual le había aseverado la señora marquesa, los días transcurrían de manera apacible, pero igual percibía cierta tensión en el ambiente, como cuando negros nubarrones anuncian que se avecina una tempestad. ¿O solo él tenía esa impresión? ¿No se alegraban sus hermanas de cualquier nimiedad que rompiera el tedio de la vida en el campo y no contagiaban su alegría a

los demás? ¿No había recuperado doña Josefa el color en las mejillas gracias a los paseos y las meriendas al aire libre en los que todos estaban “obligados” a participar? ¿No hacía gala de afabilidad su padre con los vecinos que se presentaban a ofrecerle sus respetos? Quizás era solo él quien no terminaba de sentirse a gusto.

La inesperada visita de don Felipe Pimentel, el corregidor de Oropesa, le hizo darse cuenta de que era esto último lo que estaba pasando. Se trataba de un hombre apenas un poco mayor que él, miembro de una prominente familia limeña, que al rato de estar conversando, y sin que viniera mucho a cuento, se ufanó de su talento literario.

—¿Compone poesías entonces? —preguntó el marqués por cortesía—. Mi hijo, el curita, también es literato —hizo un ademán en dirección adonde él estaba sentado.

Don Felipe no dio ningún signo de interés por lo que acababa de escuchar y siguió hablando, esta vez sobre lo mucho que echaba de menos la elegancia de los salones limeños. El cronista, lejos de sentirse ofendido, agradeció al cielo que el visitante fuese tan fatuo. De haberse dirigido a él, todo el mundo se hubiera percatado de la tormenta que acababa de desatarse en su interior.

“Mi hijo también es literato”. ¿Cómo podía su padre decir eso y seguir tan orondo? ¿No había hecho escarnio de él y de su obra? ¿No le había tirado casi el manuscrito? Y allí estaba, como si nada hubiese pasado, departiendo con un presuntuoso que se creía poeta porque había hilvanado unas cuantas palabras...

Esa misma noche, con el ánimo todavía alterado, le comunicó a la señora marquesa que regresaba al Cuzco al día siguiente.

—¿Por qué, Diego? ¿Qué tanto apuro? ¡Quédate unos días más! —trató doña Josefa de hacerlo cambiar de parecer.

—Tengo algunos asuntos urgentes —ni siquiera supo inventar un buen pretexto.

—¿Tan urgentes pueden ser? —reclamó la señora marquesa—. Mañana ya es viernes. ¡Quédate siquiera hasta el lunes! ¿Has visto cómo se han encariñado contigo las muchachas? ¡Se van a poner tristes! ¡Y el marqués! ¿No está otro acaso?

¡Para qué dijo eso! En esos pocos días, en efecto, les había cogido mucho cariño a sus hermanas y le daba mucha pena tener que separarse de ellas, pero lo que no soportaba era que su padre lo tratase como si entre ellos nada hubiese pasado.

—¡En realidad..., en realidad lo que sucede es que estoy muy molesto con mi padre, molesto y dolido...! —no pudo esconder más sus sentimientos y le contó a doña Josefa lo que había ocurrido el día que ella salió del Cuzco.

—¿Cómo pudo decirte eso? ¡A ti, que eres la persona que más se ha preocupado por defenderlo! ¡Estaba mal, muy mal! ¡Pero ahora está volviendo a ser el de antes! ¡Perdónalo, Diego! ¡Trata de entenderlo! ¡Ha sufrido mucho por el juicio!

—¡Sí, yo sé, pero necesito tiempo para poder perdonarlo...!

—¿Quieres que yo haga algo? ¿Quieres que hable con él para que te pida disculpas? —se mostró solícita doña Josefa.

—No, no, por favor no —se asustó el cronista ante la sola posibilidad de que su padre tuviese otro de sus arrebatos de ira—. ¡Es capaz de enojarse con usted y eso es lo que yo menos quisiera! ¡Solo invente algún pretexto para explicar

mi partida! ¡Estoy seguro de que ya se me pasará el malestar que siento ahora! Todo es cuestión de tiempo...

—¡Sí, sí, claro que sí! ¡Tú no eres una persona rencorosa y sé que quieres mucho a tu padre!

Dejó La Glorieta a la mañana siguiente, muy temprano, cuando todos todavía dormían. Al llegar al camino real, se volvió durante unos instantes a contemplar esa hermosa casona que dominaba el paisaje y luego espoleó su mula. Se le había metido en la cabeza que debía empezar cuanto antes a reescribir, ahora sí con rigor e imparcialidad, la historia de los Esquivel.

El manuscrito estaba en uno de los cajones del escritorio, protegido por una cubierta de pergamino que había encargado especialmente con ese propósito. Eran cerca de noventa pliegos escritos con su mejor letra y sin un solo borrón, a no ser por las correcciones que introdujo la última vez que revisó el texto. Ni bien empezó la lectura, sin embargo, el sacerdote comprendió de pronto que ya no le nacía seguir trabajando en esa obra. “Haré caso de los consejos de don Gregorio y me dedicaré a mi ministerio —se dijo a sí mismo—. ¡Que de la historia se encarguen los hombres de letras”.

Protegió de nuevo el manuscrito con la cubierta de pergamino y lo colocó en la parte alta de uno de los estantes, allí donde acostumbraba guardar los papeles que no tenían mucho valor. Acto seguido sacó del cajón del escritorio su diario con la intención de darle el mismo destino, pero, más por manía que por otra cosa, se puso a leer algunas anotaciones y luego otras y otras más... Esas líneas, bastante escuetas y sin mayores pretensiones de estilo, le parecieron interesantes. Siguió leyendo para comprobar si no se trataba

de una impresión engañosa, pero, por el contrario, empezó a darse cuenta de que esa era la manera en que debió haber escrito: fría, desapasionada, poniendo por delante los hechos y no a las personas...

Esa noche, después de cenar solo para que Balbina no saliese con sus reconvenciones, se llevó el diario a la cama y lo releyó primero de manera desordenada y después de principio a fin. Era muy tarde cuando apagó la lámpara, pero igual no podía dormir. ¡Había descubierto que en esas páginas estaba el germen de una verdadera historia del Cuzco, una historia que seguiría un perfecto orden cronológico! ¿La de los Esquivel? ¡Nunca más la retomaría! ¡Y no volvería a dirigirle la palabra a su padre si este no le pedía disculpas!

El Cartolín (2)

Cuando las sospechas se transformaron en certidumbre, el marqués de Valleumbroso no pudo contener más su ira y se inclinó por la peor de las venganzas. ¡Que un vendedor de géneros se hubiese atrevido a tanto! ¡No, ya no molestaría a Diego, su hijo, para que tomase cartas en ese asunto, como había sido su intención en un primer momento! ¡Él mismo le daría su merecido a ese perro insolente!

—¿Estás seguro de que era él? —le preguntó a Nicolás, un mulato que era de su entera confianza.

—Segurísimo, Su Señoría. Cuando llegó no pude verle bien la cara, pero a la hora que salió sí. Ya estaba clareando. Por si las dudas, además, lo seguí hasta su casa. ¡Es don Jacinto Terrazas!

—¡Cerdo malparido! —dijo un manotazo el marqués padre sobre la mesa haciendo saltar el jarro del que estaba tomando café—. ¿Dónde está ahora?

—Parece que se va de viaje. Salió temprano de su casa acompañado de dos sirvientes y tomaron el camino real con dirección a Urcos.

—¡Reúne a los hombres! ¡Vamos tras él! —ordenó el marqués y él mismo, olvidándose de sus más de sesenta años, se encargó de alistarse para ganar tiempo.

El nutrido grupo de jinetes que dejó a galope la ciudad solo se detenía de trecho en trecho para cerciorarse, preguntando a los viajeros, de que Terrazas no hubiera tomado otra ruta y reanudaba la persecución. Recién al acercarse a la

hacienda de Angostura divisaron, justo donde el valle formaba la garganta que daba su nombre al lugar, a cuatro jinetes que avanzaban a un trote lento.

—Nicolás, ¿serán ellos? —preguntó don Diego de Esquivel padre a su lugarteniente.

—¡Sí son, Su Señoría! —respondió el mulato tras esforzar un rato la vista—. Alguien se ha unido a Terrazas.

—¡Lo quiero vivo! ¡Lo llevaremos a La Glorietta! —puso el marqués a sus hombres al tanto de sus intenciones antes de reemprender la marcha.

Jacinto Terrazas fue precisamente el primero en volver la cabeza al escuchar, todavía a lo lejos, el persistente tableteo de cascos. Tenía apenas treinta años, pero aparentaba más por las canas que le teñían las sienes. El esmero con que llevaba recortados bigote y barba delataba por lo demás a un hombre preocupado por su apariencia. Hijo de un hidalgo de Cochabamba, se dedicaba desde muy joven al comercio de géneros, negocio que lo había traído en más de una ocasión al Cuzco. Esa mañana, con las alforjas cargadas de pesos, se dirigía precisamente a un obraje de Andahuaylillas para comprar una buena cantidad de varas de bayeta.

—¡Asaltantes! —fue lo primero que se le ocurrió pensar al cochabambino y, en un intento de salvar su dinero, lanzó al galope a su caballo, pero igual fue alcanzado—. ¡No me maten! ¡No me maten! ¡Llévense todo lo que tengo, pero no me maten! —rogó a sus captores.

El poco interés que mostraron esos hombres por las alforjas desconcertó al comerciante. “¡Tanta gente armada! ¿Quiénes serán? ¿Qué querrán?”, se estaba preguntando

intrigado cuando de pronto reconoció, entre los jinetes que acababan de acercarse, a don Diego de Esquivel padre.

—¡Señor marqués! —exclamó en lugar de saludo—. ¿Estos hombres están a su servicio? ¿Por qué me han detenido? Me llamo Jacinto Terrazas. Soy comerciante...

—¡Sé perfectamente como te llamas, so mequetrefe! —lo cortó don Diego—. ¡En cambio tú, por lo visto, me conoces poco! ¿Sabes lo que les hago a los que me faltan el respeto? ¡Ahora lo verás! ¡Llévadlo!

—¡Señor marqués! ¡Señor marqués! —quiso alegar algo el cochabambino, pero el hombre que le había quitado las riendas del caballo jaló de estas al tiempo que espoleaba a su propia cabalgadura.

A pocas leguas de donde estaban, Terrazas lo sabía muy bien, se encontraba el obraje de Quispicanche, propiedad desde hacía varias generaciones de los Esquivel. Alguna vez incluso, más por curiosidad que con el ánimo de hacer negocios, lo había visitado y había quedado impresionado por la suntuosidad con que estaba arreglada la casa de la hacienda, con su famosa glorieta que dominaba el camino real y en general todo el valle. Hacia ese lugar era conducido, no cabía duda. Pero ¿cuál era el destino que le esperaba?

Si había familia de la que no se cansaban de hablar los habitantes del Cuzco esa era la de los Esquivel. ¡Qué de historias no había escuchado el comerciante cochabambino sobre el temible genio que se gastaba el marqués padre! En ese momento la memoria le trajo un episodio que aconteció precisamente en el obraje de Quispicanche: el de la osadía que tuvo don Diego de faltarle el respeto ni más ni menos que a Su

Ilustrísima, don Manuel de Mollinedo. Según escuchó decir a varias personas, el marqués tenía prácticamente prisionera a su esposa, doña Guiomar de Navia. Tan mal trato le daba a la pobre mujer que los hermanos de esta hicieron el intento de rescatarla, pero fueron sitiados en la hacienda por gran número de gente armada y centenares de indios. El obispo intervino y evitó que la sangre llegara al río, pero no así que el marqués lo tratase de entrometido para abajo. ¡Si dicen que por poco no le alza la mano! ¡Claro que por entonces don Manuel —el Señor lo tuviese en su gloria— recién empezaba a ganarse el respeto y el favor de sus feligreses, pero igual el suceso pintaba de cuerpo entero al primer marqués de Valleumbroso!

Maldiciendo el momento en que se le cruzó en el camino Rosa Cabrera, Terrazas ora se hundía en el desaliento, ora buscaba una tabla a la cual asirse. “No se atreverá a matarme —se decía—. No por una de sus amantes, por mucho que esté encaprichado de ella. Por último, si esas fueran sus intenciones, no me hubiese hecho prender delante de testigos”. Además de sus dos sirvientes, en efecto, el comerciante viajaba acompañado de un chapetón que era administrador de uno de los obrajes de la zona. Los tres habían escapado a campo traviesa y ninguno de los bravucones del marqués había corrido tras ellos. “¡Ojalá don Gonzalo dé aviso al corregidor”, rogaba el cochabambino recordando la rivalidad que existía entre don José de la Torre Vela y los Esquivel.

Entraron a la hacienda no por la portada del frente, esa que, según creía recordar, daba acceso a unos cuidados jardines y a las gradas que conducían a la galería principal, sino por la espalda, de frente al obraje. Allí, en el patio de tierra, fue obligado a desmontar y en seguida lo ataron a un poste

que estaba en medio de esa cuadrilátero. “¡Me van a azotar!”, se horrorizó ante la sola posibilidad de tamaña humillación, pero, tras admitir que su imprudencia pudo haberle costado mucho más caro, no tardó en resignarse a ese castigo. “¡Qué estúpido fui! ¡Qué estúpido! —se encargó él mismo de flagelarse—. ¡Liarme con una de las concubinas del hombre más poderoso del Cuzco! ¡Sálvame, Señor, y te prometo que no volveré a hacerlo! ¡No más mujeres casadas! ¡No más faldas en general! ¡Pediré la mano de alguna dulce doncella de mi tierra y tendré un hogar lleno de rapazuelos! ¡Ten piedad de este pecador, Señor! ¡Por favor, ten piedad!”.

El súbito ajeteo de los sirvientes que estaban en el patio fue el anuncio de que el marqués ya había llegado. Terrazas se puso a buscar las palabras que pudieran aplacar la ira de ese hombre o, así fuera, despertar su compasión, pero al verlo acercarse comprendió que era mejor guardar silencio. A sus sesenta años, don Diego de Esquivel y Jarava era un hombre vigoroso, pero no era eso lo que más impresionaba en él sino la frialdad de su mirada y el aplomo, la seguridad que trasuntaba cada uno de sus gestos. “¡Dios mío, ayúdame!”, rezó una vez más el cochabambino haciéndose cargo al fin de la gravedad de su situación.

—¡Dionisio, el látigo! —atronó en ese instante el marqués—. ¡Cien azotes! —le ordenó seguidamente al sirviente cuando este se presentó desnudo de la cintura para arriba.

Se trataba de un mulato musculoso y de gran estatura que a cada golpe le arrancaba un grito a su víctima.

—¡Por Dios, basta, basta ya! ¡Me va a matar! —clamó Terrazas cuando su ropa quedó hecha jirones y su espalda era una sola herida.

—¡Pues eso es lo que quiero, so pobre diablo! —contestó el marqués con sorna—. Dionisio sabe que si no te mata, yo lo mato a él. ¿No es verdad? —le dirigió esta última pregunta al mulato y este, como toda respuesta, puso aún más fuerza, haciendo dar de alaridos al cochabambino.

El castigo solo cesó cuando Terrazas llevaba ya buen rato desmayado y de su boca solo escapaban unos gemidos casi inaudibles.

—¡Cápenlo y tiren sus partes a los perros! ¡A él, a la caldera con tinte! —ordenó el marqués padre mirando con desprecio al hombre que se había atrevido a tocar a una mujer que era suya.

Esa misma tarde, después de un copioso almuerzo y una ligera siesta, don Diego de Esquivel reemprendió el regreso a la ciudad. No se sentía satisfecho y sabía que no lo estaría mientras no castigase la infidelidad de su amante, pero tenía ciertos reparos en enfrentarse a ella. Rosa Cabrera era hija de un hidalgo venido a menos que nada podía ofrecer a quien se casara con la bella muchacha y esta se empeñó en rechazar sin ningún miramiento a los don nadie que la pretendían por esposa. Es más, resentida por lo injusta que había sido la vida con ella, se volvió una mujer en extremo dura que no sentía lástima ni de sí misma. Si le daba la tunda que merecía, ¿no se metería en un convento o hasta se quitaría la vida con tal de vengarse del hombre que le había levantado la mano? El marqués temía que precisamente esa fuese su reacción y por eso, al llegar a la ciudad, se detuvo en Limacpampa sin saber adónde dirigirse, si a su casa o a la de su amante.

Fue en ese momento que un grupo de jinetes, con don José de la Torre a la cabeza, desembocó en la plazuela.

—Me alegro de no tener que ir a buscar a Vuestra Merced hasta Quispicanche —encaró el corregidor a don Diego—. ¿Don Jacinto Terrazas no está con usted? ¿Puede darme razón de su paradero?

—Se ha quedado en mi obraje —respondió el marqués con displicencia—. Tenemos todavía algunos asuntos que resolver.

—¿Y qué derecho tiene usted de privar a una persona de su libertad?

—¿Y quién dice que yo tengo preso a Terrazas? ¡Él se ha quedado en mi casa por su propia voluntad!

—¡No es eso lo que afirman sus sirvientes! ¡Ni don Gonzalo Núñez, que está aquí conmigo!

El mentado se abrió paso entre el resto de jinetes y, poniéndose al lado del corregidor, sostuvo la mirada de don Diego cuando este le clavó los ojos.

—¿Y qué palabra pesa más para usted? ¿La de un noble o la de un simple administrador de un obraje? —preguntó desafiante don Diego.

—¡Para mí valen más las declaraciones de tres testigos que han manifestado que los sirvientes de Vuestra Merced prendieron por la fuerza a un honorable comerciante a dos leguas de aquí! ¡Va usted preso por administrar justicia sin tener jurisdicción para ello y en tanto no ponga en libertad, sano y salvo, a don Jacinto Terrazas! ¡Guardias! —hizo una seña el corregidor para que se cumpliese su orden.

Los sirvientes del marqués desenvainaron de inmediato sus espadas y se aprestaban ya a defender a su amo cuando este levantó una mano para detenerlos.

—¡Pagará usted muy caro este atrevimiento! ¡No hay corregidor que pueda gobernar la ciudad en contra de los Esquivel! —amenazó el marqués a don José de la Torre.

—¡Eso está por verse! —no se dejó intimidar este.

Subido de peso por su desmesurada afición a la buena mesa y con una contundente calvicie que acentuaba la redondez de su rostro, el general José de la Torre Vela era uno de esos guampos que había hecho carrera en Indias y al que pocos meses antes se le había cumplido su mayor sueño: suceder en el cargo de corregidor y justicia mayor de la ciudad a don Juan Fernando Calderón de la Barca. Fue el 11 de junio de ese año de 1699 cuando se presentó ante el cabildo y ya entonces sabía que tarde o temprano chocaría abiertamente con los marqueses de Valleumbroso, padre e hijo. La razón era muy simple: moviendo todas sus influencias en el Real Consejo había hecho prevalecer la Cédula Real de 17 de abril de 1697 por la que se le hacía merced del corregimiento sobre otra posterior que favorecía a don Diego de Esquivel el Mozo. Era la inexperiencia y juventud de este, que no había cumplido ni siquiera los 25 años, el argumento del que se valieron quienes representaban sus intereses.

Mientras conducía a don Diego de Esquivel padre a la cárcel, era precisamente sobre esto que iba pensando el rollizo general. “A quien más temía era a este viejo zorro —se decía—. No quiero cantar victoria antes de tiempo, pero parece que él solo se ha puesto la trampa. Si, como sospecho, esa tal Rosa Cabrera le ha hecho perder la cordura y ha cometido un crimen, lo pondré tras las rejas por una buena temporada. Así al más joven también lo tendré en jaque. ¡Ay

de ese mozalbete si intenta jugarle alguna mala pasada! ¡El viejo las verá negras en prisión!”.

Ajeno a lo que estaba ocurriendo, don Diego de Esquivel el Mozo se encontraba, por segundo día consecutivo, en la casa de recreo que unos amigos tenían en Huancaro Chico, media legua al sur de la ciudad. Hasta allí, al final de esa tibia tarde de octubre, llegó Nicolás, el lugarteniente de su padre, con la noticia.

—¿Preso?! ¿Mi padre preso?! —se negaba a creer don Diego en las palabras del mulato—. ¿Qué puede haber hecho para que el corregidor se atreva a tanto?!

Nicolás, hablando en voz baja a pesar de que nadie podía oírlos, contó con los pormenores del caso todo lo que había ocurrido durante ese largo día.

—¿Hay testigos entonces de la captura de Terrazas? —preguntó don Diego. Había interrumpido al mulato cada vez que consideró necesario aclarar algo, pero igual quería cerciorarse de que no estaba dejando pasar ningún detalle que resultara decisivo para sacar a su padre del apuro en que estaba metido.

—Sí, don Gonzalo Núñez, administrador de un obraje de Andahuaylillas, y los dos sirvientes de Terrazas.

—¿Y de su muerte?

—¡Solo la gente de la casa, Su Señoría!

—¡Parte de inmediato a La Glorieta y encárgate de que todos mantengan la boca cerrada! ¡Lo único que dirán, si los llegaran a interrogar, es que Terrazas estuvo allí conversando con mi padre y que después se fue!

—Su Señoría no le ha dicho eso al corregidor. Le ha dicho que el cochabambino sigue en el obraje por su propia voluntad...

—¿Por su propia voluntad...? —se quedó pensativo un rato don Diego—. Entonces que digan que Terrazas dejó el obraje como una hora antes del anochecer. ¿Has entendido bien? ¡Terrazas se fue del obraje antes del anochecer! ¡Todos tienen que decir lo mismo! —se cercioró de que su orden sería cumplida.

Tras informar a sus anfitriones sobre lo sucedido, ahorrándose eso sí las explicaciones, don Diego fustigó a su caballo para llegar cuanto antes a las casas del cabildo. Lo primero que debía hacer, eso lo tenía claro, era ver a su padre, pero no tenía ni idea de cómo actuar luego. ¿Recurrir a las amenazas o a la fuerza para liberarlo de la prisión? ¿Dejar el asunto en manos de los abogados? ¿Sobornar al corregidor para que se hiciese el de la vista gorda? “¿Qué hago rompiéndome la cabeza? —se dijo a sí mismo en algún momento abrumado por la preocupación—. Seguro que el viejo ya ha encontrado la mejor manera de salir libre de polvo y paja y está como si nada, de lo más tranquilo”.

—¡Diego! ¿Alguna vez te imaginaste verme aquí? —el marqués se tomó en efecto las cosas con humor.

Tras fundirse en un abrazo, padre e hijo esperaron que el alcaide se retirara y cerrara la puerta de la celda para poder conversar libremente.

—Nicolás en este momento está yendo al obraje. Diremos que Terrazas se fue antes del anochecer —le informó a su padre don Diego sobre las precauciones que había tomado.

—¡Muy bien hecho! Lo siguiente es llegar a un acuerdo con el corregidor. ¡No regatees! ¡Dale lo que te pida!

—¡Maldito guampol! ¡Después de los choques que hemos tenido por el corregimiento nos exigirá una fortuna! ¡Y encima

nos tendrá en sus manos! ¡Esos testigos son el problema! ¿No podríamos arreglar con ellos? —expresó sus dudas don Diego.

—A ellos también hay que darles algo, pero lo importante es que don José de la Torre quede satisfecho con las explicaciones que reciba en el obraje sobre el paradero de Terrazas... Y tienes razón: ¡eso nos costará una fortuna!

—¿Cuándo sería bueno hablar con él? ¿Esta misma noche? —se convenció el más joven de los Esquivel de que no quedaba otra salida.

—¡Sí! ¡Cuanto antes mejor! —se abrazó de nuevo el marqués con su hijo a modo de despedida y, quitándose por un instante la máscara de serenidad, explicó sus razones—. ¡Estaba ofuscado por la rabia, hijo! ¡Nadie le hace eso a un Esquivel! ¡Esa perra también recibirá su merecido!

Don Diego no se atrevió en ese momento a mirar a su padre a los ojos. Simplemente hizo una pausa antes de llamar al alcaide para que lo dejara salir.

Una vez en casa, tras tranquilizar a doña Guiomar, su madre, haciéndole creer que la única razón por la que el marqués estaba preso era la mala voluntad que les tenía don José de la Torre, don Diego se dirigió al despacho para hacer un cálculo aproximado del dinero que podría conseguir en pocos días además de la enorme cantidad que tenían guardada en la casa en barras de plata y del que tenían prestado a los más prósperos comerciantes de la ciudad.

De un arcón del que solamente su padre y él tenían llave fue sacando uno a uno los títulos de propiedad de haciendas, casas y tiendas. La Glorieta y el obraje, el bien más preciado de los Esquivel con sus cincuenta fanegas de tierras de maíz y otras ciento cincuenta de otros sembrados y pasto para el

ganado, era preferible no tocarlos. Las veinte fanegas de Condebamba y su molino, en la quebrada de Oropesa, estaban libres de todo censo. Con Chinacara, en cambio, adquirida hacía poco porque era colindante con Quispicanche, no se podía contar pues tenía censo con varios conventos. Sobre las tierras de la Guaila, San Sebastián y Limatambo pesaban también algunos censos, pero igual era poco lo que se les podía sacar. En cambio, Tambobamba, en el corregimiento de Abancay, con sus quinientos indios y los dos molinos para procesar la caña de azúcar, era una pequeña mina de oro.

Ya más tranquilo al darse cuenta de que contaban con recursos más que suficientes ya no para poner de su lado al corregidor sino incluso al virrey y a todos sus oidores, el más joven de los Esquivel decidió que era hora de hacerle una visita a don José de la Torre.

—¡Mi capa y la espada! —ordenó al sirviente que acudió a su llamado y, entre tanto, salió al patio para ir buscando con calma las palabras con que trataría sobre negocio tan delicado.

La luna, ya bastante alta, iluminaba la galería del segundo piso y apagaba un tanto el brillo de los centenares de estrellas que tachonaban ese despejado cielo de octubre. Don Diego hacía buen rato que estaba listo para salir, pero por alguna razón que él mismo no comprendía seguía remoloneando. ¿Le desagradaba la idea de ir en son de paz adonde el hombre con el que hacía poco habían tenido una abierta pelea por el cargo de corregidor al que ambos pretendían? “Seguramente es eso”, se dijo, y comprendiendo que no le quedaba más remedio que tragarse su orgullo, se dirigió a la puerta, pero cuando estaba por llegar al zaguán quedó nuevamente clavado en el sitio.

Fastidiado, intentó otra vez poner en orden sus encontrados sentimientos y comprendió por fin que eran los escrúpulos los que lo retenían, los escrúpulos de admitir en voz alta que su padre había asesinado. Descubierta el estorbo, estuvo luchando para hacerlo a un lado, pero finalmente tuvo que rendirse. ¡No podía, sencillamente no podía presentarse ni ante el corregidor ni ante nadie y ponerse a hablar del crimen que había cometido su padre!

“¡Terrazas estuvo en el obraje por su propia voluntad y se fue antes del anochecer!”, se aferró a la historia que él mismo había inventado. ¿Y los testigos? ¿Y don José de la Torre? ¿Y el paradero actual del mismo Terrazas? Don Diego salió de su casa y se puso a caminar sin rumbo fijo mientras buscaba la manera de atar cada uno de los cabos sueltos que había en la versión que defenderían ante la justicia. Ni siquiera se daba cuenta, por lo ensimismado que estaba, de que las pocas personas que transitaban a esa hora por las calles se quedaban mirándolo y luego cuchicheaban animadamente entre sí. ¡Toda la ciudad no hablaba ya de otra cosa que del exabrupto del marqués!

Por la mañana, temprano, don Diego se presentó donde su padre y le contó su plan.

—¿Tú crees que resultará, hijo? —le preguntó el marqués después de sopesar durante un buen rato cada una de las palabras que había escuchado—. ¿No sería mejor que busques ahora mismo a don José de la Torre?

—¡El muy cerdo ha hecho correr la voz de que usted ha matado al cochabambino! ¡Hubiera visto cómo me miraba la gente cuando venía hacia aquí! ¡Debemos demostrarle al corregidor que usted es inocente y que no tenemos por qué

estar asustados! ¡El apellido de los Esquivel tiene que quedar limpio de mancha!

—¡Tráeme todos los papeles que haya que firmar! ¡Confío totalmente en ti! —abrazó emocionado el marqués a su hijo. Se estaba poniendo en sus manos y quería seguramente que este comprendiera la trascendencia de ese momento.

Nunca, ni siquiera cuando estuvo a punto de recibirse como corregidor del Cuzco faltando meses para cumplir los veinticinco años, don Diego de Esquivel hijo había conocido ese miedo paralizante a no estar a la altura de la responsabilidad asumida. En algún momento, incluso, dándose cuenta de que no sabía ni qué gestión hacer primero y cuál después, pensó en dejar los asuntos más delicados en manos de los abogados de la familia, pero dio marcha atrás a último minuto porque le resultaba detestable la sola idea de decepcionar a su progenitor. Decidido pues a recuperar los dos o tres valiosos días que prácticamente había perdido, alistó su viaje a Los Reyes premunido de los poderes que el marqués le había firmado y de los documentos que le permitirían cobrar grandes sumas de dinero.

Dos asuntos resolvió antes de partir: dejó indicaciones precisas a los abogados de cómo debían actuar en tanto él regresara y se reunió en el mayor secreto con el Cartolín.

Desde hacía unas semanas, en efecto, Antonio de Rojas se encontraba de nuevo en la ciudad, pero viviendo a salto de mata por temor todavía a que la justicia quisiera arreglarle cuentas. Don Diego, que había pensado en el mestizo para encomendarle un asunto crucial, lo hizo buscar con sus hombres y lo recibió pasada la media noche. Por más de una hora estuvo conversando con él a puertas cerradas y luego lo hizo

salir por el tercer patio con el mayor sigilo. Con el rostro embozado, el Cartolín se perdió rápidamente en la oscuridad y poco después, antes de que rayara el alba, partía al galope por el camino al Collao.

Entre tanto, don José de la Torre Vela seguía adelante con la pesquisa pero sin darse mucha prisa. Nadie había vuelto a ver a Jacinto Terrazas después del día en que fue conducido a La Glorieta a viva fuerza, por lo que las declaraciones del administrador del obraje y de otros testigos en el sentido de que el comerciante había continuado su camino ese mismo día caían por su propio peso. La condena a muerte en tales circunstancias estaba más que asegurada, pero el corregidor sabía que alguna carta debían de esconder los Esquivel en la manga y no bajaba la guardia.

Al corriente de todos los movimientos del marqués hijo, don José de la Torre fue de los primeros en enterarse de que este había pedido prestados 40 mil pesos a don Francisco de Arbiza, quizá el más próspero comerciante de la ciudad. Por un momento pensó que esa fortuna estaba destinada a comprar su benevolencia y, como siempre que se encontraba de excelente humor, empezó a sobar su prominente vientre. Pasaron los días, sin embargo, y en lugar de presentarse en palacio el más joven de los Esquivel emprendió viaje a Lima.

“¡Quiere pasar por encima mío!”, se explicó de inmediato esta jugada el corregidor, pero guardó calma. Al día siguiente de la desaparición de Terrazas había enviado un largo informe al virrey y a la Real Audiencia poniéndolos al tanto de los graves sucesos y advirtiéndoles que seguramente el marqués de Valleumbroso intentaría recusarlo

como juez de la causa. Teniendo cuidado en subrayar que el asesinato del respetado comerciante cochabambino había causado indignación y estupor en la ciudad, don José de la Torre terminaba su escrito señalando lo perjudicial que sería para la justicia el prestar atención a las pretensiones de los Esquivel.

Con todo, cuando llegó el chasqui de Lima, el corregidor le indicó a su secretario que él mismo se encargaría de abrir la correspondencia y ni siquiera hizo el esfuerzo de disimular su nerviosismo.

—¡No puede ser! ¡Esto es inaudito! —exclamó al leer uno de los documentos que le remitía la Real Audiencia.

—¿Qué sucede, Su Señoría? —se asustó el secretario al ver que don José se ponía rojo y respiraba con dificultad.

—¡Los oidores han aceptado la recusación! ¿Y mi informe? ¿Y mis advertencias? ¡Solo faltaría que estén ordenando la inmediata libertad del reo! —empezó a revisar a la desesperada los demás documentos que le habían llegado.

Los temores de don José de la Torre eran injustificados. La causa contra el marqués de Valleumbroso seguía su curso, pero en adelante el juez encargado de ella sería don Claudio de Rivas, corregidor de Urcos. ¿Quién no sabía en el Cuzco que este era un incondicional de los Esquivel? Quizás don Claudio no se atreviera a eximir al inculpado de toda culpa, pero por supuesto que encontraría la manera de dictar una sentencia benévola...

Muchos días le costó al general admitir su derrota y si no cayó enfermo fue solo de puro orgullo. Sabía que en cualquier momento el más joven de los Esquivel estaría de regreso y no permitiría que se ufanasen delante de toda la ciudad.

Allí estaría él, si la ocasión se presentaba, para hacerle notar que era hijo de un reo sobre el que pesaba una acusación de asesinato. Más aún, él seguiría moviendo los hilos detrás de bambalinas para que personas de calidad testimoniasen ante el nuevo juez de la causa que el comerciante estaba desaparecido o, más probablemente, muerto. ¡No todo estaba perdido todavía!

Acre fue la conversación que mantuvo don José de la Torre con el corregidor de Urcos.

—Sepa, Su Señoría, que considero muy perjudicial para los asuntos de justicia el que usted se haga cargo de esta causa —no tuvo pelos en la lengua el general.

—¡No es un encargo que yo haya pedido, pero lo cumpliré a conciencia como hago siempre que se trata de servir a Su Majestad! —no se quedó atrás don Claudio de Rivas—. Además, razones de mucho peso debe de haber tenido el fiscal de la Real Audiencia para aceptar la recusación planteada en contra de Su Señoría.

—¿Razones? —preguntó sarcástico don José de la Torre—. ¡Se habla de miles de ellas, en contante y sonante!

Eso era en efecto lo que se rumoreaba en la ciudad: que don Diego de Esquivel el Mozo había tenido que mostrarse muy pródigo no solo con el fiscal y los oidores sino incluso con el propio virrey, el conde de la Monclova.

—¿Está Su Señoría insinuando que el fiscal ha aceptado un soborno? —representó muy mal el papel de indignado el corregidor de Urcos.

—¡No hemos nacido ayer y sabemos bien cómo se hacen estas cosas! —no se molestó en seguirle el juego su colega del Cuzco—. Quiero que sepa, en todo caso, que esta-

ré pendiente de las decisiones que tome e informaré sobre ellas al Real Consejo de Su Majestad. ¡Ah, y en adelante no permitiré que el acusado reciba más visitas que las de su abogado!

Al enterarse de esta novedad a su retorno de Lima, don Diego de Esquivel el Mozo no se mostró en absoluto contrariado.

—¡Pronto estará en casa! —le dijo a su madre mostrándose más preocupado en sacudirse el polvo de la ropa que por lo que acababa de escuchar. Su rostro mostraba las huellas del largo viaje, pero al mismo tiempo dejaba traslucir seguridad y determinación.

De la mañana a la noche, don Diego iba de un lado a otro, las más de las veces solo y otras en compañía de su abogado. Visitaba principalmente a muchos de los vecinos más importantes, entre ellos a casi todos los regidores. Con uno de estos, don Salvador de Riquelme, el Veinticuatro, tuvo un encuentro particularmente largo que dio mucho que hablar en los corrillos de la ciudad. ¡Qué no se comentaba! ¡Que don Diego quería asaltar palacio y liberar por la fuerza a su padre! ¡Que don José de la Torre tenía los días contados como corregidor y que sería don Salvador quien se recibiría temporalmente como justicia mayor del Cuzco! ¡Que los Esquivel y el corregidor habían hecho las paces y que era justamente el Veinticuatro quien había actuado de mediador! ¡Que, por el contrario, don Diego y don José de la Torre arreglarían sus diferencias en un duelo y que don Salvador sería el padrino del primero!...

El más joven de los Esquivel, cuando algún impertinente le transmitía estas habladurías, se limitaba a levantar las

cejas y se apresuraba a despedirse explicando secamente que estaba muy ocupado. El corregidor, en cambio, cada vez más alterado por la febril actividad que desplegaba su joven enemigo, no se andaba con remilgos y ni siquiera se paraba a escuchar las sandeces que la gente repetía. En lugar del vientre, era la calvicie la que se frotaba a menudo tratando de adivinar el siguiente paso que daría el marqués hijo.

Perfectamente bien informado sobre la incertidumbre en que se debatía el general, don Diego anunció a los cuatro vientos que se retiraría a descansar unos días a La Glorieta. “¿Se cree que soy tonto? ¡Va a reunirse con don Claudio de Rivas lejos de testigos molestos!”, fue lo único que comentó el corregidor al recibir la noticia.

Razón no le faltaba. Don Gabriel Pérez de Ugarte, coetáneo y amigo íntimo del marqués padre, se encargó de organizar ese encuentro en su obraje de Piel de Guerra, a medio camino entre el feudo de los Esquivel y el pueblo de Urcos. Don Claudio llegó a la casa a la hora de almorzar y, para no desairar a su anfitrión que le ofrecía un plato tras otro y los mejores vinos de su bodega, decidió quedarse hasta el día siguiente. Don Diego, que se encontraba allí desde muy temprano, compartió la mesa y la alegría con los amigos de su padre y se retiró al caer la noche, no sin antes mantener una breve conversación en privado con el corregidor de Urcos.

—¡Todo listo! —les dijo don Diego a las tres personas que estaban aguardando su regreso en La Glorieta. Uno de ellos era Nicolás, el lugarteniente de su padre; el segundo, Francisco de Loysi, el chapetón que administraba el obraje; y el tercero, el Cartolín.

—¿Cuándo lo presentará? —preguntó el Cartolín—. ¡Llevamos más de dos semanas aquí!

—¿Y alguien te trata mal? —preguntó don Diego con sorna antes de responder—. Dentro de tres días. Mañana por la noche lo llevaréis vosotros tres a Piel de Guerra. De allí lo recogerá don Claudio.

—¡Tres días...! ¿Saldrá todo bien? —dejó escapar sus dudas el Cartolín. Duro debió de haberle resultado ese año y algo que pasó fuera del Cuzco, pues se había vuelto aún más serio que antes, casi taciturno.

—¡Por supuesto que sí! —sonrió de nuevo don Diego—. ¡Tú permanecerás aquí para acompañarlo de vuelta al Alto Perú y después eres libre de hacer lo que te plazca!

La víspera de la fecha señalada, por la tarde, el marqués hijo regresó al Cuzco. Hizo el recorrido sin prisa y entró a la ciudad ya de noche. Camino a su casa, pasó por la del abogado y lo hizo llamar a la puerta con uno de sus sirvientes.

—¡Mañana, como habíamos acordado! —le dijo al hombre de leyes cuando este se le acercó y luego espoleó al caballo pensando que quizás más adelante extrañaría esos días que le demandaron poner en juego toda su voluntad y energía...

“¡Está vivo! ¡Terrazas está vivo!”, fue la voz que empezó a correr por la ciudad al día siguiente. Al comienzo nadie quería creer en lo que oía, pero los detalles seguían circulando de boca en boca haciendo que los más escépticos empezaran a ceder. “¡Se encontraba por las alturas de Ocongate ocupado en sus negocios!”, decía alguien. “¡Ya está en camino! ¡Don Claudio de Rivas lo está trayendo al Cuzco!”, aclaraba otro. “¡Él no sabía que lo habían dado por muerto!

¡Está vivito y coleando, igual que cualquiera de nosotros!”’, repetía cada vez mayor número de personas.

¡Era tal la expectativa que mucha gente hizo a un lado sus ocupaciones y empezó a concentrarse delante de las casas del cabildo! Fueron precisamente esos curiosos los primeros que, cerca ya al mediodía, vieron aparecer al comerciante cochabambino flanqueado por don Claudio de Rivas y don Gabriel Pérez de Ugarte.

—¡Terrazas! ¡Terrazas! —prorrumpieron varios de ellos en gritos de alborozo y el cochabambino les devolvía el saludo sonriente.

—¿Tú lo conoces? ¿Es él? —preguntaban quienes lo veían por primera vez.

—¡Claro que es él! ¿Quién más va a ser? —era la respuesta que recibían.

El juez de la causa comenzó de inmediato a interrogar a casi tres decenas de testigos que dijeron tener amistad o negocios con Jacinto Terrazas y que acto seguido procedían a reconocerlo estrechándolo en un abrazo y expresándole cuánto les alegraba el saber que no había muerto como todo el mundo pensaba. A eso de las cuatro de la tarde, además, dado que el gentío delante de palacio no mermaba, don Salvador de Riquelme, el Veinticuatro, salió a la plaza con el cochabambino y dio toda una vuelta alrededor de la misma, respondiendo él también, aunque con el semblante serio, a los saludos de los mirones.

La única persona que parecía no compartir la algarabía del momento era don José de la Torre.

—¡Con que eso era lo que se traían entre manos! —comentó al enterarse de la novedad—. ¡No se saldrán con la suya!

¡Lo juro! —exclamó a continuación y ordenó al alguacil y a varios guardias que lo acompañaran.

Caminando lo más rápido que se lo permitía su voluminosa humanidad, el corregidor se dirigió a la casa de don Gonzalo Núñez, su principal testigo.

—¿Con que el fantasma de Terrazas ha aparecido? —iba comentando en voz alta—. ¡Quiero ver yo si se parece al que ha sido asesinado en Quispicanche! ¡Eso quiero yo ver!

En la casa donde Núñez se hospedaba cuando llegaba a la ciudad, sin embargo, le informaron que este había partido dos días antes a Andahuaylillas.

—¡¿Cómo?! —se puso rojo de furia don José—. ¡Yo le ordené que permaneciera en el Cuzco! ¡No puede haber salido de viaje! ¡Id a buscarlo inmediatamente! —gritaba el corregidor agitando las manos, pero lo único que consiguió fue que los dueños de la vivienda se pusieran a buen recaudo mientras pasaba la tormenta.

Tras buscar infructuosamente a varias de las personas que habían testificado sobre la desaparición de Terrazas, don José tuvo que admitir que le habían hecho la jugarreta.

—¡Maldición! ¡Maldición! —profería una y otra vez al tiempo que respiraba como un fuelle—. ¡Han comprado a todos los testigos! ¡Los han escondido! ¡Los han hecho salir de la ciudad! ¿No puede usted dar con alguien que conozca a Terrazas? —desvió su cólera hacia el alguacil—. ¡Salga usted inmediatamente a buscar! ¿Qué hace aquí parado?

Habían vuelto a palacio donde, según fue informado, don Claudio de Rivas seguía recogiendo innumerables testimonios de personas de toda condición social que reconocían al comerciante de géneros. ¡Y él no tenía un solo testigo que sostuvie-

se que ese hombre era un impostor! ¡Una o dos horas más y todo estaría perdido!

Nadie quiso avisarle al día siguiente que don Claudio de Rivas había ordenado poner en libertad al marqués de Valleumbroso tras absolverlo del cargo de asesinato. Por lo demás, su esposa, que casi no se apartaba de su lado, jamás iba a permitir que el general sufriese un disgusto como el de la víspera. “¡No me importa que ese asesino quede libre con tal que no mate también a mi marido!”, repetía a quien quisiera oírlo.

Durante semanas, en la ciudad no se habló de otra cosa que de la aparición de Terrazas, la liberación del marqués y el colapso que sufrió don José de la Torre. El apasionamiento con que en un comienzo se discutía sobre estos asuntos, sin embargo, poco a poco fue decayendo y ya a nadie se le iba la vida en convencer al oponente sobre, por ejemplo, si el Terrazas al que todo el mundo vio era el verdadero o un vil suplantador. Cuando el Cartolín estuvo de vuelta en el Cuzco, en todo caso, solo escuchó un par de comentarios sueltos sobre el asunto del comerciante cochabambino y como si se tratase de hechos sobre los que estaba cayendo ya el polvo del olvido. “¡Qué buena la hizo!”, reconoció el mestizo la excelente muñeca de don Diego de Esquivel el Mozo y se quedó pensando en la suerte tan distinta de las personas.

¿Qué sería de esos hombres que se le cruzaron en el camino y le torcieron el destino? Melchor Portocarrero y el capitán Juan Fernández, él lo sabía, habían dejado el Cuzco apenas mes y medio después del motín con orden de comparecer ante el virrey. ¿Los habría devuelto el conde de la Monclova a España o se habría contentado con tenerlos cerca para que

no siguiesen creando problemas? En ocasiones todavía se arrepentía de no haberle hecho caso a Felipe Chaperero. Claro que esa idea de reunir a veinte o treinta hombres para asesinar al corregidor le seguía pareciendo descabellada, pero no hubiera estado nada mal, en cambio, cortarles el pescuezo a los dos vizcaínos o, cuando menos, al maldito ese de Portocarrero. ¡En qué mala hora le hizo caso a Leonor! ¡Esa misma noche, después de que ella le hizo comer excremento, debió conducirlo a un descampado y destriparlo como a un cerdo!

¿Y don Juan Fernando Calderón? Haciendo a un lado su orgullo, el Cartolín le había preguntado por él a don Diego de Esquivel el Mozo y este le había contado que seguía desempeñando el puesto de Alcalde del Crimen en Los Reyes, pero que se decía que pronto sería nombrado Oidor. ¡El muy perro, además, había contraído matrimonio con una acaudalada dama oriunda de Charcas que ya le había dado un hijo y que seguro le iba a dar muchos más! A Leonor, en cambio, la pulmonía se la había llevado apenas en los primeros meses de preñez...

¡Cómo se le encogía el corazón cuando la recordaba! ¡Con esos quinientos pesos que había recibido de don Diego hubiesen sido felices! ¿Qué no hubiera podido comprarle? Una casita, vestidos, algunas joyas para que se viese todavía más guapa, ropita para las guaguas que vendrían y hasta esa imagen de la Virgen de Belén que tanto deseaba tener... Ahora, en cambio, ¿de qué le servía todo ese dinero? “¡En adelante cuentas con mi protección! ¡Ya no tienes que andar escondiéndote! ¡Pon un taller!”, le había dicho don Diego y él había respondido que sí, sí, claro, pero la verdad era que no le nacía hacer nada estando como estaba con una suerte negra.

Esa tarde, como la anterior y la siguiente y casi todas las que se sucederían luego, Cartolín terminó en una pulpería bebiendo aguardiente con Valderrama.

—¡Ánimo, ánimo, Antonio! —decía a manera de brindis el fiel Pedro cuando alzaba su vaso.

—¡Me duele mucho su partida! ¡Creo que nunca la voy a poder olvidar! —recordaba el Cartolín a Leonor.

—¿Cómo que nunca? ¿Entonces para qué estamos bebiendo? —intentaba bromear el Valderrama.

—¡No basta, Pedro! ¡No basta! ¡Tengo que arrancarle las tripas a ese perro de Portocarrero! ¡Lo voy a encontrar! ¡Te juro que lo voy a encontrar!

—¡A Portocarrero y al capitán Fernández! ¡Y a cuanto maldito guampo se cruce en nuestro camino! —secundaba en todo el Valderrama a su amigo—. ¡Don Diego nos puede ayudar! ¡Él es íntimo del virrey!

—¿Tú me apoyarías? ¿De verdad me apoyarías? —le preguntó el Cartolín a su compinche y luego, poniéndose de pie, desafió a todos los parroquianos—. ¿Y ustedes? ¿Ustedes cholos cochinos se atreverían? Si yo, el Cartolín, se los pido, ¿me ayudarían a matar a todos los malditos guampos...?

En los primeros meses del nuevo año de 1700, la noticia sobre las bravatas del Cartolín llegó a oídos del corregidor. Creyendo tal vez que se le había presentado la ocasión de cobrar revancha, don José de la Torre hizo llamar a don Diego de Esquivel hijo.

—¡Ha llegado a mis oídos una acusación muy grave! —fue al grano el general después de un seco intercambio de saludos—. ¡Al parecer un tal Cartolín está armando junta con ánimo de matar a los españoles! Según mis informes, sus

ilícitas reuniones las hace en casa de Vuestra Merced. ¿Qué me puede decir sobre esto?

—¿Reuniones en mi casa de gente que quiere matar a los españoles?! ¡En mi vida había escuchado acusación tan desca-bellada! —dijo rienda suelta a su indignación don Diego, pero, enterado también de los despropósitos del mestizo, tuvo el cui-dado de marcar sus distancias—. ¡El tal Cartolín no es más que un pobre borracho que no sabe lo que dice!

—¿Un pobre borracho? He hecho averiguaciones y sé que en tiempos de mi antecesor, don Juan Fernando Calderón de la Barca, ese peligroso alborotador al que usted llama “pobre borracho” provocó un grave tumulto que casi les cuesta la vida a muchos españoles. ¡Y usted fue quien liberó al culpable de la cárcel! —quiso acorralar el general a su enemigo.

—¡Quienes le han informado lo han hecho mal! En tiem-pos de don Juan Fernando hubo un motín, en efecto, pero fuimos mi padre y yo quienes salvamos la vida del corregi-dor arriesgando la propia. ¡Y fue Su Ilustrísima don Manuel de Mollinedo, que de Dios goce, quien pidió que se soltara al Cartolín y a otros presos para evitar que se perdiera la ciudad! ¡Claro que Su Señoría puede no creer en mi palabra, como en anterior oportunidad no creyó en la de mi señor padre, pero nada más fácil que preguntarle a don Juan Fer-nando la verdad sobre esos sucesos!

—¡No hay tiempo para eso! ¡En circunstancias como esta la autoridad debe actuar con rapidez! —dijo el corregidor, furioso, dando por terminada la conversación.

No contento con repeler el ataque de su adversario, don Diego decidió que había llegado el momento de ajustarle cuentas al Cartolín.

—¿Qué es eso de que vas a matar a todos los guampos? —le preguntó al mestizo cuando al día siguiente este fue traído a su presencia—. ¡El corregidor ha estado haciendo averiguaciones y está muy preocupado! ¡Esta vez no te librarás de la cárcel!

—Yo no estaría tan seguro, Su Señoría —ni se alteró el Cartolín al oír las amenazas de don Diego—. ¡Usted hará todo para protegerme con tal de que mantenga la boca cerrada!

—¿Con que ese era tu cálculo? —se asombró el marqués hijo ante tamaña insolencia—. ¡Y qué diablos me importa a mí que hables! ¿Quién te creería?

—¡Estoy seguro de que el corregidor sí y quizás hasta me pague un dinerillo para que traiga de nuevo a Terrazas!

—¡Eres un pobre diablo! —demoró un poco en reaccionar don Diego—. ¡Ni siquiera me voy a dar el trabajo de ordenar que te maten! ¡No pienso condenar mi alma por tan poca cosa! ¡Toma, aquí hay cien pesos! —le estiró una bolsa con dinero—. ¡Te los doy a cambio de que mañana mismo te marches para siempre del Cuzco!

El Cartolín dudó unos instantes, pero acabó aceptando el dinero.

—¡Mañana mismo! —le repitió el marqués en el momento en que se retiraba, haciendo al mismo tiempo una seña a Nicolás, el único testigo de la escena, para que se acercara—. ¡No lo pierdas ni un instante de vista! ¡Llévate a alguien para que me mantenga informado de su paradero! —le ordenó en un susurro.

Las sombras ya estaban cayendo sobre la ciudad cuando don Diego salió de su casa con dirección a la de don Bartolomé de la Peña, el nuevo Veinticuatro. Toda la tarde había permanecido en su despacho yendo de un lado a otro y con

la mirada ausente, pero ahora avanzaba con la misma determinación de siempre.

—¿No sé si sabe usted que el día de ayer Su Señoría el corregidor me mandó a llamar? —preguntó el marqués hijo a modo de tantear el terreno.

—¡Sí, sí sabía! —respondió don Bartolomé con su habitual bonachonería, un rasgo de carácter que resultaba, más bien, inadecuado para el cargo que había recibido.

—¿Y sabe también que tratamos sobre el Cartolín?

—En efecto, Su Señoría piensa que el mestizo nuevamente está juntando chaco para ir en contra de los españoles... —le facilitó las cosas don Bartolomé.

—¡Y no sería raro que así sea! ¿Recuerda usted la que se armó hace dos años? ¡Habría que poner tras las rejas al mestizo antes de que vuelva a ocurrir lo mismo!

—¡Por supuesto que sí! —se apresuró a mostrar su acuerdo don Bartolomé—. Justamente Su Señoría me ha encargado que mañana mismo salga en busca del facineroso.

—¿Mañana? ¡Mañana será demasiado tarde! —fingió preocupación don Diego—. Yo debería comunicar esto a Su Señoría, pero usted sabe que las relaciones entre nosotros no son nada buenas... Por eso se lo digo a usted: ¡ha llegado a mis oídos que el Cartolín dejará la ciudad esta misma noche! —bajó la voz casi hasta el susurro el marqués, añadiendo en el mismo tono—: ¡Tenemos que actuar ya!

Acordaron que don Bartolomé, tras poner al tanto al corregidor de las intenciones del Cartolín sin mencionar para nada a don Diego, reuniría a los guardias y a algunos españoles de su entera confianza y pasaría luego, a eso de las diez de la noche, por casa de los Valleumbroso. Allí el marqués hijo le

informaría sobre el paradero del mestizo y le proporcionaría más hombres armados para evitar que escapara.

Don Diego, tras contar once campanadas en el reloj del salón, estaba pensando ya que algo había salido mal, cuando de pronto resonaron varios aldabazos.

—¿Quién es? —salió impaciente a preguntar al patio.

—¡Soy yo, don Diego! —le respondió el mismo don Bartolomé desde el zaguán—. ¡Todo listo!

—¡Don Bartolomé, nuestro asunto está más delicado de lo que imaginábamos! —comentó alarmado don Diego llevando del brazo al visitante a un rincón donde no pudieran ser oídos—. ¡El Cartolín está con cuatro compinches y todos están armados!

¡Esto era verdad! Nicolás en persona, tras dejar a su gente vigilando la taberna donde se encontraba el mestizo, le informó al marqués hijo que aquel llevaba un trabuco al cinto y que los cuatro o cinco hombres que lo acompañaban portaban arma blanca y al parecer también bocas de fuego.

—¡Con mayor razón hay que aprehenderlos! —no se amilanó el Veinticuatro—. ¡De repente están tramando algo para esta misma noche!

—¡Entonces yo también seré de la partida! —fue sincero don Diego en su ofrecimiento.

—Preferiría que no... —empezó a titubear don Bartolomé buscando las palabras para explicar su negativa—. ¿Cómo le explicaría a Su Señoría la presencia de Vuestra Merced? Tal como acordamos, yo no le mencioné una palabra sobre usted...

—¡Tenga usted mucho cuidado entonces! —no le quedó a don Diego más remedio que admitir las razones del Veinti-

cuatro—. ¡El Cartolín es un tipo desesperado y eso lo vuelve peligroso!

Al frente de una veintena de hombres, entre ellos varios sirvientes de los Esquivel, don Bartolomé de la Peña se dirigió a la calle del Hospital de Naturales. Allí, en una taberna que quedaba a media cuadra del puente de la Almudena, estaban bebiendo los mestizos.

—¡Aquella es, Vuesa Merced! —señaló Nicolás, el lugarteniente de los Valleumbroso, una pequeña puerta pintada de azul.

—¡Está cerrada! ¿No se habrán ido? —se mostró dudoso el Veinticuatro.

—¡Solo está juntada! ¡El Cartolín y sus hombres están adentro! Estos sitios atienden así hasta muy tarde —explicó el mulato.

—¡Alistad vuestras armas! ¡Vamos a entrar! ¡Adentro hay cuatro o cinco hombres armados! ¡Que ninguno escape! —arengó el Veinticuatro a sus hombres.

Dos guardias, de sendos puntapiés, abrieron las hojas de la puerta, dejando la vía libre a don Bartolomé y al resto de la gente.

—¡Dense por presos! —les gritó el Veinticuatro a los cinco hombres que estaban bebiendo alrededor de una mesa.

Cuatro de ellos, al ver las armas que los apuntaban, levantaron las manos, pero el que estaba más cerca a él, de espaldas, se volvió con calma y le preguntó:

—¿Y qué delito hemos cometido para que nos quiera prender?

—El menos grave armar juntas de gente de mal vivir... —empezó a explicar el Veinticuatro sin darse cuenta de que el tipo, que no era otro que el Cartolín, le estaba apuntando con su trabuco.

El disparo hizo que don Bartolomé se doblara en dos y cayera al suelo. Uno de los hombres que tenía al lado se agachó para atenderlo y el otro disparó a su vez su pistola contra el Cartolín, pero erró el tiro porque este saltó hacia adelante con la intención de ganar la calle justamente por el espacio que dejó libre el herido en su caída.

Lo que ocurrió luego fue un pequeño pandemónium: gritos, disparos, espadas que chocaban entre sí, bancas que caían al suelo, maldiciones y amenazas. El mulato Nicolás fue el único que, sin perder la calma, intentó evitar que el Cartolín escapara, pero los propios hombres del Veinticuatro, en su desconcierto, le cerraron el paso.

Tres mestizos más lograron ponerse a salvo tras escapar hacia el interior de la casa por la cocina y ganar los patios de las viviendas vecinas escalando ágilmente los muros. Solo el gigantón de Valderrama, que peleó como cinco hombres para facilitarles la huida a sus amigos, quedó finalmente en poder de la justicia.

—¡A la cárcel! ¡Llevad a ese perro a la cárcel! —ordenó haciendo un esfuerzo don Bartolomé de la Peña. El trabucazo que le disparó el Cartolín le había caído en el vientre y la herida le sangraba copiosamente.

Informado sobre los trágicos sucesos, don Diego corrió a casa del Veinticuatro y se encontró en la puerta con el médico que llegaba para atenderlo.

—¿Cómo está? —le preguntó a este cuando salió de la habitación del herido al cabo de casi una hora.

—¡Su estado es muy grave! ¡Al parecer la posta le ha perforado la vejiga! —explicó el galeno, añadiendo con tono de resignación—: ¡No creo que viva mucho tiempo!

—¡Maldito miserable! ¡Esta vez la pagará! —no pudo contener su ira don Diego.

—¿Los guardias están ya sobre su pista? —se interesó el médico.

—¡Mis hombres lo están buscando! ¡No podrá escapar! —le dijo don Diego y lo mismo le repitió, maldiciendo otra vez al mestizo, a don Bartolomé de la Peña.

El herido miraba desconcertado, como si no acabara de entender lo que había ocurrido ni la razón por la que su esposa y sus hijas lloraban desconsoladamente.

Recién pasadas las tres de la mañana don Diego recibió la noticia de que al Valderrama le habían dado garrote y de que su cuerpo colgaba de uno de los balcones de palacio. Sobre el paradero del Cartolín, en cambio, sus sirvientes no habían podido averiguar nada.

—¡Que tus hombres se vayan a descansar! —le ordenó el marqués hijo a Nicolás—. ¡Mañana continuaremos la búsqueda! ¡De esta no saldrá vivo!

Desde el ajimez de la casa, ajeno al cortante frío de la madrugada, don Diego de Esquivel estuvo contemplando la plazuela de San Francisco. Su rostro, a pesar de que empezaba ya a clarear, no reflejaba cansancio sino concentración, era el rostro de alguien que estaba dispuesto a todo con tal de lograr su cometido...

Gritos y un ruido de cascos rompieron súbitamente el silencio en que dormía la ciudad del Cuzco. Don Diego asomó la cabeza y pudo ver que por la calle subía al galope un grupo de cuatro jinetes. “¡Es el Cartolín!”, tuvo la certeza y efectivamente a los pocos instantes pudo reconocerlo, al tiempo que entendió por fin lo que él y sus compinches estaban vociferando:

—¡Mueran los Esquivel! ¡Mueran esos malditos perros traidores! ¡Mueran esos sirvientes de los guampos!

Tirando de las riendas, el Cartolín frenó su caballo delante mismo de la casa de los Valleumbroso y continuaba vomitando sus insultos cuando su mirada se encontró de pronto con la de don Diego. Durante unos instantes los dos hombres se midieron con la vista, don Diego de Esquivel con el rostro como petrificado y el Cartolín, en cambio, con las facciones desencajadas por el odio.

Uno de los secuaces del Cartolín, que también se había percatado de la presencia del marqués, le apuntó a este con su pistola, pero el mestizo, al escuchar el gatillo, se volvió rápidamente hacia él y lo obligó a guardar el arma.

—¡Vámonos! ¡Yo le ajustaré cuentas a ese perro! —ordenó a los otros jinetes y espoleó a su caballo no sin antes lanzar una última mirada a don Diego...

Durante años siguió vivo el temor al Cartolín en el Cuzco, sobre todo entre los españoles. El que sí parecía estar seguro de que el mestizo nunca más se atrevería a regresar era don Diego de Esquivel hijo y el tiempo le dio la razón.

CINCO

“Habrán sentido otros lo mismo que estoy sintiendo yo tras la muerte de mi padre?”, se preguntaba el sacerdote. Pena, mucha pena, dolor incluso, pero también un vago fastidio que a ratos tomaba la forma de rencor y en otros momentos la de una rabia que le bullía dentro pugnando por salir, como si se tratase de la lava de un volcán a punto de entrar en erupción.

Ese hombre que ocupaba la mayor parte de sus pensamientos y por el que hasta hacía poco estaba dispuesto a darlo todo se había ido sin disculparse y sin siquiera darle su bendición. ¿Quizás había hecho mal en atender las admoniciones de la señora marquesa? ¿Quizás no debió ceder y no debió presentarse ante el lecho de su padre enfermo, moribundo casi? ¡Quién sabe! ¡Quién sabe si no hubiese sido peor, si a los encontrados sentimientos que de por sí estaba

rumiando no se hubieran sumado además la culpa y el tardío arrepentimiento!

Tuvo que apelar a toda su cristiana humildad, a toda su capacidad de perdón, para presentarse de nuevo, tras dos años de alejamiento, en la casa paterna, pero aun así el reencuentro le resultó muy difícil. ¡Si se podía llamar reencuentro a eso...! Se acercó casi arrastrando los pies hasta la cama del enfermo, temeroso de la posible reacción de este aunque sabía que no podía pronunciar palabra y que le costaba mucho trabajo mover los brazos o en general cualquier parte de su cuerpo. Sostuvo durante un rato esa mirada que no decía nada y seguidamente se arrodilló para, fingiendo que oraba con la cabeza gacha, esconder su profunda turbación.

—¡Padre...! —dijo finalmente cuando pudo alzar la vista y, cogiendo entre las suyas esa mano que parecía abandonada sobre la ropa de cama, le pidió a la Virgen Santísima que les perdonase el gravísimo pecado de haber trocado en enemistad el amor que se deben profesar un padre y un hijo.

—¡Diego, te ha reconocido! —lo cogió del brazo la marquesa ni bien se apartó del enfermo.

—¿A usted le parece? —le preguntó el sacerdote sin esforzarse por esconder su incredulidad.

—¡Sí, sí, estoy segura! —insistió la dama, pero igual el sacerdote prefirió no creerle. No se explicaba cómo así esa mano inerte que tuvo entre las suyas fue cobrando vida poco a poco hasta liberarse de pronto de un tirón, no brusco, era cierto, pero sí firme, decidido. Prefería pensar, en todo caso, que el enfermo ya no estaba en posesión de sus facultades y que el de esa mano había sido un movimiento involuntario.

En las semanas siguientes, el cronista fue testigo de la última batalla que libró su padre, una batalla desigual y de antemano perdida. De ese hombre que con su sola presencia infundía temor y respeto ya no quedaba nada, quizás tan solo ese rictus de desprecio que deformaba su demacrado rostro. No era ese ataque que le había quitado el habla y lo había dejado prácticamente paralítico, sin embargo, el que había derrotado a ese todopoderoso personaje que otrora se enseñoreara sobre el Cuzco y toda su comarca. ¡No, nada de eso! Era la pesquisa que ordenó la Corona a instancias de don Jerónimo de Losada la que lo había golpeado en el que era quizás su único punto vulnerable: el orgullo, el desmedido orgullo de los Esquivel.

¡Ni siquiera la sentencia del Real Consejo de Su Majestad que lo absolvía de absolutamente todos los cargos había hecho que volviera a ser el de antes! Un 12 de febrero del año anterior de 1732 había sido dictada y cosa de seis meses después los trece folios llegaron al Cuzco. ¡El marqués, su hermano don Joseph, el conde de Torreblanca, don Luis de Soto, don Juan Félix Palomino; todas las personas incluidas en el proceso habían sido absueltas! ¡Era en don Jerónimo de Losada, en cambio, en quien había caído, póstumamente es cierto, el peso de la justicia “por injusto y temerario calumniante”!

“¡Ahora sí que se olvidará del juicio!”, recordaba el cronista que comentaron con la señora marquesa, pero a las pocas semanas, en otro de esos encuentros que doña Josefa le solicitaba cuando tenía necesidad de consejo, debieron reconocer que se habían equivocado.

—¡No entiendo qué le pasa! ¡Está casi todo el tiempo como ido y de repente se pone a gritar como un energúme-

no por cualquier minucia y empieza a acusarnos de todo: de que estamos en su contra, de que nos entendemos con sus enemigos, de que queremos matarlo! ¡Mis hijas ya le tienen miedo! ¡Se la pasan llorando! —se quejó la dama secándose con un pañuelo las lágrimas—. ¿Por qué no hablas con él, Diego? ¡No para que se sobreponga, yo ya no pido eso, solo para que se calme, para que encuentre la paz en la oración!

—¡No, no, no me pida eso, doña Josefa...! —estuvo a punto de compadecerse de la esposa de su padre, pero finalmente decidió mantenerse firme en su decisión—. ¡Usted conoce de sobra mis motivos y sé que los entiende! ¡Y además no me haría ningún caso! ¡Así es él! ¡Nunca, por más mal que esté, admitirá su debilidad!

Y allí estaba efectivamente ese pobre moribundo que a sus sesenta años parecía de diez o veinte más, pero que se negaba a admitir su derrota y no dejaba de apretar las mandíbulas ni siquiera cuando su esposa y sus hijas le brindaban los más tiernos cuidados. El sacerdote rezaba por la paz de su alma —¿qué otra cosa podía hacer?—, pero por momentos se sublevaba y sentía deseos de gritar, de increparle su maldad y su dureza, de reclamarle ese afecto y atención que nunca le había brindado, de enrostrarle todos sus pecados y de hacerle ver adónde lo habían conducido.

Nada, ni una sola palabra pudo decir, sin embargo, y quizás por eso, en el momento en que el corazón de su padre dejó de latir, se quedó como perplejo, sin terminar de entender que lo irremediable había ocurrido. Así, como ausente, estuvo mientras lo velaron y en el entierro y así siguió durante muchos días más, hasta que de pronto des-

cubrió que no era de pesar que le dolía el pecho sino de rencor, de rabia, de frustración, de amargura, y se sintió avergonzado.

Seguir con su vida era lo único que podía hacer para olvidar tantos asuntos que le hubiera gustado zanjar con su progenitor. Era difícil, pero tenía que poner toda su voluntad en ello. Felizmente, al contrario de lo que pensaba aquel, estaba rodeado de la estima y el respeto de muchísima gente. ¿No habían ponderado los preladados de San Francisco, La Merced, La Compañía y Santo Domingo su literatura y virtud para que se le diese el cargo de comisario del Tribunal de Cruzada del obispado? ¿No lo había presentado Su Majestad, en reconocimiento a sus méritos, a esa Ración de la iglesia Catedral del Cuzco que ahora se hallaba ejerciendo? ¡Honrosas eran las obligaciones a las que se había hecho merecedor y promisorio el camino que le abrían!

¡Y su obra! ¡No debía olvidar en ningún momento su obra! ¡Ese ambicioso proyecto de escribir la historia de la gran ciudad del Cuzco año a año desde su fundación ya estaba encaminado y sería el fruto principal de una vida dedicada al estudio y a un meticuloso registro de los hechos! ¡Las crónicas y los documentos hablarían por los siglos pasados y su diario, ese diario que llevaba hacía cinco años, sería el más fiel espejo de su época!

Al cabo de unas semanas, el cronista empezó a sentir que sus esfuerzos por dedicarse de lleno a sus múltiples ocupaciones estaban por fin dando resultado. A modo de retomar el trabajo en sus *Noticias cronológicas* —¡así era como había bautizado su libro!—, decidió revisar algunos capí-

tulos que ya tenía escritos, particularmente el dedicado al virrey don Diego Ladrón de Guevara, con el que no estaba muy satisfecho. Un 30 de agosto de 1710 entró en Lima el que fuera obispo de Quito y casi seis años redondos estuvo encargado del gobierno del virreinato.

La noticia sobre la muerte de fray Juan Tadeo González, clérigo dominico de gran virtud, despertó sus dudas de siempre sobre los hechos que debía o no debía consignar en su crónica. Daba cuenta en esas líneas de sucesos milagrosos que se atribuían a fray Tadeo como la vez en que desde su convento vio que en el cerro de Sacsayhuamán estaban bailando muchos demonios de formas espantosas. Corrió a dar cuenta de ello el siervo de Dios al cabildo eclesiástico y el arcediano subió a la cumbre del cerro para exorcizar todo el lugar y celebrar una misa allí donde está la Santa Cruz. Se decía, en general, que fray Tadeo tenía el don de ver al maligno y por eso acometía contra él con el báculo que usaba para apoyarse, al tiempo que le increpaba a viva voz, pero con palabras que nadie podía entender. El padre Diego buscó en sus recuerdos de infancia al anciano de hábito astroso que de un momento a otro detenía su trabajosa marcha para batir las manos y pronunciar incoherencias, asustando sobremanera a los niños que se hallaban cerca, y optó por eliminar de su crónica el párrafo que lo tenía ocupado, pero al poco rato cambió nuevamente de parecer.

Mucho más fácil fue su decisión en el caso de otro hombre de sotana, el licenciado don Cristóbal Traslaviña, cuya muerte acaeció en enero de 1713. Natural del valle de Villaverde, en el señorío de Vizcaya, don Cristóbal estudió en el Cuzco en el colegio de San Antonio Abad y llegó a ser

vicerector del mismo. El cronista, en sus años de estudiante, había llegado a cobrarle verdadera estima a ese hombrecito que compensaba su baja estatura, una figura rechoncha y una voz aflautada, con su bonachonería y, sobre todo, con la inagotable energía que desplegaba a lo largo de toda la jornada. De hecho, si el prefecto, el padre Eguidazu, paralizaba a todo un salón con solo hacer su ingreso, don Cristóbal era capaz de provocar animación hasta en misa.

El cronista revisó con cuidado las líneas en las que ponderaba las virtudes del vizcaíno y a la mención de su cargo y del tiempo que estuvo en él añadió que “lo desempeñó con tales ventajas que a su notoria industria y celo se debió el adelantamiento del colegio así en los estudios como en lo material y doméstico”. Satisfecho de haber pagado la deuda que tenía con quien supo hacer más gratos sus años de estudiante, el sacerdote comprendió de pronto que si algo echaba de menos de ese período de su vida era la despreocupación con la que transcurrían los días: calentarse al sol en el patio durante el recreo era exactamente eso, calentarse al sol sin pensar ni preocuparse por absolutamente nada...

El año de 1712, debido a un peliagudo asunto detrás del cual estaba don Gonzalo Ramírez de Baquedano, le dio trabajo por varios días. Se trataba de una visita de tierras que realizó don Francisco de Munive, marqués de Valdelirios, y a la cual con todas sus fuerzas trató de oponerse el cabildo de la ciudad. De hecho, a fojas seis y ocho de los Libros del Cabildo para dicho año estaban las cartas que los regidores, apoyados por los prelados de las religiones y diputados de los monasterios, enviaron al marqués de Valdelirios y a don Gonzalo Ramírez pidiéndoles que se suspendiese la visita a

fin de evitar los daños, atrasos y perjuicios que seguramente iba a ocasionar. ¿Valía la pena mencionar estas diligencias? ¿Era asunto de capital importancia una visita de tierras?

Gonzalo Ramírez de Baquedano, a la sazón oidor de la Real Audiencia de Lima y casado con la hija de don Jerónimo de Castro Gallegos, contador del tribunal de cuentas, se encumbró con el tiempo hasta el cargo de miembro del Real Consejo de Indias de Su Majestad. Fue precisamente en él en quien recayó la tarea de estudiar la demanda de don Jerónimo de Losada contra los marqueses de Valleumbroso y quien tuvo en sus manos la suerte de estos. Grande fue la sorpresa del padre Diego al toparse con este nombre en los Libros del Cabildo y por eso seguramente copió con tanto detalle lo referido a la actuación del oidor. ¡Gonzalo Ramírez! Hubo un tiempo en que este personaje era mentado casi a diario en casa de los Esquivel, primero con simpatía, cuando rechazó los infundios de don Jerónimo de Losada, y luego con odio, cuando los tomó por moneda de buena ley y recomendó que se abriera el juicio. ¿Era suficiente esto para que hiciese referencia a él en sus *Noticias cronológicas*?

El albedrío, la potestad de obrar por reflexión y elección, había sido para el padre Diego motivo de acaloradas discusiones teológicas, pero recién desde el momento en que empezó a escribir la historia del Cuzco se convirtió en un verdadero dilema, de los más difíciles que enfrentaba. Era por el libre albedrío que cada quien resultaba responsable de la salvación o perdición de su alma. En la tarea que lo ocupaba, sin embargo, los destinos humanos dependían en cierto modo de su pluma y esa era una responsabilidad que lo abrumaba. ¿Era él la persona indicada para llevar a buen término

empresa tan peliaguda? ¿Qué virtudes había que tener para hacerles justicia a los actores de ese drama que era la historia? ¿La probidad, la rectitud, la veracidad, eran suficientes? ¿No eran también importantes la modestia, humildad casi, la serenidad y, sobre todo, el amor al prójimo? El sacerdote se prometió a sí mismo reflexionar detenidamente sobre el tema a medida que avanzara en su tarea y por el momento optó por no tocar una coma en lo que había escrito sobre la visita de tierras ordenada por don Gonzalo Ramírez de Baquedano y hasta añadió unas cuantas palabras: “Actuase la comisión no sin inquietudes y lágrimas de pobres.”

El año de 1713, en el mes de junio, dejó el cargo de corregidor don Rodrigo Venegas Fernández de Córdoba y se recibió como tal don Diego de Esquivel y Navia el Mozo. ¿Debía anotar algo sobre el encono que había entre los dos personajes? Don Jerónimo de Losada se había extendido sobre el tema en la calumniosa “Relación” que hizo llegar al Consejo de Indias y por eso él consideró necesario, en algún momento, dar su versión de los hechos. Esas páginas habían sido arrojadas a un rincón y no pensaba volver a ellas. ¿Podía ahora tratar el asunto con más frialdad? ¿Valía la pena? Sopesó con calma los argumentos a favor y los en contra y concluyó que odios y rivalidades eran el pan de cada día en cualquier época y en cualquier lugar, por lo que no valía la pena darles más importancia de la que en realidad tenían. En lo referido a don Rodrigo, pues, se limitó a consignar, para el año de 1712, que siendo todavía corregidor hizo representar tres comedias en la plaza del Regocijo para celebrar la jura del serenísimo príncipe de Asturias don Luis Fernando.

Al llegar a los sucesos de 1714, el cronista sintió un ligero estremecimiento. Ese año, en el mes de febrero, falleció Su Ilustrísima el obispo don Melchor de la Nava, hombre virtuoso que fue enterrado con los cilicios que llevaba en brazos, cintura y muslos. No era este hecho, sin embargo, el culpable de su malestar, sino el asesinato de Pedro Romero, ocurrido en los últimos días del mes de diciembre. “¿Para qué mortificarse? —trató de tomar las cosas con calma—. La sentencia del Real Consejo de Indias ya ha absuelto a mi padre de esa acusación. ¿Y en base a lo actuado por quién? ¡Por el mismísimo don Francisco Xavier de Salazar, encarnación de la probidad y la justicia!”.

Pensando que el problema estaba zanjado, el cronista empezó a leer el pasaje dedicado a ese trágico suceso: “Viernes 28 de diciembre de 1714, desde la madrugada se vio en el cementerio de la Iglesia Catedral a un hombre en pie, apoyado en el muro o almena que cae hacia la parte de la notaría, el cual carecía de movimiento. Llegaron a reconocerle y resultó ser un cadáver que estribaba en su espada (la que no le había servido) y era un mercader conocido en esta ciudad, quien estaba con todo su vestuario, sortijas, cajeta de oro y algunas monedas en la faltriquera, sin que tampoco le faltase cosa alguna de su tienda, claro indicio de no haber sido ladrones los agresores. Registrando los médicos el cadáver por orden del corregidor, hallaron en la garganta señales de haber sido ahogado, y la falta de lengua y testículos, sin vestigio de sangre, era argumento de habérseles cortado después de muerto”.

Vívidamente, a medida que iba leyendo, fue dibujándose en su imaginación la escena que presencié de niño y, como

en ese entonces, empezó a sentirse enfermo. ¿Era o no su padre culpable del asesinato de Pedro Romero? La justicia de los hombres había decidido que no, pero tan benévola se mostraba esa justicia con quienes tenían poder y dinero que difícilmente se podía confiar en ella. ¿No habían comprado los Esquivel el favor de oidores, fiscales y jueces para que quedara sin castigo la muerte de Jacinto Terrazas? Ese y otros crímenes había pasado por alto el licenciado Francisco Xavier de Salazar. ¿Por qué no podía haber hecho lo mismo en el caso de Pedro Romero? Los asuntos de estado, la quietud de la república, los intereses de la Corona, solo eso le preocupaba al puntilloso investigador. ¿Y la tranquilidad de conciencia? ¿Y la salvación del alma?

Varios días estuvo el sacerdote agitado por una tormenta interior sin siquiera comprender qué era lo que necesitaba para encontrar de nuevo la paz. ¿Que algo o alguien confirmara las sospechas que tenía sobre la culpabilidad de su padre? ¿Que, por el contrario, lo convencieran de su inocencia? ¿Y para qué? ¿Para hacer escarnio de él en sus *Noticias cronológicas*? ¿Para defender su buen nombre, como pretendía cuando empezó a escribir la historia de los Esquivel? No, no, no, de ninguna manera. No era juzgar a las personas el cometido del historiador sino dar cuenta de los hechos tratando de no tomar partido.

Pensando todavía en el sentido de su trabajo, rebatiendo los argumentos de imaginarios contrincantes que defendían concepciones opuestas a la suya, el cronista salió una tarde de casa para dar su acostumbrado paseo y, con ánimo de romper un poco la rutina, se dirigió hacia San Pedro en lugar de tomar la calle de Zea y bajar a la plaza del Rego-

cijo, como solía hacer siempre. En la calle del convento de Santa Clara, sin embargo, se topó con unos indios talabarteros que, en procesión, llevaban la imagen del patrón de su gremio, seguida de una banda de músicos y una comparsa de danzantes. Fastidiado por el bullicio, dobló de inmediato a la derecha en la esquina donde estaba la fuente de agua que abastecía a todo el barrio y enfiló hacia la parroquia de Santa Ana.

La tarde, por lo apacible, le recordó los días tranquilos de su niñez, cuando su madre y él se sentaban al sol en el patio de la casa y repasaban los sucesos del día. “El Señor la tenga en su gloria”, se santiguó el sacerdote y sintió de pronto que algo le infundía un ligero malestar. “¿Qué es?”, pensó mirando la calle principal de la parroquia que se perdía en el cerro y, luego de un rato, comprendió que estaba pensando en la mestiza a la que vio llorando delante de la tumba de Pedro Romero. Esa mujer era la clave para resolver el misterio de la muerte del comerciante. ¿Seguiría viviendo en el barrio? Dos veces estuvo a punto de abordarla, una de niño y otra hacía pocos años, cuando se hallaba al cuidado de don Jerónimo de Losada. De repente había llegado el momento de escuchar la verdad...

La casa de la mestiza quedaba, creía recordar, muy cerca a la plaza, pero no pudo dar con ella.

—¡Disculpe! —decidió preguntar a un señor que estaba sentado al sol delante de su tienda—. ¡Estoy buscando a una señora que cuida enfermos!

—¡Ah, en ese lugar creo vive! —le señaló el tendero una de las viviendas de la acera del frente.

Hacia allí se dirigió el padre Diego tras dar las gracias. Era la única casa de un solo piso entre varias con balcones a la calle. Sin pensarlo dos veces, llamó a la puerta.

—¿La señora que cuida enfermos? —preguntó a la joven que acudió a abrir.

—Un momentito —le indicó la muchacha y se retiró sin preocuparse de cerrar detrás de ella.

“¡Igual que hace veinte años!” —pensó el sacerdote al tiempo que miraba el oscuro zaguán y, más allá, un patio de tierra.

—¿En qué puedo servirle? —no tardó en salir la mestiza. No había perdido el aire de señora a pesar de que llevaba puesto un vestido que había servido lo suyo y algo conservaba de su particular belleza, aunque dos manchas oscuras enmarcaban sus apagados ojos.

—Me llamo Diego de Esquivel —se presentó el sacerdote—. Quería conversar con usted sobre un asunto de mucha importancia...

—¡Padre Diego! —se asombró la mestiza al parecer reconociendo recién a la persona que tenía delante—. ¿Necesita Vuestra Merced que cuide a alguien? —trató en seguida de tranquilizarse.

—En realidad no. Necesito conversar con usted... Sobre la muerte de Pedro Romero. Si está usted de acuerdo, claro.

—¿Ahora? ¿Después de tanto tiempo? —se mostró dubitativa la mujer.

—¿Está usted ocupada? Puedo volver otro día... —no quiso pecar de insistente el sacerdote.

—No, no estoy ocupada... No es eso... Es que Vuestra Merced quiere tratar asuntos que yo preferiría no tocar. ¿De verdad es importante para usted conversar conmigo? ¿No puede recurrir a otra persona?

—Si tuviera a quien recurrir, no me hubiera atrevido a molestarla. Pero si usted no quiere... —estuvo a punto de desistir.

—No, no, está bien. Podemos conversar —cedió la mujer y se hizo a un lado para invitar a pasar al visitante.

La casa era pequeña, con una galería que miraba al poniente. Una de las habitaciones que estaba allí hacia las veces de sala de recibo. El único adorno en las paredes era una pequeña imagen de la Virgen, además de un florero, con unas rosas a punto de marchitarse, que estaba en una pequeña repisa justo debajo.

—Tome asiento, padre —le ofreció la mujer al sacerdote el único sillón y ella ocupó una silla que estaba al frente. No se deshacía en atenciones, como era de esperar de una persona de su condición. Al contrario, se mostraba apenas lo suficientemente amable para no parecer malcriada.

—Hace muchísimos años llamé a su puerta para hacerle una pregunta y no me atreví... Tal vez lo recuerde... —fue al grano el cronista.

—Sí, sí me acuerdo...

—Lo que quería preguntarle en esa ocasión es si sabía usted quién era el culpable de la muerte de Pedro Romero...

—¿Y Vuestra Merced no lo sabe hasta ahora? La muerte de Pedro fue un asunto muy comentado. Y la gente no se callaba el nombre del culpable —mostró su incredulidad la mujer.

—Sí, tiene usted razón, pero yo prefiero no llevarme por las habladurías. La mayoría de veces no son ciertas —explicó sus razones el sacerdote.

—No le entiendo. Si no da crédito a lo que dice la gente, ¿por qué va a creer en mi palabra?

—La verdad no lo sé... —confesó el sacerdote—. ¿Sabe? Yo la vi llorando delante de la tumba de Pedro Romero y

desde ese momento estuve seguro de que usted tenía algún tipo de relación con él. ¿Me equivoco?

—No, no se equivoca. Yo sentía mucho aprecio por Pedrito... Tenía una voz muy linda y era buen guitarrista. Pasábamos horas cantando, aquí, en esta misma sala... En compañía de otras personas, por supuesto. Por eso lloré tanto su muerte. Por eso y porque me pareció injusta, muy injusta... —se endureció el semblante de la mujer. Se notaba que la conversación no era de su agrado, que cada asunto que se trataba la remecía.

—¿Quién mandó a asesinarlo?—volvió a lo suyo el cronista.

—¿De verdad no lo sabe? Pedro Romero fue asesinado por orden del padre de Vuestra Merced... —pronunció claramente la mestiza cada una de las palabras, pero como si lo que estaba diciendo no fuese motivo ni de estupor ni de asombro.

—¿Está usted segura? ¿Qué motivo podía tener mi padre para hacerle quitar la vida a ese comerciante? ¿Adueñarse de su dinero como afirmaban sus detractores? —no le bastaba al sacerdote con lo que había escuchado.

—Por supuesto que no. Don Diego hizo matar a Pedro porque creyó que éramos amantes.

—¡¿Amantes?! ¿Quién es usted? ¿Cómo se llama? —no podía estar más confundido el cronista.

—¿De verdad no sabe cómo me llamo? —esta vez la desconcertada fue la mestiza—. Sí, sí, no sabe... Usted, de niño, me vio llorando delante de la tumba de Pedro y por eso me relacionó con su muerte, ¿no es así?

—Sí, así es... —respondió el cronista sin entender adónde quería llegar la mujer—. Yo no sé su nombre. La verdad, nun-

ca tuve la ocasión de averiguarlo... —mintió, aunque más por delicadeza, para no ofender a esa mujer, que por el deseo de ocultar el temor que siempre tuvo a saber más de ella—. En cambio, usted... Es como si usted me conociera desde hace mucho tiempo. Incluso la primera vez que llamé a su puerta, usted sabía perfectamente quién era yo, ¿no es así? —recordó de pronto el sacerdote la fuerte impresión que le causó ese fugaz intercambio de palabras.

—Claro que sabía quién era usted. Y también a su madre, doña Bernarda, la conocía de vista. Don Diego algunas veces me hablaba sobre ustedes...

El sacerdote, a medida que la mujer decía esto, iba abriendo más y más los ojos hasta que al final no pudo más y la interrumpió:

—¿Quién es usted?! ¿Por qué sabe tanto sobre mí?!

—Me llamo Leandra Pineda... No sé si mi nombre le diga algo... —quiso dar más explicaciones la mestiza, pero por la reacción de su interlocutor se dio cuenta de que estas sobraban.

—¿Leandra?! ¿Leandra Pineda?! ¿La joven a la que mi padre raptó de Santa Clara?! Recién entiendo... —se puso a repasar mentalmente el cronista ese episodio de la vida de su padre. ¿Cómo pudo llegar a perder de ese modo la cabeza por una muchacha que no era de su condición? ¿Cómo se atrevió a raptarla del convento? ¿Actuaría movido por el amor o solo por capricho? Él en algún momento se inclinó por lo primero, pero ahora ya no estaba seguro—. ¿Sabe usted que mi padre ha fallecido?

—Me enteré, por supuesto, e intenté rezar por el descanso de su alma y recobrar yo también la tranquilidad que hace

tanto tiempo he perdido, pero créame que no he podido —sonó sincera la mestiza.

—¿No se ha arrepentido de sus actos? —arremetió el sacerdote contra la Pineda—. ¿Nunca se ha puesto a pensar que, de ser más prudente de joven, su vida hubiese sido otra? Ahora tendría usted un esposo y unos hijos de quienes cuidar. Una vida apacible, en suma, y no el infierno que al parecer está viviendo...

—Vivo en un infierno, sí, pero no por las razones que usted imagina... —reaccionó finalmente la mujer—. Sé muy bien que tengo toda la culpa de lo que me pasó con el señor marqués y la Virgen sabe que estoy arrepentida. No sé si un pecado así merezca perdón, pero quiero creer en la misericordia de nuestro Señor. ¡Yo era tan joven en ese entonces! ¡Y fueron mis sentimientos los que me hicieron equivocar el camino! ¡No otra cosa!

—Si usted seguía en trato ilícito con mi padre, ¿cómo se atrevió a tener amoríos con Pedro Romero? ¿No sabía acaso que estaba poniendo la vida de ese joven en peligro? —le increpó el sacerdote recordando la terrible muerte de Jacinto Terrazas en circunstancias parecidas.

—¿Cómo iba a saber yo que don Diego era capaz de cometer tan grave pecado? ¡Hacía años que ni siquiera lo veía, lo menos cuatro o cinco! —se puso de pie la mujer, furiosa—. ¡Yo no tuve amoríos con Pedro! ¡Yo nunca acepté los requerimientos que él me hacía! —añadió ya un poco más tranquila—. No voy a ocultar que me costó mucho, que tuve que luchar día tras día y noche tras noche conmigo misma, pero al final encontré las fuerzas para decirle a Pedro que no me podía seguir visitando. Mi error, sin embargo, fue confesarle eso...

—¿Confesarle eso...? ¿Qué? —preguntó el cronista al comprobar que la pausa se prolongaba. Se sentía doblemente molesto consigo mismo, molesto por haber propiciado esa conversación y más molesto aún porque estaba cada vez más interesado en lo que la mestiza estaba relatando.

—Pedro me preguntó si no existía la menor esperanza de que algún día correspondiese a sus sentimientos y yo..., y yo... Yo le dije que también lo amaba, pero que no era digna de él, no solo por mi condición social, sino por lo que había ocurrido en mi pasado. ¡Ese fue mi error! ¡Estoy segura de que si no le hubiese dicho eso, él se hubiera marchado del Cuzco y la desgracia no hubiese ocurrido!

—¡Si así es como sucedieron las cosas, no creo que deba usted culparse de nada! —trató el sacerdote de calmar a esa mujer al verla tan alterada.

—¡Cuánto quisiera creer en sus palabras, pero yo sé que la culpa de todo fue mía! ¡Y sé también que nada que haga en esta vida podrá librarme del castigo divino! ¡Pero me cuesta resignarme...! ¡Me cuesta! ¡Yo amaba mucho a Pedro! ¡Y no de la manera como amé a su padre! Ese fue el amor de una muchacha deslumbrada. ¡A tal extremo había perdido la razón que creía que el señor marqués se quedaría conmigo! No niego que volver a la realidad fue muy duro, pero no crea que me costó mucho admitir de nuevo que yo era quien era, una plebeya, una muchacha pobre y sin honra. Y con el tiempo empecé a ver a don Diego tan pero tan lejos de mí que sentía que mi amor ya no lo alcanzaba y ese amor inútil, pobrecito, fue muriendo de a pocos... Con Pedro, en cambio, todo fue diferente. Lo que sentí desde un principio fue que habíamos nacido para cantar la misma canción...

¡Siempre me gustó cantar! ¡Cantar con Pedro, sin embargo, me hizo dichosa! ¿Sabe qué sentía? ¡Que el mundo desaparecía y que solo existía el sonido de nuestras voces, acompañándose, entrelazándose, fundiéndose en una sola que a mis oídos sonaba como debe sonar la música celestial...! ¡Y yo tuve la culpa de que lo mataran! —arrancó a llorar la mestiza—. ¡No se imagina el dolor que sentía! ¡Era insoportable! ¡Era insoportable y no menguaba con el tiempo como alguna vez tuve la esperanza que ocurriría! ¡Llegó un momento en que quería morir, pero la verdad es que fui una cobarde y en el último instante me faltó valor...! ¡Lo que hice entonces fue odiar, llenarme de odio para que mi vida tuviera algún sentido! ¡¡He odiado a su padre cada día de mi vida durante los últimos veinte años!! ¡¡No sabe usted cuánto!! ¡No me interesaba que pague en esta vida por sus crímenes y pecados! ¿Para qué? ¿De qué manera podía pagar tanto dolor que ha causado? ¡Yo rezaba para que sea castigado en la otra vida, para que arda en el fuego eterno! Y cuando falleció, yo..., yo..., yo me alegré. ¡Pensé que por fin me sentiría aliviada, que los años que me restan los podría vivir en paz, pero no ha sido así! ¡Ya no hay odio dentro de mí, pero tampoco hay una razón para que cada día me levante y haga las cosas! ¿Qué sentido tiene vivir así, padre? ¿Por qué el señor marqués no me mató a mí también? ¿O lo hizo, o el día que ordenó asesinar a Pedro, me asesinó a mí también y no tiene ningún sentido que yo siga aquí? ¡Respóndame, padre! ¡Respóndame, por favor! —imploró la mujer juntando las manos.

El cronista la miró largo rato sin decir palabra. Sentía que, en cierto modo, su padre le había hecho a ella lo mismo

que a él: ¡irse sin más ni más, sin escuchar lo que ellos tenían que decirle, que reprocharle, que reclamarle! ¿Qué podían hacer esa mujer y él? ¿Qué podían hacer?

—No sé si lo que le voy a decir le sirva de algo, pero la verdad no encuentro otra manera de disculparme por haber removido cosas tan dolorosas... Hay personas que tienen tanto carácter, tanta energía, que son tan notorias, que tal vez hasta sin quererlo aplastan a otras personas... —intentó trabajosamente dar forma a sus pensamientos—. ¡No, no es eso! ¡Son personas que se parecen a esas enormes montañas que dominan toda una comarca! ¡Sí, sí, son como esos *Apus* en los que creen los indios y que, según ellos, rigen el destino de animales y hombres y hasta de los fenómenos de la naturaleza...! Una persona así era mi padre y somos muchos los que de una manera u otra nos hemos visto envueltos en las tormentas que desataba. ¡Tormentas, sí, verdaderas tormentas capaces de trastocar destinos cuando no hasta de matar! ¿Qué podemos hacer los que hemos sobrevivido a esa furia casi sobrenatural? ¡Le juro que no lo sé, que yo tampoco lo sé!

Leandra Pineda, que había escuchado cada una de estas palabras con toda la atención de la que era capaz, prorrumpió de nuevo en un largo y desesperado llanto. El cronista apretó con toda su fuerza las mandíbulas, pero ni así logró evitar que la vista se le nublara...

—Visítame cuando guste —le dijo a modo de despedirse a la mujer cuando esta por fin se calmó —¡Ahora que está amainando la tormenta, quizás la vida recobre un sentido después de todo!

La noche estaba cayendo. Al llegar a la plazoleta de Santa Ana, el cronista se quedó mirando unas nubes de un rojo

encendido. Pensaba en Leandra Pineda, pero ya no con lástima sino con cierto desdén. Era una mujer amargada, llena de odio, que no se había arrepentido sinceramente de sus graves pecados. Y el peor de todos era la soberbia, tan fuera de lugar en una mujer de su condición y con su pasado. “¡Líbrame de caer en lo mismo, Señor!”, invocó el sacerdote desde lo más profundo de su ser y apuró el pasó...

A la mañana siguiente, teniendo claro ya cómo abordar el episodio de la muerte de Pedro Romero, abrió su manuscrito y leyó detenidamente de nuevo el pasaje en cuestión:

“Viernes 28 de diciembre de 1714, desde la madrugada se vio en el cementerio de la Iglesia Catedral a un hombre en pie, apoyado en el muro o almena que cae hacia la parte de la notaria, el cual carecía de movimiento. Llegaron a reconocerle y resultó ser un cadáver que estribaba en su espada (la que no le había servido) y era un mercader conocido en esta ciudad, quien estaba con todo su vestuario, sortijas, cajeta de oro y algunas monedas en la faltriquera, sin que tampoco le faltase cosa alguna de su tienda, claro indicio de no haber sido ladrones los agresores. Registrando los médicos el cadáver por orden del corregidor, hallaron en la garganta señales de haber sido ahogado, y la falta de lengua y testículos, sin vestigio de sangre, era argumento de habérseles cortado después de muerto”.

Por un buen rato permaneció con la vista perdida en los estantes repletos de libros que tenía al frente y finalmente, tras dejar escapar un suspiro, tomó una pluma, la remojó en el tintero y anotó en el margen del folio que tenía delante: “Causó bastante horror y escándalo este cruel insulto, sin que se supiese de sus autores ni se hubiesen hecho aquellas diligencias exactas que suelen hacerse en semejantes casos”. Releyó una y otra vez estas líneas y se mostró satisfecho...

Se quedó pensativo de nuevo y se acordó, sin saber bien por qué, de ese manuscrito que yacía olvidado en lo alto del estante. “¡Quizás, después de todo, haya más certezas en él que en mi historia del Cuzco!”, sentenció, pero igual dejó que esas páginas sobre los Esquivel se siguieran empolvando.

Títulos de
la colección

Rito de paso
Víctor Coral

Tres lobos de mar
Carlos Jallo

De amor y de guerra
Víctor Andrés Ponce

En las fauces de las fieras
Carlos Thorne

El diario de Susy Scott
Rafael Moreno Casarrubios

Blues de un gato viejo
Oscar Málaga

Camino de Ximena
Santiago del Prado



Luis Nieto Degregori

Asesinato en la Gran Ciudad del Cuzco

Un cadáver aparece mutilado en el cementerio de la catedral del Cuzco. El asesinato y los extraños sucesos que lo rodean marcarán la vida del niño Diego de Esquivel y Navia. Él investigará este hecho de sangre intentando acallar los insistentes rumores que culpan a su padre, el poderoso marqués de Valleumbroso. Más tarde el sorpresivo encuentro con una misteriosa y bella mestiza que llora en la tumba del joven comerciante asesinado pondrá al joven cronista sobre la pista de más sucesos sangrientos, grandes intrigas, nudos de pasiones y luchas de poder que cuestionarán su compromiso con la verdad, con la justicia y consigo mismo.

Asesinato en la Gran Ciudad del Cuzco es una sensacional novela escrita con maestría que presenta, a través de la historia de una de las familias más poderosas del Cuzco de comienzos del siglo XVIII, la historia de una época en la que se perfilan los rasgos esenciales del Perú de hoy.

GRUPO
EDITORIAL
norma

C.C. 22144

ISBN: 9972-214-58-3



9 789972 214585